MIGUEL DE CERVANTES

DON

QVIXOTE

PARTE PRIMERA

AMBERES 1605

Biblioteca de
D. Guillermo Barandiarán Alday
donada a la
Biblioteca Universitaria
de Deusto
2010

Universidad de Deusto
Biblioteca

R. Domine. 44.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca





VIDA Y HECHOS
Del Ingenioso Cavallero
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA

Por Miguel de Cervantes Saavedra,

PARTE PRIMERA.

Nueva Edicion, coregida y ilustrada con 32. differentes Estampas muy donosas, y apropriadas à la materia.

EN AMBERES,
Por Henrico y Cornelio Verdussen.
M.D C.XCVII. Años.

Con Licencia y Privilegio.

Universidad de Deusto
Biblioteca

PROLOGO AL LETOR.

DEsocupado Letor, sin juramento, me podràs creer, que quisiera que este Libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podia engendrar el esteril y mal cultivado ingenio mio, sino la Historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendrò en una carcel, donde toda incomodidad tiene su assiento, y todo triste ruydo haze su habitacion? El sossiego, el lugor apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las Musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colme de maravilla, y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos, para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta à sus amigos, por agudezas y donayres. Pero yò que aunque parezco padre, soy padrastro de D. Quixote; no quiero yrme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Letor mio, que perdones ò dissimules las faltas, que en este mi hijo vieres: y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuer-

po, y tu libre alvedrio, como el mas pintado, y estàs en tu casa, donde eres Señor della, como el Rey de sus alcavalas, y sabes lo que communmente se dize, que debaxo de mi manto al Rey mato. Todo lo qual te essenta y haze libre de todo respeto y obligacion: y assi puedes dezir de la Historia todo aquello que te pareciere, sin temor que caluniẽ por el mal, ni te premien por el biẽ que dezieres della.

Solo quisiera darte la monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la inumerabilidad, y catalogo de los acostumbrados Sonetos, Epigrammas, & Elogios, que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sè dezir, que aunque me costò algun trabajo cõponerla, ninguno tuve por mayor, que hazer esta Prefacion, que vas leyendo. Muchas vezes tomè la pluma para escriville y muchas la dexè pro no saber lo que escrivirià: y estãdo una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò à deshora un amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tã imaginativo, me preguntò la causa: y no encubriendosela yo, le dixe, que pensava en el Prologo, que avia de hazer à la Historia de Don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar à luz las hazañas de tã noble Cavallero. Porque como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo Legistador, que llamã vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del olvido, salgo aora con todos mis años acuestas, con

con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y dotrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estàn otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterva de Filosofos, que admiran à los oyentes, y tienen à sus Autores por hombres leydos, eruditos, y eloquẽtes? Pues que quando citan la divina Escritura, no diràn, sino que son unos santos Tomases, y otros Dotores de la Yglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraydo, y en otro hazen un sermoncico Christiano, que es un contento, y un regalo, oyrle, ò leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos sè que Autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hazen todos, por las letras del A.B.C. començando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoilo, ò Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno, y Pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos Autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, ò Poëtas celeberrimos. Aunque si yo los pidiesse à dos ò tres aficiales amigos, yo sè que me los darian, y tales, que no les ygualassen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin Señor, y amigo mio, proseguì, yo de-

termino, que el Señor Dõ Quixote se quede sepultado en sus Archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficientia, y pocas letras: y porque naturalmente soy poltron, y pereçosa, de andarme buscando Autores, que digan lo que yo me sè dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y elevamiento en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aveys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa, me dixo: Por Dios, hermano que aora me acabo desengañar, de un engaño en que he estado, todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente en todas vuestras acciones. Pero aora ves, que estays aun lexos de serlo, como lo està el cielo de la tierra.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho à romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alase, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Qucreys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereys como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras difficultades, y remedio todas las faltas que dezis que os suspenden, y ocobardan, para dexar de sacar à la luz del mundo la Historia

storia de vuestro famoso Don Quixote, Luz, y Espejo de toda la Cavalleria Andante. Dezid, de repliquè yo, oyendo lo que me dezia. De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reduzir à claridad el caos de mi confusion? A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, ò Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graves, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nombre que quisieredes, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, ò al Emperador de Trapisonda: de quien yo sè que ay noticia, que fueron famosos Poëtas: y quando no lo ayan sido y huviere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dè dos maravedis, porque yà que os averiguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escrivistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y Autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos que pusieredes en vuestra Historia, no ay mas, sino hazer de manera que venga à pelo, algunas sentencias, ò Latines, que vos sepays de memoria; ò alomenos que os cuesten poco trabajo de buscallo. Como serà poner, tratando de libertad, y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro. *Y luego en el margen citar à Oracio, ò à quien lo dixo. Si tratardes del poder de la Muerte, ocudir luego con* Pallida mors æquo pulsat pede

pede pauperum tabernas, Regumque turres. *Si de la amistad y amor, que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios:* Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros. *Si tratardes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio:* De corde exeunt cogitationes malæ. *Si de la instabilidad de los amigos, ai està Caton, que os darà su Distico:*

Donec eris felix, multos numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos Latinicos, y otros tales os tendràn siquiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de oi. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer. Tras esto para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo, como en vuestra Historia se muestre el rio Tajo, y vereys os luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo fue assi dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa: y es opinion, que tiene las arenas de oro, &c. Si tratardes de ladrones, yo os dirè la Historia de Caco, que la sè de coro. Si de mugeres rameras, ai està el Obispo de Mondoñedo, que os prestarà à Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os darà gran credito. Si de crueles, Ovidio os entregarà à Medea. Si de Encantadores, y Hechizeras, Homero tiene à Calipso, y Virgilio à Circe. Si de Capitanes valerosos, el mesmo Iulio Cesar os prestarà à si mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si tratardes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas, Y si no quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys à Fōseca del Amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare à desear en tal materia. En resoluciō, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, ò tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme à mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto à tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora à la citacion de los Autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltā. El remedio que esto tiene, es muy facil, porque no aveys de hazer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo Abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que à la clara se vea la mentira, por la poca necessidad que vos teniades de aprovecharos de los, no importa nada: y quiçà alguno avrà tan simple, que crea que de todos os aveys aprovechado, en la simple, y senzilla Historia vuestra. Y quando no sirva de otra cosa, por lo menos servirà aquel largo Catalogo de Autores, à dar de improviso autoridad al libro. Y mas que no avrà quien se ponga à averi-

averiguar, si los seguistes, ò no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si biẽ caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necessidad de ninguna cosa, de aquella que vos dezis que le falta; porque todo èl es una invectiva contra los libros de Cavallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la Retorica: ni tiene para que predicar à ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion, en lo que fuere escriviendo, que quanto ella fuere mas perfeta, tanto mejor serà lo que se escriviere. Y pues esta vuestra escritura no mira à mas, que à deshazer la autoridad, y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de Cavallerias, no ay para que andays mendigando sentencias de Filosofos, consejos de la divina Escritura, fabulas de Poëtas, oraciones de Retoricos, milagros de Santos; sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion y periodo, sonoro, y festivo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando à entender vuestros conceptos, sin intricarles, y escurecerlos. Procurad tambien,

bien, que leyendo vuestra Historia, el melancolico se mueva à risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efeto, llevad la mira puesta à derribar la maquina mal fundada destos cavallerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcançassedes, no avriades alcançado poco. Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me dezia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprovè por buenas, y dellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veràs, Letor suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necessitado, tal Consejera y el alivio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebueltas, la Historia del famoso DonQuixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del destrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente Cavallero, que de muchos años à esta parte se viò en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago, en darte à conocer tan notable, y tan honrado Cavallero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendràs del famoso Sancho Pança su Escudero, en quien à mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de Cavallerias estàn esparcidas. Y con esto Dios te dè salud, y à mi no olvide. Vale.

So-

SONETOS VARIOS

AL HONOR DEL INGENIOSO

HIDALGO

Don Quixote de la Mancha.

URGANDA LA DESCONOCIDA,

Al Libro deſte valeroſo Cavallero.

SI de llegarte à los bue
Libro fueres con letu
No te dirà el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas ſi el pan no ſe te cue
Por yr à manos de idio
Veras de manos à bo
Aun no dar una en el cla
Si bien ſe comen las ma
Por moſtrar que ſon curio.
Y pues la experiencia enſe
Que el que à buen arbol ſe arri
Buena ſombra le cobi
En Bexar tu buena eſtre.
Un arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece un Du
Que es nuevo Alexandro Ma (oſa
Llega à ſu ſombra que à
Fayorece la fortu,
De un noble Hidalgo Manche
Contaras las aventu
A quien ocioſa letu
Traſtornaron la cabe.
Damas, armas, cavalle
Le provocaron de mo
Que qual Orlando Furio
Templado à lo enamora
Alcanço à fuerça de bra
A Dulcinea del Tobo.
No indiſcretos hierogli
Eſtampes en el eſcu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos ſe embi.
Si en la direccion te humi
No dirà moſante algu
Que Don Alvaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Franciſco, en Eſpa
Se quexa de la fortu.
Pues al cielo no le plu
Que ſalieſſes tan ladi
Como el negro Juan Lati
Hablar latines rehu.
No me deſpuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torciendo la bo
Dirà el que entiende la le
No un palmo de las ore
Para que conmigo flo?
No te metas en dibu
Ni en ſaber vidas age
Que en lo que no và ni vie
Paſſar de largo es cordu.
Que ſuelen en caperu
Darles à los que grace
Mas tù quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas à cenſo perpe.
Advierte que es deſati
Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en la ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que ſaca à luz pape
Para entretener donze
Eſcrive à tontas, y alo.

AMADIS DE GAULA,

A Don Quixote de la Mancha.

TU que imitaſte la lloroſa vida,
Que tuve auſente, y deſdeñado, ſobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre à penitencia reduzida.
Tu, à quien los ojos dieron la bevida,
De abundante licor, aunque ſalobre,
Y alçandote la plata, eſtaño, y cobre,
Te diò la tierra, en tierra la comida.
Bive ſeguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la quarta eſfeta,
Sus cavallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de Valiente,
Tu patria ſerà en todas la primera,
Tu ſabio Autor al mundo unico, y ſolo.

DON

A Don Quixote de la Mancha.

ROmpi, cortè, abollè, y dixe, y hize,
Mas que en el orbe Cavallero andante,
Fuy dieſtro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agravios venguè, cien mil deshize.
Hazañas dì à la fama que eternizo,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto ſatisfize.
Tuve à mis pies poſtrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calva ocaſion, al eſtricote.
Mas aunque ſobre el cuerno de la Luna,
Siempre ſe vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, ò gran Quixote.

ORLANDO FURIOSO,

A Don Quixote de la Mancha.

SIno eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ſer entre mil pares,
Ni puede averle donde tu te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando ſoy, Quixote, que perdido
Por Angelica vì remotos mares,
Ofreciendo à la fama en ſus altares,
Aquel valor, que reſpeto el olvido.
No puede ſer tu ygual, que eſte decoro
Se deve à tus proezas, y à tu fama,
Pueſto que como yo perdiſte el ſeſo.
Mas ſerlo has mio, ſi al ſobervio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Yguales en amor con mal ſuceſſo.

GAN-

GANDALIN, *Eſcudero de Amadis de Gaula, à* SANCHO PANÇA, *Eſcudero de Don Quixote.*

SAlve, Varon famoſo, à quien fortuna,
Quando en el trato eſcuderil te puſo,
Tan blanda, y cuerdamente lo diſpuſo,
Que lo paſſaſte ſin deſgracia alguna.
Yà la açada, ò la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya eſtà en uſo
La llaneza Eſcudera, con que acuſo
Al ſobervio que intenta hollar la Luna.
Embidio à tu jumento, y à tu nombre,
Y à tu alforjas ygualmente embidio,
Que moſtraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ò Sancho, tan buen hombre,
Que à ſolo tu nueſtro Eſpañol Ovidio,
Con buz cǫrona te haze reverencia.

Del donoſo Poeta Entreverado, à Sancho Pança, y Rozinante.

SOy Sancho Pança eſcude
Del Mãchego dõ Quixo
Puſe pies en polvoro
Por vivir à lo diſcre.
Quel tacito Villadie
Toda ſu razon de eſta
Cifrò en una retira
Segun ſiente Celeſti
Libro en mi opinion divi
Si encubriera mos lo huma.

A Rozinante.

SOy Rozinante el famo
Biſnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy à poder de un Don Quixo
Parejas corri à lo flo
Mas por uña de cava
No ſe me eſcapò ceva
Que eſto ſaque à Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le dì la 'pa.

EL

EL CAVALLERO DEL FEBO,

A Don Quixote de la Mancha.

A Vuestra espada no ygualò la mia,
Febo Español, curioso Cortesano,
Ni à la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios despreciè, y la Monarquia
Que me ofreciò el Oriente (roxo) en vano;
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro unico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temiò mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

LA SEÑORA ORIANA,

A Dulcinea del Toboso.

O *Quien tuviera, hermosa Dulcinea,*
Por mas comodidad, y mas reposo,
A miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea.
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cavallero, que heziste venturoso,
Mirara alguna desygual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del Señor Amadis, como tu heziste,
Del comedido Hidalgo Don Quixote.
Que assi imbidiada fuera, y no imbidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

DE

DE SOLISDAN,

A Don Quixote de la Mancha.

M Aguer Señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereys de alguno reprochado,
Por ombre de obras viles, y soezes.
Seran vuessas fazañas los joezes,
Pues tuertos desfaziendo aveys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos, y ahezes.
Y si la vuessa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni à vuessas cuytas muestra buen talante.
En tal desman vuesso conorte sea,
Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
Neceo el, dura ella, y vos no amante.

Dialogo entre Babieca, y Rozinante.

B. *COmo estais, Rozinante, tan delgado?*
R. *Porque nunca se come, y se trabaja.*
B. *Pues que es de la cevada, y de la paja?*
R. *No me dexa mi Amo, ni un bocado.*
B. *Andà Señor, que estays muy mal criado:*
Pues vuestra lengua d'Asno al Amo ultraja:
R. *Asno se es de la cuna à la mortaja,*
Quereysslo ver? miradlo enamorado.
B. *Es necedad amar?* R. *No es gran prudencia.*
B. *Metafisco estays.* R. *Es que no como.*
B. *Quexaos del Escudero.* R. *No es bastante.*
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el Amo, y Escudero, ò Mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante?

APROVACION.

POR mandado y comissión del Dotor Genis Casanova Pabordre de la Seo de Valencia, y Oficial, y Vicario general en el Arçobispado de Valencia, y Capellan de su Magestad, vì, y reconocì el libro intitulado, El Ingenioso Hidalgo DON QUIXOTE DE LA MANCHA, compuesto por *Miguel de Cervantes Saavedra*, y me parece que no ay en èl cosa porque no se deva imprimir, y que es libro curioso y ingenioso; y por la verdad lo firmo de mi mano y nombre en Jesus de Valencia à 18. de julio de 1605.

F. LUYS PELLICER, *Letor de S. Theologia, y Definidor.*

SUMA DEL PRIVILEGIO.

CARLOS II. *Rey Catholico de las Españas y de las Indias, y Señor Potentissimo de los Payses Baxos, primitiò à* HENRICO VERDUSSEN, *Impressor jurado de la Villa de Amberes, que èl solo podrà imprimir la Primera y Segunda Parte de* Don Quixote de la Mancha, *compuestas por* Miguel de Cervantes Saavedra; *y defendiò à qualesquieres Impressores, y Libreros, de imprimir el dicho Libro, ni vender ò traerlo en estos Estados de otra Impression, que del dicho* VERDUSSEN, *por el tiempo de nueve Años: queriendo à demas, que este Privilegio, ò Suma del (siendo impresso sobre cada uno Exemplar de los sobredichos Libros) sea tenido por devidamente insinuado; so las penas contenidas en la Carta del Privilegio.*

Firmada

LOYENS.

VIDA

VIDA Y HECHOS
Del Ingenioso Hidalgo
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.
CAPITULO I.

De la Condicion, y Exercicio del famoso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un Hidalgo de los de lança en àstillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consuman las tres partes de su hazienda. El resto della

concluyan, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo, y los dias de entre semana se honrava con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa una Ama que passava de los quarenta; y una Sobrina, que no llegava à los veynte; y un moço de campo y plaça, que assi ensillava el rocin, como tomava la podadera. Frisava la edad de nuestro Hidalgo, con los cincuenta años. Era de complexion rezia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran Madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenir el sobrenombre de Quixada, ò Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los Autores que deste caso escriven) aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender, que se llamava Quixada. Pero esto importa poco à nuestro cuento, basta que en la narracion dèl no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho Hidalgo, los ratos, que estava ocioso (que eran los mas del año) se dava à leer libros de cavallerias, con tanta aficion y gusto, que olvidò casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administracion de su hazienda: y llegò à tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vendiò muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de cavallerias en que leer, y assi llevò à su casa todos quantos pudo aver dellos: y de todos, ningunos le parecian tambien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva. Porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegava à leer aquellos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes hallava escrito: *La razon de la sin razon, que a mi razon se haze, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quexo de la vuestra fermosura.*

Y tam-

Y tambien quando leya: *Los altos cielos que de vuestra divinidad, divinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento, que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre Cavallero el juyzio, y desvelavase por entenderlas, y desentreñarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estava muy bien con las heridas que Don Belianis dava y recibia; porque se imaginava, que por grandes Maestros que le huviessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabava en su Autor, aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas vezes le vinò deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorvaran. Tuvo muchas vezes competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual avia sido mejor Cavallero, Palmerin de Inglaterra, ò Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, Barbero del mismo pueblo, dezia, que ninguno llegava al Cavallero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era Cavallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valencia no le yva en çaga. En resolucion èl se ensrascò tanto en su letura, que se le passavan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el celebro de manera, que vino à perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo aquello

quello que leya en los libros, assi de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Y assentòsele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas invenciones que leya, que para èl no avia otra Historia mas cierta en el mundo. Dezia el, que el Cid Ruydiaz avia sido muy buen Cavallero, pero que no tenia que ver con el Cavallero de la Ardiente espada, que de solo un reves avia partido por medio dos fieros, y descomunales Gigantes. Mejor estava con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles avia muerto à Roldan el encantado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogò à Anteon el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho bien del Gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion Gigantea, que todos son sobervios y descomedidos, el solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estava bien con Reynaldos de Montalvan, y mas quando le veya salir de su Castillo, y robar quantos topava: y quando en allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su Historia. Diera el por dar una mano de cozes al traydor de Galalon, al Ama que tenia, y aun à su Sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino à dar en el mas estraño pensamiento, que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le pareciò convenible y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el servicio de su Republica, hazerse Cavallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas y cavallo, à buscar las aventuras, y à exercitarse en todo aquello que el avia leydo, que los Cavalleros andantes se exercitavan, des-

deshaziendo todo genero de agravios, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrasse eterno nombre y fama. Imaginavase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y assi con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se diò priessa à poner en efeto lo que deseava. Y lo primero que hizo, fue limpiar unas armas que avian sido de sus bisaguelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luengos siglos avia que estavan puestas y olvidadas en un rincon. Limpiòlas, y adereçòlas lo mejor que pudo, pero viò que tenian una gran falta, y era, que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas à esto supliò su industria, porque de cartones hizo un modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hazian una apariencia de zelada entera. Es verdad, que para provar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacò su espada, y le diò dos golpes, y con el primero, y en un punto deshizò lo que avia hecho en una semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la avia hecho pedaços, y por assegurarse deste peligro, la tornò à hazer de nuevo, poniendole unas barras de hierro por dedentro, de tal manera, que èl quedò satisfecho de su forteleza, y sin querer hazer nueva experiencia della, la disputò, y tuvo por zelada finissima de encaxe. Fue luego à ver à su rocin, y aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el cavallo de Gonela, que *tantùm pellis & ossa fuit*, le pareciò, que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con èl se ygualavan. Quatro dias se le passaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el à si mismo) no era razon,

que cavallo de Cavallero tan famoso, y tan bueno èl por si, estuviesse sin nombre conocido, y assi procurava acomodarsele, de manera que declarasse quièn avia sido, antes que fuesse de Cavallero andante, y lo que era entonces: pues estava muy puesto en razon, que mudando su Señor estado, mudasse èl tambien el nombre, y le cobrasse famoso y de estruendo, como convenia à la nueva orden, y al nuevo exercicio que ya professava, y assi despues de muchos nombres que formò, borrò y quitò, añadiò, deshizo, y tornò à hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino à llamar Rozinante, nombre à su parezer, alto, sonoro, y significativo, de lo que avia sido quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan à su gusto à su cavallo, quiso ponerse à si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino à llamar Don Quixote: de dondo (como queda dichò) tomaron occasion los Autores desta tan verdadera Historia, que sin duda se devia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis no solo se avia contentado con llamarse Amadis à secas, sino que añadiò el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamò Amadis de Gaula, assi quiso como buen Cavallero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quixote de la Mancha, con que à su parecer declarava muy al vivo su linage y patria, y la honrava con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre à su rozin, y confirmandose à si mismo, se diò à entender, que no le faltava otra cosa sino buscar una Dama de quien

quien enamorarse; porque el Cavallero andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase èl: Si yo por malos de mis pecados, ò por mi buena suerte, me encuentro por ay con algun Gigante (como de ordinario les acontece à los Cavalleros andantes) y le derribo de un encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ò finalmente le venço, y le rindo, no serà bien tener à quien embiarle presentado? y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce Señora, y diga con voz humilde y rendido: Yo, Señora, soy el Gigante Caraculiambro, Señor de la Insula Malindrania, à quien venciò en singular batalla, èl jamas como se deve alabado Cavallero, Don Quixote de la Mancha, el qual me mandò, que me presentasse ante la vuestra Merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi à su talante. O como se holgò nuestro buen Cavallero, quando huvo hecho este discurso, y mas quando hallò à quien dar nombre de su Dama: y fue à lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo, avia una moça labradora de muy buen parecer, de quien èl un tiempo anduvo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se diò çata dello.) Llamavase Aldonça Lorenço, y à esta le pareciò ser bien darse titulo de Señora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y que tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran Señora, vino à llamarla, Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre à su parecer musico, y peregrino, y significativo, como todos los demas que à èl, y à sus cosas avia puesto.

CAPITULO II.

De la primera Salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo à poner en efeto su pensamiento, apretandole à ello la falta que el pensava que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agravios que pensava deshazer, tuertos que endereçar, sin razones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte à persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armò de todas sus armas, subió sobre Rozinante, puesta su mal compuesta zelada, embraçò su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de un corral saliò al campo con grandissimo contento, y alboroço, de ver con quanta facilidad avia dado principio à su buen deseo: mas à penas se viò en el campo, quando el asaltò un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la començada empresa: y fue, que le vino à la memoria, que no era armado Cavallero, y que conforme à ley de Cavalleria, ni podia, ni devia tomar armas con ningun Cavallero: y puesto que lo fuera, avia de llevar armas blancas, como novel Cavallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar Cavallero del primero que topasse, à imitacion de otros muchos que assi lo hizieron (segun èl avia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensava limpiarlas, de manera (en teniendo lugar) que lo fuessen mas que un armiño: y con esto se quietò, y prosiguiò su camino, sin llevar otro que aquel que su cavallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante Aventurero, yva hablando consigo mesmo, y diziendo: Quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga à luz la verdadera Historia de mis famosos hechos, que el sabiò que los escriviere no ponga, quando llegue à contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? A penas avia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos; y à penas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas, avian saludado con dulce y meliflua harmonia, la venida de la rosada Aurora, quæ dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del Manchego Orizonte, à los mortales se mostrava, quando el famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subiò sobre su famoso cavallo Rozinante, y començò à caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por èl caminava) y añadiò diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldran à luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! O tu sabio Encantador, quien quiera que seas, à quien ha de tocar el ser Coronista desta peregrina Historia! Rueguete que no te olvides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.

Luc-

Luego bolvia diziendo (como si verdaderamente fuera enamorado.) O Princesa Dulcinea, Señora deste cautivo coraçon! mucho agravio me avedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos, Señora, de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece. Con estos yva ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le avian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje; y con esto caminava tan de espacio, y el sol entrava tan apriessa, y con tanto ardor, que fuera bastante à derretirle los sesos (si algunos tuviera.) Casi todo aquel dia caminò sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperava, porque quisiera topar luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço. Autores ay qui dizen, que la primera aventura que le avino, fue la del puerto Lapice; otros dizen, que la de los Molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la Mancha, es, que el anduvo todo aquel dia, y al anochezer su rozin, y el se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando à todas partes, por ver si descubriria algun castillo, ò alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha necessitad: viò no lexos del camino por donde yva, una venta, que fue como si viera una estrella, que à los portales, sino à los alcaçares de su redencion le encaminava. Diòse priessa à caminar, y llegò à ella à tiempo que anochecia. Estavan à caso à la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yvan à Sevilla con unos harrieros,

ros, que en la venta aquella noche acertaron à hazer jornada: y como à nuestro aventurero, todo quanto pensava, veya, ò imaginava, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que avia leydo, luego que viò la venta, se le representò que era un castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente levadiza, y honda cava, con todos aquellos aderentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando à la venta (que à èl parecia castillo) y à poco trecho della, detuvo las riendas à Rozinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, à dar señal con alguna trompeta, de que llegava Cavallero al castillo. Pero como viò que se tardavan, y que Rozinante se dava priessa por llegar à la cavalleriza, se llegò à la puerta de la venta, y viò à las dos destraydas moças que alli estavan, que à èl le parecieron dos hermosas Donzellas, ò dos graciosas Damas, que delante de la puerta del castillo se estavan solazando. En esto sucedio à caso, que un porquero que andava recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon assi se llaman) tocò un cuerno, à cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representò à Don Quixote lo que deseava, que era que algun Enano hazia señal de su venida: y assi con estraño contento llegò à la venta, y à las Damas. Las quales como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado, y con lança, y adarga, llenas de miedo se yvan à entrar en la venta: pero Don Quixote, coligiendo por su huyda su mieda, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y polvoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo: No fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca à la orden de cavalleria que professo,

fesso, non toca, ni atañe facerle à ninguno, quanto mas à tan altas Donzellas como vuestras presencias demuestran. Miravanle las moças, y andavan con los ojos buscandole rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar Donzellas, cosa tan fuera de su profession, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que Don Quixote vinò à correrse, y à dezirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez à Demas la risa que de leve causa procede: pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de se serviros. El lenguaje no entendido de la Señoras, y el mal talle de nuestro Cavallero, acrecentava en ellas la risa, y en èl el enojo, y passarà muy adelante, si à aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desyguales, como eran la brida, lança, adarga, y coselete: no estuvo en nada en acompañar à las Donzellas, en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra Merced, Señor Cavallero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcaide de la fortaleza (que tal le pareciò à èl el ventero, y la venta) respondiò: Para mi Señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que èl averle llamado Castellano, avia sido por averle parecido de los sanos de Castilla, aunque èl era Andaluz, y de los de la playa de san Lucar, no menos

nos ladron que Caco, ni menos maleante que Estudiante, ò Page. Y assi le respondiò: Segun esso, las camas de vuestra Merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo assi, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diziendo esto, fue à tener del estrivo à Don Quixote, el qual se apeò con mucha dificuldad y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no se avia desayunado.) Dixo luego al huesped, que le tuviesse mucho cuydado de su cavallo porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le pareziò tan bueno como Don Quixote, dizia, ni aun la mitad: y acomodandole en la cavalleriza, bolviò à ver lo que su huesped mandava, al qual estavan desarmando las Donzellas (que ya se avian reconciliado con èl) las quales, aunque le avian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron, ni pudieron desencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traya atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos, mas èl no lo quiso consentir en ninguna manera, y assi se quedò toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa; y estraña figura qui se pudiera pensar: y al desarmarle (como èl se imaginava, que aquellas traydas y llevadas que le desarmavan, eran algunas principales Señoras, y Damas de aquel Castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera Cavallero de Damas tan bien servido, como fuera Don Quixote, quando de su aldea vino, Donzellas curavan del, Princesas de su rozino. O Rozinante! que este el nombre Señoras mias, de mi cavallo, y Don Quixote de la Mancha el mio; que puesto que

no

no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro, me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este Romance viejo de Lançarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras Señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el deseo que tengo de serviros. Las moças que no estavan hechas à oyr semejantes retoricas, no respondian palabra; solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondiò Don Quixote, porque à lo que entiendo, me haria mucho al caso. A dicha acertò à ser Viernes aquel dia, y no avia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no avia otro pescado que darle à comer. Como aya muchas truchuelas, respondiò Don Quixote, podrán servir de una trucha, porque esso se me dà que me den ocho reales en senzillos, que en una pieça de à ocho. Quanto mas que podria ser que fuessen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el govierno de las tripas. Pusieronle la mesa à la puerta de la venta, por el fresco, y truxole el huesped una porcion del mal remojado, y peor cozido bacallao, y un pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y por

y ponia, y assi un de aquellas Señoras servia deste menester: mas al darle de bever no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le yva echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, à trueco de no romper las cintas de la zelada. Estando en esto, llegò à caso à la venta un castrador de puercos; y assi como llegò, sonò su silvato de cañas, quatro ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar Don Quixote, que estava en algun famoso castillo, y que le servian con Musica, y que el abadexo eran truchas, el pan candeal, y las rameras Damas; y el ventero Castellano del castillo, y con esto dava por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigava, era el no verse armado Cavallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna, sin recebir la orden de cavalleria.

CAPITULO III.

De la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse Cavallero.

Y Assi fatigada deste pensamiento, abreviò su ventura y limitada cena, la qual acabada llamò al ventero, y encerrandose con èl en la cavalleriza, se hincò de rodillas ante èl, diziendole: No me llevantarè jamas de donde estoy, valeroso Cavallero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundarà en alabança vuestra, y en pro del genero humano. El ventero que vio à su huesped à sus pies, y oyò semejan-

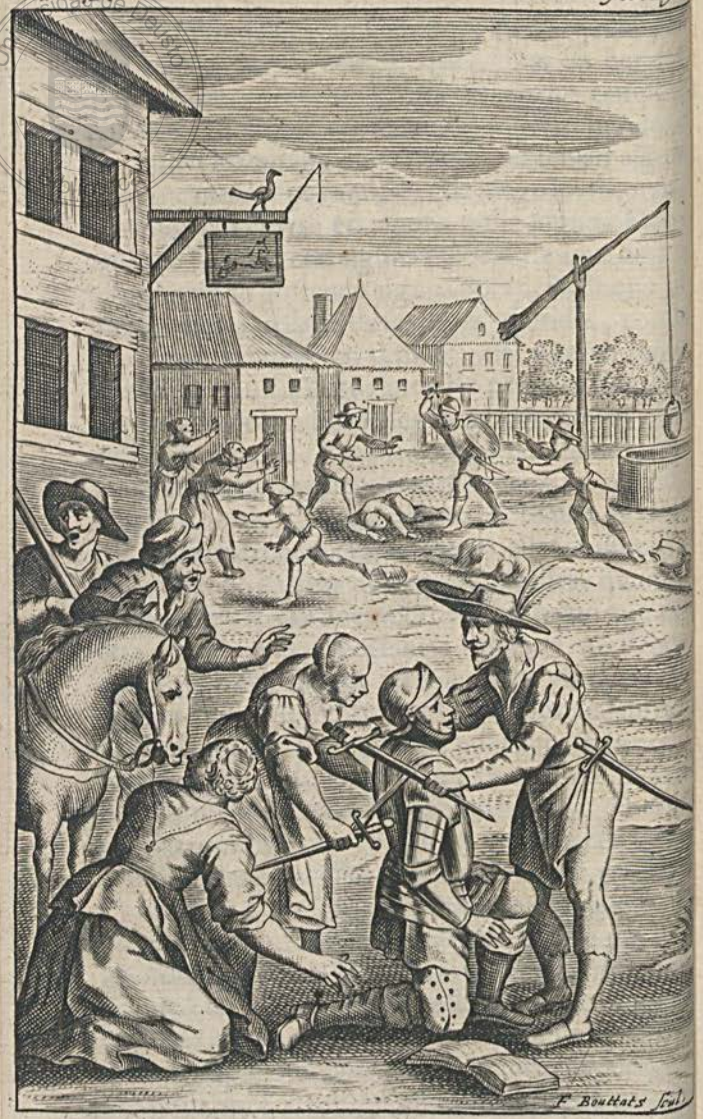
mejantes razones, estava confuso mirandole, sin saber que hazerse, ni dezirle, y porfiava con èl que se levantasse, y jamas quiso, hasta que le huvo de dezir, que èl le otorgava el don que le pedia. No esperava yo menos de la gran magnificencia vuestra, Señor mio, respondiò Don Quixote, y assi os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en quel dia me aveys de armar Cavallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarè las armas; y mañana, como tengo dicho, se complirà lo que tanto deseo, para poder como se deve yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como està à cargo de la cavalleria, y de los Cavalleros andantes, como yo soy, cuyo deseo à semejantes fazañas es inclinado. El ventero (que como esta dicho) era un poco soccarron, y ya tenia algunos baruntos de la falta de juyzio de su huesped, acabo de creerlo quando acabò de oyr semejantes razones: y por tener que reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor; y assi le dixo, que andava muy acertado en lo que deseava y pedia, y que tal presupuesto era proprio, y natural de los Cavalleros tan principales comò el parecia, y como su gallarda presencia mostrava: y que èl ansi mesmo en los años de su moçedad se avia dado à aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que huviesse dexado los percheles de Malaga, Islas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de S. Lucar, potro de Cordova, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde avia exercitado la ligereza

reza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaziendo algunas Donzellas, y engañando à algunos pupilos; y finalmente, dandose à conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España: y que à lo ultimo se avia venido à recoger à aquel su castillo, donde vivia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en èl à todos los Cavalleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuessen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con èl de sus averes, en pago de su buen deseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no avia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estava derribada para hazerla de nuevo: pero que en caso de necessidad, èl sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del Castillo, que à mañana, siendo Dios servido, se harian las devidas ceremonias, de manera que èl quedasse armado Cavallero, y tan Cavallero, que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntòle si traìa dineros, respondiò Don Quixote, que no traya blanca, porque èl nunca avia leydo en las Historias de los Cavalleros andantes, que ninguno los huviesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañava, que puesto caso que en las Historias no se escrivia, por averles parecido à los Autores della, que no era menester escrivir una cosa tan clara, y tan necessaria de traerse, como eran dineros, y camisas limpias, no por esso se avia de creer que no los truxeron: y assi tuviesse por cierto y averiguado, que todos los Cavalleros andantes, de que tantos libros estàn llenos y atestados, llevavan bien herradas las bolsas por lo que pudiesse sucederles; y

que assi mismo llèvavan camisa, y una arqueta pequeña llena de unguentos, para curar las heridas que recibian, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, avia quien los curasse, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna Donzella, ò Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedavan sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno huviessen tenido: mas que en tanto que esto no huviesse, tuvieron los passados Cavalleros por cosa acertada, que sus escuderos fuessen proveydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y unguentos para curarse: y quando sucedia, que los tales Cavalleros no tenian escuderos (que eran pocas y raras vezes) ellos mismos lo llevavan todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, à las ancas del cavallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fue muy admetido entre los Cavalleros andantes; y por esto le dava por consejo, pues aun se lo podia mandar como à su ahijado, que tan presto lo avia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las prevenciones recibidas, y que veria quan bien se hallava con ellas, quando menos se pensasse. Prometiole Don Quixote de hazer lo que se le aconsejava, con toda puntualidad: y assi se dio luego orden como velasse las armas en un corral grande que à un lado de la venta estava, y recogiendo las Don Quixote todas, las puso sobre una pila que junto à un poço estava: y embraçando su adarga, asiò de su lança, y con gentil continente se comen-



ço



ço à passear delante de la pila; y quando començo el passeo, començava à cerrar la noche. Contò el ventero à todos quantos estavan en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de cavalleria que esperava. Admiraronse de tan estraño genero de locura, y fueronselo à mirar desde lexos: y vieron que con sossegado ademan, unas vezes se passeava, otras arrimado à su lança, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche, Pero con tanta claridad de la Luna, que podia competir con èl que se la prestava: de manera, que quanto el novel Cavallero hazia, era bien visto de todos. Antojosele en esto à uno de los harrieros que estavan en la venta, yr à dar agua à su requa, y fue menester quitar las armas de Don Quixote, que estavan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu quien quiera que seas, atrevido Cavallero,, que llegas à tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñò espada, mira lo que hazes, y no las toques, sino quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curò el harriero destas razones (y fuerà mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) antes travando de las correas, las arrojò gran trecho de si. Lo qual visto por Don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (à lo que pareciò) en su Señora Dulcinea, dixo: Acorredme Señora mia en esta primera afrenta, que à este vuestro avassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor, y amparo: y diziendo estas, y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança à dos manos, y diò con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò

en el ſuelo tan mal trecho, que ſi ſegundara con otro, no tuviera neceſſidad de Maeſtro que le curara. Hecho eſto, recogiò ſus armas, y tornò à paſſearſe con el miſmo repoſo qui primero. Deſde allì à poco, ſin ſaberſe lo que avia paſſado (porque aun eſtava aturdido el harrero) llegò otro con la miſma intencion de dar agua à ſus mulos, y llegando à quitar las armas para deſembaraçar la pila, ſin hablar Don Quixote palabra, y ſin pedir favor à nadie, ſoltò otra vez la adarga, y alço otra vez la lança, y ſin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del ſegundo harriero, porque ſe la abriò por quatro: al ruydo acudiò toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo eſto Don Quixote, embraço ſu Adarga, y pueſta mano à ſu eſpada, dixo: O Señora de la formoſura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçon mio, aora es tiempo que buelvas los ojos de tu grandeza, à eſte tu cautivo Cavallero, que tamaña aventura eſta atendiendo. Con eſto cobrò à ſu parecer tanto animo, que ſi le acometieran todos los harrieros del mundo, no bolviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron deſde lexos à llover piedras ſobre Don Quixote, el qual lo mejor que podia, ſe reparava con ſu adarga: y no ſe oſava apartar de la pila, por no deſamparar las armas. El ventero dava vozes que le dexaſſen, porque ya les avia dicho como era loco, y que por loco ſe libraria, aunque los mataſſe à todos. Tambien Don Quixote les dava mayores, llamandolos de alevoſos y traydores, y que el Señor del caſtillo era un follon, y mal nacido Cavallero, pues de tal manera conſentia que ſe trataſſen los andantes Cavalleros y que ſi èl huviera recibido la orden de Cava-

Cavalleria, que èl le diera à entender ſu alevoſia: pero de voſotros, ſoez y baxa canalla, no hago caſo alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quanto pudieredes, que voſotros vereys el pago que llevays de vueſtra ſendez y demaſia. Dezia eſto con tanto brio, y denuedo, que infundiò un terrible temor en los que le acometian: y aſſi por eſto, como por las perſuaſiones del ventero, le dexaron de tirar: y èl dexò retirar à los heridos, y torno à la vela de ſus armas, con la miſma quietud y ſoſſiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de ſu hueſped, y determinò abreviar, y darle la negra orden de cavalleria luego, antes que otra deſgracia ſucediſſe: y aſſi llegandoſe à el, ſe diſculpò de la inſolencia que aquella gente baxa con èl avia uſado, ſin que èl ſupieſſe coſa alguna: pero que bien caſtigados quedavan de ſu atrevimiento. Dixole como ya le avia dicho, que en aquel caſtillo no avia capilla, y para lo que reſtava de hazer tan poco era neceſſaria, que todo el toque de quedar armado Cavallero, conſiſtia en la peſcoçada, y en el eſpaldarazo, ſegun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo ſe podia hazer: y que ya avia cumplido con lo que tocava al velar de las armas, que con ſolas dos horas de vela ſe cumplia; quanto mas, que èl avia eſtado mas de quatro. Todo ſe lo creyò Don Quixote, y dixo, que èl eſtava alli pronto para obedecerle, y que concluyeſſe con la mayor brevedad que pudieſſe: porque ſi fueſſe otra vez acometido, y ſe vieſſe armado Cavallero, no penſava dexar perſona viva en el caſtillo, excepto aquellas que èl le mandaſſe, à quien por ſu reſpeto dexaria. Advertido, y medroſo deſto el Caſtellano, truxo

luego un libro donde assentava la paja y cevada que dava à los harrieros: y con un cabo de vela que le traya un muchacho, y con las dos ya dichas Donzellas, se vino adonde Don Quixote estava, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda alçò la mano, y diole sobre el cuello un buen golpe, y tras èl con su misma espada, un gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezava.) Hecho esto, mandò à una de aquellas Damas que le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura y discrecion: porque no fue menester poca para no rebentar de risa, à cada punto de las ceremonias: pero las proëzas que ya avian visto del novel Cavallero, les tenia la risa à raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena Señora: Dios haga à vuestra Merced muy venturoso Cavallero, y le dè ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamava, porque èl supiesse de alli adelante à quien quedava obligado por merced recibida, porque pensava darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su braço. Ella respondiò con mucha humildad, que se llamava la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia à las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviesse le serviria, y le tendria por Señor. Don Quixote le replicò, que por su amor le hiziesse merced, que de alli adelante se pusiesse don, y se llamasse Doña Tolosa. Ella se lo prometio: y la otra le calçò la espuela con la qual le passò casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntòle su nombre, y dixo, que se llamava la Molinera, y que era hija de un honrado Molinero de Antequera:

à la



à la qual tambien rogò Don Quixote, que se pusiesse don, y se llamasse Doña Molinera, ofreciendole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriessa, las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vio la hora Don Quixote de verse à cavallo, y salir buscando las aventuras, y ensillando luego à Rozinante, subiò en èl, y abraçando à su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciendole la merced de averle armado Cavallero, que no es possible acertar à referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retorcias, aunque con mas breves palabras, respondiò à las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexò yr à la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucediò à nuestro Cavallero quando saliò de la venta.

LA del Alva seria; quando Don Quixote saliò de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alboroçado, por verse ya armado Cavallero, que el gozo rebentava por las cinchas del cavallo. Mas viniendole à la memoria los consejos de su huesped, cerca de las prevenciones tan necessarias que avia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinò bolver à su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero: haziendo cuenta de recebir à un labrador vezino suyo, que era pobre, y con hijos, pero muy à proposito para el oficio escuderil de la cavalleria. Con este pensamiento guiò à Rozinante hàzia su aldea, el qual

casi conociendo la querencia, con tanta gana començo à caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No avia andado mucho, quando le pareciò que à su diestra mano, de la espessura de un bosque que alli estava, salian unas vozes delicadas, como de persona que se quexava. Y à penas las huvo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que devo à mi profession, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas vozes, sin duda, son de algun menesteroso, ò menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda: y bolviendo las riendas, encaminò à Rozinante hazia donde le pareciò que las vozes salian. Y à pocos passos que entrò por el bosque, viò atada una yegua à una enzina, y atado en otra à un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, que era el que las vozes dava: y no sin causa, porque le estava dando con una pretina muchos açotes, un labrador de buen talle, y cada açote le acompañava con una reprehension y consejo; porque dezia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo harè otra vez, Señor mio, por la passion de Dios, que no lo harè otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuydado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que passava, con voz ayrada dixo: Descortes Cavallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro cavallo, y tomad vuestra lança (que tambien tenia una lança arrimada à la enzina, adonde estava arrendada la yegua) que yo os harè conocer ser de cobardes lo que estays haziendo. El labrador que viò sobre si aquella figura llena de armas,

mas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuvose por muerto, y con buenas palabras respondiò: Señor Cavallero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en estos contornos; el qual es tan descuydado, que cada dia me falta una, y porque castigo su descuydo, ò vellaqueria, dize que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le devo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo Don Quixote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passaros de parte à parte con esta lança, pagadle luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò à su criado. Al qual preguntò Don Quixote, que quanto le devia su amo: èl dixo que nueve meses, à siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y hallò que montavan sesenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolsasse, sino queria morir por ello. Respondiò èl medroso villano, que para èl passo en que estava, y juramento que avia hecho (y aun no avia jurado nada) que no eran tantos: porque se le avian de descontar y recebir en cuenta tres partes de çapatos que le avia dado, y un real de dos sangrias que le avian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò Don Quixote: pero quedense los çapatos, y las sangrias por los açotes que sin culpa le aveys dado; que si èl rompiò el cuero de los çapatos que vos pagastes, vos le aveys rompido èl de su cuerpo: y si le sacò el Barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la aveys sacado: assi que por esta par-

parte no os deve nada, El daño està, Señor Cavallero, en que no tengo aqui dineros, vengaſe Andres conmigo à mi caſa, que yo ſe los pagarè un real ſobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año, no Señor, ni por pienſo, porque en viendoſe ſolo, me deſollarà como à un S. Bartolome. No harà tal, replicò Don Quixote, baſta que yo ſe lo mande para que me tenga reſpeto: y con què èl me lo jure, por la ley de cavalleria, que ha recibido, le dexarè yr libre, y aſſegurarè la paga. Mire vueſtra Merced Señor lo que dize, dixo el muchacho, que eſte mi amo no es Cavallero, ni ha recibido orden de la cavalleria alguna, que es un Juan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco eſſo, reſpondiò Don Quixote, que Haldudos puede aver Cavalleros: quanto mas que cada uno es hijo de ſus obras. Aſſi es verdad, dixo Andres, pero eſte mi amo, de que obras es hijo, pues me niega mi ſoldada, y mi ſudor y trabajo? No niego, hermano Andres, reſpondiò el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cavallerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real ſobre otro; y aun ſahumados. Del ſahumerio os hago gracia, dixo Don Quixote, dadſelos en reales, que con eſſo me contento: y mirad que lo cumplays como lo aveys jurado, ſino por el miſmo juramento os juro de bolver à buſcaros, y à caſtigaros, y que os tengo de hallar, aunque os eſcondays mas que una lagartija. Y ſi quereys ſaber quien os manda eſto, para quedar con mas veras obligado à cumplirlo: Sabed que yo ſoy el valeroſo Don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agravios, y ſin razones, y à Dios quedad: y no

no ſe os parta de las mientes lo prometido, y jurado, ſo pena de la pena pronunciada. Y en diziendo eſto, picò à ſu Rozinante, y en breve eſpacio ſe apartò dellos. Siguiòle el labrador con los ojos, y quando vio que avia traſpueſto del boſque, y que ya no parecia, bolvioſe à ſu criado Andres, y dixole: Venid acà hijo mio, que os quiero pagar lo que os devo, como aquel desfazedor de agravios me dexò mandado. Eſſe juro yo, dixo Andres, y como que andarà vueſtra Merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen Cavallero, que mil años viva: que ſegun es de valeroſo, y de buen juez, vive Roque que ſino me paga, que buelva y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y aſiendole del braço, le tornò à atar la enzina, donde le dio tantos açotes, que le dexò por muerto. Llamad Señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agravios, vereys como no desfaze aqueſte, aunque creo que no eſtà acabado de hazer, porque me viene gana de deſollaros vivo, como vós temiades: pero al fin le deſatò, y le dio licencia que fueſſe à buſcar à ſu juez, para que executaſſe la pronunciada ſentencia. Andres ſe partiò algo mohino, jurando de yr à buſcar al valeroſo Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que avia paſſado, y que ſe lo avia de pagar con las ſetenas. Pero con todo eſto èl ſe partiò llorando, y ſu amo ſe quidò riendo: y deſta manera deshizo el agravio el valeroſo Don Quixote, el qual contentiſſimo de lo ſucedido, pareciendole que avia dado feliciſſimo, y alto principio à ſus cavallerias, con gran ſatisfacion de ſu miſmo yva cami-

caminando hàzia su aldea, diziendo à media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viven en la tierra, ô sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido à toda tu voluntad è talante, à un tan valiente y tan nombrado Cavallero, como lo es, y sera Don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibio la orden de Cavalleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto y agravio, que formò la sin razon, y cometiò la crueldad. Oy quitó el latigo de la mano à aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulava à aquel delicado infante. En esto llegò à un camino que en quatro se dividia; y luego se le vino à la imaginacion las encruzixadas donde los Cavalleros andantes se ponian à pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo, y el cabo de averlo muy bien pensado soltò la rienda à Rozinante, dexando à la voluntad del rozin la suya, el qual siguiò su primer intento, que fue el yrse camino de su cavalleriza. Y aviendo andado como dos millas, descubriò Don Quixote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes Toledanos, que yvan à comprar seda à Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados à cavallo, y tres moços de mulos à pie. A penas los divisò Don Quixote, quando se imaginò ser cosa de nueva aventura: y por imitar en todo quanto à èl le parecia possible, los passos que avia leydo en sus libros, le pareciò venir alli de molde uno que pensava hazer. Y assi, con gentil continente y denuedo, se afirmò bien en los estrivos, apretò la lança, llegò la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo espe-

esperando que aquellos Cavalleros andantes llegassen, que ya èl por tales los tenia y juzgava: y quando llegaron à trecho que se pudieron ver y oyr, llevantò Don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiessa, que no ay en el mundo todo Donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones, y à ver la estraña figura dèl que las dezia: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la colura de su dueño, mas quisieron ver de espacio en que parava aquella confession que se les pedia: y uno dellos que era un poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor Cavallero, nosotros no conocemos quien sea esta buena Señora que dezia, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno confessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò Don Quixote, que hizierades vosotros en confessar una verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo aveys de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender; donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal y sobervia; que aora vengays uno à uno (como pide la orden de cavalleria) ora todos juntos, como es costumbre, y mala usança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor Cavallero, replicò el mercader, suplico à vuestra Merced, en nombre de todos estos Principes que aqui estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando una cosa por nosotros jamas vista, ni oyda,

y mas

y mas siendo tan en perjuyzio de las Emperatrizes, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra Merced sea servido de mostrarnos algun retrato de essa Señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra Merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra açufre, con todo esso, por complazer à vuestra Merced, dirèmos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondiò Don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso que dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcobada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grande blasfemia que aveys dicho contra tamaña beldad, como es la de mi Señora. Y en diziendo esto, arremetiò con la lança baxa, contra el que lo avia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropeçara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atrevido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo una buena pieça por el campo, y queriendose levantar, jamas pudo: tal embaraço le causavan la lança, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnava por levantarse, y no podia, estava diziendo: Non fuyays gente cobarde, gente cautiva atended, que no por culpa mia, sino de mi cavallo estoy aqui tendido. Un moço de mulas de los que alli venian, que no devia de ser muy bien intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantos

arro-



arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle repuesta en las costillas. Y llegandose à èl, tomò la lança, y despues de averla hecho pedaços, con uno dellos començò à dar à nuestro Don Quixote tantos palos, que à despecho, y pesar de sus armas, le molìò como cibera. Davanle vozes sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estava ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embidar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tempestad de palos que sobre èl via, no cerrava la boca, amenaçando al cielo, y à la tierra, y à los Malandrines, que tal le parecian. Cansòse el moço, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo èl del pobre apaleada: el qual despues que se vio solo, tornò à provar si podia levantarse; pero sino lo pudo hazer quando sano y bueno, como la haria molido, y casi deshecho? y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propria desgracia de Cavalleros andantes, y toda la atribuya à la falta de su cavallo, y no era possible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CA-

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro Cavallero.

VIENDO pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse à su ordinario remedio, que era pensar en algun passo de sus libros, y truxole su locura à la memoria, aquel de Valdovinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montiña, Historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareciò à èl que le venia de molde para el passo en que se hallava: y assi con muestras de grande sentimiento, se començo à bolcar por la tierra, y à dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizen dezia el herido Cavallero del bosque: Donde estàs Señora mia, que no te duele mi mal? ò no lo sabes Señora, ò eres falsa, ò desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio, y Señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò à este verso, acertò à passar por alli un labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò à èl, y le preguntò, que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexava? Don Quixote creyò sin duda, que aquel era èl Marques de Mantua su tio, y assi no lo respondiò otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le dava cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estava admirado, oyendo aquellos disparates; y quitandole la visera, que ya estava hecha pedaços de los palos, le limpiò el rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y à penas le huvo limpiado quando le conocio, y le dixo: Señor Quixada (que assi se devia de llamar quando èl tenia juyzio, y no avia passado de Hidalgo sossegado, à Cavallero andante) quien ha puesto à vuestra Merced desta suerte; pero èl seguia con su romance à quanto le preguntava. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida, pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subiò sobre su jumento, por parecerle cavalleria mas sossegada. Recogiò las armas, hasta las astillas de la lança, y liòlas sobre Rozinante, al qual tomò de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensativo de oyr los disparates que Don Quixote dezia: y no menos yva Don Quixote que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando dava unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo, que de nuevo obligò à que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traya à la memoria los cuentos acomodados à sus sucessos; porque en aquel punto, olvidandose de Valdovinos, se acordò del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Narvaez le prendiò, y llevò cautivo à su Alcaydia. De suerte, que quando el labrador le bolvio à pregun-

guntar que como estava, y que sentia, le respondiò las mesmas palabras, y razones que el cautivo Abencerraje respondia à Rodrigo de Navaez, del mesmo modo que èl avia leydo la Historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escrive: aprovechandose della tan de proposito, que el labrador se yva dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conociò que su vezino estava loco, y davale priessa à llegar al pueblo, por escusar el enfado que Don Quixote le causava con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixò: Sepa vuestra Merced, Señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y harè los mas famosos hechos de cavallerias que se han visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondiò el labrador: Mire vuestra Merced, Señor, pecador de mi, que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra Merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado Hidalgo del Señor Quixada. Yo se quien soy, respondiò Don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues à todas las hazañas, que ellos todos juntos, y cada uno por si hizieron, se aventajarán las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, à la hora que anochecia: pero el labrador aguardò à que fuesse algo mas noche, porque no viessen al molido Hidalgo tan mal Cavallero. Llegada pues la hora que le pareciò, entrò en el pueblo, y en la casa de Don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estavan en ella la Cura, y el Barbero

bero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quixote, que estava diziendoles su ama à vozes: Que le parece à vuestra Merced, Señor Licenciado Pero Peres (que assi se llamava el Cura) de la desgracia de mi Señor, seys dias ha que no parecen èl ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desventurada de mi, que mi doy à entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cavallerias que èl tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio; que aora me acuerdo averle oydo dezir muchas vezes, hablando entre si, que queria hazerse Cavallero andante, y yrse à buscar las aventuras por essos mundos. Encomendados sean à Satanas, y à Barrabas tales libros, que assi han echado à perder el mas delicado entendimiento que avia en toda la Mancha. La Sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa Señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero) que muchas vezes le aconteciò à mi Señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras, dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojava el libro de las manos, y ponia mano à la espada, y andava à cuchilladas con las paredes, y quando estava muy cansado, dezia, que avia muerto à quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudava del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que avia recibido en la batalla, y beviase luego un gran jarro de agua fria, y quedava sano y sossegado, diziendo, que aquella agua era una preciosissima bevida, que le avia traydo el sabio Esquife, un gran encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avise à vuestras Mercedes de los disparates de mi Señor tio, para que lo remedia-

ran antes de llegar à lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuessen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y à fè que no se passe el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion à quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deve de aver hecho. Todo esto estavan oyendo el labrador, y Don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermidad de su vezino, y assi començò à dezir à vozes: Abran vuestras Mercedes al Señor Valdovinos, y al Señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al Señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez Alcayde de Antequera. A estas vozes salieron todos, y como conocieron los unos à su amigo, las otras à su amo y tio, que aun no se avia apeado del jumento, porque no podia, corrieron à abraçarle. El dixo: Tenganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi Cavallo: llevenme à mi lecho, y llamese, si fuere possible, à la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mirà en hora maça, dixo à este punto el Ama, si me dezia à mi bien mi coraçon, del pie que coxeava mi Señor: Suba vuestra Merced en buen hora, que sin que venga essa urgada le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de cavallerias, que tal han parado à vuestra Merced. Llevaronle luego à la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y èl dixo que todo era molimiento, por aver dado una gran cayda con Rozinante su cavallo, combatiendose con diez Jayanes, los mas desaforados, y atrevidos, que se pudie-

pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, Jayanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hizieronle à Don Quixote mil preguntas, y à ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importava. Hizose assi, y el Cura se informò muy à la larga del labrador, del modo que avia hallado à Don Quixote: èl se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle avia dicho, que fue poner mas deseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar à su amigo el Barbero Maese Nicolas, con el qual se vino à casa de Don Quixote.

CAPITULO VI.

Del donoso, y grande Escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso Hidalgo.

EL qual aun toda via dormia. Pidiò las llaves à la Sobrina del aposento, donde estavan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la Ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el Ama los viò, bolviose à salir del aposento con gran priessa, y tornò luego con escudilla de agua bendita, y un hisopo, y dixo: Tome vuestra Merced Señor Licenciado, rozie este aposento, no estè aqui algun encantado, de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en

pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Causò risa al Licenciado, la simplicidad del Ama, y mandò al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros uno à uno, para ver de que tratavan, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no ay para que perdonar à ninguno, porque todos han sido los dañadores, mejor serà arrojarlos por las ventanas al patio, hazer un rimero dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se harà la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el Ama; tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le diò en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cavallerias que se imprimiò en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y assi me parece, que como à dogmatizador de una secta tan mala, le devemos sin escusa alguna condenar al fuego. No Señor, dixo el Barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y assi como à unico en su arte se deve perdonar. Assi es verdad, dixo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos essotro que està junto à èl. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad, Señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y de principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo assi el Ama con mucho

cho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazava. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deste lado, à lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que à trueco de quemar à la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y à sus Eglogas, y à las endiabladas, y rebueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendrò, si anduviera en figura de Cavallero andante. De esse parecer soy oy, dixo el Barbero: y aun yo, añadiò la Sobrina. Pues assi es, dixo el Ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronselos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio con ellos por la ventana abaxo. Quien es esse tonel, dixo el Cura? Este es, respondiò el Barbero, Don Olivante de Laura. El autor desse libro, dixo el Cura, fue el mesmo que compuso à Jardin de Flores, y en verdad que no sepa determinar qual de los dos libros es mas de verdadero, ò por dezir mejor, menos mentiroso; solo se dezir, que este yrà al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el Barbero. Ay està el Señor Florismarte, replicò el Cura, pues à fe, que ha de parar presto en el corral, à pesar de su estraño nacimiento, y soñadas aventuras, que no dà lugar à otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral con èl, y con essotro, Señora Ama. Que me plaze Señor mio, respondia ella, y con mucha alegria executava lo que de era mandado. Este es el Cavallero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: acompañe à los demas sin replica,

y assi fue hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por titulo el Cavallero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir; tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cavallerias. Ya conozco à su Merced, dixo el Cura, ay anda el Señor Reynaldos de Montalvan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, con el verdadero Historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que à destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texiò su tela el Christiano Poëta Ludovico Arioslo, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su idioma, le pondrè sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondiò el Cura, y aqui le perdonaramos al Señor Capitan, que no le huviera traydo à España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haràn todos aquellos que los libros de verso quisieren bolver en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaràn al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en un poço seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos, exceptando à un Bernardo del Carpio que anda por ay, y à otro llamado Roncesvalles, que estos en llegando à mis manos,

nos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el Barbero, y lo tuvo por bien, y por cosa muy acertada: por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, viò que era Palmerin de Oliva, y junto à èl estava otro, que se llamava Palmerin de Ingalaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Essa Oliva se haga luego raxas, y se queme, que aun no queden della las cenizas: y essa Palma de Ingalaterra se guarde, y se conserve, como à cosa unica, y se haga para ello otra caxa, como la que hallò Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poëta Homero. Este libro, Señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una, porque èl por si es muy bueno; y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grande artificio, las razones cortesanas, y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer (Señor Maese Nicolas) que este, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin hazer mas cala y cata, parezcan. No Señor compadre, replicò el Barbero, que este que aqui tengo, es el afamado Don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necessidad de un poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les dà termino ultramarino,

rino, y como se enmendaren, assi se usarà con ellos de misericordia, ò de justicia: y en tanto, tenedlos vos compadre en vuestra casa, mas no los dexeys leer à ninguno. Que me plaze, respondiò el Barbero; y sin querer cansarse mas en leer libros de cavallerias, mandò al Ama que tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dixo à tonta ni à sorda, sino à quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela, por grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de una vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò uno à los pies del Barbero, que le tomò gana de ver de quien era, y viò que dezia: Historia del famoso Cavallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, que aqui estè Tirante el Blanco! Dadmele acà compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de passatiempos. Aqui està Don Quirieleyson de Montalvan, valeroso Cavallero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el Cavallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la Donzella Plazerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la Señora Emperatriz, enamorada de Hipolito su escudero. Digo os verdad, Señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los Cavalleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte; con otras cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso os digo, que merece el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran à galeras por todos los dias de su vida: Llevaldo à casa, y leelde, y veys

reys que es verdad quanto dèl os he dicho. Assi serà, respondiò el Barbero; pero que harèmos destos pequeños libros que quedan? Estos, dixo el Cura, no deven de ser de cavallerias, sino de Poësia: y abriendo uno, vio que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del mesmo genero:) Estos no merezen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haràn el daño que los de cavallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuyzio de tercero. Ay Señor, dixo la Sobrina, bien los puede vuestra Merced mandar quemar como à los demas, porque no seria mucho, que aviendo sanado mi Señor tio de la enfermedad cavalleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando y tañendo: y lo que seria peor, hazerse Poëta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta Donzella, dixo el Cura, y serà bien quitarle à nuestro amigo esto tropieço, y ocasion delante. Y pues començamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada: y casi todos los versos mayores, y quedesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es la Diana llamada segunda, del Salmantino, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondiò el Cura, acompañe y acreciente el numero de los condenados, la Corral: y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante Señor compadre, y demonos priessa,

sa, que se và haziendo tarde. Este libro es; di
el Barbero abriendo otro, los diez libros de For
na de Amor, compuestos por Antonio de Lofra
Poëta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo
Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las M
sas Musas, y los Poëtas Poëtas, tan gracioso,
tan disparatado libro, como esse no se ha compu
sto: y que por su camino es el mejor, y el mas u
co de quantos deste genero han salido à la luz
mundo: y èl que no le ha leydo, puede ha
cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: D
mele acà compadre, que precio mas averle hal
do, que si me dieran una sotana de raja de Flore
cia. Pusole à parte con grandissimo gusto, y el Ba
bero porsiguiò, diziendo: Estos que se siguen,
el Pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y dese
gaños de zelos Pues no ay mas que hazer, dixo
Cura, sino entregarlos al braço seglar del Ama,
no se me pregunte el porque, que seria nunca ac
bar. Este que viene es el Pastor de Filida. No
esse Pastor, dixo el Cura, sino muy discreto Co
tesano guardese como joya preciosa. Este gran
que aqui viene, se intitula, dixo el Barbero, T
soro de varias Poësias. Como ellas no fueran tan
tas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: mene
ster es que este libro se escarde, y limpie de alg
nas baxezas que entre sus grandezas tiene: guarde
se porque su autor es amigo mio, y por respeto
otras mas heroycas, y levantadas obras que ha escr
to. Este es, siguiò el Barbero, el Cancionero
Lopez Maldonado. Tambien el autor desse libro
replicò el Cura, es grande amigo mio, y sus versos
en su boca admiran à quien los oye: y tal es la su
vidad de la voz con que los canta, que encanta. A
go largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue
mucho: guardese con los escogidos. Pero que libro
es esse que està junto à èl? La Galatea de Miguel de
Cervantes, dixo el Barbero. Muchos años ha que es
grande amigo mio esse Cervantes, y se que es mas
versado en desdichas que en versos. Su libro tiene
algo de buena invencio, propone algo, y no conclu-
ye nada: es menester esperar la segunda parte que
promete, quiçà con la enmienda alcançarà del to-
do la misericordia que aora se le niega, y entretanto
que esto se vè, tenedle recluso en vuestra posada. Se-
ñor compadre que me plaze, respondiò el Barbero,
y aqui vienen tres todos junto: la Araucana de Don
Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo Ju-
rado de Cordoua, y el Monserrato de Christoval
Virues, Poëta Valenciano. Todos estos tres libros,
dixo el Cura, son los mejores que en verso heroy-
co, en lengua Castellana estàn escritos, y pueden
competir con los mas famosos de Italia, guardense
como las mas ricas prendas de Poësia que tiene Es-
paña. Cansòse el Cura de ver mas libros, y assi à
carga cerrada, quiso que todos los demas se quemas-
sen: pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se lla-
mava las lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo
el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huviera
mandado quemar, porque su autor fue uno de los
famosos Poëtas del mundo, no solo de España: y
fue felicissimo en la traducion de algunas fabulas de
Ovidio.

CA-

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen Caballero Don Quixote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comencò à dar vo
Don Quixote, diziendo: Aqui, aqui va
rosos Cavalleros, aqui es menester most
la fuerça de vuestros valerosos braços, que los C
tesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudi
este ruydo, y estruendo, no se passò adelante c
el escrutinio de los demas libros que quedavan
assi se cree qui fueron al fuego, sin ser vistos,
oydos, la Carolea, y Leon de España, con los
chos del Emperador, compuestos por Don L
de Avila, que sin duda devian de estar entre los q
quedavan: y quiçà si el Cura los viera, no pa
ran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron
Don Quixote, ya el estava levantado de la
ma, y proseguia en sus vozes, y en sus desatinos, d
do cuchilladas y reveses à todas partes, estando
despierto, como si nunca huviera dormido. Ab
çaronse con èl, y por fuerça le bolvieron al lech
y despues que huvo sossegado un poco, bolvien
se à hablar con el Cura, le dixo: Por cierto Se
Arçobispo Turpin, que es gran mengua de los q
nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas ni m
llevar la vitoria deste torneo à los Cavalleros C
tesanos, aviendo nosotros los aventureros ganad
prez en los tres dias antecedentes. Calle vue
Merced Señor compadre, dixo el Cura, que D
serà servido que la suerte se mude, y que lo que
se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra M

ced à su salud por aora, que me parece que deve de
estar demasiadamente cansado, si ya no es que està
mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote, pero
molido y quebrantado no ay duda en ello, porque
aquel bastardo de Don Roldan me ha molido à pa-
los con el tronco de una enzina, y todo de embidia,
porque vè que yo solo soy el opuesto de sus valen-
cias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montal-
van, si en levantandome deste lecho no me lo pa-
gare, à pesar de todos sus encantamentos, y por
aora traygànme de yantar, que se que es lo que mas
me harà al caso, y quedese lo del vengarme à mi
cargo. Hizieron lo assi, dieronle de comer, y que-
dose otra vez dormido, y ellos admirados de su lo-
cura. Aquella noche quemò y abrasò el Ama quan-
tos libros avia en el corral, y en toda la casa: y ta-
les devieron de arder, que merecian guardarse en
perpetuos archivos, mas no lo permitiò su suerte,
y la pereza del escrutiñador, y assi se cumpliò el re-
fran en ellos, de que pagan à las vezes justos por pe-
cadores. Uno de los remedios que el Cura y el Bar-
bero dieron por entonces para el mal de su amigo,
fue, que le mudassen, y tapiassen el aposento de
los libros, porque quando se levantasse, no los hal-
lasse, quiçà quitando la causa, cessaria el efeto: y
que dixessen que un encantador se los avia llevado,
y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha
presteza. De alli à dos dias se levantò Don Quixo-
te, y lo primero que hizo fue yr à ver sus libros: y
como no hallava el aposento donde le avia dexado,
andava de una en otra parte buscandole. Llegava
à donde solia tener la puerta, y tentavala con las
manos, y bolvia y rebolvia los ojos por todo sin de-
zir palabra: pero al cabo de una buena pieça, pre-

gun-

guntò à su Ama que hàzia que parte estava el apo-
sento de sus libros. El Ama que ya estava bien ad-
vertida de lo que avia de responder, le dixo: Que
aposento, ò que nada busca vuestra Merced, y
no ay aposento, ni libros en esta casa, porque to-
do se lo llevò el mesmo diablo. No era diablo, re-
plicò la Sobrina, sino un encantador que vino so-
bre una nube una noche, despues del dia que vue-
stra Merced de aqui se partiò, y apeandose de una
sierpe en que venia Cavallero, entrò en el aposen-
to, y no se lo que se hizo dentro, que acabo de poca
pieça saliò bolando por el texado, y dexò la casa
llena de humo, y quando acordamos à mirar lo que
dexava hecho, no vimos libro, ni aposento algu-
no, solo se nos acuerda muy bien, à mi, y al A-
ma, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, di-
xò en altas vozes, que por enemistad secreta que
tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dexa-
va hecho el daño en aquella casa que despues se ve-
ria: dixo tambien, que se llamava el sabio Muña-
ton. Freston diria, dixo Don Quixote. No se,
respondio el Ama, si le llamava Freston, ò Friton,
solo se que acabò en ton su nombre. Assi es, dixo
Don Quixote, que esse es un sabio encantador y
grande enemigo mio, qui me tiene ojeriza, por-
que sabe por sus artes y letras, que tengo de venir
andando los tiempos, à pelear en singular batalla
con un Cavallero à quien èl favorece, y le tengo
de vencer, sin que èl lo pueda estorvar, y por esto
procura hazerme todos los sinsabores que puede, y
mandole yo, que mal podrà èl contradezir, ni evi-
tar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda
de esso, dixo la Sobrina, pero quien le mete à
vuestra Merced, Señor tio, en essas pendencias,

no sera mejor estarse pacifico en su casa, y no yrse
por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin conside-
rar que muchos van por lana, y buelven tresquila-
dos. O Sobrina mia, respondiò Don Quixote, y
quan mal que estàs en la cuenta, primero que à mi
me tresquilen, tendrè peladas, y quitadas las bar-
bas à quantos imaginaren tocarme en la punta de un
solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas,
porque vieron que se le encendia la colera. Es pues
el caso, que èl estuvo quinze dias en casa, muy sosse-
gado, sin dar muestras de querer segundar sus pri-
meros devaneos, en los quales dias passò graciosis-
simos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el
Barbero: sobre que èl dezia, que la cosa de que
mas necessitad tenia el mundo, era de Cavalleros
andantes, y de que en èl se resucitasse la cavalleria
andantesca. El Cura algunas vezes le contradezia,
y otras concedia, porque sino guardava este artifi-
cio, no avia poder averiguarse con èl. En este tiem-
po solicitò Don Quixote à un labrador vezino suyo,
hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al
que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera.
En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadio, y
prometio, que el pobre villano se determinò de sa-
lirse con èl, y servirle de escudero. Deziale entre
otras cosas Don Quixote, que se dispusiesse à yr
con èl de buena gana, porque tal vez le podia su-
ceder aventura, que ganasse en quitame allà essas
pajas alguna Insula, y le dexasse à èl por Governa-
dor della. Con estas promessas, y otras tales, San-
cho Pança, que assi se llamava el labrador, dexò
su muger y hijos, y assentò por escudero de su ve-
zino. Diò luego Don Quixote orden en buscar di-
neros: y vendiendo una cosa, y empeñando otra,

y malbaratandolas todas, llegò una razonable cantidad. Acomodose assi mesmo de una rodela que pidio prestada à un su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, avisò à su escudero Sancho, del dia y la hora que pensava ponerse en camino, para que èl se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que llevasse alforjas: è dixo, que si llevaria, y que ansi mesmo pensava llevar un asno que tenia muy bueno, porque èl no estava duecho à andar mucho à pie. En lo del asno reparò un poco Don Quixote, imaginando, si se le acordava si algun Cavallero andante avia traydo escudero Cavallero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria: mas con todo esto determinò que le llevasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada cavalleria en aviendo ocasion para ello, quitandole el cavallo al primer descortès Cavallero que topasse. Proveyòse de camisas, y de las demas cosas que èl pudo, conforme al consejo que el ventero le avia dado. Todo lo qual hecho y cumplido, sin dispedirse Pança de sus hijos y muger; ni Don Quixote de su Ama, y Sobrina, una noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscassen. Yva Sancho Pança sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya Governador de la Insula que su Amo le avia prometido. Acertò Don Quixote à tomar la misma derrota, y camino, que èl avia tomado en su primer viage, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminava con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y he-

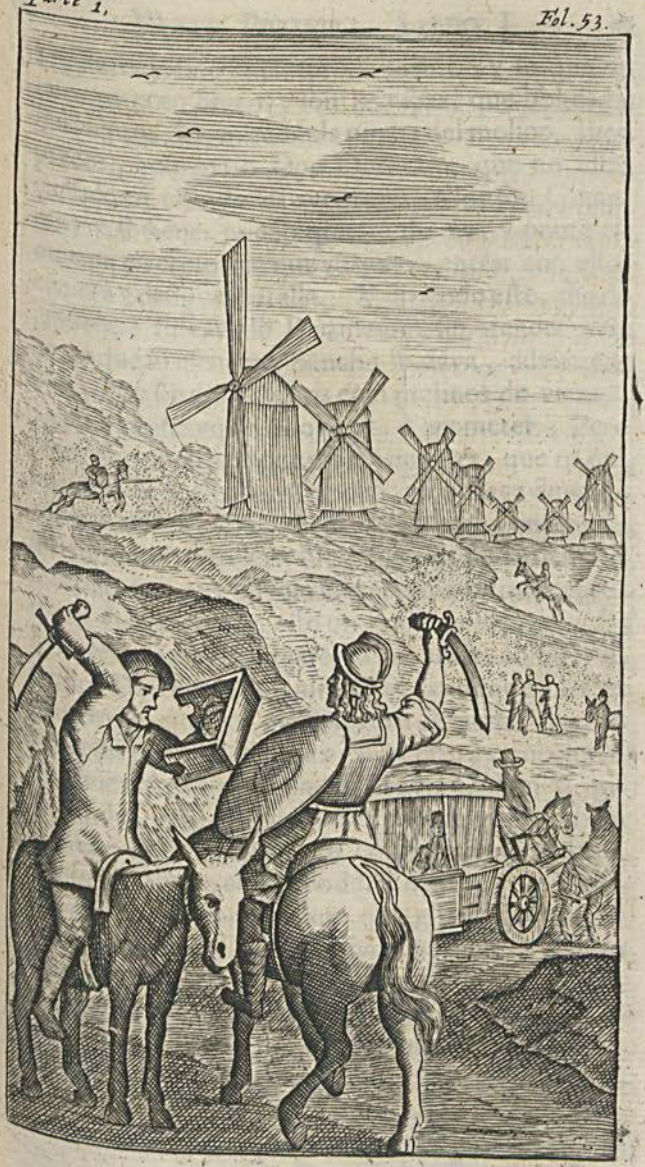
y herirles à soslayo los rayos del sol, no les fatigavan. Dixo en esto Sancho Pança à su Amo: Mire vuestra Merced, Señor Cavallero andante, que no se le olvide lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabrè governar por grande que sea. A lo qual le respondiò Don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy usada de los Cavalleros andantes antiguos hazer governadores à sus escuderos, de las Insulas, ò Reynos que governavan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida usança, antes pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas vezes, y quiça las mas, esperavan à que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de servir, y de llevar malos dias, y peores noches, les davan algun titulo de Conde, ò por lo menos de Marques, de algun Valle, ò Provincia de poco mas à menos: pero si tu vives, y yo vivo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuviesse otros à èl aderentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de uno dellos. Y no lo tengas à mucho, que cosas y casos acontecen à los tales Cavalleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Dessa manera, respondiò Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra Merced dize, por lo menos Juana Gutierrez, mi oyslo, vendria à ser Reyna, y mis hijos infantes. Pues quien lo duda, respondiò Don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque lloviesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa Señor, que no vale dos maravedis para Reyna. Condesa le ca-

rà mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu à Dios Sancho, reſpondiò Don Quixote, que èl le darà lo que mas le convenga: pero no apoques tu animo tanto, que te vengas à contentar con menos que con ſer Adelantado. No harè Señor mio, reſpondiò Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vueſtra Merced, que me ſabrà dar todo aquello que me eſtè bien, y yo puedo llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen ſuceſſo que el valeroſo Don Quixote tuvo en la eſpantable y jamas imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros ſuceſſos dignos de felice recordacion.

EN eſto deſcubrieron treynta, ò quarenta Molinos de viento que ay en aquel campo: y aſſi como Don Quixote los vio, dixo à ſu Eſcudero: La ventura va guiando nueſtras coſas mejor de lo que acertaramos à deſear. Porque vès alli amigo Sancho Pança, donde ſe deſcubren treynta, ò pocos mas deſaforados Gigantes, con quien pienſo hazer batalla, y quitarles à todos las vidas, con cuyos deſpojos començarèmos à enriquecer, que eſta es buena guerra, y es gran ſervicio de Dios, quitar tan mala ſimiente de ſobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança? Aquellos que alli vès, reſpondiò ſu Amo, de los braços largos, que los ſuelen tener algunos de caſi dos leguas. Mire vueſtra merced, reſpondiò Sancho, que aquellos que alli ſe pereçen no ſon Gigan-





Gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços, son las aspas, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondiò Don Quixote, que no estàs cursado en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tienes miedo quitate de ay, y ponte en oracion en el espacio que yo voy à entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas à su cavallo Rozinante, sin atender à las vozes que su escudero Sancho le dava, advirtiendole, que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes aquellos que yva à acometer. Pero èl yva tan puesto en que eran Gigantes, que ni oya las vozes de su escudero Sancho, ni echava de ver, aunque estava ya bien cerca lo que eran, antes yva diziendo en vozes altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas, que un solo Cavallero es el que os acomete. Leyantose en esto un poco de viento, y las grandes aspas començaron à moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: Pues aunque movays mas braços que los del Gigante Briareo, me lo aveys de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon à su Señora Dulcinea, pidiendole, que en tal trance le socorriesse, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetiò à todo el galope de Rozinante, y envistiò con el primero molino que estava delante, y dandole una lançada en el aspa, la bolviò el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, llevandose tras si al cavallo y al Cavallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança à socorrerle, à todo el correr de su asno: y quando llegò, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Va-

lame Dios, dixo Sancho, no le dixe yo à vuestra Merced que miraſſe bien lo que hazia, que no eran ſino molinos de viento, y nò lo podia ignorar, ſino quien llevaſſe otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, reſpondiò Don Quixote, que las coſas della guerra, mas que otras eſtàn ſujetas à continua mudança: quanto mas que yo pienſo, y es aſſi verdad, que aquel ſabio Freſton que me robo el apoſento, y los libros, ha buelto eſtos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de ſu vencimiento; tal es la enemiſtad que me tiene, mas al cabo al cabo han de poder poco ſus malas artes contra la bondad de mi eſpada. Dios lo haga como puede, reſpondiò Sancho Pança, y ayudandole à levantar, tornò à ſubir ſobre Rozinante, que medio deſpaldado eſtava: y hablando en la paſſada aventura, ſiguieron el camino del puerto Lapice, porque alli dezia Don Quixote, que no era poſſible dexar de hallarſe muchas y diverſas aventuras, por ſer lugar muy paſſagero, ſino que yva muy peſaroſo por averle faltado la lança, y diziendoſelo à ſu eſcudero, le dixo: Yo me acuerdo aver leydo, que un Cavallero Eſpañol, llamado Diego Peres de Vargas, aviendoſele en un batalla roto la eſpada, deſgajò de una enzina un peſado ramo, ò tronco, y con èl hizo tales coſas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedò por ſobrenombre Machuca, y aſſi èl como ſus decendientes ſe llamaron deſde aquel dia en adelante Vargas, y Machuca. Hete dicho eſto, porque de la primera enzina, ò roble que ſe me depare, pienſo deſgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienſo hazer con èl tales hazañas, que tu te tengas por bien afortunado, de aver merecido venir à verlas, y à ſer teſtigo de coſas que à penas podran ſer creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo aſſi, como vueſtra Merced lo dize, pero endereceſe un poco, que parece que và de medio lado, y deve ſer del molimiento de la cayda. Aſſi es la verdad, reſpondiò Don Quixote, y ſi no me quexo del dolor, es porque no es dado à los Cavalleros andantes quexarſe de herida alguna, aunque ſe le ſalgan las tripas por ella. Si eſſo es aſſi, no tengo yo que replicar, reſpondiò Sancho, pero ſabe Dios ſi yo me holgara que vueſtra Merced ſe quexara quando alguna coſa le doliera. De mi ſe dezir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, ſi ya no ſe entiende tambien con los eſcuderos de los Cavalleros andantes, eſſo del no quexarſe. No ſe dexò de reyr Don Quixote de la ſimplicidad de ſu eſcudero, y aſſi le declarò que podia muy bien quexarſe, como y quando quiſieſſe, ſin gana, ò con ella, que haſta entonces no avia leydo coſa en contrario en la orden de cavalleria. Dixole Sancho, que miraſſe que era hora de comer. Reſpondiòle ſu Amo, que por entonces no le hazia meneſter, que comieſſe èl quando ſe le antojaſſe: con eſta licencia ſe acomodò Sancho lo mejor que pudo ſobre ſu jumento, y ſacando de las alforjas lo que en ellas avia pueſto, yva caminando y comiendo detras de ſu Amo, muy de eſpacio, y de quando en quando empinava la bota con tanto guſto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tanto que èl yva de aquella manera menudeando tragos, no ſe le acordava de ninguna promeſſa que ſu Amo le huvieſſe hecho, ni tenia por ningun trabajo, ſino por mucho deſcanſo, andar buſcando las aventuras, por peligroſas que fueſſen.

sen. En resolucion, aquella noche la passaron entre unas arboles : y del uno dellos desgajò Don Quixote un ramo seco, que casi le podia servir de lança, y puso en èl el hierro que quitò de la que se le avia quebrado. Toda aquella noche no dormiò Don Quixote, pensando en su Señora Dulcinea, por acomodarse à lo que avia leydo en sus libros, quando los Cavalleros passavan sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus Señoras. No la passò assi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevò toda: y no fueran parte para despetarle (y su Amo no le llamara) los rayos del Sol que le davan en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nuevo dia saludavan. Al levantarse dio un tiento à la bota, y hallòla algo mas flaca que la noche antes, y afligiose el coraçon, por parecerle que no llevavan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como està dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron à su començado camino del puerto Lapice, y à obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole Don Quixote) podemos hermano Sancho Panço meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano à tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren Cavalleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de cavalleria que me ayudes, hasta que seas armado Cavallero. Por cierto

cierto Señor, respondiò Sancho, que vuestra Merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare à defender mi persona, no tendrè mucha cuenta con essas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondiò Don Quixote, pero en esto de ayudarme contra Cavalleros, has de tener à raya tus naturales impetus. Digo que assi lo harè, respondiò Sancho, y que guardarè esse precepto, tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, assomaron por el camino dos Frayles de la Orden de san Benito, Cavalleros sobre dos Dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian: Trayan sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ò cinco de acavallo que le acompañavan, y dos moços de mulas à pie. Venia en el coche, como despues se supo, una Señora Vizcayna, que yva à Sevilla donde estava su marido, que passava à las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frayles con ella, aunque yvan el mesmo camino: mas à penas los diviso Don Quixote, quando dixo à su escudero: O yo me engaño, ò esta ha de ser la mas famosa aventura que se aya visto, porque aquellos bultos, negros que alli parecen, deven de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtado alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto à todo mi poderio. Peor serà esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire Señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deve de ser de al-

alguna gente passagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondiò Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y aora lo veràs: y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que à èl le pareciò que le podrian oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas que en esse coche llevays forçadas, sino aparejaos à recebir presta muerte, por gusto castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de Don Quixote, como de sus razones, à las quales respondieron: Señor Cavallero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos Religiosos de san Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, ò no, ningunas forçadas Princesas. Para con migo no ay palabras blandas, que ya yo os conozco fementida canalla, dixo Don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò à Rozinante, y la lança baxa arremetiò contre el primero frayle, con tanta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, èl le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo Religioso que vio del modo que tratavan à su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò à correr por aquella campaña, mas ligero que el mismo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetiò à èl, y le començò à quitar los habitos. Llegaron en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle, por-

que porque le desnudava? Respondiòles Sancho, que aquello le tocava à èl legitimamente, como despojos de la batalla que su Señor Don Quixote avia ganado. Los moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya Don Quixote estava desviado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron à cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido: y sin detenerse un punto, tornò à subir el frayle, todo temeroso y acobardado, y sin color en el rostro: y quando se vio à cavallo, picò tras su compañero, que un buen espacio de alli le estava aguardando, y esperando en que parava aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado sucesso, siguieron su camino, haziendose mas cruzes que si llevaran al diablo à las espaldas. Don Quixote estava, como se ha dicho, hablando con la Señora del coche, diziendole: La vuestra fermosura, Señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la sobervia de vuestros rabadores yaze por el suelo, derribada por este mi fuerte braço: y porque no peneys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, Cavallero andante, y Aventurero, y Cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi aveys recibido, no quiero otra cosa, sino que bolvays al Toboso, y que de mi parte os presenteys ante esta Señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quixote dezia, escuchava un escudero de los que el coche acompañavan, que

era

era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexa
passar el coche adelante, sino que dezia, que luc
go avia de dar la buelta al Toboso, se fue para Do
Quixote, y asiendole de la lança, le dixo en mal
lengua Castellana, y peor Vizcayna, desta mane
ra: Anda Cavallero, que mal andes, por el Dio
que criòme, que sino dexas coche, assi te mata
como estàs ay Vizcayno. Entendiole muy bie
Don Quixote, y con mucho sossiego le respondiò
Si fueras Cavallero como no lo eres, ya yo huvier
castigado tu sandez, y atrevimiento, cautiva cri
tura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no Ca
vallero; Juro à Dios tan mientes como Christia
no Si lança arrojas, y espada sacas, el agua qua
presto veràs que al gato llevas: Vizcayno por tier
ra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mien
tes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes di
xo Agrages, respondiò Don Quixote, y arrojan
do la lança en el suelo, sacò su espada, y embraç
su rodela, y arremetiò al Vizcayno, con determina
cion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vi
venir aunque quisiera apearse de la mula, que po
ser de las malas de alquiler, no avia que fiar en ella
no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pe
avinole bien, que se hallò junto al coche, de don
pudo tomar una almohada que le sirviò de escudo
y luego se fueron el uno para el otro, como si fue
ran dos mortales enemigos. La demas gente quis
ra ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia
Vizcayno en sus mal travadas razones, que sino
dexavan acabar su batalla, que èl mismo avia d
matar su ama, y à toda la gente que se lo estorvas
La Señora del coche admirada, y temerosa de l
que veya, hizo al cochero que se desviasse de al
algu

algun poco, y desde lexos se puso à mirar la rigu
rosa contienda: en el discurso de la qual, dio el
Vizcayno una gran cuchillada à Don Quixote en
cima de un ombro, por encima de la rodela, que
à darsela sin defensa, le abriera hasta la cintu
ra. Don Quixote que sintio la pesadumbre de aquel
desaforado golpe, dio una gran voz, diziendo:
O Señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermo
sura, socorred à este vuestro Cavallero, que por
satisfazer à la vuestra mucha bondad, en este rigu
roso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la
espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arre
meter al Vizcayno, todo fue en un tiempo, llevan
do determinacion de aventurarlo todo à la de un
solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir con
tra èl, bien entendio por su denuedo su corage, y
determinò de hazer lo mesmo que Don Quixote: y
assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin po
der rodear la mula à una ni à otra parte, que ya de
puro cansada, y no hecha y semejantes niñerias, no
podia dar un passo: Venia pues, como se ha dicho,
Don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la
espada en alto, con determinacion de abrirle por
media: y el Vizcayno le aguardava ansi mesmo,
levantada la espada, y aforrado con su almohada,
y todos los circumstantes estavan temerosos, y col
gados de lo que avia de suceder de aquellos tamaños
golpes con que se amenaçavan, y la Señora del co
che, y las demas criadas suyas, estavan haziendo
mil votos, y ofrecimientos à todas las imagenes, y
casas de devocion de España, porque Dios librasse
à su escudero, y à ellas de aquel tan grande peligro
en que se hallavan. Pero està el daño de todo
esto, que este punto y termino dexa pendiente
el

el autor desta Historia esta batalla, disculpando
se, que no hallò mas escrito destas hazañas d
Don Quixote, de las que dexa referidas. Bien c
verdad, que el segundo autor desta obra no quis
creer que tan curiosa Historia estuviesse entregada
las leyes del olvido, ni que huviessen sido tan poc
curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuvie
sen en sus archivos, ò en sus escritorios, algun
papeles que deste famoso Cavallero tratassen, y a
con esta imaginacion, no se desesperò de hallar
fin desta apacible Historia, el qual siendole el cie
favorable, le hallò del modo que se contarà en
segundo Libro.



LIBRO SEGUNDO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO IX.

Donde se concluye y dà fin à la estupenda Batalla que el gallardo Vizcayno, y valiente Manchego tuvieron.

DEXAMOS en el primero Libro desta Historia al valeroso Vizcayno, y al famoso Don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertavan, por lo menos se dividirian, y fenderian de arriba à baxo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso parò, y quedò destroncada tan sabrosa Historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltava. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto aver leydo tan poco, se bolvia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho que à mi parecer faltava de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible, y fue-

ra de toda buena costumbre, que à tan buen Caballero le huviesse faltado algun sabio que tomara à cargo el escrivir su nunca vistas hazañas, cosa que no faltò à ninguno de los Cavalleros andantes, de los que dizen las gentes que van à sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno, ò dos sabios como de molde, que no solamente escrivan sus hechos, sino que pintavan sus mas minimos pensamientos y niñerias, por mas escondidas que fuessen. Y no avia de ser tan desdichado tan buen Cavallero, que le faltasse à èl lo que sobrò à Platir, y à otros semejantes. Y assi no podia inclinarme à creer que tan gallarda Historia huviesse quedado manca y estropeada, y echava la culpa à la malignidad del tiempo, devorador, y consumidor de todas las cosas: el qual, ò la tenia oculta, ò consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se avian hallado tan modernos como Desengaño de zelos, y Ninfas, y pastores de Henares, que tambien su Historia devia de ser moderna, y que ya que no estuviesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las à ella circumvezinas. Esta imaginacion me traya confuso, y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la cavalleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andantes armas: y al de desfazer agravios, socorrer viudas, amparar Donzellas, de aquellas que andavan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas de monte en monte, y de valle en valle: que si no era que algun follon, ò algun villano de acha y capellina, ò algun

gun descomunal Gigante las forçava, Donzella huvo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no dormiò un dia debaxo de texado, se fue tan entera à la sepultura, como la madre que la avia parido. Digo pues que por estos, y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quixote, de continuas y memorables alabanças: y aun à mi no se me deven negar, por el trabajo y diligencia que puse, en buscar el fin desta agradable Historia. Aunque bien se, que si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudaron, el mundo quedar à falto, y sin el passatiempo, y gusto que bien casi dos horas podrà tener èl que con atencion la leyere. Passò pues èl hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegò un muchacho à vender unos cartapacios, y papeles viejos à un sedero, y como soy aficionado à leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomè un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conoci ser Aravigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyesse: y no fue muy dificulteso hallar interprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor, y mas antigua lengua, le hallara. En fin la suerte me deparò uno, que diziendole mi deseo, y poniendole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo un poco en èl, se començo à reyr. Preguntèle, que de que se reya? y respondiome, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion. Dixele que me la dixesse, y el sin dexar la risa, dixo: Esta, como

he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta Historia referida, dizen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo oy dezir Dulcinea del Toboso, quedè atonito, y suspenso, porque luego se me representò, que aquellos cartapacios contenian la Historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le dipriesia que leyesse el principio: y haziendolo assi, bolviendo de improviso el Aravigo en Castellano, dixo que dizia: Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, Historiador Aravigo. Mucha discrecion fue menester para dissimular el contento que recebi, quando llegò à mis oydos el titulo del libro: y salteandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si èl tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseava, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la compra. Apartème luego con el Morisco, por el claustro de la Iglesia mayor, y roguèle me bolviesse aquellos cartapacios, todos los que tratavan de Don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que èl quisiesse. Contentòse con dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometiò de traduzirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe à mi casa donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda, del mesmo modo que aqui se refiere. Estava en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcayno, puestos en la mesma postura que la Historia cuenta, levantadas

das las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al vivo, que estava mostrando ser de aquiler à tiro de ballesta. Tenia à los pies escrito el Vizcayno un titulo que dezia: Don Sancho de Azpetia, que sin duda devia de ser su nombre; y à los pies de Rozinante estava otro que dezia: Don Quixote. Estava Rozinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuada y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostrava bien al descubierto con quanta advertencia y propiedad, se le avia puesto el nombre de Rozinante. Junto à èl estava Sancho Pança, que tenia del cabestro à su asno; à los pies del qual estava otro retulo que dezia: Sancho çancas, y devia de ser, que tenia à lo que mostrava la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas: y por esto se le devio de poner nombre de Pança, y de çancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la Historia. Otras algunas menudencias avia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso à la verdadera relacion de la Historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si à esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrà ser otra, sino aver sido su autor Aravigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender aver quedado falto en ella que demasiada. Y assi me parece à mi, pues quando pudiera, y deviera estender la pluma, en las alabanças de tan buen Cavallero, parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, aviendo y deviendo ser los Historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apassionados, y

que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la Historia emula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo passado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta se que se hallarà todo lo que se acertare à desear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin su segundo Libro, siguiendo la traducion, començava desta manera.

Puestas, y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados cõbatientes, no parecia sino que estavan amenazando al cielo, à la tierra, y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue à descargar el golpe fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que à no bolverse le la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin à su rigurosa contienda, y à todas las aventuras de nuestro Cavallero: mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torciò la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el ombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien serà aquel que buenamente pueda contar aora la rabia que entrò en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alço de nuevo en los estrivos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre èl una montaña, començo à echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y à dar muestras de caer de la mula à baxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara con el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estrivos, y luego soltò los braços y la mula espantada del terrible golpe, dio à correr por el campo, y à pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estávase lo con mucho sossiego mirando Don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cavallo, y con mucha ligereza se llegò à èl, y poniendole la punto de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estava el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y èl lo passara mal, segun estava ciego Don Quixote, si las Señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo avian mirado la pendencia, no fueran adonde estava, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced y favor de perdonar la vida à aquel su escudero. A lo qual Don Quixote respondiò, con mucho entono y gravedad: Por cierto fermosas Señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con una condicion y concierto; y es, que este Cavallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dèl lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y desconsolada Señora, sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuesse, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fè dessa palabra

labra yo no le harè mas daño, pueſto que me lo tenia bien merecido.

CAPITULO X.

De lo que mas le avino à Don Quixote con el Vizcayno, y del Peligro en que ſe vio con una turba de Yangueſes.

YA en eſte tiempo ſe avia levantado Sancho Pança, algo mal tratado de los moços de los frayles, y avia eſtado atento à la batalla de ſu Señor Don Quixote, y rogava à Dios en ſu coraçon fueſſe ſervido de darle vitoria, y que en ella ganaſſe alguna Inſula de donde le hizieſſe Governador, como ſe lo avia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que ſu amo bolvia à ſubir ſobre Rozinante, llegò à tenerle el eſtrivo: y antes que ſubieſſe, ſe hincò de rodillas delante dèl, y aſiendole de la mano ſe la besò, y le dixo: Sea vueſtra Merced ſervido, Señor Don Quixote mio, de darme el govierno de la Inſula que en eſta riguroſa pendencia ſe ha ganado, que por grande que ſea, yo me ſiento con fuerças de ſaberla governar, tal, y tan bien, como otro que aya governado Inſulas en el mundo. A lo qual reſpondiò Don Quixote: Advertid hermano Sancho, que eſta aventura, y las à eſta ſemejantes, no ſon aventuras de Inſulas, ſino de encruzijadas, en las quales no ſe gana otra coſa, que ſacar rota la cabeça, ò una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras ſe ofreceran donde no ſolamente os pueda hazer Governador, ſino mas ade-

adelante. Agradecioſelo mucho Sancho, y beſandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò à ſubir ſobre Rozinante, y èl ſubio ſobre ſu aſno, y comencò à ſeguir à ſu ſeñor, que à paſſo tirado, ſin deſpedirſe, ni hablar mas con las del coche, ſe entrò por un boſque que alli junto eſtava. Seguiale Sancho, à todo el trote de ſu jumento: pero caminava tanto Rozinante, que viendoſe quedar atras, le fue forçado dar vozes à ſu amo, que ſe aguardaſſe. Hizolo aſſi Don Quixote, teniendo las riendas à Rozinante, haſta que llegaſſe ſu canſado eſcudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme, Señor, que ſeria acertado yrnos à retraer à alguna Igleſia, que ſegun quedò mal trecho aquel con quien os combatiſtes, no ſerà mucho que den noticia del caſo à la ſanta Hermandad, y nos prendan: y à fè que ſi lo hazen, que primero que ſalgamos de la carcel, que nos ha de ſudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has viſto tu, ò leydo jamas, que Cavallero andante aya ſido pueſto ante la juſticia, por mas homicidios que huvieſſe cometido. Yo no ſe nada de omecillos, reſpondiò Sancho, ni en mi vida le catè à ninguno: ſolo ſe que la ſanta Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en eſſotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, reſpondiò Don Quixote, que yo te ſacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu viſto mas valeroſo Cavallero, que yo, en todo lo deſcubierto de la tierra? Has leydo en hiſtorias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perſeverar, mas deſtreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad ſea, reſpondiò Sancho, que yo no he leydo ninguna

na historia jamas, porque ni se leer, ni escrivir: mas lo que osare apostar, es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos, no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced, es que se cure, que le và mucha sangre de esta oreja, que aqui traygo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respondiò Don Quixote, si à mi se me acordara de hazer una redoma del balsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraràn tiempo, y medicinas. Que redoma, y que balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es un balsamo, respondiò Don Quixote, de qui en tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor à la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y assi, quando yo le haga, y te le dè, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer:) bonitamente la parte del cuerpo que huviere caydo en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encaxallo y gualmente, y al justo. Luego me daràs à bever solos dos tragos del balsamo que he dicho, y verasme quedar mas sano que una mançana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el govierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos servicios, sino que vuestra merced me dè la receta de esse estremado licor, que para mi tengo que valdrà la onça adonde quiera mas, de à dos reales y no he menester yo mas para passar esta vida honrada, y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha

costa

costa el hazelle? Con menos de tres reales se pueden hazer tres azumbres, respondiò Don Quixote. Pecador de mi, replico Sancho, pues à que aguarda vuestra merced à hazelle, y à enseñarmele? Calla amigo, respondiò Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora curemenos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y unguento: mas quando Don Quixote llegò à ver rota su zelada, pensò perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los santos quatro Evangelios, donde mas largamente estàn escritos, de hazer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su sobrino Valdovinus; que fue de no comer pan à manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Advierta vuestra merced, Señor Don Quixote, que si el Cavallero cumpliò lo que se dexò ordenado, de yrse à presentar ante mi Señora Dulcinea del Toboso, ya avrà cumplido con lo que devia, y no merece otra pena, sino comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondiò Don Quixote, y assi anulo el juramento, en quanto lo que toca à tomar del nueva vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal y tan buena como esta à algun Cavallero. Y no pienses Sancho, que assi à humo de pajas hago esto, que bien tengo à quien imitar en ello, que esto mesmo passò al pie

de

de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò à Sacripante. Que dè al diablo vuestra merced tales juramentos, Señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame aora, si à caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hazer, hase de cumplir el juramento à despecho de tantos inconvenientes, è incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra Merced quiere revalidar aora? Mire vuestra Merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros y carreteros, que no solo no traen zeladas, pero quiçà no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo Don Quixote, porque no avremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca, à la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea assi, dixo Sancho, y à Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te dè esso cuydado alguno, que quando faltare Insula, ay està el Reyno de Dinamarca, ò el de Sobradisa, que te vendràn como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deves mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balsamo que te he dicho, porque yo te voto à Dios, que me và doliendo mucho la oreja. Aqui traygo una cebolla,

cebolla, y un poco de queso, y no se quantas mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen à tan valiente Cavallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondiò Don Quixote: hagote saber Sancho, que es honra de los Cavalleros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas à mano: y esto se te hiziera cierto, si huvieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los Cavalleros andantes comiessen, sino era à caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passavan en flores. Y aunque se dexa entender, que no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las floresta, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sancho amigo, no te congoje lo que à mi me dà gusto, ni quieras tu hazer mundo nuevo, ni sacar la Cavalleria andante de susquicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no se leer, ni escrevir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la professiion cavalleresca, y de aqui adelante yo proveerè las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, que es Cavallero: y para mi la proveerè, pues no lo soy, de otras cosas volatiles, y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò Don Quixote, que sea forçoso à los Cavalleros andantes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento devia de

ser

ser dellas, y de algunas yervas que hallavan por los campos que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondiò Sancho, conocer essas yervas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de esse conocimiento. Y sacando en esto, lo que dixo que traya, comieron los dos en buena paz y compañia. Pero deseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego à cavallo, y dieronse priessa por llegar à poblado antes que anochecieste: pero faltòles el sol, y la esperança de alcançar lo que deseavan, junto à unas choças de unos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fue de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez que esto le sucedia era hazer un acto possessivo que facilitava la prueva de su cavalleria.

CAPITULO XI.

De lo que le sucediò à Don Quixote con unos Cabreros.

FUE recogido de los cabreros con buen animo, y aviendo Sancho lo mejor que pudo acomodado à Rozinante, y à su jumento, si fue tras el olor que despedian de si ciertos tassajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estavan, y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estavan en sazon de trasladarlos del caldero al estomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, adereçaron con mucha priessa su rustica mesa, y combidaron à los dos, con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentaronse à la redonda de las pieles seys dellos, que eran los que en la majada avia: aviendo primero con grosseras ceremonias rogado à Don Quixote que se sentasse sobre un dornajo que buelto del reves le pusieron. Sentòse Don Quixote, y quedavase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viendole en pie su Amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que en si encierra la andante cavalleria, y quan à pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan de venir brevemente à ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa commigo, que soy tu Amo, y natural Señor, que comas en mi plato, y bevas por donde yo beviere: porque de la cavalleria andante se puede dezir lo mesmo que del Amor se dize, que todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sancho; pero se dezir à vuestra merced, que como yo tuviesse bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie, y à mis solas, como sentado à par de un Emperador. Y aun si và à dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forçoso mascar de espacio bever poco limpiarme à menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Assi que, Señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la cavalleria andante, como lo soy, siendo Escudero de vuestra mer-

merced, conviertalas en otras cosas que me sean de mas comodo y provecho que estas (aunque las doy por bien recebidos) las renuncio para desde aqui fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, por que à quien se humilla, Dios le ensalça, y asiendole por el braço, le forço, à que junto à èl se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de Escuderos, y de Cavalleros andantes, y no hazian otra cosa que comer y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donayre y gana embaulavan tassajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juramente pusieron un medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estava en esto ocioso el cuerno, porque andava à la redonda tan à menudo (ya lleno, ya vazio) como arcadas de noria, que con facilidad vaziò un zaque, de dos que estavan de manifiesto. Despues que Don Quixote huvo bien satisfecho su estomago, tomò un puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò la voz à semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos, aquellos à quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoravan estas dos palabras de Tuyo y Mio. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, à nadie le era necessario para alcançar su ordinario sustento tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas encinas, que liberalmente les estavan combidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, sabro-

sas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formavan su Republica las solicitas y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que èl de su cortesia, sus anchas y livianas cortezas, con que se començaron à cubrir las casas sobre rusticas estacas sustendadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se avia atrevido la pesada reja del corbo arado à abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada ofrecia por todas las partes de su fertil y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar, y deleytar à los hijos que entonces la posseyan. Entonces si, que andavan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se usan, à quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiçà yvan tan pomposas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas, con las raras y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoravan los concetos amorosos del alma, simple, y sensillamente, del mesmo modo, y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No avia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandose con

con la verdad y llaneza. La justicia se estava en sus proprios terminos, sin que la osassen turbar, ni ofender los del favor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaje, aun no se avia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no avia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las Donzellas, y la honestidad andavan, como tengo dicho, por donde quiera, sola, y Señora, sin temor que la agena desemboltura, y lascivo intento le menoscabassen, y su perdicion nacida de su gusto, y propria voluntad. Y aora en estos nuestros detestables siglos no està segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nuevo laberinto, como el de Creta; porque alli por los resquicios, ò por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los Cavalleros andantes, para defender las Donzellas, amparar las viudas, y socorrer à los huerfanos, y à los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, à quien agradezco el agassajo, y buen acogimiento que haceys à mi, y à mi escudero: que aunque por ley natural, estan todos los que viven obligados à favorecer à los Cavalleros andantes, toda via, por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes, y regalastes, es razon, que con la voluntad à mi possible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro Cavallero, porque las bellotas que le dieron, le truxeron à la memoria la edad dorada: y antojòsele hazer aquel inutil razonamiento à los cabreros, que sin responderle palabra, embobados, y suspensos le estu-

estuvieron escuchando. Sancho, assi mesmo callava, y comia bellotas, y visitava muy à menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardò en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, Señor Cavallero andante, que le agassajamos con prompta, y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hazer que cante un compañero nuestro, que no tardarà mucho en estar aqui: el qual es un zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrevir, y es musico de un rabel, que no ay mas que desear. A penas avia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò à sus oydos el son del rabel, y de alli à poco llegò el que le tañia, que era un moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si avia cenado, y respondiendo que si, el que avia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podràs hazernos plazer de cantar un poco, porque vea este Señor huesped, que tenemos quien tambien por los montes y selvas ay quien sepa de musica. Hemos le dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y assi te ruego, por tu vida, que te sientes y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondiò el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de una desmochada enzina, y templando su rabel, de alli à poco con muy buena gracia començò à cantar, diziendo desta manera.

ANTONIO.

YO se Olalla que me adoras
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez,
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desvios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Abalançase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son servicios parte
De hazer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de una vez avràs visto,
Que me he vestido en los Lunes,
Lo que me honrava el Domingo.

Como

Como el amor, y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo à tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas de pinto,
Que has escachado à deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen
Ser yo de algunas mal quisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal piensa que adora un Angel,
Y viene à adorar à un Ximio.
Merced à los muchos dixes,
Y à los cabellos postizos,
Y à hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojose,
Bolvio por ella su primo,
Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo à monton,
Ni te pretendo, y te sirvo,
Por lo de Barragania,
Que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.
Donde no desde aqui juro
Por el santo mas bendito

De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON esto dio el Cabrero fin à su canto, y aunque Don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintiò Sancho Pança, porque estava mas para dormir, que para oyr canciones. Y assi dixo à su amo: Bien puede vuestra Merced acomodarse desde luego à donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondiò Don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de Musica. A todos nos sabe bien bendito sea Dios, respondiò Sancho. No lo niego, replicò Don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profession, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esta seria bien Sancho, que me buelvas à curar esta oreja que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandava. Y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuviesse pena, que èl pondria remedio con que facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli avia, las mascò, y las mezclò con un poco de sal, y aplicandoselas à la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no avia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

CA-

CAPITULO XII.

De lo que contò un Cabrero à los que estavan con Don Quixote.

ESTANDO en esto, llegò otro moço de los que les trayan del aldea el bastimento, y dixo: Sabeys lo que passa en el lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondiò uno dellos. Pues sabed, prosiguiò el moço, que muria esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por essos andurriales. Por Marcela diràs, dixo uno? Por essa digo, respondiò el cabrero. Y es lo bueno, que mandò en su testamento que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde està la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y èl dizen que lo dixo, aquel lugar es adonde èl la viò la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales que los abades del pueblo dizen, que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, respondè aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistiò de pastor con èl, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas à lo que se dize en fin se harà lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen à enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de

ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarè de yr à verla, si supiesse no bolver mañana al lugar. Todos harèmos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarèmos suertes à quien ha de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque no serà menester usar de essa diligencia, que yo me quedarè por todos: y no lo atribuyas à virtud, y à poca curiosidad mia, sino à que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respondiò Pedro. Y Don Quixote rogo a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondiò, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vezino de un lugar que estava en aquellas sierras, el qual avia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales avia buelto à su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente dezian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que passan allà en el cielo el sol, y la luna: porque puntualmente nos dezia el cris del sol, y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escureserse essos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerias, prosiguiò su cuento, diziendo: Assi mesmo adevinava quando avia de ser el año abundante, ò estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo Don Quixote? Esteril, ò estil, respondiò Pedro, todo se sale allà. Y digo, que con esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos que le davan credito, muy ricos, porque hazian lo que èl les aconsejava, diziendoles: Sembrad este año cevada, no trigo: en este podeys sembrar garvanços, y no cevada: el que viene serà de guilla de azeyte: los tres siguientes no se cogerà gota. Essa cien-

ciencia se llama Astrologia, dixo Don Quixote. No se yo como se llama, replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneciò vestido de pastor, con su ganado y pellico, aviendose quitado los habitos largos que como escolar traya, y juntamente se vistiò con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que avia sido su compañero en los estudios. Olvidavaseme de dezir como Grisostomo el difunto fue grande hombre de componer coplas, tanto que èl hazia los villanzicos para la noche del nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representavan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores à los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les avia movido à hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y èl quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, assi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço Señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino à entender, que el averse mudado de traje, no avia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò denantes, de la qual se avia enamorado el pobre difunto de Grisostomo. Y quiero os dezir aora, porque es bien que lo sepays quien es esta rapaza, quiçà,

y aun sin quiçà no avreys oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivays mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la Sarna, respondiò Pedro, y si es Señor, que me aveys de andar çaheriendo à cada passo los vocablos, no acabarèmos en un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por aver tanta diferencia de sarna à Sarra os lo dixe, pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicarè mas en nada. Digo pues, Señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huvo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisostomo, el qual se llamava Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas y grandes riquezas una hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huvo en todos estos contornos: no parece sino que aora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deve de estar su anima à la hora de aora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando à su hija Marcela muchacha y rica, en poder de un tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Creciò la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgava que le avia de passer la de la hija. Y assi fue, que quando llegò à edad de catorze à quinze años, nadie la mirava, que no bendezia à Dios que tan hermosa la avia criado, y los mas quedavan enamorados, y perdidos por ella. Guardavala su tio con mucho

mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, è importunado su tio se la diesse por muger. Mas èl (que à las derechas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo à la ganancia, y grangeria que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fè que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo, en alabança del buen Sacerdote. Que quiero que sepa Señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que devia de ser demasiadamente bueno el clerigo, que obliga à sus feligreses à que digan bien dèl, espècialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro le contays con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso. Y en lo demas sabreys, que aunque el tio proponia à la sobrina, y le dezia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogandole que se casasse, y escogiesse à su gusto, jamas ella respondiò otra cosa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia habil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que dava, al parecer justas escusas, dexava el tio de importunarla, y esperava à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compañia à su gusto. Porque dezia èl,

èl, y dezia muy bien, que no avian de dar los padres à sus hijos estado contra su voluntad. Pero heltelo aqui, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejavan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y assi como ella saliò en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabrè bien dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores han tomado el traje de Grisostomo, y la andan requebrando por essos campos. Uno de los quales, como ya està dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexava de querer, y la adorava. Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, ò de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrà alabar, que le aya dado alguna pequeña esperança de alcançar su deseo. Que puesto que no huye, ni se esquiva de la compañia, y conversacion de los pastores, y los trata cortès y amigablemente, en llegando à descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa, como la del matrimonio, los arroja de si como con un trabuco. Y con esta manera de condicion haze mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los coraçones de los que la tratan à servirla, y à amarla: pero su desden y desengaño los conduze à terminos de desesperarse; y assi no

no saben que dezirle, sino llamarla à vozes cruel, y desagradecida, con otros titulos à este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuviessedes, Señor, algun dia, veriades resonar estas sierras, y estos valles, con los lamentos de los desengañados que la siguen. No està muy lexos de aqui un sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga gravado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, una corona gravada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleva, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira un pastor, alli se quexa otro, acullà se oyen amorosas canciones, acà desesperadas endechas. Qual ay que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina ò peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embevecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol à la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos, y destos libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir à domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy à entender, que tambien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y assi os aconsejo, Señor, que no dexeys de hallaros mañana à su entierro, que serà muy de ver, porque Grisostomo tiene muchos ami-

amigos, y no està deste lugar à aquel donde mandò enterrarse media legua. En cuydado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradezco os el gusto que me aveys dado con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos à los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino alguno pastor que nos los dixesse: y por aora bien será que os vays à dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario acidente. Sancho Pança, que ya dava al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte, que su amo se entrasse à dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su Señora Dulcinea à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmiò no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido à cozes.

CAPITULO XIII.

Donde se dà fin al cuento de la Pastora Marcela, con otros sucessos.

MAs apenas començò à descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seys cabreros se levantaron, y fueron à despartar à Don Quixote, y à dezille si estava todavia con proposito de yr à ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compañia. Don Quixote, que otra cosa no deseava, se levantò, y mandò à Sancho, que ensillasse, y enalbardasse al momento, lo qual èl hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huvieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hazia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de Cypres, y de amarga adelfa. Traya cada uno un grueso baston de azebo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos Gentiles hombres de à cavallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de à pie, que los acompañavan. En llegandose à juntar se saludaron cortesmente: y preguntandose los unos à los otros donde yvan, supieron que todos se encaminavan al lugar del entierro, y assi començaron à caminar todos juntos. Uno de los de à cavallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme Señor Vivaldo, que avemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podrà dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, assi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Assi me lo parece à mi, respondiò Vivaldo: y no digo yo hazer tardança de un dia, pero de quatro la hiziera, à truezo de verle. Preguntòles Don Quixote, que era lo que avian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante dixo, que aquella mañana avian encontrado con aquellos pastores, y que por averles visto en aquel tan triste traje, les avian preguntado la ocasion porque yvan de aquella manera, que uno dellos se lo contò: contando la estrañeza, y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestavan, con la muerte de aquel Grisostomo, à cuyo entier-

entierro y van. Finalmente èl contò todo lo que Pe-
dro à Don Quixote avia contado. Ceſsò eſta plati-
ca, y començòſe otra, preguntando èl que ſe lla-
mava Viualdo à Don Quixote, que era la ocaſion
que le movia à andar armado de aquella manera po
tierra tan pacifica? A lo qual reſpondiò Don Qui-
xote: La profeſſion de mi exercicio no conſiente
ni permite que yo ande de otra manera. El buen
paſſo, el regalo, y el repoſo, allà ſe inventò par
los blandos corteſanos: mas el trabajo, la inquie
tud, y las armas ſolo ſe inventaron, è hizieron pa
rà aquellos que el mundo llama Cavalleros andan
tes, de los quales, yo aunque indigno, ſoy el me
nor de todos. A penas le oyeron eſto, quando to
dos le tuvieron por loco. Y pòr averiguarlo mas
y ver que genero de locura era el ſuyo, le tornò
preguntar Viualdo, que que queria dezir Cava
lleros andantes? No han vueſtras Mercedes leydo
reſpondiò Don Quixote, los anales è hiſtorias d
Ingalaterra, donde ſe tratan las famoſas fazañ
del Rey Arturo, que continuamente en nueſtr
Romance Caſtellano llamamos el Rey Artus, d
quien es tradicion antigua y comun en todo aque
Reyno de la gran Bretaña, que eſte Rey no murio
ſino que por arte de encantamento ſe convirtiò e
cuervo, y que andando los tiempos ha de bolver
à reynar, y à cobrar ſu Reyno, y cetro. A cau
cauſa no ſe provarà, que deſde aquel tiempo à eſt
aya ningun Ingles muerto cuervo alguno. Pues e
tiempo deſte buen Rey fue inſtituyda aquella fam
ſa orden de Cavalleria, de los Cavalleros de la Ta
Redonda, y paſſaron ſin faltar un punto, los am
res que alli ſe cuentan de Don Lançarote de La
con la Reyna Ginebra, ſiendo medianera dellos,

ſabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona,
de donde nacio aquel tan ſabido Romance, y tan de-
cantado en nueſtra Eſpaña, de nunca fuera Cava-
llero de Damas tan bien ſervido, como fuera Lança-
rote quando de Bretaña vino. Con aquel progreſſo
tan dulce, y tan ſuave de ſus amoroſos, y fuertes
fechos. Pues deſde entonces, de mano en mano fue
aquella orden de Cavalleria eſtendiendoſe, y dila-
tandoſe por muchas y diverſas partes del mundo: y
en ella fueron famoſos, y conocidos por ſus fechos,
el valiente Amadis de Gaula, con todos ſus hijos y
nietos, haſta la quinta generacion: y el valeroſo Fe-
lixmarte de Hircania: y el nunca como ſe deve
alabado Tirante el Blanco: y caſi que en nueſtros
dias vimos, y comunicamos, y oymos al invenci-
ble, y valeroſo Cavallero Don Belianis de Grecia.
Eſto pues Señores es ſer Cavallero andante, y la
que he dicho, es la orden de ſu Cavalleria. En la
qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador,
he hecho profeſſion, y lo meſmo que profeſſaron
los Cavalleros referidos profeſſo yo: y aſſi me voy
por eſtas ſoledades y deſpoblados, buſcando las
aventuras, con animo deliberado de ofrecer mi bra-
ço, y mi perſona à la mas peligroſa que la ſuerte me
deparare, en ayuda de los flacos, y meneſterоſos.
Por eſtas razones que dixo, acabaron de enterarſe
los caminantes, que era Don Quixote falto de juy-
zio, y del genero de locura que lo ſeñoreava, de lo
qual recibieron la meſma admiracion, que rece-
bian todos aquellos que de nuevo venian en cono-
cimiento della. Y Viualdo, que era perſona muy
diſcreta, y de alegre condicion, por paſſar ſin peſa-
dumbre el poco camino que dezian que les faltava
al llegar à la ſierra del entierro, quiſo darle ocaſion

à que

à que passasse mas adelante con sus disparates. Y assi le dixo: Pareceme, Señor Cavallero andante, que vuestra merced ha professado una de las mas estrechas professiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondiò nuestro Don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si và à dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que èl mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los Religiosos, con toda paz y sossiego piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y Cavalleros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiendolo con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en Verano, y de los erizados yelos del Invierno. Assi, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las à ellas tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando, siguese, que aquellos que la professan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosiegada paz y reposo, estàn rogando à Dios favorezca à los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de Cavallero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque no ay duda, sino que los Cavalleros andantes passados, passaron mucha malaventura en el

discurso de su vida. Y si algunos subieron à ser Emperadores por el valor de su braço, à fe que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor: y que si à los que à tal grado subieron, les faltàran encantadores, y sabios que los ayudàron, que ellos quedàran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante: pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los Cavalleros andantes, y es: Que quando se veen en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se vè manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada Christian està obligado à hazer en peligros semejantes; antes se encomiendan à sus Damas, con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo à Gentilidad. Señor, respondio Don Quixote, esso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el Cavallero andante que otra cosa hiziesse, que ya està en uso y costumbre en la Cavalleria andantesca, que el Cavallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuviesse su Señora delante, buelva à ella los ojos, blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, està obligado à dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende: y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse à Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicò el caminante, me queda un escrupulo, y es,

que muchas vezes he leydo, que se travan palabras entre dos andantes Cavalleros, y de una en otra se les viene à encender la colera, y à bolver los Cavallos, y à tomar una buena pieça del campo, y luego, sin mas, ni mas, à todo el correr dellos, se buelven à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à sus Damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el uno cae por las ancas del Cavallo, passado con la lança del contrario de parte à parte: y al otro le aviene tambien, que à no tenerse à las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuvo lugar para encomendarse à Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras, que en la carrera gasto encomendandose a su Dama, las gastara en lo que devia, y estava obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los Cavalleros andantes tienen Damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondiò Don Quixote: Digo que no puede ser, que aya Cavallero andante sin dama, porque tan proprio, y tan natural les es à los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Ya buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle Cavallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuviesse sin ellos, no seria tenido por legitimo Cavallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la Cavalleria dicha, no por el puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) aver leydo, que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo Dama señalada à quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos,

menos, y fue un muy valiente y famoso Cavallero. A lo qual respondiò nuestro Don Quixote: Señor, una golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se que de secreto estava esse Cavallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer à todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, à quien no podia yr à la mano. Pero en resolucion, averiguado està muy bien, que èl tenia una sola, à quien èl avia hecho Señora de su voluntad, à la qual se encomendava muy à menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto Cavallero. Luego si es de essencia, que todo Cavallero andante aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra Merced lo es de la profession. Y si es que vuestra Merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplicò en nombre de toda esta compañia, y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su Dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida, y servida de un tal Cavallero como vuestra Merced parece. A que dio un gran suspiro Don Quixote, y dixo: Yo no podrè afirmar si la dulce mi enemiga gusta, ò no, de que el mundo sepa que yo la sirvo, solo se dezir (respondiendo à lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha: su calidad por lo menos ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y Señora mia. Su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los imposibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poëtas dan à sus Damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcas del cielo, sus ojos soles, sus mexillas

rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve: y las partes que à la vista humana encubrió la honestidad, son tales, segun yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia, y alcurnia querriamos saber, replicó Vizaldo. A lo qual respondió Don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursinos: ni de los Moncadas, y requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Fozes, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoso principio à las mas illustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan à prueva. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para dezir verdad, semejante apellido hasta aora no ha llegado à mis oydos. Como esso no avrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atencion yvan escuchando todos los demas la platica de los dos: y aun hasta los mesmos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juyzio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Pança pensava, que quanto su amo dezia era verdad, sabiendo èl quien era, y aviendole conocido

nocido desde su nacimiento. Y en lo que dudava algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre, ni tal Princesa avia llegado jamas à su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas platicas yvan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxavan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que à lo que despues pareció, eran qual de Texo, y qual de Cypres. Entre seys dellos trayan unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisostomo: y el pie de aquella montaña es el lugar donde èl mando que le enterassen. Por esto se dieron priessa à llegar, y fue à tiempo, que ya los que venian, avian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estavan cavando la sepultura à un lado de una dura peña. Recibieronse los unos y los otros cortesmente: y luego Don Quixote, y los que con èl venian, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treynta años: y aunque muerto, monstrava que vivo avia sido de rosto hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor dèl tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos y cerrados. Y assi los que esto miravan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli avia, guardavan un maravilloso silencio. Hasta que uno de los que al muerto truxeron, dixo à otro: Mirà bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo, ya que quereys que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testa-

teſtamento? Eſte es, reſpondiò Ambroſio, que muchas vezes en èl me contò mi deſdichado amigo, la hiſtoria de ſu deſventura. Alli me dixo èl, que vio la vez primera à aquella enemiga mortal del linage humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declarò ſu penſamiento, tan honeſto como enamorado: y alli fue la ultima vez, donde Marcela le acabò de deſengañar, y deſdeñar, de ſuerte que puſo fin à la tragedia de ſu miſerable vida. Y aqui, en memoria de tantas deſdichas, quiſo èl que le depoſitaſſen en las entrañas del eterno olvido. Y bolviendoſe à Don Quixote, y à los caminantes, proſiguiò, diziendo: Eſſo cuerpo, Señores, que con piadoſos ojos eſtays mirando, fue depoſitario de un alma, en quien el cielo puſo infinita parte de ſus riquezas: Eſſe es el cuerpo de Griſoſtomo, que fue unico en el ingenio, ſolo en la corteſia, eſtremo en la gentileza, Fenix en la amiſtad, magnifico ſin taſſa, grave ſin preſuncion, alegre ſin baxeza: y finalmente, primero en todo lo que es ſer bueno, y ſin ſegundo en todo lo que fue ſer deſdichado. Quiſo bien, fue aborrecido: adorò, fue deſdeñado: rogò à una fiera, importunò à un marmol, corriò tras el viento, dio vozes à la ſoledad, ſirvio à la ingratitud, de quien alcançó por premio ſer deſpojos de la muerte, en la mitad de la carrera de ſu vida: à la qual dio fin una paſtora, à quien èl procurava eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran moſtrar bien eſſos papeles que eſtays mirando, ſi èl no me huviera mandado que los entregara al fuego, en aviendo entregado ſu cuerpo à la tierra. De mayor rigor, y crueldad uſareys vos con ellos, dixo Viualdo, que ſu meſmo dueño, pues no es juſto, ni acertado, que ſe cumpla la voluntad



Universidad de Deusto Biblioteca

luntad de quien lo que ordena và fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexò en su testamento mandado. Assi que, Señor Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro amigo à la tierra, no querays dar sus escritos al olvido, que si èl ordenò como agraviado, no es bien que vos cumplays como indiscreto: antes hazes, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que estàn por venir à los vivientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya se yo, y los que aqui venimos, à la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fè de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que à rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar avia de ser enterrado, y assi de curiosidad, y de lastima dexamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos avia lastimado en oyllo: y en pago desta lastima, y del deseo que en nosotros nacio de remedialla, si pudieramos, te rogamos, ò discreto Ambrosio: alomenos yo te lo suplico de mi parte, que dexando de abrasar estos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca estavan, viendo lo qual Ambrosio, dixo:

Por cortesía consentirè que os quedeys, Señor, con los que ya aveys tomado, pero pensar que dexarè de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vialdo, que deseava ver lo que los papeles dezian, abriò luego el una dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyòlo Ambrosio, y dixo: Esse es el ultimo papel que escrivio el desdichado, y porque veays, Señor, en el termino que le tenian sus desventuras, leelde de modo que seays oydo, que bien os darà lugar à ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esso harè yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantes tenian el mesmo deseo, se le pusieron à la redonda, y èl leyendo en voz clara, vio que assi dezia.

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los Versos desesperados del difunto Pastor, con otros no esperados sucessos.

Cancion de Grisostomo.

YA que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerça,
Y al par de mi deseo, que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedaços de las miseras entrañas.

Escu-

Escucha pues, y presta attento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forçoso desvario,
Por gusto mio sale, y tu de pecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temoroso ahullido, el silvo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable,
Balando de algun monstro: el algorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del embidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarle pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oyràn los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que alli se esparzirán mis duras penas
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras vivas,
O yà en escuros valles, ò en esquivas
Playas, desnudas de contrato humano,
O adonde el Sol jamas mostrò su lombre:
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libro llano.
Que puesto que en los paramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos,

Suenen

Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia,
O verdadera, ò falsa una sospecha,
Matan los zelos con rigos mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperança de dichosa suerte,
En todo ay cierta inevitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y entre tantos tormentos nunca alcança
Mi vista à ver en sombra à la esperança,
No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella
Estar sin ella enternamente juro.
Puedese por ventura en un instante
Esperar y temer? ò es bien hazello
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro cielo està delante
De cerrar estas ojos? si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
Quien no abrirà de par en par las puertas
A la desconfiança, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas
(O amarga conversion) verdades hechas,
Y la limpia verdad buelta en mentira?
O en el Reyno de amor fieros tiranos
Zelos, ponedme un hierro en estas manos,
Dame desden una torzida soga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria

Vues-

Vuestra memoria el sufrimiento ahoga,
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceſſo en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz estarè en mi fantasia:
Dirè, que và acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tirania.
Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa naze,
Y que en fè de los males que nos haze
Amor, su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduzido sus desdenes,
Ofrecerè à los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, ò palma de futuros bienes.
Tu, que con tantas sin razones muestras
La razon que me fuerça à que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya vès que te da notorias muestras
Esta del coraçon profunda llaga
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claxo de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya del hondo abismo

Tan-

Tantalo con su sed. Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio trayga su buytre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya à un desesperado son devidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, à quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstros
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estès triste.

Bien les pareciò à los que escuchado avian la cancion de Grisostomo, pueſto que èl que la leyò, dixo, que no le parecia, que conformava con la relacion que èl avia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexava Grisostomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuyzio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondiò Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo:) Para que, Señor, os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriviò esta cancion estava ausente de Marcela, de quien se avia ausentado por su voluntad, por ver si usava con

con èl la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dè alcance: assi le fatigavan à Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, laqual fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la mesma embidia, ni deve, ni puede ponerle falta alguna. Assi es la verdad, respondiò Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que avia reservado del fuego, lo estorvò una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreciò à los ojos: y fue, que por cima de la pena donde se cavava la sepultura, pareciò la pastora Marcela tan hermosa, que passava à su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la avian visto, la miravan con admiracion y silencio: y los que ya estavan acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la avian visto. Mas à penas la huvo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado le dixo: Vienes à ver por ventura, ô fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, à quien tu crueldad quitò la vida? O vienes à ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver desde essa altura, como otro, despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O à pisar arrogante este desdichado cadaver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presta à lo que vienes, ô que es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harè que aun el muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llama-

llamaron sus amigos? No vengo, ô Ambrosio, à ninguna cosa de las que has dicho, respondiò Marcela sino à bolver por mi misma, y à dar à entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisostomo me culpan: y assi ruego à todos los que aqui estays, me esteys atentos, que no serà menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad à los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos à otra cosa, à que me ameys os mueve mi hermosura. Y por el amor que me mostrays, dezis, y aun quereys que estè yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, estè obligado lo que es amado por hermoso, à amar à quien le ama. Y mas que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo: y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir: Quierote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran ygualmente las hermosuras, no por esso han de correr yguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorassen, y rindiessen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en qual avian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos avian de ser los deseos. Y segun yo he oydo dezir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de que dezis que me quereys bien?

bien? Sino dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros, porque no me amavades? Quanto mas, que aveys de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla, ni escogella. Y assi como la vivora no merece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por averse la dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, ò como la espada aguda, que ni èl quema, ni ella corta à quien à ellos no se acerca. La honra, y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deve de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder à la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças è industrias procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder vivir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañia, las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanças, no aviendo yo dado alguna à Grisostomo, ni à otro alguno: el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le mato su porfia que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estava obligada à corresponder à ellos: digo, que quando en esse mismo lugar

donde aora se cava su sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixo yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si èl con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanca, y navegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera fuera falsa: si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y presupuesto. Porfiò desengañado: desesperò sin ser aborrecido, mirad aora si serà razon, que de su pena se me dè à mi la culpa? Quexese el engañado: desesperese aquel à quien le faltaron las prometidas esperanças: confièse el que yo llamare, ufanese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, aquel à quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo, aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por el eleccion, es escusado. Este general desengaño sirva à cada uno de los que me solicitan de su particular provecho: y entiendase de aqui adelante, que si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien à nadie quiere à ninguno deve dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida; ni los buscarà, servirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si à Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado deseo, porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con

con la compañia de los arboles, porque ha de querer que la pierda èl que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeys, tengo riquezas propias; y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sugetarme: ni quiero, ni aborrezco à nadie. No engaño à este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por termino estas montañas: y si de aqui salen es à contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma à su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, bolviò las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de un monte que a la cerca estava, dexando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura, à todos los que alli estavan. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estavan heridos) de querer la seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que avian oydo. Lo qual visto por Don Quixote, pareciendole que alli venia bien usar de su cavalleria, socorriendo à las Donzellas menesterosas. Puesto la mano en el puño de su espada, en altas è inteligibles vozes, dixo: Ninguna persona, de qualquier estado y condicion que sea, se atreva à seguir à la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mio. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca, ò ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: à cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo,

pues mueſtra que en èl, ella es ſola la, que con tan honeſta intencion vive. O ya que fueſſe por las amenazas de Don Quixote, ò porque Ambroſio les dixo, que concluyeſſen con lo que à ſu buen amigo devian, ninguno de los paſtores ſe movio, ni apartò de alli, haſta que acabada la ſepultura, y abraſados los papeles de Griſoſtomo, puſieron ſu cuerpo en ella, no ſin muchas lagrimas de los circunſtantes. Cerraron la ſepultura con una grueſſa peña en tanto que ſe acabava una loſa, que ſegun Ambroſio dixo, penſava mandar hazer, con un epitafio que avia de dezir deſta manera:

Yaze aqui de un amador
El miſero cuerpo elado,
Que fue paſtor de ganado,
Perdido por deſamor.
Murio à manos del rigor
De una eſquiva hermoſa ingrata,
Con quien ſu imperio dilata
La tiranìa de amor.

Luego eſparcieron por cima de la ſepultura muchas flores y ramos: y dando todos el peſame à ſu amigo Ambroſio, ſe deſpidieron dèl. Lo meſmo hizieron Viualdo, y ſu compañero: y Don Quixote ſe deſpidio de ſus hueſpedes, y de los caminantes, los quales le rogaron ſe vinieſſe con ellos à Sevilla, por ſer lugar tan acomodado à hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada eſquina ſe ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeciò el aviſo, y el animo que moſtravan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria: ni devia yr à Sevilla, haſta que huvieſſe deſpo-

jado todas aquellas ſierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas eſtavan llenas. Viendo ſu buena determinacion, no quiſieron los caminantes importunarle mas, ſino tomandoſe à deſpedir de nuevo le dexaron, y proſiguieron ſu camino: el qual no les faltò de que tratar, aſſi de la Hiſtoria de Marcela y Griſoſtomo, como de las locuras de Don Quixote: el qual determinò de yr à buſcar à la paſtora Marcela, y ofrecerle todo lo que èl podia en ſu ſervicio. Mas no le avino como èl penſava, ſegun ſe cuenta en el diſcurſo deſta verdadera Hiſtoria, dando aqui fin el Segundo Libro.



LIBRO TERCERO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topò Don Quixote en topar con unos desalmados Yangueses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como Don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del Pastor Grisostomo: èl y su Escudero se entraron por el mesmo bosque, donde vieron que se avia entrado la pastora Marcela. Y aviendo andado mas de dos horas por èl, buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron à parar à un prado lleno de fresca yerva, junto del qual corria un arroyo apazible y fresco: tanto que combidò, y forçò à passar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començava ya à entrar. Apearonse Don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y à Rozinante à sus anchuras pacer de la mucha yerva que

que alli avia, dieron saco à las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañia amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se avia curado Sancho de echar sueltas à Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yegas de la dehessa de Cordova no le hizieran tomar mal sinestro. Ordenò pues la suerte y el diablo, que no todas vezes duerme, que andavan por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicianas de unos harrieros Yangueses: de los quales es costumbre sestear con su requa en lugares y sitios de yerva y agua. Y aquel donde acerto à hallarse Don Quixote, era muy à proposito de los Yangueses. Sucedio pues, que à Rozinante le vino en deseo de refocilarse con las Señoras facas: y saliendo assi como las olio de su natural passo y costumbre, sin pedir licencia à su dueño, tomò un trotillo algo picadillo, y se fue à communicar su necessidad con ellas. Mas ellas, que à lo que pareciò, devian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que à poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla en pelota. Pero lo que èl devio mas de sentir fue, que viendo los harrieros la fuerça que à sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto Don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rozinante avian visto) llegavan hijadeando. Y dixo Don Quixote à Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son Cavalleros, sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo, porque bien me puedes ayudar à tomar la devida vengança, del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho à Rozinante. Que diablos

de vengança hemos de tomar, respondiò Sancho: si estos son mas de veynte, y nosotros no mas de dos, y aun quiça nosotros, sino uno y medio. Yo valgo por ciento, replicò Don Quixote, y sin hazer mas discursos echò mano a su espada, y arremetiò à los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado y movido del exemplo de su amo. Y à las primeras dio Don Qoixote una cuchillada à uno, que le abriò un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos acudieron à sus estacas, y cogiendo à los dos en medio, començaron à menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino à Don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse à caer à los pies de Rozinante, que aun no se avia levantado: donde se echa de vèr la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado que avian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando à los dos aventureros de mala traça, y de peor talante. El primero que se resintio fue Sancho Pança, y hallandose junto à su Señor, con voz enferma y lastimosa dixo: Señor Don Quixote! a Señor Don Quixote! Que quieres Sancho hermano, respondiò Don Quixote con el mesmo tono afeminado, y doliente que Sancho? Querria, si fuesse possible, respondiò Sancho Pança, que vuestra merced me diesse dos tragos de aquella bevida del feo Bias, si es que la tiene vuestra merced ay à mano, quiçà serà de provecho

para

para los quebrantamientos de huessos, como lo es para las feridas. Pues à tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltava, respondiò Don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, à fè de Cavallero andante, que ante que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ò mal me han de andar las manos. Pues en quàntos la parece à vuestra Merced que podremos mover los pies, replicò Sancho Pança? De mi se dezir (dixo el molido Cavallero Don Quixote) que no sabrè poner termino à essos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avia de poner mano à la espada contra hombres que no fuessen armados Cavalleros como yo. Y assi creo que en pena de aver passado las leyes de la cavalleria, ha permitido el Dios de las batallas que se me diesse este castigo: por lo qual hermano Sancho, conviene que estès advertido en esto que aora te dirè, porque importa mucho à la salud de entrambos: yes, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agravio, no aguardes à que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo harè en ninguna manera, si no pon tu mano à tu espada, y castigalos muy à tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren Cavalleros, yo te sabrè defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya avràs visto por mil señales y experiencias, hasta àdonde se estiende el valor deste mi fuerte braço. Tal quedò de arrogante el pobre Señor con el vencimiento del valiente Vizcayno.) Mas no le pareciò tambien à Sancho Pança el aviso de su Amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sossegado, y se dissimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar. Assi, que seale à vuestra

Merced tambien aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondrè mano à la espada, ni contra vilano, ni contra Cavallero. Y que desde aqui para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho, y han de hazer: aora me los aya hecho, ò haga, ò aya de hazer persona alta, ò baxa, rico, ò pobre, hidalgo, ò pechero, sin exceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su Amo, le respondiò: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla, se aplacara tanto quanto, para darte à entender, Pança, en el error en que estàs. Ven acà pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario en nuestro favor se buelve, llevandonos las velas del deseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tengo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse Señor della, pues lo vendràs à imposibilitar por no ser Cavallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu Señorio? Porque has de saber, que en los Reynos y Provincias nuevamente conquistados, nunca estàn tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo Señor, que no se tenga temor de que han de hazer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y bolver como dizen, à provar ventura: y assi es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse governar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondiò Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra Merced dize: mas yo le juro à fè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas que para platicas. Mire vuestra Merced si se puede levantar, y ayudarèmos à Rozinante, aunque no lo merece, porque èl fue la causa principal de todo este molimiento. Jamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dizen que es menester mucho tiempo para venir à conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra Merced dio à aquel desdichado andante, avia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò Don Quixote, deven de estar hechas à semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas y olandas, claro està que sentiràn mas el dolor desta desgracia. Y si no fuesse porque imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el Escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la cavalleria, digame vuestra Merced, si suceden muy à menudo, ò si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece à mi, que à dos cosechas quedarèmos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondiò Don Quixote, que la vida de los Cavalleros andantes està sujeta à mil peligros y desventuras: y ni mas ni menos està en potencia propinqua de ser los Cavalleros andantes, Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos Cavalleros, de cuyas Historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço han subido à los

altos

altos grados que he contado. Y estos mesmos se vieron antes, y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula, se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado, que le dio teniendole preso mas de dozientos açotes con las riendas de su Cavallo, atado à una coluna de un patio. Y aun ay un autor secreto, y de no poco credito, que dize, que aviendo cogido al Cavallero del Febo con una cierta trampa que se le hundiò debaxo de los pies, en un cierto castillo, y al caer se hallò en una honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echaron una destas que llaman melezinas, de agua de nieve y arena, de lo que llegò muy al cabo: y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre Cavallero. Assi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo, escrito por palabras expressas: que si el çapatero dà à otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà que queda apaleado aquel à quien dio con ella. Digo esto, porque no piensses, que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres trayan con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (à lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron à mi lugar, respondiò Sancho, à que mirasse en

en tanto, porque apenas puse mano à mi tizona, quando me santiguaron los ombros con su pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando conmigo adonde aora yago, y adonde no me dà pena alguna el pensar si fue afrenta ò no lo de los estacazos, como me la dà el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memoria, cómo en las espaldas Con todo esso te hago saber hermano Pança, replicò Don Quixote, que no ay memoria à quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y à la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo: pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital, para ponerlas en buen termino siquiera. Dexate desso, y saca fuerças de flaqueza Sancho, respondiò Don Quixote, que assi harè yo, y veamos como està Rozinante, que à lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que maravillarse desso, respondiò Sancho, siendo èl tambien Cavallero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento aya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichadas, para dar remedio à ellas, dixo Don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podrà suplir aora la falta de Rozinante, llevandome à mi desde aqui à algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendrè à deshonra la tal Cavalleria, porque me acuerdo aver leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios

Dios de la risa, quando entrò en la ciudad de los cien puertas, yva muy à su plazer Cavallero sobre un muy hermoso asno. Verdad serà, que el devia de yr Cavallero, como vuestra Merced dize, respondiò Sancho: Pero ay grande diferencia del yr Cavallero al yr atrassado como costal de vasura. A lo qual respondiò Don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Assi que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir à vuestra Merced, dixo Pança, que es muy de Cavalleros andantes el dormir en los paramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen à mucha ventura. Esso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ò quando estàn enamorados: y es tan verdad esto, que ha avido Cavallero que se ha estado sobre una peña al sol, y à la sombra, y à las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiesse su Señora. Y uno destos fue Amadis, quando llamandose Beltenebros, se aloxò en la peña Pobre, ni se si ocho años, ò ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que èl estuvo alli haziendo penitencia, por no se que sin sabor que le hizo la Señora Oriana. Pero dexemos ya esto Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como à Rozinante. Aun ahi seria el diablo, dixo Sancho, y despidiendo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos de quien alli le avia traydo, se levantò, quedandose agoviado en la mitad del camino, como arco Turquesco, sin poder acabar de ende-

endereçarse: y con todo este trabajo aparejò su asno, que tambien avia andado algo destraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Levantò luego à Rozinante, el qual si tuviera lengua con que quexarse, à buen seguro que Sancho, ni su Amo no le fueran en caga. En resolucion, Sancho acomodò à Don Quixote sobre el asno, y puso de reata à Rozinante: y llevando al asno de cabestro, se encaminò poco mas à menos hàzia donde le pareciò que podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor yva guiando, aun no huvo andado una pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubriò una venta, que à pesar suyo, y gusto de Don Quixote., avia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su Amo que no, sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar à ella, en la qual Sancho se entrò sin mas averiguacion con toda su requa.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedio al ingenioso Hidalgo en la venta, que el imaginava ser castillo.

EL Ventero, que vio à Don Quixote atravessado en el asno, preguntò à Sancho, que mal traya? Sancho le respondiò, que no era nada, sino que avia dado una cayda de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el Ventero por muger à una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de

las

las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego à curar à Don Quixote: y hizo que una hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer le ayudasse à curar à su huesped. Servia en la venta assimesmo una moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogete, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo suplia las demas faltas. No tenia sete palmos de los pies à la cabeça, y las espaldas que algun tanto le cargavan, la hazian mirar el suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moça pues, ayudò à la donzella, y las dos hizieron una muy mala cama à Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos dava manifiestos indicios, que avia servido de pajar muchos años: en la qual tambien aloxava un harriero, que tenia su cama hecha un poco mas alla de la nuestra Don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha ventaja à la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que à no mostrar que eran de lana, por algunas roturas, al tiento en la dureza semejavan de guijarro, y dos savanas hechas de cuero de adarga, y una fraçada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba à baxo, alumbrandoles Maritornes, que assi se llamava la Asturiana. Y como al bizmalle viesse la ventero tan acardenalado à partes à Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada uno avia

avia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced, Senora, de manera, que queden algunas estopas, que no faltarà quien las aya menester, que tambien me duelen à mi un poco los lomos. Dessa manera, respondiò la ventera, tambien devistes vos de caer? No cay, dixo Sancho Pança, sino que del sobresalto que tomè de ver caer à mi amo, de tal manera me duele à mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrà ser esso, dixo la donzella, que à mi me ha acontecido muchas vezes, soñar que caya de una torre abaxo, y que nunca acabava de llegar al suelo, y quando despertava del sueño, hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente huviera caydo. Ay està el toque, Señora, respondiò Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi Señor Don Quixote. Como se llama este Cavallero, preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respondiò Sancho Pança, y es Cavallero aventurero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos acà se han visto en el mundo. Que es Cavallero aventurero, replicò la moça? Tan nueva soys en el mundo, que no lo sabeys vos, respondiò Sancho Pança? Pues sabed, hermana mia, que Cavallero aventurero es una cosa, que en dos palabras se vè apaleado, y Emperador Oy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendrà dos ò tres coronas de Reynos que dar à su escudero. Pues como vos, siendolo deste tan buen Señor, dixo la ventera, no teneys, à lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondiò Sancho, porque no ha si no

un

un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta aora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez ay que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi Señor Don Quixote sana desta herida, ò cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estava escuchando muy atento Don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano à la ventera, le dixo: Creedme fermosa Señora, que os podeys llamar venturosa, por aver alojado en este vuestro castillo à mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propria envilece; pero mi escudero os dirà quien soy: solo os digo, que tendrè eternamente escrito en mi memoria el servicio que me avedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera à los altos cielos, que el amos no me tuviera tan rendido, y tan sugeto à sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella fueran Señores de mi libertad. Confusas estavan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante Cavallero, que assi las entendian como si hablara en Griego: aunque bien alcançaron que todas se encaminavan à ofrecimiento y requiebros: y como no usadas à semejante lenguaje, miravanle, y admiravanse, y pareciales otro hombre de los que se usavan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò à Sancho, que no menos lo avia menester que su amo. Avia el harriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le avia dado su palabra, de que en estando sosiegados

gados los huespedes, y durmiendo sus amos, le yria à buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuentase desta buena moça, que jamas dio semejantes palabras que no las cumpliesse, aunque las diesse en un monte, y sin testigo alguno; porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta; porque dezia ella, que desgracias, y malos sucessos la avian traydo à aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de Don Quixote, estava primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto à el hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta, que antes mostrava ser de angeo tundido, que de lana. Sucedia à estos dos lechos, el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traya: aunque eran doze, luzios, gordos, y famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Arevalo, segun lo dize el Autor desta historia, que deste harriero haze particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren dezir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamete Benengeli fue historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas y tan rateras, no las quiso passar en silencio. De donde podran tomar exemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan cortas y succintamente, que apenas nos llegan à los labios, dexandose en el tintero, ya por descuydo, por malicia, ò ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien aya mil vezes el Autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del

Conde Tomillas, y con que puntualidad lo descriven todo. Digo pues, que despues de aver visitado el harriero à su requa, y dadole el segundo pienso, se tendiò en sus enxalmas, y se dio a esperar à su puntualissima Maritornes. Ya estava Sancho bizmado y acostado, y aunque procurava dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estava en silencio, y en toda ella no avia otra luz que la que dava una lampara, que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro Cavallero traya de los sucessos que à cada passo se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo à la imaginacion una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fue, que èl se imaginò aver llegado à un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran à su parecer todas las ventas donde aloxava) y que la hija del ventero, lo era del Señor del castillo: la qual vencida de su gentileza, se avia enamorado dèl, y prometido, que aquella noche à furto de sus padres, vendria à yazer con èl una buena pieça. Y teniendo toda esta quimera (que èl se avia fabricado) por firme y valedera, se començò à acuitar, y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se avia de vèr. Y propuso en su coraçon de no cometer alevosia à su Señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra, con su dama Quintañona, se le pusiessen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegò el tiempo y la hora (que para èl fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalça, cogidos los cabellos en una alvanega de fustan, con tacitos y atentados

tados passos, entrò en el aposento donde los tres aloxavan en busca del harriero. Pero à penas llego à la puerta, quando Don Quixote la sintiò, y sentandose en la cama à pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tendiò los braços para recebir à su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando, iva con las manos delante, buscando à su querido. Topò con los braços de Don Quixote, el qual la asiò fuertemente de una muñeca, y tirandola hàzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentò le luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, à èl le pareciò ser de finissimo y delgado cendal. Traya en las muñecas unas cuentas de vidro, pero à èl le dieron visumbres de preciosas perlas Orientales. Los cabellos, que en alguna manera travan à crines, èl los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo Sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia à ensalada fiambre y trasnochada, à èl le pareciò que arrojava de su boca un olor suave y aromatico: y finalmente èl la pintò en su imaginacion, de la misma traça y modo lo que avia leydo en sus libros de la otra Princesa, que vino à vèr el mal ferido Cavallero vencido de sus amores, con todos los adornos que aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traya en si la buena donzella no le desengañavan, las quales pudieran hazer vomitar à otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços à la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa y baxa le començò à dezir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa y alta Señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la

vista de vuestra gran fermosura me avedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir à los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer à la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada à la sin par Dulcinea del Toboso, unica Señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no huviera de por medio, no fuera yo tan sandio Cavallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estava congoxadissima, y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta a las razones que le dezia, procurava sin hablar palabra desasirse. El bueno del harriero, à quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entrò su Coyma por la puerta la sintiò: y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le huviesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quixote, y estuvose quedo, hasta vèr en que paravan aquellas razones que èl no podia entender. Pero como vio que la moça forcejava por desasirse, y Don Quixote trabajava por tenerla: pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado Cavallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subiò encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las passeò todas de cabo à cabo. El lecho, que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio consigo en el suelo, à cuyo





gran ruydo despertò el ventero, y luego imaginò que devian de ser pendencias de Maritornes; porque aviendola llamado à vozes, no respondia. Con esta sospecha se levantò, y encendiendo un candil, se fue hàzia donde avia sentido la pelaza. La moça viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acagiò à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se accorrucò, y se hizo un ovillo. El ventero entrò diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò que tenia la pesadilla, y commençò à dar puñadas à una y otra parte, y entre otras alcanço con no se quantas à Maritornes, la qual sentida del dolor echando à rodar la honestidad dio el retorno à Sancho, con tantas, que à su despecho le quitò el sueño, el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del mundo. Viendo pues el harriero à la lumbre del candil del ventero, qual andava su dama, dexando à Don Quixote, acudiò à dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente; porque fue à castigar à la moça, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como suele dezirse, el grato al rato, el rato à la cuerda, la cuerda al palo; dava el harriero à Sancho, Sancho à la moça, la moça à èl, el ventero à la moça, y todos menudeavan con tanta priessa, que no se davan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagò el candil; y como quedaron ascuras, davanse tan sin compassion todos à bulto,

que à do quiera que ponian la mano no dexavan cosa sana. Aloxava à caso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo assimesmo el estraño estruendo de la pelea, asiò de su media vara, y de la caxa de lata de sus titulos, y entrò ascuras en el aposento, diziendo: Tenganse à la justicia, tenganse à la santa Hermandad. Y el primero con quien topò fue con el apuñeado de Don Quixote, que estava en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole à tiento mano à las barbas, no cessava de dezir: Favor à la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneava, se dio à entender que estava muerto, y que los que alli dentro estavan eran sus matadores: y con esta sospecha reforçò la voz, diziendo: Cierrese la puerta de la venta; miren no se vaya nadie, que han muerto aqui à un hombre. Esta voz sobresaltò à todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retirose el ventero à su aposento, el harriero à sus enxalmas, la moça à su rancho: solos los desventurados, Don Quixote, y Sancho, no se pudieron mover de donde estavan. Soltò en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y saliò à buscar luz para buscar, y prender los delinquentes; mas no la hallò: porque el ventero de industria avia muerto la lampara, quando se retirò à su estancia, y fuele forçoso acudir à la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

CA-

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal pensò que era castillo.

AVIA ya buelto en este tiempo de su paraisismo Don Quixote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes avia llamado à su escudero, quando estava tendido en el val de las estacas, le començò à llamar, diziendo: Sancho amigo, duermes? Duermes, amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia à mi, respondiò Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer assi sin duda, respondiò Don Quixote: porque ò yo se poco, ò este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto que aora quiero dezirte, hasme de jurar que lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondiò Sancho. Digolo, replicò Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra à nadie. Digo que si juro, torno à dezir Sancho, que lo callarè hasta despues de los dias de vuestra Merced, y plega à Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respondiò Don Quixote, que me querrias vèr muerto con tanta brevedad? No es por esso, respondiò Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesia: y assi has de saber, que esta noche

me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabrè encarecer, y por contartela en breve, sabràs que poco ha que à mi vino la hija del Señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fè que devo à mi Señora Dulcinea del Toboso, dexarè passar intactas y en silencio! Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien como la ventura me avia puesto en las manos. O quiçà (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo: al tiempo que yo estava con ella en dulcissimos y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse, ni supiesse por donde venia, vino una mano pegada à algun braço de algun descomunal Gigante, y assentòme una puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me moliò de tal suerte, que estoy peor que ayer, quando los harrieros, que por demasias de Rozinante, nos hizieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta donzella le deve de guardar algun encantado Moro, y no deve de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondiò Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero digame, Señor: Como llama à esta buena y rara aventura, aviendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuve, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre

madre que me pariò, que ni soy Cavallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabella mayor parte. Luego tambien estas tu aporreado, respondiò Don Quixote? No le he dicho que si, pese à mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo, dixo Don Quixote, que yo harè aora el balsamo precioso, con que sanarèmos en un abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò à vèr el que pensava que era muerto, y assi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntò à su amo: Señor, si serà este à dicha el Moro encantado que nos buelve à castigar, si se dexò algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondiò Don Quixote, porque los encantados no se dexan vèr de nadie. Sino se dexan vèr; dexanse sentir, dixò Sancho: sino diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian dezir las mias, respondiò Don Quixote, pero no es bastante indicio esse, para creer, que este que se vè, sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sosiegada conversacion, quedò suspenso. Bien es verdad, que aun Don Quixote se estava boca arriba, sin poderse mencar de puro molido y emplastado. Llegòse à èl el quadrillero, y dixole: Pues como và, buen hombre? Hablara, yo mas bien ariado, respondiò Don Quixote, si fuera que vos. Usase en esta tierra hablar dessa suerte à los Cavalleros andantes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio à Don Quixote con èl en la cabeça, de suerte que le dexò muy bien descalabrado,

y co-

y como todo quedò à escuras, salióse luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda, Señor, que este es el Moro encantado, y deve de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Assi es, respondiò Don Quixote, y no ay que hazer caso destas cosas de encantamentos, ni ay para que tomar colera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantasticas, no hallarèmos de quien vengarnos, aunque mas lo procuremos. Levantate Sancho, si puedes, y llama al Alcaide desta fortaleza, y procura que se me dè un poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester aora; porque se me và mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantose Sancho con harto dolor de sus huessos, y fue à escuras donde estava el ventero, y encontrandose con el quadrillero, que estava escuchando en que parava su enemigo, le dixo: Señor, quienquiera que seais, hazednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, azeyte, sal, y vino, que es menester para curar uno de los mejores Cavalleros andantes que ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado Moro que està en esta venta. Quando el quadrillera tal oyò, tuvole por hombre falto de seso. Y porque ya commençava à amanecer, abriò la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyò de quanto quiso, y Sancho se lo llevò à Don Quixote, que estava con las manos en la cabeça, quexandose del dolor del candilazo, que no le avia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que èl pensava que era sangre, no era sino sudor

dor que sudava con la congoxa de la passada tormenta. En resolucion èl tomò sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclando los todos, y coziendolos un buen espacio, hasta que le pareciò que estavan en su punto. Pidio luego alguna redoma para echallo; y como no la huvo en la venta, se resolvio de ponello en una alcuza, ò azeytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grato donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos, y à cada palabra acompañava una cruz, à modo de bendicion: à todo lo qual se hallaron presentes, Sancho, el ventero, y quadrillero, que ya el harriero sosiegadamente andava entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso èl mesmo hazer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso balsamo, que èl se imaginava; y assi se beviò de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedava en la olla donde se avia cozido casi medio azumbre, y apenas lo acabò de bever, quando començò à vomitar de manera, que no le quedò cosa en el estomago, y con las ansias y agitacion del vomito, le dio un sudor copiosissimo, por lo qual mandò que le arropassen, le dexassen solo. Hizieronlo assi, y quedòse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò, y se sintio aliviadissimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyò que avia acertado cõ el balsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde alli adelante sin temor alguno qualesquiera ruinas, batallas, y pendencias, por peligrosas que fuessen. Sancho Pança, que tambien tuvo à milagro la memoria de su amo, le rogò que le diesse à èl lo que

que-

quedava en la olla, que no era poca cantidad. Cor-
cediòsele Don Quixote, y èl tomandola à de-
manos, con buena fè, y mejor talante, se la ech-
à pechos, y envasò bien poco menos que su amo.
Es pues el caso, que el estomago del pobre Sancho
no devia de ser tan delicado como el de su amo, y
assi primero que vomitasse le dieron tantas ansias y
vascas, con tantos trasudores y desmayos, que d
pensò bien y verdaderamente, que era llegada su
ultima hora: y viendose tan afligido y congoxado,
maldezia el balsamo, y el ladron que se lo avia dado.
Viendole assi Don Quixote, le dixo: Yo creo
Sancho, que todo este mal te viene de no ser arma-
do Cavallero; porque tengo para mi: que este li-
cor no deve de aprovechar à los que no lo son. Si
esso sabia vuestra merced, replicò Sancho, mal aya
yo, y toda mi parentela, para que consintiò que
lo gustasse? En esto hizo su operacion el brevage,
y començò el pobre Escudero à desaguarse por en-
trambas canales, con tanta priessa, que là estera de
enea, sobre quien se avia buelto à echar, ni la manta
de angeo con que se cubria, fueron mas de prove-
cho. Sudava y trasudava con tales parasismos y ac-
cidentes, que no solamente èl, sino todos pensaron
que se le acabava la vida. Duròlo esta borrasca y
mala andança, casi dos horas, al cabo de las quales
no quedò como su amo, sino tan molido y quebran-
tado, que no se podia tener. Pero Don Quixote,
que, como se ha dicho, se sintiò aliviado y sano, qui-
so partirse luego à buscar aventuras, pareciendole,
que todo el tiempo que alli se tardava, era quitarsele
al mundo, y à los en èl menesterosos de su favor y
amparo; y mas con la seguridad y confiança que
llevava en su balsamo: y assi forçada deste deseo, él
mismo

mismo ensillò à Rozinante, y enalbardò al jumento
de su Escudero, à quien tambien ayudò à vestir, y
à subir en el asno. Puso se luego à Cavallo, y lle-
gandose à un rincon de la venta, asiò de un lançon
que alli estava, para que le sirviesse de lança. Esta-
vanle mirando todos quantos avia en la venta, que
passavan de mas de veynte personas; miravale tam-
bien la hija del ventero, y èl tambien no quitava
los ojos della, y de quando en quando arrojava un
suspiro, que parecia que lo arrancava de lo pro-
fundo de sus entrañas, y todos pensavan que devia
de ser del dolor que sentia en las costillas, alome-
nos pensavanlo aquellos que la noche antes le avian
visto bizmar. Ya que estuvieron los dos à Cavallo,
puesto à la puerta de la venta, llamò al ventero,
y con voz muy reposada y grave, le dixo: Muchas
y muy grandes son las mercedes, Señor Alcayde,
que en este vuestro castillo he recebido, y quedo
obligadissimo à agradeceroslas todos los dias de mi
vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de
algun sobervio, que os aya fecho algun agravio, sa-
bed que mi oficio no es otro, sino valer á los que po-
co pueden, y vengar à los que reciben tuertos, y
castigar alevosias. Recorred vuestra memoria, y
si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme,
no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la or-
den de Cavallero, que recebi, de fazeros satisfecho
y pagado à toda vuestra voluntad. El ventero le re-
spondiò con el mesmo sossiego; Señor Cavallero, yo
no tengo necessidad de que vuestra merced me ven-
gue ningun agravio, porque yo se tomar la vengan-
ça que me parece, quando se me hazen. Solo he
menester que vuestra merced me pague el gasto
que esta noche ha hecho en la venta, assi de la paja y

cevada

cevada de sus dos bestias, como de la cena y camas. Luego venta es esta? replicò Don Quixote. Y muy honrada, respondiò el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respòndiò Don Quixote, que en verdad que pensè que era castillo, y no malo; pero pues es assi, que no es castillo si no venta: lo que se podrà hazer por aora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir à la orden de los Cavalleros andantes: de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviessen. Porque se les deve de fuero y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en Invierno y en Verano, à pie y à Cavallo, con sed y con hambre, con calor, y con frio, sugetos à todas las inclemencias del cielo, y à todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que vèr en esso, respondiò el ventero, pagueseme lo que se me deve, y dexemonos de cuentos, ni de cavallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi hazienda. Vos soys un sandio, y mal hostalero, respondiò Don Quixote, y poniendo piernas à Rozinante, y terciando su lançon, se salio de la venta, sin que nadie le detuviesse: y èl sin mirar si le seguia su escudero, se alongò un buen trecho. El ventero que le vio yr, y que no le pagava, acudio à cobrar de Sancho Pança; el qual dixo, que pues su Señor no avia querido pagar, que tampoco èl pagaria, porque siendo èl escudero de Cavallero andante, como era, la mesma regla y razon corria por èl, como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y

y amenzòle, que si no le pagava que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sancho respondiò, que por la ley de Cavalleria, que su amo avia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no avia de perder por èl la buena y antigua usança de los Cavalleros andantes, ni se avian de quexar dèl los Escuderos de los tales, que estavan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estava en la venta, se hallassen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro Cordova, y dos vezinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un mismo espiritu, se llegaron à Sancho, y apeandole del asno, uno dellos entrò por la manta de la cama del huesped: y echandole en ella, alçaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que avian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, començaron à levantarle en alto, y à holgarse con el, como con perro por carnestolendas. Las vozes que el misero manteado dava fueron tantas, que llegaron à los oydos de su amo: el qual deteniendose à escuchar atentamente, creyò que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conocio, que el que gritava era su escudero, y bolviendo las riendas, con un penade galope llegò à la venta, y hallandola cerrada la rodeò, por vèr si hallava por donde entrar. Pero no huvo llegado à las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia à su escudero. Viole ba-

xar

xar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Provò à subir desde el Cavallo à las bardas, pero estava tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo: y assi desde encima del Cavallo començò à dezir tantos denuestos y baldones à los que à Sancho manteavan, que no es possible acertar à escrevillos, mas no por esto cessavan ellos de su risa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexava sus quexas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechava poco, ni aprovechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle allí su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gavan. Y la compassiva de Maritornes, viendole tan fatigado, le pareciò ser bien socorrelle con un jarro de agua, y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomòle Sancho, y llevandole à la boca, se parò à las vozes que su amo le dava, diziendo: Hijo Sancho, no bevas agua, hijo no la bevas que te matarà, vès aqui tengo el santissimo balsamo (y enseñavale la alcuza del brevage) que con dos gotas que dèl bevas, sanaràs sin duda. A estas vozes bolviò Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: Por dicha hasele olvidado à vuestra Merced, como yo no soy Cavallero, ò quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche. Guarde su licor con todos los diablos, y dexeme à mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar à bever todo fue uno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò à Maritornes que se le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero; porque en efeto se dize della, que aunque estava en aquel trato, tenia unas sombras

bras y lexos de Christiana. Assi como beviò Sancho, dio de los carcaños à su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par se saliò della, muy contento de no aver pagado nada, y de aver salido con su intencion, aunque avia sido à costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedò con sus alforjas, en pago de lo que se le devia: mas Sancho no las echò menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, assi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los Cavalleros andantes de la tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su Señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÒ Sancho à su amo marchito y desmayado, tanto que no podia harrear à su jumento. Quando assi le vio Don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho bueno, que aquel castillo ò venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo. Y confirmo esto, por aver visto, que quando estava por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue possible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me devian de tener encantado: que te juro

por la fè de quien ſoi, que ſi pudiera ſubir, ò apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones y Malandrines ſe acordàran de la burla para ſiempre, aunque en ello ſupiera contravenir à las leyes de Cavalleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no conſienten que Cavallero ponga mano contra quien no lo ſea, ſino fuere en defenſa de ſu propria vida y perſona, en caſo de urgente y gran neceſſidad. Tambien me vengara yo ſi pudiera, fuera, ò no fuera armado Cavallero; pero no pude: aunque tengo para mi, que aquellos que ſe holgaron conmigo, no eran fantaſmas, ni hombres encantados, como vueſtra Merced dize, ſino hombres de carne, y de hueſſo como noſotros: y todos ſegun los oy nombrar, quando me bolteavan, tenian ſus nombres que el uno ſe llamava Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oy que ſe llamava Juan Palomeque el Zurdo. Aſſi que, Señor, el no poder ſaltar las bardas del corral, ni apearſe del cavallo, en al eſtuvo, que en encantamentos. Y lo que yo ſaco en limpio de todo eſto, es, que eſtas aventuras que andamos buſcando, al cabo al cabo, nos han de traer a tantas deſventuras, que no ſepamos qual es nueſtro pie derecho. Y lo que ſeria mejor y mas acertado, ſegun mi poco entendimiento, fuera el bolvernos à nueſtro lugar, aora que es tiempo de la ſiega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco ſabes Sancho, reſpondiò Don Quixote, de achaque de Cavalleria! calla, y ten paciencia, que dia vendrà donde veas por viſta de ojos, quan honroſa coſa es andar en eſte exercicio. Sino dime, que mayor contento puede aver

aver en el mundo, ò que guſto puede yguarlarſe al de vencer una batalla, y al de triunfar de ſu enemigo? Ninguno ſin duda alguna. Aſſi deve de ſer, reſpondiò Sancho, pueſto que yo no lo ſe. Solo ſe, que deſpues que ſomos Cavalleros andantes, ò vueſtra Merced lo es (que yo no ay para que me cuente en tan honroſo numero) jamas hemos vencido batalla alguna, ſino fue la del Vizcayno, y aun de aquella ſaliò vueſtra Merced con media oreja, y media zelada menos, que deſpues acà todo ha ſido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y averme ſucedido por perſonas encantadas, de quien no puedo vengarme, para ſaber haſta donde llega el guſto del vencimiento del enemigo, como vueſtra Merced dize. Eſſa es la pena que yo tengo, y la que tu deves tener Sancho, reſpondiò Don Quixote: pero de aqui adelante yo procurarè aver à las manos alguna eſpada hecha por tal maeſtria, que al que la truxere conſigo, no le puedan hazer ningun genero de encantamentos. Y aun podria ſer que me deparaſſe la ventura aquella de Amadis, quando ſe llamava el Callero de la ardiente eſpada, que fue una de las mejores eſpadas que tuvo Cavallero en el mundo: porque fuera que tenia la virtud dicha, cortava como una navaja, y no avia armadura por fuerte y encantada que fueſſe, que ſe le paraſſe delante. Yo ſoy tan venturoſo, dixo Sancho: que quando eſſo fueſſe, y vueſtra Merced vinieſſe à hallar eſpada ſemejante, ſolo vendria à ſervir y aprovechar à los armados Cavalleros, como el balſamo, y à los Eſcuderos, que ſe los papen duelos. No temas eſſo Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo harà el cielo contigo. En eſtos coloquios yvan Don Quixo-

te y su Escudero, quando vio Don Quixote, que por el camino que yvan, venia hazia ellos una grande y espesa polvareda, y en viendola se bolvio à Sancho, y le dixo: Este es el dia, ò Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el que tengo de hazer obras que queden escritas en el libero de la fama, por todos los venideros siglos. Vès aquella polvareda que alli se levanta Sancho? Pues toda es quexada de un copiosissimo exercito, que de diversas è innumerables gentes, por alli viene marchando. A essa cuenta dos deven de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se levanta assi mesmo otra semejante polvareda. Bolvio à mirarlo Don Quixote, y vio que assi era la verdad: y alegrandose sobremanera, pensò sin duda alguna, que eran dos exercitos que venian à envestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia à todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucessos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de Cavallerias se cuentan: y todo quanto hablava, pensava, ò hazia, era encaminado à cosas semejantes, y la polvareda que avia visto la levantavan dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaron de ver, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmava Don Quixote que eran exercitos, que Sancho lo vino à creer, y à dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo Don Quixote, favorecer y ayudar à los menesterosos y desvalidos. Y has de saber San-

Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze y guya el grande Emperador Alifanfaron, Señor de la grande Isla Trapobana: este otro que à mis espaldas marcha es èl de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos Señores, preguntò Sancho? Quierense mal, respondiò Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa, y ademas agraciada Señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey Pagano, sino dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se buelve à la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En esso haràs lo que deves Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado Cavallero. Bien se me alcança esso, respondiò Sancho: pero donde pondremos à este asno, que estemos ciertos de harllarle despues de passada la refriega, porque el entrar en ella en semejante Cavalleria, no creo que està en uso hasta aora. Assi es verdad, dixo Don Quixote, lo que puedes hazer dèl es, dexarle à sus aventuras, aora se pierda, ò no, porque seràn tantos los cavallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los Cavalleros mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos à aquel altillo que alli se haze, de donde se deven de descubrir los dos exercitos. Hi-

zieronlo assi, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que à Don Quixote se le hizieron exercito, si las nubes del polvo que levantavan no les turbara, y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veya, ni avia con voz levantada, començo à dezir: Aquel Cavallero que alli vès de las armas jaldes, que trae en el escudo un Leon coronado, rendido à los pies de una Donzella, es el valeroso Laurcalco, Señor de la puente de Plata: y el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Mico colembo, gran Duque de Quiracia: el otro de los miembros Gigantes, que està à su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, Señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del templo que derribo Sanson, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelve los ojos à estotra parte, y veràs delante, y en la frente destotro exercito al siempre vencedor, y jamas vencido Timonel de Carcajona, Principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas à quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dize, Miau, que es el principio del nombre de su Dama, que segun se dize es la sin per Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarve. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un Cavallero novel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, Señor de las Baronias de Utri-

Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños, à aquella pintada y ligera zebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en Castellano, que dize assi, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nombrando muchos Cavalleros, del uno y del otro esquadron, que èl se imaginava: y à todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar, prosiguiò diziendo: A este esquadron frontero forman y hazen gentes de diversas naciones; aqui estàn los que beven las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Masilicos campos: los que criban el finissimo y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte: los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo: los Numidas dudosos en sus promessas: los Persas, en arcos y flechas famosos: los Partos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables casas: los Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beven las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan y pulen sus rostros, con el licor del siempre rico y dorado Tajo: los que gozan las provechosas aguas del divino Genil: los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes: los que se alegran en los Eliseos Xerezanos prados: los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda:

Goda: los que en Piſuerga ſe bañan, famoſo por la manſedumbre de ſu corriente, los que ſu ganado apacientan en las eſtendidas deheſſas del tortuoſo Guadiana, celebrado por ſu eſcondido curſo, los que tiemplan con el frio del ſilvoſo Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino. Finalmente quantos toda la Europa en ſi contiene y encierra. Valame Dios, y quantas provincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole à cada una con maravilloſa preſteza lor atributos que le pertenecian, todo abſorto, y empapado en lo que avia leydo en ſus libros mentiroſos. Eſtava Sancho Pança colgado de ſus palabras ſin hablar ninguna, y de quãdo en quando bolvia la cabeça à ver ſi veya los Cavalleros y Gigantes que ſu amo nombrava: y como no deſcubria à ninguno, le dixo: Señor, encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni Cavallero de quantos vueſtra Merced dize parece por todo eſto, alomenos yo no los veo, quiçà todo deve ſer encantamento, como las fantaſmas de anoche. Como dizes eſſo reſpondiò Don Quixote? No oyes el relinchar de los cavallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atambores? No oygo otra coſa, reſpondiò Sancho, ſino muchos balidos de ovejas y carneros: y aſſi era la verdad, porque ya llegavan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te haze Sancho, que ni veas, ni oyas à derechas. Porque uno de los efectos del miedo, es turbar los ſentidos, y hazer que las coſas no parezcan lo que ſon: y ſi es que tanto temes, retirate à una parte, y dexame ſolo, que ſolo baſto à dar la vitoria, à la parte à quien yo diere mi ayuda: y diziendo eſto, puſo las eſpuelas à Rozinante, y pueſta la lança en el riſtre, baxò de la coſtezuela como un rayo. Dio-



Universidad de Deusto Biblioteca

le vozes Sancho, diziendole : Buelvase vuestra Merced Señor Don Quixote, que voto à Dios que son carneros y ovejas las que và à envestir. Buelvase, desdichado del padre que me engendrò, que locura es esta? Mire que no ay Gigante, ni Cavallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador soy yo à Dios? Ni por essas bolvio Don Quixote, antes, en altas vozes yvà diziendo: Ea Cavalleros, los que seguys y militays debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado braço, seguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diziendo se entrò por medio del esquadron de las ovejas, y començò de alancear las con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara à sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, davanle vozes que no hiziesse aquello, pero viendo que no aprovechavan, desciñeronse las hondas, y començaron à saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curava de las piedras, antes discurriendo à todas partes. Adonde estàs sobervio Alifanfaron, vente à mi, que un Cavallero solo soy, que desea de solo à solo provar tus fuerças, y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto una peladill de arroyo, y dandole en un lado le sepultò dos costillas en èl cuerpo. Viendose tan mal trecho, creyò sin duda que estava muerto, ò mal ferido; y acordandose de su licor, sacò su alcuza, y pusosela à la boca, y començò à echar licor en el estomago: mas antes que acabasse de envasar lo que à èl le parecia que era bastante, llegò otra al-

men-

mendra, y diole en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, llevandole de camino tres ò quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre Cavàllero dar consigo del cavallo abaxo. Llegaronse à èl los pastores, y creyeron que le avian muerto. Y assi con mucha priessa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que passavan de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estavase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locoras que su amo hazia, y arrancavase las barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna se le avia dado à conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se avian ydo, baxò de la cuesta, y llegòse à èl, y hallòle de muy mal arte, aunque no avia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo, Señor Don Quixote, que se bolviesse, que los que yva à acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso puede desparecer, y contrahazer aquel ladron del sabio mi enemigo. Sabete Sancho, que es muy facil cosa à los tales hazernos parecer lo que quieren, y este Maglimo que me persigue, embidioso de la gloria que viò que yo avia de alcançar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no haz una cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes, y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y sigue-los bonitamente, y veràs como en alexandose de aqui algun poco, se buelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pintè primero. Pero no vayas aora, que he menester tu favor y ayudo: llegate

gate à mi, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegòse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue à tiempo que ya avia obrado el balsamo en el estomago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò à mirar la boca, arrojò de si mas rezio que una escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compassivo Escudero. Santa Maria! dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin dùda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echò de ver en la color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el balsamo de la alcuza que èl le avia visto bever: y fue tanto el asco que tomò, que revolviendosele el estomago, vomitò las tripas sobre su mismo Señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudiò Sancho à su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar à su amo, y como no las hallò estuvo à punto de perder el juyzio: maldixose de nuevo, y propuso en su coraçon de dexar à su amo, y bolverse à su tierra, aunque perdiesse el salario de lo servido, y las esperanças del govierno de la prometida Insula. Levantose en esto Don Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porque no se le acabassen de salir los dientes, asiò con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se avia movido de junto à su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su Escudero estava de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensativo ademas. Y viendole Don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es un hombre mas que otro, sino

haze

haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que aviendo durado mucho el mal el bien està ya cerca. Assi que no deves congojarte, por las desgracias que à mi me suceden, pues à ti no te cabe parte dellas. Como no, respondiò Sancho: por ventura èl que ayer manteavon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que oy me faltan con todas mas alhajas son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo Don Quixote? Si que me faltan, respondiò Sancho. Desse modo no tenemos que comer oy, replicò Don Quixote. Esso fuera, respondiò Sancho, quando faltaran por estos prados las yervas que vuestra Merced dize que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados Cavalleros andantes como vuestra Merced es. Con todo esso, respondiò Don Quixote, tomara yo aora mas ahina un quartal de pan, ò una hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yervas describe Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras my, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar: y mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta à los mosquitos del ayre, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renaquajos del agua. Y es tan piadoso, que haze salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra Merced, dixo Sancho, para predicador, que para Cavallero andante. De todo sabian, y han de saber, los Cavalleros andantes Sancho,

cho, dixo Don Quixote, porque Cavallero andante huvo en los passados siglos, que assi se paravà à hazer un sermon, ò platica en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sea assi como vuestra Merced dize, respondiò Sancho, vamos aora de aqui, y procurèmos donde aloxar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los ay, darè al diablo el hato, y el garavato. Pidaselo tu à Dios hijo, dixo Don Quixote, y guya tu por donde quisieres, que esta vez quiero dexar à tu eleccion el alojarnos: perodame acà la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metiò Sancho los dedos, y estandole atentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra Merced tener en esta parte? Quatro, respondiò Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra Merced bien lo que dize Señor, respondiò Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondiò Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra Merced mas de dos muelas y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda està rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su Escudero le dava, que mas quisiera que me huvieran derribado un braço, como no fuera el de la espada. Porque te

hago

hago saber Sancho, que la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante. Mas à todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la Cavalleria: sube amigo y guya, que yo te seguirè al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hazia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino Real, que por alli y va muy seguido. Yendose pues poco à poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexava sossegar, ni atender à darse priessa, quiso Sancho entretenelle, y divertirle, diziendole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue lo que se dirà en el siguiente Capitulo.

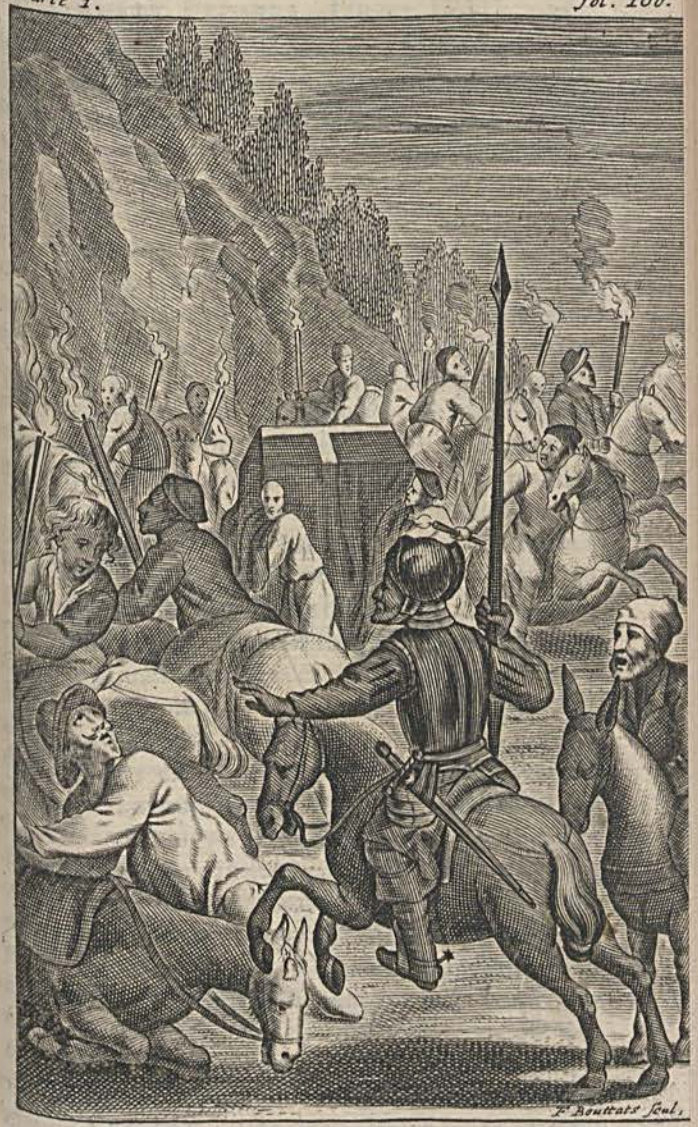
CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho passava con su Amo, y de la aventura que le sucedio con un cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

PARECEME, Señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra Merced, contra la orden de su Cavalleria, no aviendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan à manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello à esto se sigue, y vuestra Merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, ò como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo Don Quixote: mas para dizirte verdad, ello

ello se me avia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no avermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta; pero yo harè la enmienda, que modos ay de composicion en la orden de la Cavalleria para todo. Pues jurè yo algo por dicha, respondiò Sancho? No importa que no ayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estàs muy seguro: y por si, ò por no, no serà malo proveernos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra Merced no se le torne à olvidar esto, como lo del juramento, quiça les bolverà la gana à las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra Merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras platicas les tomò la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiessen: y lo que no avia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltò toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedio una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminavan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, à uno ò dos leguas, de buena razon hallarian en èl alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el Escudero hambriento, y el Amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que yvan, venian hàzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian si no estrellas que se movian. Pasmòse Sancho en viendolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tirò el uno del cabestro à su asno, y el otro de las riendas à su Rozino, y estuvieron quedos, mirando atentamen-

tamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yvan acercando à ellos, y mientras mas se llegavan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començò à temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeça se le crizaron à Don Quixote. El qual animandose un poco, dixo: Esta sin duda Sancho deve de ser grandissima y peligrosissima aventura, donde sera necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondiò Sancho, si à caso esta aventura fuesse de fantasmas, como me lo và pareciendo, adonde avrà costillas que la sufran. Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentirè yo que te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podrè yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprovecharà estar en campo abierto, ò no? Con todo esso, replicò Don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te darà à entender el que yo tengo. Si tendrè, si à Dios plaze, respondiò Sancho, y apartandose los dos à un lado del camino, tornaron à mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminavan podia ser: y de allì à muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto rematò el animo de Sancho Pança, el qual començo à dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana; y creciò mas el batir y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos à cavallo, con sus hachas encendidas en las manos: detras de los quales



les venia una litera cubierta de luto, à la qual seguian otros seys de à cavallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cavallos en el sossiego con que caminavan. Yvan los encamisados murmurando entre si, con una voz baxa, y compassiva. Esta estraña vision à tales horas, y en tal despoblado, bien bastava para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en èl de su Amo: y assi fuera en quanto à Don Quixote, que ya Sancho avia dado al traves con todo su esfuerço. Lo contrario le avino à su Amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figuròsele, que la litera eran andas donde devia de yr algun mal ferido, ò muerto Cavallero, cuya vengança à èl solo estava reservada: y sin hazer otro discurso enristrò su lançon, pusose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forçosamente avian de passar; y quando los vio cerca alçò la voz, y dixo: Deteneos Cavalleros, quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis, adonde vays? que es lo que en aquellas andas llevays? que segun las muestras, ò vosotros aveys fecho, ò vos han fecho algun desaguisado, y conviene, y es menester que yo lo sepa, ò bien para castigaros del mal que feziste, ò bien para vengaros del tuerto que vos fizieron. Vamos de priessa, respondiò uno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos de tener à dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passò adelante. Sintiose desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he pregunta-

do, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantò de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suele. Un moço que yva à pie, viendo caer el encamisado, començò à denostar à Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas enristrando su lançon, arremetiò à uno de los enlutados, y mal ferido, dio con èl en tierra: y rebolviendose por los demas, era cosa de ver con la presteza, que los acometia, y desbaratava, que no parecia sino que en aquel instante le avian nacido alas à Rozinante, segun andava de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en un momento dexaron la refriega, y començaron à correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian si no à los de las mascaras, que en noche de rogozijo y fiesta corren. Los enlutados assimesmo rebueltos, y embueltos en sus saldamentos y lobas no se podian mover: assi que muy à su salvo Don Quixote los apaleò à todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia à quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevavan. Todo lo mirava Sancho, admirado del ardimiento de su Señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente y es forçado como èl dize. Estava una hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribò la mula, à cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegandose à el le puso la punta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiesse; sino que le mataria. A lo qual respondio el caydo: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrado: suplico à vuestra

vuestra Merced, si es Cavallero Christiano, que no me mate, que cometerà un gran sacrilegio que soy Licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de Yglesia? Quien, Señor, replicò el caydo, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, sino me satisfazeys à todo quanto primero os preguntè. Con facilidad serà vuestra Merced satisfecho, respondiò el Licenciado, y assi sabrà vuestra Merced que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeça con otros onze Sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos à la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que và en aquella litera, que es de un Cavallero que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) llevavamos sus huessos à su sepultura, que està en Segovia, de donde es natural. Y quien le matò, preguntò Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondiò el Bachiller. Dessa suerte, dixo Don Quixote quitado me ha nuestro Señor del trabajo que avia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huviera muerto: pero aviendole muerto quien le matò, no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mesmo hiziera si à mi mesmo matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un Cavallero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agravios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues à mi de derecho me aveys buelto tuerto, de-

xandome una pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agravio que en mi aveys deshecho ha sido dexarme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vays buscando aventuras. No todas las cosas, respondiò Don Quixote, suceden de un mismo: el dano estuvo, Señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejavades cosa mala, y del otro mundo, y assi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendo os. y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que erades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzguè, y tuve siempre. Ya que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico à vuestra Merced Señor Cavallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude à salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estrivo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote, y hasta quando aguardavades à dezirme vuestro afan? Dio luego vozes à Sancho Pança, que viniesse: pero èl no se curò de venir, porque andava ocupado desbalijando una azemila de repuesto, que trayan aquellos buenos Señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gavan, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargo su jumento, y luego acudio à las vozes de su Amo; y ayudò à sacar el Señor Bachiller de la opression de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y Don Quixote le dixo, que siguiesse la derrota de sus compañeros, à quien de su parte pidiesse perdon del agra-

agravio que no avia sido en su mano dexar de averle hecho. Dixole tambien Sancho: Si à caso quisieren saber essos Señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra Merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha que por otro nombre se llama, El Cavallero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y Don Quixote preguntò à Sancho, que que le avia movido à llamarle el Cavallero de la triste Figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dirè, respondiò Sancho porque le he estado mirando un rato à la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra Merced la mas mala figura de poco acà que jamas he visto: y develo de aver causado, ò ya el cansancio deste combate, ò ya la falta de las muelas y dientes. No es esto, respondiò Don Quixote, sino que el sabio à cuyo cargo deve de estar el escrevir la historia de mis hazanas, le avrà parecido, que serà bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomavan todos los Cavalleros passados: qual se llamava el de la ardiente Espada: qual el del Unicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del ave Fenix: el otro el Cavallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te avrà puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasses el Cavallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejorme quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, una muy triste figura. No ay para que gastar tiempo y dineros en hazer essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra Merced descubra

bra la suya, y dè rostro à los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen ni escudo le llamarán el de la triste Figura : y creame que le digo verdad, porque le promete à vuestra Merced, Señor (y esta sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrà muy bien escusar la triste pintura. Riose Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo, ò rodela, como avia imaginado; y dixole: Yo entiendo Sancho que quedo descomulgado, por aver puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* Aunque se bien qui no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pensè que ofendia à Sacerdotes, ni à cosas de la Yglesia, à quien respeto, y adoro como Catolico y fiel Christiano que soy, sino à fantasmas, y à vestiglos del otro mundo. Y quando esso assi fuesse, en la memoria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz quando quebrò la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar, como muy honrado, y valiente Cavallero. En oyendo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huessos, ò no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor, vuestra Merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas à su salvo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los vencio sola una persona, y corridos y avergonçados desto, boiv essen à rehazerse, y à buscarnos,

carnos, y nos diessen en que entender. El jumente està como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que hazer sino retirarnos con gentil compas de pies : y como dizen, vayase el muerto à la sepultura, y el vivo à la hogaza : y antecogiendo su asno, rogò à su Señor que le siguisse, el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin bolverle à replicar le siguiò. Y à poco trecho que caminavan por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliviò el jumento, y tendidos sobre la verde yerva, con la salsa de su hambre, almoçaron, comieron, merendaron, y cenaron àun mesmo punto, satisfaciendo sus estomagos con mas de una fiambrera que los Señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trayan. Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que bever, ni aun agua que llegar à la boca : y acossados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estavan estava colmado de verde y menuda yerva, lo que se dirà en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oyda aventura, que con mas poco peligro fue acabada de famoso Cavallero en el mundo, como la que acabò el valeroso Don Quixote de la Mancha.

NO es possible, Señor mio, sino que estas yervas dan testimonio de que por aqui cerca deve de estar alguna fuente, ò arroyo, que estas yervas humedecen : y assi serà bien que va-

mos un poco mas adelante, que ya toparèmos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo à Don Quixote, y tomando de la rienda à Rozinante, y Sancho del cabestro à su asno, despues de aver puesto sobre èl los relieves que de la cena quedaron, començaron à caminar por el prado arriba à tiento, porque la escuridad de la noche no les dexava ver cosa alguna: mas no huvieron andado dozientos passos quando llegò à sus oydos un grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñava. Alegròles el ruydo en gran manera, y parandose à escuchar hàzia que parte sonava, oyeron à deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que davan unos golpes à compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor à qualquier otro coraçon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron à entrar entre unos arboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hazian un temeroso y manso ruydo: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causava horror y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cessavan, ni el viento dormia, ni la mañana llegava: añadiendose à todo esto, el ignorar el lugar donde se hallavan. Pero Don Quixote, acompañado de su intrepido coraçon, saltò sobre Rozinante, y embraçando su rodeda, terciò su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo naci por querer del cielo en esta nuestra

nuestra edad de hierro, para resuscitar en ella la de oro, ò la dorada, como suele llamarse. Yo soy, aquel para quien estàn guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla Redonda, los doze de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, los Febos, y Belianises, con toda la caterva de los famosos Cavalleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas Escudero, fiel y legal las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, que el incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada una por si son bastantes à infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no està acostombrado à semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incentivos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Assi que aprieta un poco las cinchas à Rozinante, y quedate à Dios, y esparame aqui hasta tres dias no mas, en los quales si no bolviere, puedes tu bolverte à nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yràs al Toboso, donde diràs à la incomparable Señora mia Dulcinea, que su cautivo

Cava-

Cavallero murio, por acometer cosas que le hiziessen digno de poder llamarse suyo Quando Sancho oyò las palabras de su Amo, començo à llorar con la mayor ternura del mundo, y à dezirle: Señor, yo no se porque quiere vuestra Merced acometer esta tan temerosa aventura : aora es de noche, aqui no nos vè nadie, bien podemos torcer el camino, y desviarnos del peligro, aunque no bevamos en tres dias : y pues no ay quien nos vea, menos avrà quien nos note de cobardes Quanto mas, que yo he oydo predicar al Cura de nuestro lugar (que vuestra Merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en el : assi que no es bien tentar à Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra Merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuy, y en sacarle vencedor, libre, y salvo de entre tantos enemigos como acompañavan al difunto. Y quando todo esto no mueva, ni ablande esse duro coraçon, muevale el pensar y creer, que apenas se avrà vuestra Merced apartado de aqui, quando yo de miedo dè mi anima à quien quisiere llevarla. Yo sali de mi tierra, y dexè hijos y muger, por venir à servir à vuestra Merced, creyendo valer mas, y no menos : pero como la codicia rompe el saco, à mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas vivas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada insula, que tantas vezes vuestra Merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della, me quiere aora dexar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, Señor mio, que no se me faga tal desaguisado : y ya que del todo no quiera V. M. desistir de acometer este fecho, dilatelo

telo alomenos hastà la mañana, que à lo que à mi me muestra la ciencia que aprendi quando era pastor, no deve de aver desde aqui al Alva tres horas : porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo Como puedes tu Sancho, dixo Don Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, ò esse colodrillo que dizes, si haze la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna ? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vè las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que ay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondiò Don Quixote, que no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiempo, que lagrimas y ruegos me aportaron de hazer lo que devia à estilo de Cavallero : y assi te ruego Sancho que callas, que Dios que me ha puesto en coraçon de acometer aora esta tan no vista, y tan temerosa aventura, tendra cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer es, apretar bien las cinchas à Rozinante, y quedarte aqui, que yo darè la buelta presto, ò vivo, ò muerto. Viendo pues Sancho la ultima resolucion de su amo, y quan poco valian con èl sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprovecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse : y assi quando apretava las cinchas al cavallo, bonitamente, y sin ser sentido atò con el cabestro de su asno, ambos pies à Rozinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cavallo no se podia mover sino à saltos. Viendo Sancho Pança el buen sucesso de su embuste, dixo : Ea Señor, que

el

el cielo conmovido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, será enojar à la Fortuna, y dar cozes (como dicen) contra el alguijon. Desesperavase con esto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al cavallo, menos le podia mover: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sossegarse, y esperar, ò à que amaneciesse, ò à que Rozinante se mencasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rosinante no puede moverse, yo soy contento de esperar à que ria el Alva, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondiò Sancho, que yo entretendrè à vuestra Merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse à dormir un poco sobre la verde yerva, à uso de Cavalleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. A que llamas apear, ò à que dormir, dixo Don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos Cavalleros que toman reposo en los peligros? Duerme tu que naciste para dormir, ò haz lo que quisieres, que yo harè lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra Merced, Señor mio, respondiò Sancho, que no lo dixe por tanto: y llegandose à èl, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedò abraçado con el muslo yzquierdo de su Amo, sin osarse apartar dèl un dedo: tal era el miedo que tenia à los golpes, que todavia alternativamente sonavan. Dixole Don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo avia prometido: à lo que Sancho dixo, que si hiziera si le dexara el temor de lo que oya, pero con todo esso yo me esforçarè à dezir una historia, que si la acierto à contar, y no me van à la mano, es la mejor de las historias: y esteme vuestra Merced atento, que ya comiençO. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere à buscar. Y advierta vuestra Merced, Señor mio, que el principio que los antiguos dieron à sus consejas, no fue assi como quiera, que fue una sentencia de Canton Zonzorino Romano, que dize: Y el mal para quien le fuere à buscar; que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra Merced se estè quedo, y no vaya à buscar el mal à ninguna parte, sino que nos bolvamos por otro camino, pues nadie nos fuerça à que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame à mi el cuydado. Digo pues, prosiguio Sancho, que en un lugar de Estremadura avia un pastor cabrerizo, quiero dezir, que guardava cabras, el qual pastor, ò cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamava Lope Ruyz; y este Lope Ruyz andava enamorado de una pastora que se llamava Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos vezes lo que vas diziendo, no acabaràs en dos dias: dilo seguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y sino no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondiò Sancho se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no se contarlo de otra, ni es

es bien que vueſtra Merced me pida que haga uſos nuevos. Di como quiſieres, reſpondiò Don Quixote, que pues la ſuerte quiere que no pueda dexar de eſcucharte, proſigue. Aſſi que, Señor mio de mi anima, proſiguio Sancho, que como ya tengo dicho, eſte paſtor andava enamorado de Torralva la paſtora, que era una moça rolliza, zaharreña, y tirava algo à hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que aora la veo. Luego conociſtela tu, dixo Don Quixote? No la conoci yo, reſpondiò Sancho, pero quien me contò eſte cuento me dixo, que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contaſſe à otro, afirmar y jurar que lo avia viſto todo. Aſſi que yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añeſca, hizo de manera, que el amor que el paſtor tenia à la paſtora ſe bolvieſſe en omezillo, y mala voluntad, y la cauſa fue, ſegun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales, que paſſavan de la raya, y llegavan à lo vedado: y fue tanto lo que el paſtor la aborrecio de alli adelante, que por no verla ſe quiſo auſentar de aquella tierra, è yrſe donde ſus ojos no la vieſſen jamas. La Torralva que ſe vio deſdeñada del Lope, luego le quiſo bien, mas que nunca le avia querido, eſſa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, deſdeñar à quien las quiere, y amar à quien las aborrece, paſſa adelante Sancho. Sucedio, dixo Sancho, que el paſtor puſo por obra ſu determinacion, y antecogiendo ſus cabras ſe encaminò por los campos de Eſtremadura, para paſſarſe à los Reynos de Portugal. La Torralva que lo ſupo ſe fue tras èl, y ſeguiale à pie y deſcalça, deſde lexos, con un bordon en

en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevava (ſegun es fama) un pedaço de eſpejo, y otro de un peyne, y no ſe que botezillo de mudas para la cara: mas llevaſſe lo que llevaſſe, que yo no me quiero meter aora en averiguallo. Solo dirè que dizen, que el paſtor llego con ſu ganado à paſſar el rio Guadiana, y en aquella ſazon yva crecido, y caſi fuera de madre: y por la parte que llegò no avia barca, ni barco, ni quien le paſſaſſe à èl, ni à ſu ganado de la otra parte, de lo que ſe conſejò mucho, porque veya que la Torralva venia ya muy cerca, y le avia de dar mucha peſadumbre con ſus ruegos y lagrimas: mas tanto anduvo mirando, que vio un peſcador que tenia junto à ſi un barco tan pequeño, que ſolamente podian caber en èl una perſona y una cabra: y con todo eſto le hablò y concertò con èl, que le paſſaſſe à èl, y à trezientas cabras que llevava. Entrò el peſcador en el barco, y paſsò una cabra, bolviò y paſsò otra, tornò à bolver, y tornò à paſſar otra. Tenga vueſtra Merced cuenta en las cabras que el peſcador và paſſando, porque ſi ſe pierde una de la memoria, ſe acabara el cuento, y no ſerà poſſible contar mas palabra dèl. Sigo pues, y digo, que el deſembarcadero de la otra parte eſtava lleno de cieno, y resbaloſo, y tardava el peſcador mucho tiempo en yr y bolver. Con todo eſto bolvio por otra cabra, y otras, y otra. Haz cuenta que las paſsò todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo deſſa manera, que no acabaràs de paſſarlas en un año. Quantas han paſſado haſta aora, dixo Sancho? Yo que diablos ſe, reſpondiò Don Quixote. Heay lo que yo dixe, que tuvieſſe buena cuenta. Pues por Dios que ſe ha acabado el cuento

to

to, que no ay passar adelante. Como puede ser esso, respondiò Don Quixote? tan de essencia de la historia es saber las cabras que han passado por estenso, que si se yerra una del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No Señor, en ninguna manera, respondiò Sancho, porque assi como yo preguntè à vuestra Merced, que me dixesse quantas cabras avian passado, y me respondiò que no sabia, en aquel mesmo instante se me fue, à mi de la memoria quanto me quedava por dezir, y à fè que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondiò Don Quixote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ò historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla jamas se podrà ver, ni avrà visto en toda la vida, aunque no esperava yo otra cosa de tu buen discurso, mas no me maravillo, pues quiçà estos golpes que no cessan, te deven de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondiò Sancho, mas yo se que en lo de mi cuento no ay mas que dezir, que alli se acaba, do comiença el yerro de la cuenta del passage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rozinante. Tornòle à poner las piernas, y èl tornò à dar saltos, y à estàrse quedo, tanto estava de bien atado. En esto parece ser, ò que el frio de la mañana que ya venia, ò que Sancho huviesse cenado algunas cosas lenitivas, ò que fuesse cosa natural (que es lo que mas se deve creer) à èl le vino en voluntad y deseo de hazer lo que otro no pudiera hazer por èl. Mas era tanto el miedo que avia entrado en su coraçon,

çon, que no osava apartarse un negro de uña de su Amo. Pues pensar de no hazer lo que tenia gana, tampoco era possible, y assi lo que hizo por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno, se soltò la laçada corrediza con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandosela dieron luego abaxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alçò la camisa lo mejor que pudo, y echò al ayre entrambos posaderas (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que èl pensò que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fue, que le parecio que no podia mudarse sin hazer estrepito y ruydo, y començò à apretar los dientes, y à encoger los ombros, recogiendo en si el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que al cabo al cabo vino à hazer un poco de ruydo, bien diferente de aquel que à èl le ponia tanto miedo. Oyòlo Don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sancho? No se Señor, respondiò èl, alguna cosa nueva deve de ser, que las aventuras y desventuras, nunca comiençan por poco. Torno otra vez à provar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo ni alboroto que el passado, se hallò libre de la carga que tanta pesadumbre le avia dado. Mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oydos, y Sancho estava tan junto y consido con èl, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegassen à sus narizes: y apenas huvieron llegado, quando èl fue al socorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo

gangoſe, dixo : Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo ? Si tengo, reſpondiò Sancho, mas en que lo echa de ver vueſtra Merced aora mas que nunca ? En que aora mas que nunca hueles, y no à ambar, reſpondiò Don Quixote. Bien podrà ſer, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, ſino vueſtra Merced, que me trae à deshoras, y por eſtos nò acoſtombrados paſſos. Retirate tres ò quatro allà amigo, dixo Don Quixote (todo eſto ſin quitarſe los dedos de las narizes) y deſde aqui adelante ten mas cuenta con tu perſona, y con lo que deves à la mia, que la mucha converſacion que tengo contigo, ha engendrado eſte menoſprecio. Apoſtare, replicò Sancho, que pienſa vueſtra Merced, que yo he hecho de mi perſona alguna coſa que no deva. Peor es meneallo amigo Sancho, reſpondiò Don Quixote. En eſtos coloquios, y otros ſemejantes paſſaron la noche Amo y moço. Mas viendo Sancho que à mas andarſe venia la mañana, con mucho tiento deſligò à Rozinante, y ſe atò los calçones. Como Rozinante ſe vio libre (aunque èl de ſuyo no era nada brioſo) parece qué ſe reſintiò, y començo à dar monotadas, porque corbetas (con perdon ſuyo) no las ſabia hazer. Viendo pues Don Quixote, que ya Rozinante ſe movia, lo tuvo à buena ſeñal, y creyò que lo era, de que acometieſſe aquella temeroſa aventura. Acabò en eſto de deſcubrirſe el Alva, y de parecer diſtintamente las coſas, y vio Don Quixote que eſtava entre unos arboles altos, que eran caſtaños, que hazen la ſombra muy eſcura ? ſintiò tambien que el golpear no ceſſava, pero no vio quien lo podia cauſar. Y aſſi ſin mas detenerſe hizo ſentir las eſpuelas à Rozinante, y tornando à deſpedirſe de Sancho, le mandò que

que alli le aguardaſſe tres dias à lo mas largo (como ya otra vez ſe lo avia dicho) y que ſi al cabo dellos no huvieſſe buelto, tuvieſſe por cierto que Dios avia ſido ſervido, de que en aquella peligroſa aventura ſe le acabaſſen ſus dias. Tornòle à referir el recado y embaxada, que avia de llevar de ſu parte à ſu Señora Dulcinea, y que en lo que tocava à la paga de ſus ſervicios no tuvieſſe pena, porque èl avia dexado hecho ſu teſtamento antes que ſaliara de ſu lugar, donde ſe hallaria gratificado de todo lo toeante à ſu ſalario, rata por cantidad del tiempo que huvieſſe ſervido. Pero que ſi Dios le ſacava de aquel peligro ſano, y ſalvo, y ſin cautela, ſe podia tener por muy mas que cierta la prometida Inſula. De nuevo tornò à llorar Sancho, oyendo de nuevo las laſtimeras razones de ſu buen Señor, y determinò de no dexarle haſta el ultimo tranſito y fin de aquel negocio. Deſtas lagrimas, y determinacion tan honrada de Sancho Pança, ſaca el autor deſta hiſtoria, que devia de ſer bien nacido, y por lo menos Chriſtiano viejo. Cuyo ſentimiento enternecio algo à ſu Amo, pero no tanto que moſtraſſe flaqueza alguna, antes diſſimulando lo mejor que pudo, començò à caminar hàzia la parte por donde le parecio, que el ruydo del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho à pie, llevando, como tenia de coſtumbre, del cabeſtro à ſu jumento, perpetuo compañero de ſus proſperas y adverſas fortunas Y aviendo andado una buena pieça por entre aquellos caſtaños y arboles ſombrios, dieron en un pradezillo, que al pie de unas altas peñas ſe hazia, de las quales ſe precipitava un grandiſſimo golpe de agua. Al pie de las peñas eſtavan unas caſas mal hechas, que mas parecian ruynas

de edificios que casas, de entre las quales advirtieron que salia el ruydo y estruendo de aquel golpear (que aun no cessava.) Alborotòse Rozinante con el estruendo del agua, y de los golpes: y sossegandole Don Quixote, se fue llegando poco à poco à las casas, encomendandose de todo coraçon à su Señora, suplicandole, que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciesse: y de camino se encomendava tambien à Dios, que no le olvidasse. No se le quitava Sancho del lado, el qual alargava quanto podia el cuello, y la vista por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduvieron, quando al doblar de una punta pareciò descubierta y patente la misma causa, sin que pudiesse ser otra de aquel horrisono, y para ellos espantable ruydo, que tan suspensos y medrosos toda la noche los avia tenido. Y eran (si no lo has, ô Lector, por pesadumbre y enojo) seys maços de batan, que con sus alternativos golpes, aquel estruendo formavan. Quando Don Quixote vio lo que era, enmudecio, y pasmose de arriba abaxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirò tambien Don Quixote à Sancho, y viole que tenia los carillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su melancolia tanto con èl, que à la vista de Sancho pudiesse dexar de reyrse, y como vio Sancho que su Amo avia començado, soltò la presa de manera, que tuvo necessidad de apretarse las hijadas con los puños por no rebentar riendo. Quatro vezes sossegò, y otras tantas bolvio à su risa con el mismo impetu

petu que primero: de lo qual ya se dava al diablo Don Quixote: y mas quando le oyò dezir, como por modo de sisga: Has de saber, ô Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, ò de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aqui fue repitiendo todas, ò las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote, pues Sancho hazia burla dèl, se corriò y enojo en tanta manera, que alço el lançon, y le assentò dos palos tales, que si como los recibiò en las espaldas los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, si no fuere à sus herederos. Viendo Sancho que sacava tan malas veras de sus burlas, con temor de que su Amo no passasse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: Sossieguese vuestra Merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondiò Don Quixote. Venid acà, Señor alegre, pareceos à vos, que si como estos fueron maços de batan, fueran otra peligrosa aventura, no avia yo mostrado el animo que convenia, para emprendella y acaballa? Estoy yo obligado à dicha (siendo como soy Cavallero) à conocer y destinguir los sones, saber quales son de batan, ò no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los avreys visto, como villano ruyn que soys, criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos, que estos seys maços se buelvan en seys Jayanes, y echadmelos à las barbas uno à uno, ò todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed de mi la burla que

quisieredes. No aya mas, Señor mio, replicò Sancho, que yo confiesso que he andado algo risueño en demasia : pero digame vuestra Merced, aora que estamos en paz, assi Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano y salvo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuve, que de vuestra Merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto ? No niego yo, respondiò Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en punto las cosas. Alomenos, respondiò Sancho, supo vuestra Merced, poner en su punto el lançon, apuntandome à la cabeça, y dandome en las espaldas : gracias à Dios, y à la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oydo dezir : Esse te quiere bien, que te haze llorar; y mas que suelen los principales Señores, tras una mala palabra que dizen à un criado, darle luego unas calças, aunque no se lo que le suelen dar tras averle dado de palos : si ya no es, que los Cavalleros andantes, dan tras palos Insulas, ò Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dizes veniesse à ser verdad : y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre : y esta advertido de aqui adelante en una cosa (para que te abstengas y reportas en el hablar demasiado conmigo) que en quantos libros de Cavallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su Señor, como tu con el tuyo. Y en verdad

dad que lo tengo à gran falta tuya y mia : tuya en que me estimas en poco : mia, en que no me dexo estimar en mas. Sique Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee dèl, que siempre hablava à su Señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (more Turquesco) Pues que dirèmos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande, como verdadera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, que es menester hazer diferencia de Amo à moço, de Señor à criado, y de Cavallero à escudero. Assi que desde oy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos ha de ser mal para el cantaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegaran à su tiempo, y si no llegaran, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho.) Esta bien quanta vuestra Merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si à caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanta ganava un escudero de un Cavallero andante en aquellos tiempos? y si se concertavan por meses, ò por dias, como peones de albañir ? No creo yo, respondiò Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuvieron à salario, sino à merced. Y si yo aora te le he señalado à ti, en el testamento cerrado que dexè en mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueva en estos tan calamitosos tiempos nuestros la cavalleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima

en el otro mundo. Porque quiere que sepas Sancho, que en el no ay estado mas peligroso que el de los aventureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de un batan pudo alborotar, y desassosiegar el coraçon de un tan valeroso andante aventurero, como es vuestra Merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante no despliegue mis labios para hazer donayre de las cosas de vuestra Merced, sino fuere para honrarle, como à mi Amo y Señor natural. Dessa manera, replicò Don Quixote, viviràs sobre la haz de la tierra, porque despues de à los Padres, à los Amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

CAPITULO XXI.

De la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible Cavallero.

En esto començò à llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas aviales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dètro: y assi torciendo el camino à la derecha mano, dieron en otro como el que avian llevado el dia de antes. De alli à poco descubriò Don Quixote un hombre à cavallo, que traya en la cabeça una cosa que relumbrava, como si fuera de oro, y aun èl apenas le huvò visto, quando se bolvio à Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas; especialmente aquel que dize: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si anoche nos cerrò la ventura la puerta de la que buscavamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertarè à entrar por ella, mia serà la culpa, sin que la pueda dar à la poca noticia de batanes, ni à la escuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, hàzia nosotros viene uno, que trae à su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra Merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuessen otros batanes, que nos acabassen de batanar, y aporrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicò Don Quixote, que và de yelmo à batanes? No se nada, respondiò Sancho, mas àfè que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiçà diera tales razones, que vuestra Merced viera que se engañava en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixo Don Quixote? Dime, no vez aquel Cavallero que hàzia nosotros viene, sobre un cavallo ruzio rodado, que trae puesto en la cabeça un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondiò Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeça una cosa que relumbra. Pues esse es del yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote, apartate à una parte, y dexame con el à solas, veràs quan sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicò Sancho: mas quiera Dios, torno à dezir, que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienso

so mas esso de los batanes, dixo Don Quixote, que voto, y no digo mas que os batanee el alma. Callò Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto, que le avia echado redonde como una bola. Es pues el caso, que el yelmo y el cavallo, y Cavallero que Don Quixote veya, era esto, que en aquel contorno avia dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero; y el otro que estava junto à èl si, y assi el barbero del mayor, servia el menor: en el qual tuvo necessidad un enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero y traya una bazia de azofar. Y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començò à llover, y porque no se le manchasse el sombrero, que devia de ser nuevo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estava limpia, desde media legua relumbrava. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que à Don Quixote le parecio cavallo ruzio rodado y Cavallero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veya, con mucha facilidad las acomodava à sus desvariades cavallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando èl viò que el pobre Cavallero llegava cerca, sin ponerse con èl en razones, à todo correr de Rozinante, le enristrò con el lançon baxo, llevando intencion de passarle de parte à parte. Mas quando à èl llegava, sin detener la furia de su cerrera, le dixo: Defiendete cautiva criatura, ò entregame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deve. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre si, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno abaxo: y no huvo tocado al suelo, quando se levantò mas ligero que un gamo, y començò à correr por aquel llano, que

que no le alcançara el viento. Dexòse la bazia en el suelo, con la qual se contentò Don Quixote, y dixo, que el pagano avia andado discreto, y que avia imitado al Castor: el qual viendose acosado de los caçadores, se taraça y quita con los dientes, aquello por lo que èl por distinto natural sabe que es perseguido. Mandò à Sancho, que alçasse el yelmo, el qual tomandola en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale un real de à ocho como un maravedi. Y dandosela à su Amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola à una parte y à otra, buscandole el encaxe, y como no se le hallava, dixo: Sin duda que el pagano, à cuya medida se forjò primero esta famosa celada, devia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar à la bazia celada, no pudo tener la risa, mas vinose e à las mientes la colera de su Amo, y callò en la mitad della. De que te ries Sancho, dixo Don Quixote? Riome, respondiò èl, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, deuño deste almete, que no semeja si una bazia de barbero pintiparada. Sabes que imagino Sancho, que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun estraño acidente devio de venir à manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia, viendola de oro purissimo, devio de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes: pero sea lo que fuere, que para mi que la conozco, no haze al caso su transmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjò el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas: y

en

en este entretanto la traerè como pudiere, que mas vale algo, que no nada, quanto mas, que bien serà bastante para defenderme de alguna pedrada. Esso serà, dixo Sancho, sino se tira con honda, como se tiraron en la palea de los dos exercitos, quando le santiguaron à vuestra Merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditissimo brevaje, que me hizo vomitar las assaduras. No me dà mucha pena el averle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondiò Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le provarè mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de averle menester, porque pienso guardarme con todos miz cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir à nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no ay que hazer otra cosa sino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal Christiano eres Sancho, dixo, oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sabete que es de pechos nobles y generosos no hazer caso de niñerias. Que pie sacaste coxo, que costilla quebrada, que cabeça rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y passatiempo, que à no entenderlo yo assi, ya yo huviera buelto allà, y huviera hecho en tu vengança mas daño, que el que hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiempo, ò mi Dulcinea fuera en aquel pudiera estar segura, que no tuviera tanta fama de hermosa, como tiene: y aqui dio un suspiro, y le puso en las nubes. Y dexo Sancho

cho por burlas, pues la vengança no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras y las burlas, y se tambien que no se me caeràn de la memoria, como nunca se quitaràn de las espaldas. Pero dexando esto à parte, digame vuestra Merced, que harèmos deste cavallo ruzio rodado, que parece asno pardo, que dexò aqui desamparado aquel Martino, que vuestra Merced derribò, que segun èl puso los pies en polvorosa, y cogio las de Villadiego, no lleva pergenio de bolver por èl jamas, y para mis barbas, sino es bueno el rozio. Nunca yo acostumbro, dixò Don Quixote, despojar à los que venço, ni es uso de cavalleria quitarles los cavallos, y dexarlos à pie: si ya no fuesse que el vencedor huviesse perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar èl del vencido, como ganada en guerra licita. Assi que Sancho dexa esse cavallo, ò asno, ò lo que tu quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, bolverà por èl. Dios sabe si quisiera llevarle, replicò Sancho, ò por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno, verdaderamente que son estrechas las leyes de cavalleria, pues no se estienden à dexar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos si quiera. En esso no estoy muy cierto, respondiò Don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo que los trueques, si es que tienes dellos necessidad estrema. Tan estrema es, respondiò Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los huviera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo mutacion caparun, y puso su jumento à las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorçaron de las sobras del real que del azemila despojaron, bevieron

ron del agua del arroyo de los batanes, sin bolver la cara à mirallos, tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les avian puesto, que cortada la colera, y aun la melancolia, subieron à cavallo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de Cavalleros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron à caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso (que se llevava tras si la de su Amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiava en buen amor y compañia.) Con todo esto bolvieron al camino real, y siguieron por èl à la ventura, si otro designio alguno. Yendo pues assi caminando, dixo Sancho à su Amo: Señor, quiere vuestra Merced darme licencia que departa un poco con èl, que despues que me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y una sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria que se mal lograsse? Dila, dixo Don Quixote, y se breve en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues, Señor, respondiò Sancho, que de algunos dias à esta parte he considerado, quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra Merced busca por estos desiertos y encruzijadas de caminos, donde, aunque se vençan y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea, ni sepa, y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intencion de vuestra Merced, y de lo que ellas merecen. Y assi me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra Merced) que nos fuessemos à servir à algun Emperador, ò à otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra Merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças y ma-

y mayor entendimiento: que visto esto del Señor à quien serviremos, por fuerça nos ha de remunerar à cada qual segun sus meritos; y alli no faltarà quien ponga en escrito las hazañas de vuestra Merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se usa en la cavalleria escrivir hazañas de Escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondiò Don Quixote, mas antes que se llegue à esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprovacion, buscando las aventuras: para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal, que quando se fuere à la Corte de algun gran Monarca, ya sea el Cavallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la Ciudad, quando todos le sigan y rodeen dando vozes, diziendo: Este es el Cavallero del Sol, ò de la Sierpe, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huviere acabado grandes hazañas. Este es, diràn, el que venciò en singular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del larga encantamento en que avia estado casi novecientos años. Assi que de mano en mano yràn pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, se pararà à las feneſtras de su Real palacio, el Rey de aquel Reyno: y assi como vea al Cavallero, conociendole por las armas, ò por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus, salgan mis Cavalleros, quantos en mi Corte estàn à recebir à la flor de la cavalleria que alli viene: à cuyo mandamiento saldràn todos, y èl llegarà hasta la mitad de la escalera,

dera, y le abraçarà estrechissimamente, y le darà paz, besandole en el rostro, y luego le llevarà por la mano al aposento de la Señora Reyna, adonde el Cavallero la hallarà con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas Donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra à duras penas se puede hallar. Sucederà tras esto, luego en continente que ella ponga los ojos en el Cavallero, y èl en los della, y cada uno parezca à otro, cosa mas divina que humana, y sin saber como, ni como no han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de fablar, para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde alli le llevaràn sin duda à algun quarto del palacio ricamente adereçado : donde aviendole quitado las armas, le traeran un rico manton de escarlata, con que se cubra : y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche cenarà con el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitarà los ojos della, mirandola à furto de los circumstantes : y ella harà lo mesmo con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta Donzella. Levantarse han las tablas, y entrarà à deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa Doña, que entre dos Gigantes detras del enano viene, con cierta aventura hecha por un antiquissimo sabio, que el que la acabare serà tenido por el mejor Cavallero del mundo. Mandarà luego el Rey, que todos los que estàn presentes la prueven, y ninguno le darà fin y cima, sino el Cavallero huesped, en mucho por de su fama, de lo qual quedarà contentissima la Infanta, y se tendrà por contenta y pagada ademas

mas, por aver puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este Rey, ò Principe, ò lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como èl : y el Cavallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr à servirle en aquella guerra dicha. Darasela el Rey de muy buen talante, y el Cavallero le besarà cortesmente las manos por la merced que le faze. Y aquella noche se despedira de su Señora la Infanta por las rejas de un jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la avia fablado, siendo medianera y sabidera de todo una Donzella de quien la Infanta mucho se fia. Suspirarà èl. Desmayarase ella, traerà agua la Donzella, acuitarase mucho, porque viene la mañana, y no querria que fuessen descubiertos por la honra de su Señora. Finalmente la Infanta bolverà en si, y dara sus blancas manos por la reja al Cavallero, el qual se las becarà mil y mil vezes, y se las bañarà en lagrimas. Quedarà concertado en los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos ò malos sucessos : y rogarale la Princesa, que se detenga lo menos que pudiere : prometerselo ha èl con muchos juramentos: tornale à besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estarà poco por acabar la vida: vase desde alli à su aposento, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase à despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, dizenle aviendose despedido de los dos, que la Señora Infanta està mal dispuesta, y que no puede recebir visita : piensa el Cavallero, que es de pena de su partida, traspassasele el coraçon, y falta poco de no dar indicio manifiesto

de su pena: está la Donzella medianera delante ha lo de notar todo, vaselo à dezir à su Señora, la qual le recibe con lagrimas, y le dize, que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su Cavallero, y si es de linage de Reyes, ò no: asségurala la Donzella, que no puede caber tanta cortesía, gentileza, y valentia, como la de su Cavallero, sino en sujeto real y grave. Consuelase con esto la cuytada, y procura consolarse, por no dar mal indicio de sí à sus Padres. Y acabo de dos dias sale en publico: ya se es ydo el Cavallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas Ciudades, triunfa de muchas batallas, buelve à la Corte, vè à su Señora por donde suele: conciertase que la pida à su Padre por muger en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es. Pero con todo esto, ò robada, ò de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene à ser su esposa y su Padre lo viene à tener à gran ventura, porque se vino à averiguar, que el tal Cavallero es hijo de un valeroso Rey de no se que Reyno, porque creo que no deve de estar en el Mapa. Muerese el Padre, hereda la Infanta, queda Rey el Cavallero en dos palabras. Aqui entra luegò èl hazer mercedes à su Escudero, y à todos aquellos que le ayudaron à subir à tan alto estado. Casa à su Escudero con una Donzella de la Infanta, que será sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Esso pido, y barras derechas: dixo Sancho, à esso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra Merced, llamandose el Cavallero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, replicò Don Quixote, porque del mesmo modo, y por los mesmos passos que esto he contado, suben, y han subido los Cavalleros andantes à ser Reyes y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Christianos, ò de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa: pero tiempo avrà para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda à la Corte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el universo, no se yo como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ò por lo menos, primo segundo de Emperador? Porque no me querra el Rey dar à su hija por muger, sino está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: Assi que por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo de solar conocido, de possession y propiedad, y de devengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escrivisse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallasse quinto, ò sexto nieto de Rey. Porque te hago saber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen y derivan su decendencia de Principes, y Monarcas, à quien poco à poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuvieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar à ser grandes Señores. De manera, que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son: y otros son que ya no fueran, y podia ser yo destos, que despues de averiguado huviesse sido mi principio grande y famoso, con lo qual se devia de contentar el Rey mi suegro que huviere de ser.

Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que à pesar de su Padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un açacan, me ha de admitir por Señor, y por Esposo: y sino aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, ò la muerte ha de acabar el enojo de sus Padres. Ay entra bien rambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizen: No pidas de grado lo que pueden tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale falto de mata, que ruega de hombres buenos. Digolo porque si el Señor Rey, suegro de vuestra Merced, no se quisiere domeñar à entregarle à mi Señora de Infanta, no ay sino como vuestra Merced dize, roballa y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagan las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podrà estar à diente en esto de las mercedes: si ya nos es, que la Donzella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y èl passa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa, porque bien podrà, creyo yo, desde luego darsela su Señor por legitima Esposa. Esso no ay quien la quite, dixo Don Quixote. Pues como esso sea, respondiò Sancho, no ay sino encomendarnos à Dios, y dexar correr la suerte, por donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondiò Don Quixote, como yo deseo, y tu Sancho has menester, y ruyn sea quien por ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras, no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puede dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada: porque en

en haziendote Conde, catate ay Cavallero, y digan lo que dixeren, que à buena fè que te han de llamar Señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dilado has de dezir, que no litado, dixo su Amo. Sea assi, respondiò Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuy munidor de una cofradia, y que me assentava tan bien la ropa de munidor, que dezian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradia. Pues que serà quando me ponga un ropon Ducal acuestas, ò me vista de oro y de perlas, à uso de Conde estrangero, para mi tengo, que mi han de venir à ver de cien leguas. Bien pareceràs, dixo Don Quixote, pero serà menester que te rapas las barbas à menudo, que segun las tienes de espessas aborrascadas, y mal puestas, sino te las rapas à navaja, cada dos dias por lo menos, à tiro de escopeta, se echarà de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester le hare que ande tras mi, como cavallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò Don Quixote, que los grandes llevan detras de si à sus cavallerizos: Yo se lo dirè, respondiò Sancho: Los años passados estuve un mes en la Corte, y alli vi, que passeandose un Señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, un hombre le seguia à cavallo, à todas las bueltas que dava, que no parecia, sino que era su rabo. Preguntè que como aquel hombre no se juntava con el otro, sino que siempre andava tras dèl? Respondieronme, que era su cavallerizo, y que era uso de grandes llevar tras si à los tales. Desde entonces lo se tan bien,

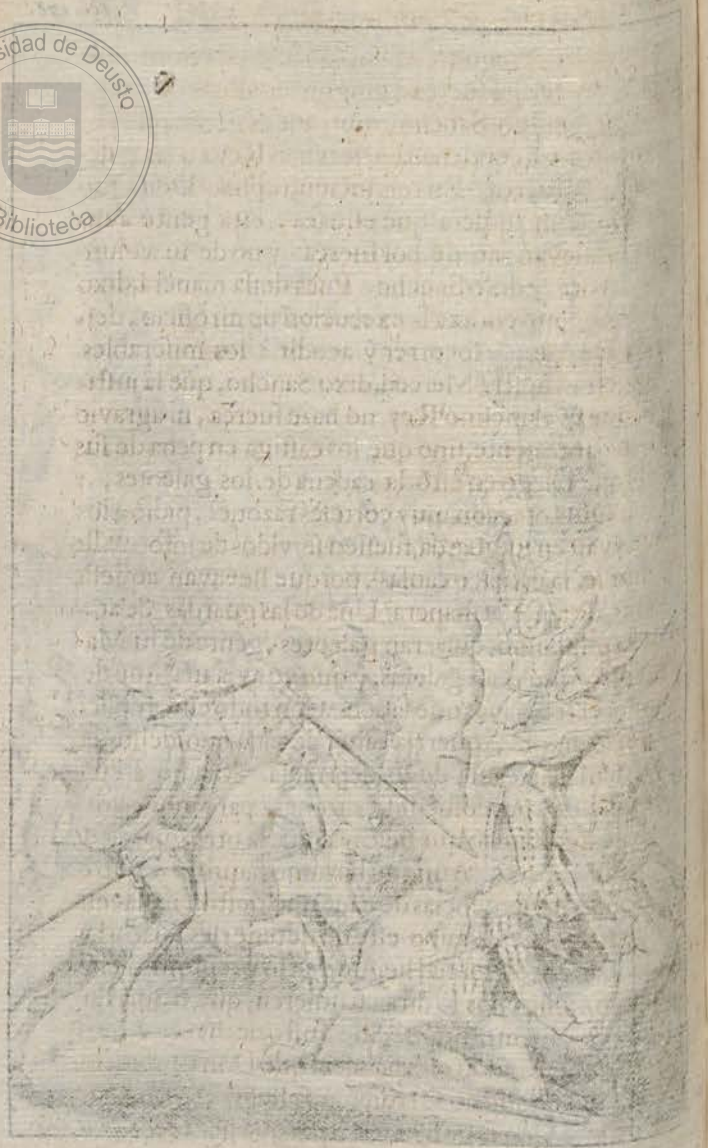
que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que assi puedes tu llevar à tu Barbero, que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron à una, y puedes ser tu el primero Conde que lleve tras si su barbero: y aun es de mas confiança el hazer la barba, que ensillar un cavallo. Quedese esse del barbero à mi cargo, dixo Sancho; y al de vuestra Merced se quede el procurar venir à ser Rey, y el hazerme Conde. Assi sera, respondiò Don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que se dirà en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XXII.

De la liberiad que dio Don Quixote à muchos desdichados, que mal de su grado los llevavan donde no quisieran yr.

CUenta Cide Hamete Benengeli, autor Arabio y Manchego, en esta gravissima, altizonante, minima, dulce, è imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança su Escudero passaron aquellas razones, que en el fin del Capitulo veinte y uno quedan referidas: Que Don Quixote alço los ojos, y vio que por el camino que llevava venian haste doze hombres à pie, ensartados como cuentas, en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas à las manos. Venian assimesmo con ellos dos hombres de à cavallo, y dos de à pie. Los de à cavallo, con escopetas de rueda, y los de à pie con dardos y espadas, y que assi como Sancho Pança los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes gente forçada del Rey, que và à las galeras. Como gente





te forçada, preguntô Don Quixote ? es posſible que el Rey haga fuerça à ninguna gente ? No digo eſſo, reſpondio Sancho, ſino que es gente que por ſus delitos và condenada à ſervir al Rey en las galeras de por fuerça. En reſolucion, replico Don Quixote : como quiera que ello ſea, eſta gente aunque los llevan van de por fuerça, y no de ſu voluntad. Aſſi es, dixo Sancho. Pues deſſa manera, dixo ſu Amo, aqui encaxa la execucion de mi oficio, deſfazer fuerças, y ſocorrer y acudir à los miſerables. Advierta vueſtra Merced, dixo Sancho, que la juſticia, que es el meſmo Rey, no haze fuerça, ni agravio à ſemejante gente, ſino que los caſtiga en pena de ſus delitos. Llegò en eſto la cadena de los galeotes, y Don Quixote, con muy corteſes razones, pidio à los que yvan en ſu guarda, fueſſen ſervidos de informalle y dezille, la cauſa, ò cauſas, porque llevavan aquella gente de aquella manera? Una de las guardas de acavallo reſpondiò, que eran galeotes, gente de ſu Mageſtad, que yva à galeras, y que no avia mas que dezir, ni èl tenia mas que ſaber. Con todo eſſo, replicò Don Quixote, querria ſaber de cada uno dellos en particular la cauſa de ſu deſgracia. Añadiò à eſtas otras tales y tan comedidas razones, para moverlos à que le dixeſſen lo que deſeava, que la otra guarda de acavallo le dixo: Aunque llevamos aqui el regiſtro, y la fè de las ſentencias de cada uno deſtos malaventurados, no es tiempo eſte de detenerles à ſacarlas, ni à leellas, V. Merced llegue, y ſe lo pregunte à ellos meſmos, que ellos lo diran ſi quieren, que ſi querran, porque es gente que recibe guſto de hazer y dezir vellaquerias. Con eſta licencia que Don Quixote ſe tomara, aunque no ſe la dieran, ſe llegò à la cadena, y al primero le preguntò, Que porque pecados yva de

tan mala guisa? El le respondiò, que por enamorado yva de aquella manera. Por esso no mas, replicò Don Quixote? pues si por enamorados echan à galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra Merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto à una canastra de colar atestada de ropa blanca, que la abracè conmigo tan fuertemente, que à no quitarmela de justicia por fuerça, aun hasta aora no la huviera dexado de mi voluntad, Fue en fragante, no huvo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabòse la obra. Que son gurapes, preguntò Don Quixote? Gurapes son galeras, respondiò el galeote: el qual era un moço de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò Don Quixote al segundo, el qual no respondiò palabra, segun yva de triste y melancolico: mas respondiò por èl el primero, y dixo: Este, Señor, và por Canario, digo, que por musico y cantor. Pues como repitiò Don Quixote, por musicos y cantores van tambien à galeras? Si Señor, respondiò el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo Don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Acà es al reves dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote, mas una de las guardas le dixo: Señor Cavallero, cantar en el ansia se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por aver confessado, le condenaron por seys años à galeras, amen-

de dozientos açotes que ya lleva en las espaldas. Y và siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allà quedan, y aqui van le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuvo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene un no, como un si: y que harta ventura tiene un delinquente, que està en su lengua su vida, ò su muerte, y no en la de los testigos y provanças, y para mi tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondiò Don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que à los otros; el qual depresto, y con mucho desenfado respondiò, y dixo: Yo voy por cinco años à las Señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo dare veynte de muy buena ganà, dixo Don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece, respondiò el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se està muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porque si à su tiempo tuviera yo essos veynte ducados que vuestra Merced aora me ofrece, huviera untado con ellos la pendola del escrivano, y avivado el ingenio del procurador, de manera, que oy me viera en mitad de la plaça de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo, pero Dios es grande, paciencia, y basta. Passò Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca, que le passava del pecho: el qual oyendose preguntar la causa porque alli venia, començò à llorar, y no respondiò palabra: mas el quinto condenado le sirvio de lengua, y dixo: Este hombre honrado và por quatro años à galeras, aviendo passeado las acos-

ſtumbradas, veſtido en pompa y à cavallo. Eſſo es, dixo Sancho Pança, à lo que à mi me parece aver, ſalido a la verguença. Aſſi es, replicò el galeote: y la culpa porque le dieron eſta pena, es por aver ſido corredor de orejo, y aun de todo el cuerpo: en eſeto quiero dezir, que eſte Cavallero và por alcahuete, y por tener aſſi meſmo ſus puntas, y collar de hechizero. A no verle añadido eſſas puntas y collar, dixo Don Quixote, por ſolamente el alcahuete limpio, no merecia èl yr à vogar en las galeras, ſino à mandallas, y à ſer General dellas, porque no es aſſi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de diſcretos, y neceſſariſſimo en la Republica bien ordenada, y que no le devia exercer ſino gente muy bien nacida: y aun avia de aver veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja; y deſte manera ſe eſcuſarian muchos males que ſe cauſan, por andar eſte oficio y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como ſon mugerzillas de poco mas à menos, pajezillos y truhanes de pocos años, y de poca experiencia, que à las mas neceſſaria ocaſion, y quando es meneſter dar una traça que importe, ſe les yelan las migas entre la boca y la mano, y no ſaben qual es ſu mano derecha. Quiſiera paſſar adelante, y dar las razones, porque convenia hazer eleccion de los que en la Republica avian de tener tan neceſſario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dirè à quien lo pueda proveer y remediar. Solo digo aora, que la pena que me ha cauſado ver eſtas blancas canas, y eſte roſtro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ſer hechizero. Aunque bien

bien ſe que no ay hechizos en el mundo, que puedan mover y forçar la voluntad, como algunos ſimples pienſan, que es libre nueſtro alvedrio, yo no ay yerva ni encanto que le fuerce: lo que ſuelen hazer algunas mugerzillas ſimples, y algunos embuſteros vellacos, es algunas miſturas y venenos con que buelven locos à los hombres, dando à entender que tienen fuerça para hazer querer bien, ſiendo como digo coſa impoſſible forçar la voluntad. Aſſi es dixo el buen viejo, y en verdad Señor, que en lo de hechizero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar: pero nunca penſe que hazia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo ſe holgaſſe, y vivieſſe en paz y quietud, ſin pendencias ni penas: pero no me aprovechò nada eſte buen deſeo, para dexar de yr à donde no eſpero bolver, ſegun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato: y aqui tornò à ſu llanto como de primero, y tuvole Sancho tanta compaſſion, que ſacò un real de à quatro del ſeno, y ſe le dio de lymoſna. Paſsò adelante Don Quixote, y preguntò à otro ſu delito, el qual reſpondiò con no menos, ſino con mucha mas gallardia que el paſſado: Yo voy aqui porque me burlè demaſiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmente tanto me burle con todas, que reſultò de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Sumiſta que la declare. Provòſeme todo, faltò favor, no tuve dineros, vime à pique de perder los tragaderos: ſentenciaronme à galeras por ſeys años, conſenti; caſtigo es de mi culpa, moço ſoy, dure la vida, que con ella todo ſe alcança. Si vueſtra Merced, Señor Cavallero, lleva alguna coſa con que ſocorrer à eſtos po-

pobretes. Dios se lo pagarà en el Cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuydado de rogar à Dios en nuestras oraciones, por la vida y salud de vuestra Merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este yva en habito de estudiante, dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todas estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traya una cadena al pie, tan grande, que se la lleva por todo el cuerpo, y dos argollas à la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ò pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegavan à la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde llevava las manos cerradas con un gruesso candado, de manera, que ni con las manos podia llegar à la boca, ni podia baxar la cabeça à llegar à las manos. Preguntò Don Quixote, què como yvà aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros? Respondiòle la guarda: Porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos: y que era tan atrevido, y tan grande vellaco, que aunque le llevavan de aquella manera, no yvan seguros dèl, sino que temian que se les avia de huyr. Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, sino han merecido mas pena que echarle à las galeras? Và por diez años, replicò la guarda, que es como muerte civil: No se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llaman, Ginesillo de Parapilla. Señor Comissario, dixo entonces el galeote, vayase poco à poco, y no andemos aora à deslindar nombres y

y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapil'a, como boace dize, y cada uno se dè una buelta à la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicò el Commissario, Señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondiò el galeote, que và el hombre como Dios es servido, pero algun dia sabrà alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, ò no. Pues no te llaman assi embustero, dixo la guarda? Si llaman, respondiò Gines, mas yo harè que no me lo llamen, ò me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor Cavallero, si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el Comissario, que el mesmo ha escrito su historia, que no ay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la carcel en dozientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en dozientos ducados. Tan bueno es, dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondiò Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, ò escrivieren. Lo que le se dezir à boace es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no puede aver mentiras que se le ygualen. Y como se intitula el libro, preguntò Don Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondiò èl mismo. Y està acabado: preguntò Don Quixote: Como puede estar acabado, respondiò èl, si aun no està acabada mi vida: lo que esta escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta ultima vez me han echado en galeras

ras. Luego otra vez aveys estado en ellas, dixo Don Quixote? Para servir à Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se à que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondiò Gines: y un me pesa mucho de yr à ellas, porque alli tendrè lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España ay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escrivir, porque me lo se de coro. Abil pareces, dixo Don Quixote? Y desdichado, respondiò Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen à los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho, Señor Comissario, respondiò Passamonte, que se vaya poco à poco, que aquellos Señores no le dieron essa vara para que maltratasse à los probretes que aqui vamos', sino para que nos guiasse y llevasse adonde su Magestad manda: sino por vida de, basta, que podria ser que saliessen algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alçò al vara en alto el Comissario, para dar à Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas Don Quixote se puso en medio, y le rogo que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien llevava tan atadas las manos tuviesse algun tanto suelta la lengua: y bolviendose à todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aveys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays à padecer no os dan mucho gusto, y que vays à ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser que el poco animo que aquel

tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huviesse sido de causa de vuestra perdicion, y de no aver salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa à mi aora en la memoria, de manera que me està diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en èl la orden de cavalleria que professo, y el voto que en ella hize de favorecer à los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien, no se haga por mal, quiero rogar à estos Señores guardianes, y Comissario, sean servidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaràn otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclavos à los que Dios, y naturaleza hizo libros. Quanto mas Señores guardas, añadio Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allà se lo aya cada uno con su pecado. Dios ay en el Cielo, que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sossiego, porque tenga si lo cumplis algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondiò el Comissario: bueno està el donayre con que ha salido acabo de rato, los forçados del Rey quiere que le dexemos, como si tuviera mos autoridad para soltarlos, ò èl la tuviera para mandarnoslo. Vayase vuestra Merced, Señor, norabuena

buena su camino adelante, y endereceſe eſſe bazia que trae en la cabeça, y no ande buſcando tres pies al gato. Vos ſoys el gato, y el rato, y el vellaco, reſpondiò Don Quixote: y diziendo y haziendo arremetio con el tan preſto, que ſin que tuvieſſe lugar de ponerſe en defenſa, dio con el en el ſuelo, mal herido de una lançada: y avinole bien, que eſta era el de la eſcopeta. Las demas guardas quedaron atonitas y ſuſpenſas del no eſperado acontecimiento, pero bolviendo ſobre ſi, puſieron mano à ſus eſpadas los de à cavallo, y los de à pie à ſus dardos, y arremetieron à Don Quixote, que con mucho ſoſſiego los aguardava, y ſin duda lo paſſára mal, ſi los galeotes viendo la ocaſion que ſe les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian enſartatos. Fue la rebuelta de manera, que las guardas ya por acudir à los galeotes que ſe deſatavan, ya por acometer à Don Quixote, que los acometia, no hizieron coſa que fueſſe de provecho. Ayudò Sancho por ſu parte à la ſoltura de Gines de Paſſamonte, que fue el primero que ſaltò en la campaña libre, y deſembaraçado; y arremetiendo al Comiſſario caydo, le quitò la eſpada, y la eſcopeta, con la qual apuntando al uno, y ſeñalando al otro, ſin diſparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque ſe fueron huyendo, aſſi de la eſcopeta de Paſſamonte, como de las muchas pedradas que los ya ſueltos galeotes les tiravan. Entriſtecioſe mucho Sancho deſte ſuceſſo, porque ſe le repreſentò, que los que yvan huyendo avian de dar noticia del caſo à la ſanta Hermandad, la qual à campana herida ſaldria à buſcar los delinquentes, y aſſi ſe lo dixo à ſu Amo, y le rogò que luego de alli ſe partieſſen,

tieſſen, y ſe emboſcaſſen en la ſierra, que eſtava cerca. Bien eſtà eſſo, dixo Don Quixote, pero yo ſe lo que aora conviene que ſe haga: y llamando à todos los galeotes que andavan alborotados, y avian deſpojado al Comiſſario, haſta dexarle en cueros, ſe le puſieron todos à la redonda para ver lo que les mandava, y aſſi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya aveys viſto, Señores, con manifieſta experiencia, el que de mi aveys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de eſſa cadena que quitè de vueſtros cuellos, luego os pongays en camino, y vays à la Ciudad del Toboſo, y alli os preſenteys ante la Señora Dulcinea del Toboſo, y le digays, que ſu Cavallero el de la triſte Figura, ſe le embia à encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido eſta famoſa aventura, haſta poneros en la deſeada libertad: y hecho eſto os podreys yr donde quiſieredes à la buena ventura. Reſpondiò por todos Gines de Paſſamonte, y dixo: Lo que vueſtra Merced nos manda, Señor y libertador nueſtro, es impoſſible de toda impoſſibilitad complirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, ſino ſolos y divididos, y cada uno por ſu parte, y procurando meterſe en las entrañas de la tierra, por no ſer hallado de la ſanta Hermandad, que ſin duda alguna ha de ſalir en nueſtra buſca: lo que vueſtra Merced puede hazer, y es juſto que haga es, mudar eſſe ſervicio y montazgo de la Señora Dulcinea del Toboſo, en alguna cantidad de Ave Marias, y Credos, que noſotros diremos por la intencion de vueſtra Merced, y eſta es coſa que ſe podrà

cumplir de noche y de dia : huyendo ò repoſando: en paz, ò en guerra : pero penſar que hemos de bolver aora à las ollas de Egypto, digo, à tomar nueſtra cadena, y à ponernos en camino del Toboſo, es penſar que es aora de noche, que aun no ſon las diez del dia, y es pedir à noſotros eſſo, como pedir peras al olmo. Pues voto à tal, dixo Don Quixote (ya pueſto en colera) Don hijo de la puta, Don Gineſillo de Paropillo, ò como os llamays, que aveys de yr vos ſolo rabo entre piernas, con toda la cadena acueſtas. Paſſamonte, que no era nada bien ſufrido, eſtando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo (pues tal diſparate avia cometido, como el de querer darles libertad) viendoſe tratar de aquella manera, hizo del ojo à los compañeros, y apartandoſe à parte, començaron à llover tantas piedras ſobre Don Quixote, que no ſe dava manos à cubrirſe con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caſo de la eſpuela, que ſi fuera hecho de bronze. Sancho ſe puſo tras ſu aſno, y con èl ſe defendia de la nube, y pedriſco que ſobre entrambos llovia. No ſe pudo eſcudar tan bien Don Quixote, que no le acertaſſen no ſe quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça, que dieron con èl en el ſuelo: y apenas huvo caydo, quando fue ſobre èl el eſtudiante, y le quitò la bazia de la cabeça, y diole con ella tres ò quatro golpes en las eſpaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaronle una ropilla que traya ſobre las armas, y las medias calças le querian quitar, ſi las grevas no lo eſtorvaran. A Sancho le quitaron el gavan, y dexandole en pelota, repartiendo entre ſi los demas deſpojos de la batalla, ſe fueron cada uno por ſu parte, con mas cuydado de eſcaparſe de la Hermandad que temian, que

que de acargarſe de la cadena, è yr à preſentarſe ante la Señora Dulcinea del Toboſo. Solos quedaron jumento y Rozinante, Sancho, y Don Quixote. El jumento cabizbaxo y penſativo, ſacudiendo de quando en quando las orejas, penſando que aun no avia ceſſado la borraſca de las piedras que le perſeguian los oydos. Rozinante tendido junto à ſu amo, que tambien vino al ſuelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroſo de la ſanta Hermandad. Don Quixote mohiniſſimo de verſe tan mal parado, por los miſmos à quien tanto bien avia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le acontecio al famoſo Don Quixote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en eſta verdadera hiſtoria ſe cuentan.

VIendoſe tan mal parado Don Quixote, dixo à ſu Eſcudero : Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el hazer bien à villanos es echar agua en la mar. Si yo huviera creydo lo que me dixiſte, yo huviera eſcuſado eſta peſadumbre, pero ya eſtà hecho, paciencia, y eſcarmentar para deſde aqui adelante. Aſſi eſcarmentara vueſtra Merced, reſpondiò Sancho, como yo ſoy Turco : pero pues dize, que ſi me huviera creydo, ſe huviera eſcuſado eſte daño, creame aora, y eſcuſara otro mayor: porque le hago ſaber, que con la ſanta Hermandad no ay uſar de cavallerias, que no ſe le dà à ella por quantos Cavalleros andantes ay dos maravedis : y ſepa que ya me

me parece que sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres cobarde Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas me soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de dezir à nadie, que yo me retirè y apartè deste peligro de miedo, sino por complazer à tus ruegos: que si otra cosa dixeres mentiras en ello: y desde aora para entonces, y desde entonces para aora te desmiento, y digo que mientes, y mentiràs todas las vezes que lo pensares, ò lo dixeres: y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, que parece que llega algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solamente à la santa Hermandad que dizes y temes, sino à los hermanos de los doze Tribus de Israël, y à los siete Mancebos, y à Castor, y à Polux, y aun à todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, respondiò Sancho, que el retirar no es huyr, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja à la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y non aventurarse todo en un dia. Y sepa que aunque çafio y villano, todavia se me alcança algo deste que llaman, buen govierno: assi que no se arrepienta de aver tomado mi consejo, sino suba en Rozinante, si puede, ò sino yo le ayudarè, y sigame, que el caletre me dize, que hemos menester aora mas los pies que las manos. Subiò Don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que alli junto estava, llevando Sancho intencion de atravessarla toda, è yr

è yr à salir al Viso, ò à Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscasse. Animòle à esto aver visto, que de la refriega de los galeotes se avia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgò à milagro, segun fue lo que llevaron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron à la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareciò à Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durasse el matalotaje que llevava: y assi hizieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y compone à su modo, ordenò, que Gines de Passamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena, por virtud y locura de Don Quixote, se avia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acordò de esconderse en aquellas montañas: y llevòle su suerte, y su miedo à la misma parte donde avia llevado à Don Quixote, y à Sancho Pança, à hora y tiempo que los pudo conocer, y à punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necessidad sea ocasion de acudir à lo que se deve, y el remedio presente vença à lo por venir, Gines, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordò de hurtar el asno à Sancho Pança, no curandose de Rozinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Pança, hurtòle su jumento, y antes que amaneciesse, se hallò bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallò menos su

su Ruzio, el qual viendose sin èl, començò à hazer el mas triste y dolor so llanto del mundo: y fue de manera que Don Quixote despertò à las vozes, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, alivio de mis cargas; y finalmente sustentados de la mitad de mi persona, porque con veynte y seys maravedis que ganava cada dia, mediava yo mi dispensa. Don Quixote que vio el llanto, y supo la causa, consolò à Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogò que tuviesse paciencia, prometiendole de darle una cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco que avia dexado en ella. Consolòse Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templò sus solloços, y agradeciò à Don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscava. Reduziansele à la memoria los maravillosos acaecimientos, que en semejantes soledades y asperezas avian sucedido à Cavalleros andantes. Yva pensando en estas cosas, tan embevecido, y transportado en ellas que de ninguna otra se acordava. Ni Sancho llevava otro cuydado (despues que le parecio que caminava por parte segura) sino de satisfazer su estomago con los relieves que del despojo clerical avian quedado, y assi yva tras su Amo, sentado à la mugeriega sobre su jumento, sacando de un costal, y embaulando en su pança: y no se le diera por hallar otra aventura entretanto que yva de aquella manera un ardite. En esto alçò los ojos, y vio que su Amo estava parado, procurando con la punta del lançon alçar no se que bulto que esta-

estava caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa à llegar à ayudarle, si fuesse menester: y quando llegò fue à tiempo: que alçava con la punta del lançon un coxin, y una maleta asida à èl, medio podridos, ò podridos del todo, y deshechos: mas pesava tanto, que fue necessario que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandòle su Amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y su candado, por lo roto y podrido della, vio lo que en ella avia, que eran quatro camisas de delgado olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo hallò un buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho. Y buscando mas, hallò un librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidio Don Quixote, y mandòle que guardasse el dinero, y lo tomasse para èl. Besòle las manos Sancho por la merced, y desbalijando à la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es possible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado devio de passar por esta sierra, y salteandole Malandrines, le devieron dematar, y le truxeron à enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser esso, respondiò Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo Don Quixote, y assi no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librillo de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimento de lo que deseamos. Abriole, y lo primero que

hallò en el, escrito como un borrador, aunque de muy buena letra, fue un Soneto, que leyendole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ò no es mi pena
Igual à la ocasion, que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que un Dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor, que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del Cielo esta ruyna.
Presto avrè de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por essa trobà, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que està ay se saque el ovillo de todo. Que hilo està aqui, dixo Don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra Merced nombrò ay hilo. No dixe sino Fili, respondiò Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la Dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y à fè que deve de ser razonable Poëta, ò yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende à vuestra Merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondiò Don Quixote, y veraslo quando lleves una carta, escrita en verso de arriba à baxo, A mi Señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas Sancho, que

que todos, ò los mas Cavalleros andantes de la edad passada, eran grandes trobadores, y grandes musicos, que estas dos habilidades, ò gracias (por mejor dezir) son anexas à los enamorados andantes. Verdad es, que las coplas de los passados Cavalleros, tienen mas de espiritu, que de primor. Lea mas vuestra Merced: dixo Sancho, que ya hallarà algo que nos satisfaga. Bolvio la hoja Don Quixote, y dixo: Este es prosa, y parece carta. Carta missiva, Señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respondiò Don Quixote. Pues lea vuestra Merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo Don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo avia rogado, vio que dezia desta manera:

Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me llevan à parte donde antes bolveràn à tus oydos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechasteme, ô ingrata, por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo, que los engaños de tu esposo estèn siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escrivio es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, hallo

otros

otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, eran quexas, lamentos, desconfianças, sabores, y sinsabores: favores, y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote passava el libro, passava Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin que no buscasse, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina avian despertado en èl los hallados escudos, que passavan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gavan, y toda la hambre, sed, y consancio que avia passado en servicio de su buen Señor, pareciendole que estava mas que rebien pagado con la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedò el Cavallero de la triste Figura, de saber quien fuesse el Dueño de la maleta, conjeturando por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que devia de ser de algun principal enamorado, à quien desdenes, y malos tratamientos de su Dama, devian de aver conduzido à algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curò de mas, que de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que por donde èl podia caminar: siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento vio, que por

por cima de una montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, yva saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figuròsele que yva desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traya la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el Cavallero de la triste Figura: y aunque lo procurò no pudo seguille, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo èl de suyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò Don Quixote, que aquel era el Dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscalle, aunque supiesse andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y assi mandò à Sancho, que se apeasse del asno, y atajasse por la una parte de la montaña, que èl yria por la otra, y podria ser que topassen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priessa se les avia quitado de delante. No podrè hazer esso, respondiò Sancho, porque en apartandome de vuestra Merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y sirvale esto que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assi serà, dixo èl de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco à poco, ò como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serreçuela, quiça

ça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el Dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondiò : Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y à caso fuesse el Dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y assi fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fè, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero Señor, y quiça fuera à tiempo que lo huviera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respondio Don Quixote, que ya que hemos caydo en sospecha de quien es el Dueño, casi delante, estamos obligados à buscarle, y bolverselos : y quando no le buscassemos, la vehemente sospecha que tenemos de que èl lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuesse. Assi que Sancho amigo, no te dè pena el buscalle, por la que à mi se me quitarà si le hallo : y assi picò à Rozinante, y siguiole Sancho con su acostumbrado jumento. Y aviendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula, ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha, de que aquel que huya era el Dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyeron un silvo, como de pastor que guardava ganado : y à deshora, à su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña parecio el cabrero que las guardava, que era un hombre anciano. Diole vezes Don Quixote, y rogole que baxasse donde estavan. El respondiò à gritos, que quien les avia traydo por aquel lugar, pocas, ò ningunas vezes pisado, sino de pies de cabras, ò de lobos,

bos, y otras fieras que por alli andavan ? Respondiole Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando à donde Don Quixote estava, dixo: Apostarè que està mirando la mula de alquiler que està muerta en essa hondonada, pues à buena fè que ha ya seys meses que està en esse lugar. Diganme, han topado por ay à su Dueño ? No hemos topado à nadie, respondiò Don Quixote, sino à un zoxin, y à una maletilla, que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallè yo, respondiò el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar à ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como ni como no. Esso mesmo es lo que yo digo, respondiò Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra : alli la dexe, y alli se queda como se estava, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo Don Quixote, sabeys vos quien sea Dueño destas prendas ? Lo que sabrè yo dezir, dixo el cabrero, es, que avrà al pie de seys meses, poco mas ò menos, que llego à una majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, Cavallero sobre essa mesma mula que ay està muerta, y con el mesmo coxin y maleta, que dezis que hallastes, y tocastes. Preguntònos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escondida. Diximosle, que era esta donde aora estamos : y es assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quiça no acertareys à salir : y estoy maravillado de como aveys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni senda

que

que à este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, bolvio las riendas, y encaminò hazia el lugar donde le señalamos, dexandonos à todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar, y bolverse hàzia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde alli à algunos dias salio al camino à uno de nuestros pastores, y sin dezille nada se llegò à èl, y le dio muchas puñadas y cozes, y luego se fue à la borrica del hato, y le quitò quanto pan y queso en ella traya: y con estraña ligereza, hecho esto, se bolvio à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos à buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso, y valiente alcornoque. Salio à nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron à entender que era el que buscavamos. Saludonos cortesmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillassemos de verle andar de aquella suerte, porque assi le convenia para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le avia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar con èl. Pedimosle tambien, que quando huviesse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuydado se lo llevariamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que alomenos salliesse à pedirlo, y no à quitarlo à los pastores. Agradecio nuestros ofre-

ofrecimientos, pedio perdon de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna à nadie. En quanto lo que tocava à la estancia de su habitacion, dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomava la noche: y acabò su platica con un tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra los que escuchado le aviamos, si en èl no le acompañaramos: considerandole como le aviamos visto la vez primera, y qual le veyamos entonces. Porque como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones, mostrava ser bien nacido, y muy cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchavamos, su gentileza era tanta, que bastava à darse à conocer à la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clavò los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos, y suspensos, esperando en que avia de parar aquel envelesamiento, con no poca lastima de verlo, porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mover pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le avia sobrevenido: mas èl nos dio à entender presto ser verdad lo que pensavamos: porque se levantò con gran furia del suelo, donde se avia echado, y arremetio con el primero que hallò junto à si, con tal denuedo y rabia, que sino se le quitaramos, le matara à puñadas, y à bocados. Y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pagaràs la sinrazon que me biziste, estas manos te sacaràn el coraçon, donde

de albergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y à estas añadia otras razones, que todas se encaminavan à dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor; y fementido. Quitamos se le pues, con no poca pesadumbre, y èl sin dezir mas palabra, se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos imposibilitò el seguille. Por estò conjeturamos, que la locura lo venia à tiempos, y que alguno que se llamava Fernando, le devia de aver hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostrava el termino, à que le avia conduzido. Todo le qual se ha confirmado despues acà, con las vezes (que han sido muchas) que èl ha salido al camino; unas à pedir à los pastores le dèn de lo que llevan para comer, y otras à quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma à puñades: y quando està en su seso, lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, Señores, prosiguio el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de llevar àl a villa de Almodovar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, ò sabremos quien es quando estè en su seso: y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, Señores, lo que sabrè deziros de lo que me aveys preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes

passar con tanta ligereza, como desnudez; que ya le avia dicho Don Quixote, como avia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero avia oydo, y quedò con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon, ni cueva en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que èl pensava, ni esperava: porque aquel mesmo instante parecio por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estavan, el mancebo que buscava: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio Don Quixote, que un coleto hecho pedaços que sobre si traya, era de ambar: por donde acabò de entender, que persona que tales habitos traya, no devia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo à ellos, los saludò con una voz desentonada, y bronca: pero con mucha cortesia. Don Quixote le bolvio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue à abraçar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huviera conocido. El otro, à quien podemos llamar, el Roto de la mala Figura (como à Don Quixote, el de la triste) despues de averse dexado abraçar, le apartò un poco de si, y puestas sus manos en los ombros de Don Quixote, le estuvo mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado, quiça, de ver la figura, talle, y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estava de verle à èl. En re-

solucion el primero que hablò despues del abraçamiento, fue el Roto, y dixo lo que se dirà adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DIZE la historia, que era grandissima la atencion con que Don Quixote escuchava al astroso Cavallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto Señor, quien quiera que seays, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia que conmigo aveys usado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera servir la que aveys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aveys hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda à las buenas obras que me hazen, que buenos deseos de satisfazerlas. Los que yo tengo, respondiò Don Quixote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia possible. Y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas à todo genero de consuelo, pensava ayudaros à llorarla, y à plañirla como mejor pudiera, que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia,

sia, yo os suplico Señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa que en esta vida mas aveys amado, ò amays, que me digays quien soys, y la causa que os ha traydo à vivir, y à morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio Don Quixote) por la orden de cavalleria que recibi (aunque indigno, y pecador) y por la profession de Cavallero andante, que si en esto, Señor, me complazeys, de serviros con las veras à que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os à llorarla, como os lo he prometido. El Cavallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle á mirar de arriba à baxo: y despues que le huvo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darme à comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de aver comido yo harè todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aqui se me han mostrado. Luego sacaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriessa, que no dava espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragava: y en tanto que comia ni èl, ni los qui le miravan, hablavan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas que le siguiessen, como lo hizieron, y èl los llevò à un verde pradezillo, que à la buelta de una peña, poco desviada de alli estava. En llegando à èl, se tendio en el suelo, encima de la yerva, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto sin que ninguno ha-

blasse, hasta que el Roto, despues de averse acomodado en su assiento, dixo: Si gustays Señores, que os diga en breves razones, la inmensidad de mis desventuras, aveysme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa no interrompereys el hilo de mi triste historia: porque en el punto que lo hagays, en esse se quedarà lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxeron à la memoria à Don Quixote el cuento que le avia contado su Escudero, quando no acertò el numero de las cabras que avian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero bolviendo al Roto, prosiguio diziendo: Esta prevencion que hago, es, porque querria passar brevemente por el cuento de mis desgracias: que el traerlas à la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo: y mientras menos me preguntaredes, mas presto acabarè yo de dezillas, puesto que no dexarè por contar cosa alguna, que sea de importancia, para no satisfazer del todo à vuestro deseo. Don Quixote se lo prometio en nombre de los demas: y èl con este seguro, començò desta manera:

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deven de aver llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertarà à desearme. Tal es la hermosura de Luscinda, Donzella tan noble, y tan rica como yo pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que à mis honrados pensamientos se devia. A esta Lus-

Luscinda amè, quise, y adorè, desde mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso à mi, con aquella senzillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos: y no les pesava dello, porque bien veyan, que quando passaran adelante, no podian tener otra fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertava la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Creciò la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, que por buenos respetos estava obligado à negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto à los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poëtas. Y fue esta negacion, añadir llama à llama, y deseo à deseo: porque aunque pusieron silencio à las lenguas, no le pudieron poner à las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar à entender à quien quieren, lo que en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atrevida. Ay cielos, y quantos billetes la escrivi? Quan regaladas, y honestas respuestas tuve? Quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declarava, y trasladava sus sentimientos, pintava sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreava su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determinè poner por òbra, y acabar en un punto lo que me parecio que mas convenia para salir con mi deseado, y merecido premio: y fue, el pedirsela à su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo que èl me respondiò: Que me agradecia la voluntad que mostrava de honrarle, y de querer honrarme con

prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, à èl tocava de justo derecho, hazer aquella demanda: porque sino fuesse con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse, ni darse à hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome que llevava razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo que deseava: y al tiempo que entrè en un aposento donde estava, le hallè con una carta abierta en la mano, la qual ante que yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta verás Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, Señores, deveys de saber, es un Grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, que à mi mesmo me parecio mal, si mi padre dexava de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde èl estava, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que èl tomava à cargo el ponerme en estado, que correspondiesse à la estimacion en que me tenia. Ley la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oy, que mi padre me dezia: De aqui à dos dias te partirás Cardenio, à hazer la voluntad del Duque, y da gracias à Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio à estas otras razones de padre consejero. Llegose el termino de mi partida, hablè una noche à Luscinda, dexele todo lo que passava, y lo mesmo hize à su padre, suplicandole se entretuviesse algunos dias, y dilatasse el darla estado, hasta que yo viesse

viesse lo que Ricardo me queria. El me lo prometiò, y ella me la confirmo con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estava, fuy dèl tan bien recebido, y tratado, que desde luego començò la embidia à hazer su oficio, teniendomela los criados antiguos; pareciendoles, que las muestras que el Duque dava de hazerme merced, avian de ser en perjuyzio suyo. Pero el que mas se halgò con mi yda, fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando: moço gallardo, gentil-hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que dava que dezir à todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que Don Fernando me queria, y tratava. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la privança que yo tenia con Don Fernando, dexava de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declarava, especialmente uno enamorado, que le traya con un poco de desassossiego. Queria bien à una labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinava en qual destas cosas tuviesse mas excelencia, ni mas se aventajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxeron à tal termino los deseos de Don Fernando, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procurè estorvarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprovechava, determi-

nè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas Don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle que estava yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuyzio de la honra de mi Señor el Duque venia: y assi por divertirme y engañarme, me dixo: Que no hallava otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que queria que el ausencia fuesse, que los dos nos viniessemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia à ver, y feriar unos muy buenos cavallos que en mi ciudad avia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le oy yo dezir esto, quando (movido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprovara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar: por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia, de bolver à ver à mi Luscinda. Con este pensamiento, y deseo, aprovè su parecer, y esforcè su proposito, diziendole, que lo pusiesse por obra con la brevedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, à pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando èl me vino à dezir esto, segun despues se supo, avia gozado à la labradora, con titulo de esposo, y esperava ocasion de descubrirse à su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate. Sucedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando à alcançarle se acaba, y ha de bolver tras aquello que parecia amor: porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no

no le puso à lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como Don Fernando gozò à la labradora, se le aplacaron sus deseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar, por remediarlos, aora de veras procurava yrse, por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandòme que le acompañasse. Venimos à mi ciudad, recibiòle mi padre como quien era: vi yo luego à Luscinda, tornaron à vivir (aunque no avian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta, por mi mal, à Don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que mostrava, no le devia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Luscinda, de tal manera, que mis alabanças movieron en èl los deseos de querer ver Donzella de tan buenas partes adornada. Cumplilos yo, por mi corta suerte, enseñandosela una noche, à la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por èl vistas, las puso en olvido. Enmudeciò, perdiò el sentido, quedò absorto: y finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo (que à mi me zelava, y al cielo à solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse un dia un villete suyo, pidiendome que la pidiesse à su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Luscinda se encerravan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estavan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veya con quan justas causas Don Fernando à Luscinda alabava,

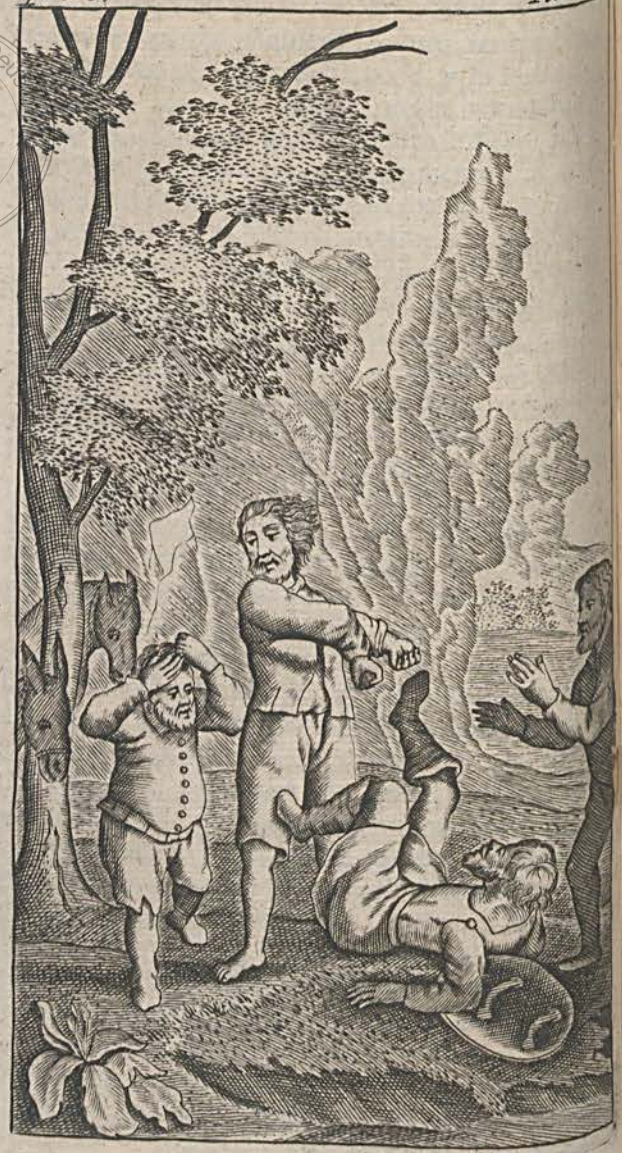
me

me pesava de oyr aquellas alabanças de su boca, y comencè à temer, y à rezelarme del, porque no se passava momento donde no quisiesse que tratassemos de Luscinda, y èl movia la platica, aunque la truxesse por los cabellos: cosa que despertava en mi un no se que de zelos, no por que yo temiesse reves alguno de la bondad, y de la fè de Luscinda, pero con todo esso me hazia temer mi suerte, lo mismo que ella me assegurava. Procurava siempre Don Fernando, leer los papeles que yo à Luscinda embiava, y los que ella me respondia, à titulo, que de la discrecion de los dos gustava mucho. Acaeciò pues, que aviendome pedido Luscinda un libro de cavallerias, en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huvo bien oydo Don Quixote nombrar libro de cavallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra Merced al principio de su historia, que su Merced de la Señora Luscinda, era aficionada à libros de cavallerias, no fuera menester otra exageracion, para darme à entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, Señor, le aveys pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo aver entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, Señor, que vuestra Merced le huviera embiado junto con Amadis de Gaula, al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la Señora Luscinda mucho de Daraydа, y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por

por el, con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podrà venir en que se enmiende essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra Merced ser servido de venirse conmigo à mi aldea, que alli le podrè dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced à la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra Merced, el aver contravenido à lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de cavallerias, y de Cavalleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humadecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y proseguir, que es lo que aora haze mas al caso. En tanto que Don Quixote estava diziendo lo que queda dicho, se le avia caydo à Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y puesto que dos vezes le dixo Don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçava la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de un buen espacio la levantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni avrà quien me lo quite en el mundo, ni quien me dè à entender otra cosa: y seria un majadero el que lo contrario entendiesse, ò creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estava amancebado con la Reyna Madasima. Esso no, voto à tal, respondiò con mucha colera Don Quixote, (y arrojole como tenia de costumbre) y essa es un muy gran malicia, ò vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madasima fue muy principal Señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princesa se avia de amancebar con

con un saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo se le daré à entender, à pie, ò à cavallo; armado, ò desarmado, de noche, ò de dia, ò como mas gusto le diere. Estava le mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya avia venido el accidente de su locura, y no estava para proseguir su historia: ni tampoco Don Quixote se la oyera, segun le avia disgustado lo que de Madasima le avia oydo. Estraño caso que assi bolvio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural Señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estava loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla, y alçò un guijarro que hallò junto à si, y dio con el en los pechos tal golpe à Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança que de tal modo vio parar à su Señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal suerte, que con una puñada dio con el à sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy à su sabor. El cabrero que le quiso defender, corriò el mesmo peligro. Y despues que los tuvo à todos rendidos, y molidos, los dexo, y se fue con gentil sossiego, à emboscarse en la montaña. Levantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado, tan sin merecerlo, acudio à tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no averles avisado, que à aquel hombre le tomava à tiempos la locura, que si esto supieran, huvieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondiò el cabrero, que ya lo avia dicho, y que si èl no lo avia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò à replicar el cabrero:

y fue



y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el cabrero: Dexeme vuestra Merced, Señor Cavallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado Cavallero, bien puedo à mi salvo satisfazerme del agravio que me ha hecho, peleando con èl mano à mano, como hombre honrado. Assi es, dixo Don Quixote: pero yo se, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguò, y Don Quixote bolvio à preguntar al cabrero, si seria possible à hallar à Cardenio, porque quedava con grandissimo deseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero avia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduviesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ò cuerdo, ò loco.

CAPITULO XXV.

De las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Cavallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo à la penitencia de Beltenebros.

DESPIDIOSE del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò à Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Yvanse poco à poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yva muerto por razonar con su Amo, y deseava que èl començasse la platica, por no contravenir

nir à lo que le tenia mandado : mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor Don Quixote, vuestra Merced me eche su bendicion, y me dè licencia, que desde aqui me quiero bolver à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, con los quales por lo menos hablarè y departirè todo lo que quisiere, porque querer vuestra Merced que vaya con èl por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablavan en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto passara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo esto no hemos de coser la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, respondiò Don Quixote, tu mueres por que te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alçado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alçamiento mas, de en quanto anduvieremos por estas sierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que serà; y començando à gozar de esse salvo conduto, digo: Que que le yva à vuestra Merced en bolver tanto por aquella Reyna Magimasa, ò como se llama? O que hazia al caso, que aquel Abad fuesse su amigo, ò no? Que si vuestra Merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco passara adelante con su historia, y se huvieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys torniscones. A fè Sancho, respondiò Don Quixote, que si tu supieras, como yo lo se, quan honrada, y quan principal Señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras que tuve mucha paciencia, pues no quebrè la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar que una Reyna estè amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue un hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y sirvio de ayo, y de medico à la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir, que quando lo dixo, ya estava sin juyzio. Esso digo yo, dixo Sancho, que no avia para que hazer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara à vuestra Merced, y encaminara el guijarro à la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por aver buelto por aquella mi Señora, que Dios cohonda. Pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, està obligado qualquier Cavallero andante à bolver por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro, como fue la Reyna Madasima, à quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de aver sido fermosa, ademas fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades que las tuvo muchas. Y los consejos y compañia del Maestro Elisabat, le fue, y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir y pensar, que ella era su manceba: y mien-

ten,

ten, digo otra vez, y mentiran otras dozientas, todos los que tal penſaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienſo, reſpondiò Sancho, alla ſe lo ayan, con ſu pan ſe lo coman: ſi fueron amancebados, ò no, à dios avràn dado la cuenta: de mis viñas vengo, no ſe nada, no ſoy amigo de ſaber vidas agenas, que el que compra y miente, en ſu bolſa lo ſiente. Quanto mas, que deſnudo naci, deſnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fueſſen, que me va à mi? Y muchos pienſan que ay tozinos, y no ay eſtacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo Don Quixote, y quede necedades vas Sancho enſartando, que và de lo que tratamos, à los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en eſpolear à tu aſno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco ſentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy pueſto en razon, y muy conforme à las reglas de cavalleria, que las ſe mejor que quantos Cavalleros las profeſſaron en el mundo. Señor, reſpondio Sancho, y es buena regla de cavalleria, que andemos perdidos por eſtas montañas, ſin ſienda, ni camino, buſcando, à un loco, el qual deſpues de hallado, quiça le vendrà en voluntad, de acabar lo que dexò començado, no de ſu cuento, ſino de la cabeça de vueſtra Merced, y de mis coſtillas, acabandonoſlas de romper de todo punto? Calla te digo otra vez Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago ſaber, que no ſolo me trae por eſtas partes, el deſeo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama, en todo lo deſcubierto

bierto de la tierra, y ſera tal, que he de echar con ella el ſello à todo aquello que puede hazer perfeto, y famoſo à un andante Cavallero. Y es de muy gran peligro eſſa hazaña, preguntò Sancho Pança? No, reſpondiò el de la triſte Figura: pueſto que de tal manera podia accorrer el dado, que echaſſemos azar, en lugar de encuentro; pero todo ha de eſtar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo Don Quixote, porque ſi buelves preſto, de adonde pienſo embiarte, preſto ſe acabarà mi pena, y preſto començarà mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas ſuſpenſo, eſperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que ſepas, que el famoſo Amadis de Gaula fue uno de los mas perfetos Cavalleros andantes: no he dicho bien, fue uno, fue el ſolo, el primero, el unico, el Señor de todos quantos huvo en ſu tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren, que ſe le ygualò en algo, porque ſe engañan juro cierto. Digo aſſi meſmo que quando algun pintor quiere ſalir famoſo en ſu arte, procura imitar los originales de los mas unicos pintores que ſabe. Y eſta meſma regla corre por todos los mas oficios, ò exercicios de cuenta, que ſirven para adorno de las Republicas. Y aſſi lo ha de hazer, y haze, el que quiere alcançar nombre de prudente y ſufrido, imitando à Uliſes, en cuya perſona y trabajos, nos pinta Homero, un retrato vivo de prudencia, y de ſufrimiento, como tambien nos moſtrò Virgilio, en perſona de Eneas, el valor de un hijo piadoſo, y la ſagazidad de un valiente, y entendido Capitan, no pintandolo, ni deſcribiendolo como ellos fueron, ſino como avian de ſer, para quedar exemplo à los venideros hom-

bres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fue el Norte, el Luzero, el Sol de los valientes, y enamorados Cavalleros, à quien devemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor, y de la Cavalleria militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el Cavallero andante que mas le imitare, estarà mas cerca de alcançar la perfeccion de la cavalleria. Y una de las cosas en que mas este Cavallero mostrò su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdeñado de la Señora Oriana, à hazer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo, y propio para la vida que el de su voluntad avia escogido. Assi que me es à mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no ay para que se dexe passar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho, que es lo que vuestra Merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondiò Don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando hallò en una fuente las señales de que Angelica la Bella avia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se bolvio loco, y arrancò los arboles, enturbiò las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil

mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar à Roldan, ò Orlando, ò Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y pensò, harè el bosquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere ser mas essenciales. Y podrà ser que veniesse à contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Pareceme à mi, dixo Sancho, que los Cavalleros que lo tal fizieron, fueron provocados, y tuvieron causa para hazer essas necedades y penitencias: pero vuestra Merced que causa tiene para bolverse loco? Que Dama le ha desdeñado? O que señales ha hallado, que le dèn à entender, que la Señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria, con Moro, ò Christiano? Ay està el punto, respondiò Don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio: que bolverse loco un Cavallero andante con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, desatinar sin ocasion, y dar à entender à mi Dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, era que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre Señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir à aquel pastor de Màtias Ambrosio, quien està ausente todos los males tiene, y teme. Assi que Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan feliz, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu buelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso embiar à mi Señora Dulcinea: y si fuere tal qual à mi fè se le deve, acabarse ha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, serè loco de veras, y siendolo no sen-

sentire nada. Assi, que de qualquiera manera que responda, saldre del conflito y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ò no sintiendo el mal que aportares, por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que la alçaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hazer pedaços? Pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondiò Sancho: Vive Dios, Señor Cavallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra Merced dize, y que por ellas vengo à imaginar, que todo quanto me dize de Cavallerias, y de alcançar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es usu de Cavalleros andantes, que todo deve de ser cola de viento y mentira, y todo pastraña, ò patraña, ò como lo llamaremos: porque quien oyere dezir à vuestra Merced, que una bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error, en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize y afirma, deve de tener guero el juyzio. La bazia yo la llevo en el costal, toda abollada, y llevola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuvo Escudero en el mundo: que es posible, que en quando ha que andas con migo, no has echado de ver, que todas las cosas de los Cavalleros andantes, parecen quimeras necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reves? Y no porque sea ello assi,

assi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las buelven, segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, ò destruyrnos, y assi esso que à ti te parece bazia de barbero, me parece à mi el yelmo de Mambrino, y à otro le parecerà otra cosa. Y fue rara providencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino: à causa, que siendo èl de tanta estima, todo el mundo me perseguirà por quitarmele; pero como ven que no es mas de un bazin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostrò bien, en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin llevarle, que à fè que si le conociera, que nunca èl le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me dà en voluntad de seguir en mi penitencia, mas à Roldan, que à Amadis. Llegaron en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estava sola, entre otras muchas que la rodeavan. Corria por su falda un manso arroyuelo, y haziase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que dava contento à los ojos que le miravan. Avia por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas y flores, que hazian el lugar apazible. Esto sitio escogiò el Cavallero de la triste Figura, para hazer su penitencia, y assi en viendole, començò à dezir en voz alta, como si estuviera sin juyzio: Este es el lugar, ô cielos, que diputo, y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me aveys puesto. Este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas

deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos suspiros moverán à la contina las hojas destos montarazes arboles, en testimonio y señal de la pena que mi assendereado coraçon padece. O vosotros, quien quiera que seays, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada, oyd las quexas deste desdichado amante, à quien una lengua ausencia, y unos imaginados zelos, han traydo à lamentarse entre estas asperezas, y à quexarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino, y fin de toda humana hermosura. O vosotros Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, assi los ligeros y lascivos satiros, de quien soys, aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sossiego, que me ayudeys à lamentar mi desventura, ò alomenos, no os canseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, assi el cielo te la dè buena, en quanto acertares à pedirle, que consideres el lugar y el estado à que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que à mi fè se le deve. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aveys de hazer compañia à mi soledad) dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu Escudero mio, agradable compañero, en mas prosperos y adversos sucessos, toma bien en la memoria lo que aqui me veràs hazer, para que lo cuentes y recetes à la causa total de todo ello. Y diziendo esto, se apeò de Rozinante, y en un momento le quitò el freno, y la silla, y dandole una palmada en las ancas, le dixo: Libertad te dà, el que sin ella

ella queda, ò cavallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te ygualò en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò à Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitò aora del trabajo de desenalbardar al Ruzio, que à fè que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero si el aqui estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no avia para que, que à el no le tocavan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estava su Amo, que era yo, quando Dios queria. Y en verdad Señor Cavallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra Merced, va de veras, qua serà bien tornar à ensillar à Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serà ahorrar tiempo à mi yda, y buelta, que si la hago à pie, no se quando llegarè, ni quando bolvere, porque en resolucion soy mal caminante. Digo Sancho, respondiò Don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo que de aqui à tres dias te partiràs, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estàs en el cuento, respondiò Don Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabaçadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra Merced como se dà essas calabaçadas, que à tal peña podrà llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de pa-

recer, que ya que à V.M. le parece, que son aqui necessarias calabaçadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas se contentasse pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se contentasse, digo, con darselas en el agua, ò en alguna cosa blanda, como algodon, y dexeme à mi el cargo, que yo dirè à mi Señora, que vuestra Merced se las dava en una punta de peña, mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondiò Don Quixote, mas quiero te hazer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria contravenir à las ordenes de cavalleria, que nos mandan, que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir. Assi que mis calabaçadas han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleven nada del sofistico, ni del fantastico. Y serà necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondiò Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo, y ruegole à vuestra Merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brevage, que en solo oyrle mentar, se me rebuelve el alma, no que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y dirè maravillas à mi Señora, y escriva la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de bolver à sacar à vuestra Merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sancho, dixo Don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno,

fierno, respondiò Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo Don Quixote. Retencio es, respondiò Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual serà al reves en vuestra Merced, ò à mi me andaràn mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar à Rozinante; y pongame yo una por una en el Toboso, y delante de mi Señora Dulcinea, que yo le dirè tales cosas, de las necedades, y locuras (que todo es uno) que vuestra Merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga à poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, bolverè por los ayres como bruxo, y sacarè à vuestra Merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estàn en el infierno, ni creo que vuestra Merced dirà otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escrivir la carta? Y la librança pollinezca, tambien añadio Sancho? Todo yrà inserto, dixo Don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriviessemos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso serà hallarse esso àora, como el papel. Mas ya me ha venido à la memoria, donde serà bien, y aun mas que bien escrivilla, que es, en el librillo de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde ava maestro de escuela de muchachos, ò sino qualquiera Sacristan te la trasladarà: y no se la des à trasladar à ningun Escrivano: que hazen letra proceſſa-

cessada, que no la entenderà Satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis se firman, respondiò Don Quixote. Està bien, respondiò Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se trasla-da, diràn que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yrà en el mismo librillo firmada, que en viendola mi sobrina, no pondrà dificultad en cumplilla. Y en lo que toca à la carta de amores, pondràs por firma: Vuestro hasta la muerte, el Cavallero de la triste Figura. Y harà poco al caso, que vaya de mano agena, porque à lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escrivir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los suyos han sido siempre Platonicos, sin estenderse à mas, que à un honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osarè jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que à la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podrà ser que destas quatro vezes no huviesse ella echado de ver la una que la mirava. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo es la Señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Essa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser Señora de todo el Universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien una barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo. Vive el dador, que es moça de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo à qualquier Cavallero andante, ò por

por andar, que la tuviere por Señora. O hideputa, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso un dia encima del campanario del aldea, à llamar unos çagales suyos, que andavan en un barvecho de su padre, y aunque estavan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, Señor Cavallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deve vuestra Merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie avrà que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deve de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confiesso à vuestra Merced una verdad, Señor Don Quixote, que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensava bien y fielmente, que la Señora Dulcinea devia de ser alguna Princesa, de quien vuestra Merced estava enamorado, ò alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra Merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos que deven ser, segun deven de ser muchas las vitorias que vuestra Merced ha ganado, y ganò en el tiempo que yo aun no era su Escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar à la Señora Aldonça Lorenço, digo à la Señora Dulcinea del Toboso, de que se vayan à hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra Merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegassen, estuviesse ella

ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riesse y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber, que una viuda hermosa, moça, libre, y rica, y sobre todo desenfadada, se enamorò de un moço motilon, rollizo y de buen tomo: alcançòlo à saber su mayor, y un dia dixo à la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Maravillado estoy Señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra Merced, se aya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, aviendo en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Teologos, en quien vuestra Merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir; este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondiò con mucho donayre, y desemboltura: Vuestra Merced, Señor mio, està muy engañado, y piensa muy à lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta Filosofia sabe, y mas que Aristoteles. Assi que Sancho, por lo que yo quiero à Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poëtas que alaban damas, debaxo de un nombre que ellos à su alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tu que las Amariles, las Files, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las co-

comedias estàn llenos, fueron verdaderamente Damas de carne y huesso, y de aquellos que las celebran, y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen, por dar sujeto à sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi, bastame à mi pensar, y creer que la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta: y en lo del linage importa poco, que no han de yr à hazer la informacion dèl, para darle algun habito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta Princesa del mundo. Porque has de saber Sancho, si no lo sabes que dos cosas solas incitan à amar mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le yguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluyr con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre, ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la deseo. assi en la belleza, como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, ò Latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serè castigado de los riguroso. Digo que en todo tiene vuestra Merced razon, respondiò Sancho, y que soy un asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado: pero venga la carta, y à Dios que me mudo. Sacò el libro de memoria Don Quixote, y apartandose à una parte, con mucho sossiego començo à escrivir la carta, y en acabandola llamò à Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomasse de memoria, si à caso se le per-

perdiesse por el camino : porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondiò Sancho: Escrivala vuestra Merced dos ò tres vezes ay en el libro, y demele, que yo le llevarè bien guardado: porque pensar que yo le he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me olvida como me llamo. Pero con todo esso, digamela vuestra Merced, que me holgarè mucho de oylla, que deve de yr como de molde. Escucha que assi dize, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote à Dulcinea del Toboso.

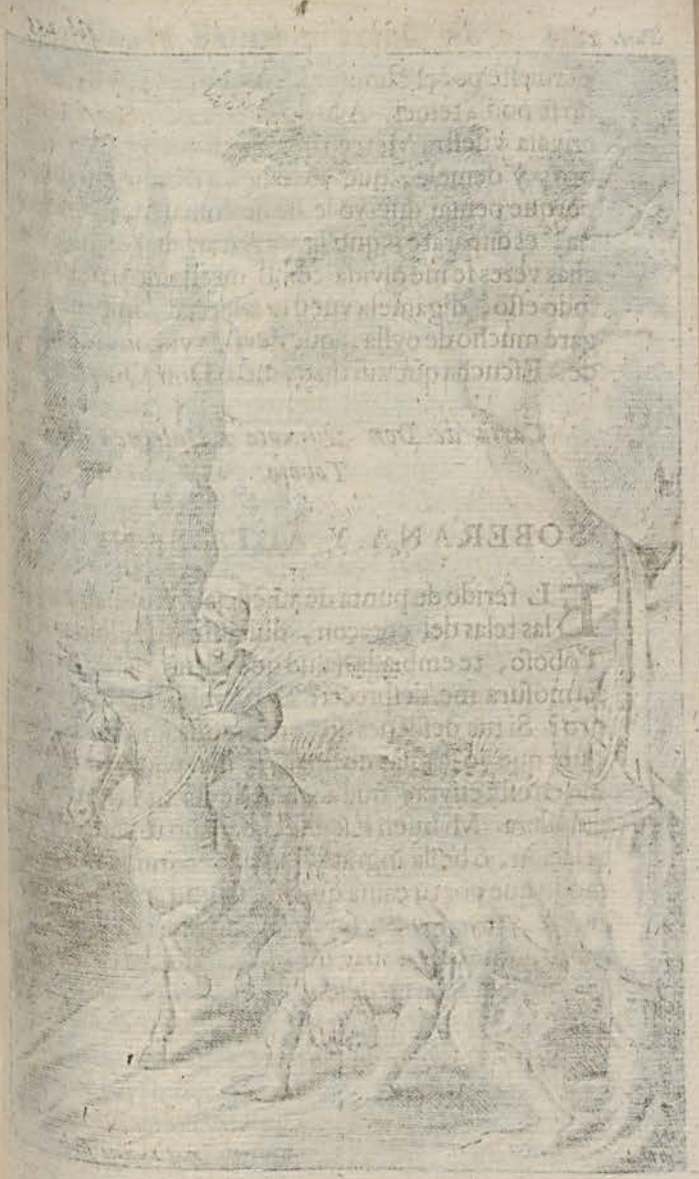
SOBERANA Y ALTA SEÑORA,

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que èl no tiene. Si tu fermosura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes son en mi afincamiento? maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podrè sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte es muy duradera. Mi buen Escudero Sancho te darà entera relacion, ô bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y sino, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, avrè satisfecho à tu crueldad, y à mi deseo.

Tuya hasta la muerte

El Cavallero de la
triste Figura.

Por





Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo, Pesia à mi, y como que le dize vuestra Merced ay todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma; el Cavallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra Merced el mesmo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondiò Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra Merced en esotro buelta, la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo Don Quixote, y aviendola escrito se la leyò, que se dezia assi:

Mandarà vuestra Merced, por esta primera de pollinos, Señora sobrina, dar à Sancho Pança mi Escudero, tres de los cinco que dexè en casa, y estàn à cargo de vuestra Merced. Los quales tres pollinos, se los mando librar y pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago seràn bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, à veynte y dos de Agosto, deste presente año.

Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra Merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra Merded, respondiò Sancho, dexeme yrè à ensillar à Rozinante, y aparejese vuestra Merced à echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra Merced ha de hazer, que yo dirè que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester assi, quiero digo, que me veas en cueros, y hazer una, ò dos

ò dos dozenas de locuras, que las harè en menos de media hora: porque aviendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar à tu salvo en las demas que quisieres añadir: y asségurote que no diràs tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios Señor mio, que no vea yo en cueros à vuestra Merced, que me darà mucha lastima, y no podrè dexar de llorar, tengo tal la cabeça, del llanto que à noche hize por el Ruzio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra Merced gusta de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breves, y las que le vinieren mas à cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada dessо, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra Merced desea, y merece. Y sino aparejese la Señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene à quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago, à cozes, y à bofetones: porque donde se ha de sufrir, que un Cavallero andante, tan famoso como vuestra Merced, se buelva loco, sin que, ni para que, por una? No me lo haga dezir la Señora, porque por Dios que despotrique, y lo eche todo à doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso mal me conoce: pues à fè que si me conociesse, que me ayunasse. A fè Sancho, dixo Don Quixote, que à lo que parece, que no estàs tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondiò Sancho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto à parte, que es lo que ha de comer vuestra Merced, en tanto que yo buelvo? Ha de salir al camino como Cardenio, à quitarselo à los pastores? No te dè pena esse cuydado, respondiò Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yervas y frutos, que este prado, y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho: Sabe vuestra Merced que temo, que no tengo de acertar à buelver à este lugar donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurarè no apartarme destos contornos, dixo Don Quixote: y aun tendrè cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando buelvas. Quanto mas, que lo mas acertado serà, para que no me yerres, y te pierdas, que Cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho à trecho, hasta salir à lo raso, las quales te servirán de mojones y señales, para que me halles quando buelvas, à imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Assi lo harè, respondiò Sancho Pança: y cortando algunas, pidio la bendicion à su Señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio dèl. Y subiendo sobre Rozinante, à quien Don Quixote encomendò mucho, y que mirasse por el, como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho à trecho los ramos de la retama, como su Amo se lo avia aconsejado: y assi se fue, aunque toda via le importunava Don Quixote, que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas no huvo andado cien passos, quando bolvio, y dixo: Digo Señor, que vuestra Merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, serà bien que vea si quiera una, aunque bien grande la he visto, en la quedada de vuestra Merced. No te lo dezia yo, dixo Don Quixote, esperate Sancho,

que en un credo las harè. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedò en carnes, y en pañales, y luego sin mas, ni mas, dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça à baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez bolvio Sancho la rienda à Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su Amo quedava loco, y assi le dexarèmos yr su camino hasta la buelta que fue breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y Bolviendo à contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la Historia, que assi como Don Quixote acabò de dar las tumbas, ò bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se avia ydo sin querer aguardar à ver mas sandezes, se subio sobre una punta de una alta peña, y alli tornò à pensar lo que otras muchas vezes avia pensada, sin averse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas à cuento, imitar à Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ò à Amadis en las malenconicas: y hablando entre si mesmo, dezia: Si Roldan fue tan buen Cavallero, y tan valiente como todos dizen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole un alfiler de ablanca por la punta del pie, y el traya siempre los çapatos con siete suelas de hierro. Aunque no le va-

valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogò entre los braços en Ronzesvalles. Pero dexando en èl lo de la valentia à una parte, vengamos à lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio, por las señales que hallò en la fortuna, y por las nuevas que le dio el pastor, de que Angelica avia dormido mas de dos siestas con Medoro, un Morillo de cabellos enriçados, y peja de Agramante. Y si el entendio que esto era verdad, y que su Dama le avia cometido desaguisado, no hizo mucho en bolverse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, sino le unito en la ocasion dellas, porque mi Dulcinea del Toboso, osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo traje, y que se està oy como la madre que la pario: y hariale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me bolviesse loco de aquel genero de locura de Roldan el Furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas, de que por verse desdeñado de su Señora Oriana, que le avia mandado, que no pareciesse ante su presencia hasta que fuesse su voluntad: de que se retirò à la peña Pobre, en compañia de un ermitaño, alli se hartò de llorar, hasta que el cielo le accorrio en medio de su mayor cuyta, y necessidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre à estos arboles, que no me han hecho mal alguno: ni tengo para que enturbiar el agua clara destos arroyos, los quales me han de dar de be-

ver, quando tenga gana. Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere: del qual se dirà lo que del otro se dixo, que sino acabò grandes cosas, murio por acometellas. Y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos à la obra, venid à mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar à imitaros: mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, assi lo harè yo. Y sirvieronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartò, de que hizo un diez. Y lo que el fatigava mucho, era, no hallar por alli otro ermitaño, que le confessasse, y con quien consolarse: y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriviendo, y gravando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados à su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiessen leer despues que à el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen:

Arboles, yervas, y plantas.
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes, y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis quexas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui lloro Don Quixote
Ausencias de Dulcima
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y a ha venido a tanto mal
Sin saber como, ò por donde.
Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea.
Y assi hasta henchir un pipote.
Aqui llorò Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas
Halla el triste desventuras.
Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloro Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causò poca risa en los que hallaron los versos referidos, el añadiduro del Toboso, al nombre de Dulcinea: porque imaginaron que devio de imaginar Don Quixote, que si en nombrando à Dulcinea, no dezia tambien el Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como èl despues confessò. Otros muchos escrivio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar à los Faunos, y Silvanos de aquellos bosques, à las Vinfas de los rios, a la dolorosa y humi-

humida Eco, que le respondiesse, consolassen, y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yervas con que sustentarse en tanto que Sancho bolvia, que si como tardò tres dias, tardara tres semanas, el Cavallero de la triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo pario. Y serà bien dexalle embuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino à Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegò à la venta donde le avia sucedido la desgracia de la manta, y no la huvo bien visto, quando le parecio que otra vez andava en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegò à hora que lo pudiera y deviera hazer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que avia grandes dias que todo era fiambre. Esta necessidad le forçò à que llegasse junto à la venta, toda via dudoso, si entraria, ò no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron; y dixo el uno al otro: Digame Señor Licenciado, aquel del cavallo no es Sancho Pança, el que dixo èl Ama de nuestro aventurero, que avia salido con su Señor por Escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cavallo de nuestro Don Quixote. Y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura, y el Barbero de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros: los quales assi como acabaron de conocer à Sancho Pança, y à Rozinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron à el, y el Cura le llamò por su nombre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro Amo? Conociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como su Amo que-

quedava: y assi les respondiò, que su Amo quedava ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aveys muerto, y robado, pues venis encima de su cavallo: en verdad que nos aveys de dar el dueño del rozin, ò sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato à nadie, à cada uno mate su ventura, ò Dios que le hi o. Mi Amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy à su sabor. Y luego de corrida, y sin parar, les contò de la suerte que quedava, las aventuras que le avian sucedido, y como llevava la carta à la Señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estava enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sancho Pança les contava, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan se admiravan de nuevo. Pidieronle à Sancho Pança, que les enseñasse la carta que llevava à la Señora Dulcinea del Toboso. El dixo que yva escrita en un libro de memoria, y que era orden de su Señor, que la hizieste trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual, dixo el Cura, que se la mostrasse, que èl la trasladaria de muy buena letra. Metiò la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo, pero no le hallò, ni le podia hallar si le buscara hasta aora, porque se avia quedado Don Quixote con el, y no se le avia dado, ni à el se le acordò de pedirsele. Quando Sancho vio quo no hallava el libro, fuesele parando mortal el rostro: y tor-

tornandose à tentar todo el cuerpo muy apriessa, torno à echar de ver que no le hallava, y sin mas ni mas se echò entrambos puños à las barbas, y se arrancò la mitad dellas: y luego à priessa, y sin cessar se dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las baño todas en sangre. Visto lo qual, por el Cura, y el Barbero, le dixeron, que que le avia sucedido, que tan mal se parava? Que me ha de suceder, respondiò Sancho, sino el aver perdido de una mano à otra, en un estante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Como es esso, replicò el Barbero? He perdido el libro de memoria, respondiò Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de mi Señor: por la qual mandava, que su sobrina me diesse tres pollinos de quatro, ò cinco que estavan en casa. Y con esto les contò la perdida del Ruzio. Consolole el Cura, y dixole, que en hallando à su Señor, el le haria revalidar la manda, y que tornasse à hazer la libranca en papel, como era usu y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetavan, ni cumplian. Con esto se consolo Sancho, y dixo, que como aquello fuesse assi, que no le dava mucha pena la perdida de la carta de Dulcinea, porque en la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde, y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança à rascar la cabeça, para traer à la memoria la carta: y ya se ponia sobre un pie, y ya sobre otro. Unas vezes mirava al suelo, otras al cielo: y al cabo de averse roydo la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos à los que esperavan que ya la dixesse, dixo al cabo de grandissimo rato Por Dios Señor

ñor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: Alta y sobajada Señora. No dirà, dixo el Barbero, sobajada, sino sobre humana, ò soberana Señora. Assi es, dixo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llego, y falto de sueño, y el ferido besa à vuestra Merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa: y no se que dezia de salud, y de enfermedad, que le embiava, y por aqui yva escurriendo, hasta que acabava, en vuestro hasta la muerte: El Cavallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos, de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronsela mucho, y la pidieron que dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos assi mesmo la tomassen de memoria, para trasladalla à su tiempo. Tornola à dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas bolvio à dezir otros tres mil disparates. Tras esto contò assi mesmo las cosas de su Amo, pero no hablò palabra, acerca del manteamiento que le avia sucedido en aquella venta, en la qual rehusava entrar. Dixo tambien, como su Señor, en trayendo que le truxesse buen despacho de la Señora Dulcinea del Toboso, se avia de poner en camino, à procurar como ser Emperador, ò por lo menos Monarca, que assi lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir à serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su braço, y que en siendolo, le avia de casar à el, porque ya seria viudo, que no podia ser menos. Y le avia de dar por muger à una Donzella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado, de tierra firme, sin Insulos, ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las

las narizes y con tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando, quan vehemente avia sido la locura de Don Quixote, pues avia llevado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron consarse en sacarle del error en que estava, pareciendoles, que pues no le dañava nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y à ellos les seria de mas gusto oyr sus necedades: y assi le dixeron, que rogasse à Dios por la salud de su Señor, que cosa contingente, y muy agible era, venir con el discurso del tiempo à ser Emperador, como el dezia: ò por lo menos Arçobispo, ò otra dignidad equivalente. A lo qual respondiò Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que à mi Amo le viniesse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, que suelen dar los Arçobispos andantes à sus Escuderos, Suelenles dar, respondiò el Cura, algun beneficio simple, ò curado, ò alguna sacristania, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otra tanto. Para esso serà menester, replicò Sancho, que el Escudero no sea casado, y que sepa ayudar à Missa por lo menos: y si esto es assi, desdichado de yo que soy casado, y no se la primera letra del A. b. c. que serà de mi, si à mi Amo le dà antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los Cavalleros andantes? No tengays pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aqui rogaremos à vuestro Amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le serà mas facil, à causa de que el es mas valiente que estudiante. Assi me ha parecido à mi, respondio Sancho, aunque se dezir, que para todo

todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es, rogarle à nuestro Señor, que le eche à aquellas partes donde el mas se sirva, y à donde à mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar orden como sacar à vuestro Amo de aquella inutil penitencia que dezis que queda haziendo, y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, serà bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo, que entrassen ellos, que el esperaria alli fuera, y que despues les diria la causa porque no entrava, ni le convenia entrar en ella: mas que les rogava que le sacassen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assimismo cevada para Rozinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de alli à poco, el Barbero le sacò de comer. Despues aviendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseavan, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue que dixo el Barbero, que lo que avia pensado era, que el se vestiria en habito de Donzella andante, y que el procurasse ponerse lo mejor que pudiesse, como Escudero, y que assi yrian adonde Don Quixote estava: fingiendo ser ella una Donzella afligida, y menesterosa, y le pediria un don, el qual el no podria dexarsele de otorgar, como valeroso Cavallero andante. Y que el don que le pensava pedir era que se viniesse con ella donde ella le llevasse à desfazelle un agravio que un mal Cavallero le tenia fecho: y que le suplicava ansimismo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, hasta que la huviesse fecho derecho de aquel mal Cavallero, y

que

que creyesse sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian à su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande Historia.

NO le parecio mal al Barbero, la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidieronle à la ventera una saya y unas tocas, dexandole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola ruzia, ò roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntòles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le contò en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña donde à la sazon estava. Cayeron luego el ventero, y la ventera, en que el loco era su huesped, el del balsamo, y el amo del manteado Escudero, y contaron al Cura todo lo que con el les avia passado, sin callar lo que tanto callava Sancho. En resolucion, la ventera vistio al Cura de modo que no avia mas que ver. Pusole una saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas: y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se devieron de hazer ellos,

ellos, y la saya, en tiempo del Rey Bamba. No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça un birretillo de lienço colchado que llevava para dormir de noche: y ciñose por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrio muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol: y cubriendose su herreruelo, subio en su mula à mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegava à la cintura, entre roja, y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar un Rosario, aunque pecadora, porque Dios les diesse buen suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que avian emprendido. Mas à penas huvo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hazia mal en averse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al Barbero, le rogò que trocassen trages, pues era mas justo que el fuesse la Donzella menesterosa, y que el haria el Escudero, y que assi se profanava menos su dignidad: y que si no lo queria hazer, determinava de no passar adelante, aunque à Don Quixote se le llevasse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver à los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que avia de tener, y las palabras que avia de dezir à Don Quixote, para moverle, y forçarle à que con el se viniesse, y dexasse la querencia

del

del lugar que avia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondiò, que sin que se le diesse licion, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviessen junto de donde Don Quixote estava, y assi doblo sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Pança: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la Sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho avia dexado puestas las señales de las ramas; para acertar el lugar donde avia dexado à su Señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su Señor: porque ellos le avian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar à su Amo de aquella mala vida que avia escogido: y que le encargavan mucho, que no dixesse à su Amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo avia de preguntar, si dio la carta à Dulcinea, dixesse que si, y que por no saber leer, le avia respondido de palabra, diziendole, que se mandava, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse à ver con ella, que era cosa que le importava mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensavan dezirle, tenian por cosa cierta, reduzirle à mejor vida, y hazer con el, que luego se pusiesse en camino, para yr à ser Emperador, ò Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no avia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la me-

memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenian de aconsejar à su Señor fuesse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si, que para hazer mercedes à sus Escuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante à buscarle, y darle la respuesta de su Señora, que ya seria ella bastante à sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tanto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que bolviesse con las nuevas del hallazgo de su Amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la Sierra, dexando à los dos en una por donde corria un pequeño, y manso arroyo, à quien hazian sombra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles que por alli estavan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse à que en el esperassen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli sossegados, y à la sombra, llegò à sus oydos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonava: de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse aver quien tan bien cantasse. Porque aunque suele dezirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de vnzes estremadas, mas son encarecimientos de Poëtas, que verdades: y mas quando advirtieron que lo que oyan cantar, eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, aver sido los versos que oyeron estos.

Quien

Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
Y quien prueva mi paciencia?
Ausencia.
Desse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, zelos, y ausencia.
Quien me causa este dolor?
Amor.
Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
Desso modo yo rezelo
Morir deste mal estraño,
Pues se aunan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.
Quien mejorara mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcança?
Mudança.
Y sus males quien los cura?
Locura.
Desse modo no es cordura
Querer curar la passion,
Quando los remedios son
Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantava, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuvieron quedos, esperando si otra cosa alguna oyan: pero viendo que durava algun tanto en silencio, determinaron de salir à buscar el musico, que con tan buena voz cantava. Y quiriendolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se moviessen, la qual llegò de nuevo à sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

Santa amistad que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre bendìtas almas en el cielo
Subiste alegre à las Impireas salas.
Desde allà (quando quieres) nos señalas
La justa paz cubierta con un velo.
Por quien à vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que à la fin son malas.
Dexa el cielo, ò amistad, ò no permitas,
Que el engaña se vista tu librea,
Con que destruye à la intencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabò con un profundo suspiro, y los dos con atencion bolvieron à esperar si mas se cantava: pero viendo que la musica se avia buelto en solloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvieron mucho, quando al bolver de una punta de una peña, vieron à un hombre del mismo talle y figura que Sancho Pança les avia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio: el qual hombre, quando los vio,

vio, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, à guisa de hombre pensativo, sin alçar los ojos à mirarlos, mas de la vez primera, quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le avia conocido) se llegò à el, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogò y persuadiò, que aquella tan miserable vida dexasse, porque alli no la perdiesse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estava Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan à menudo le sacava de si mismo: y assi viendo à los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andavan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyò que le avian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo, assi lo dieron à entender) y assi respondiò desta manera: Bien veo yo, Señores, quien quiera que seays, que el cielo que tiene cuydado de socorrer à los buenos, y aun à los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniendome delante de los ojos, con vivas, y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida que hago, han procurado sacarme desta à mejor parte: pero como no saben que se yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deven de tener por hombre de flacos discursos: y aun lo que peor seria, por de ningun juyzio. Y no seria maravilla que assi fuesse, porque à mi se me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pue-

pueda ser parte à estorvarlo, vengo à quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conocimiento: y vengo à caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no se mas que dolerme en vano, y maldezir sin provecho, mi ventura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas à quantos oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillaràn de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daràn culpa, convirtiendoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros Señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que passeys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheys el cuento, que no le tiene de mis desventuras: porque quiça despues de entendido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar un mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseavan otra cosa, que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiesse, en su remedio, ò consuelo: y con esto el triste Cavallero començò su lastimera historia, casi por las mesmas palabras, y passos que la avia contado à Don Quixote, y al cabrero, pocos dias à tras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de Don Quixote, en guardar el decoro à la cavalleria, se quedò el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuvo el accidente de locura, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que avia hallado Don Fernando entre el libro

de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda à Cardenio.

CAda dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan à que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad complirà lo que serà justo que vos tengais, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me movi à pedir à Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedò Luscinda en la opinion de Don Fernando, por una de las mas discretas, y avisadas mugeres de su tiempo. Y este villete fue el que le puso en deseo de destruyrme, antes que el mio se efetuasse. Dixele yo à Don Fernando, en lo que reparava el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiesse: loqual yo no le osava dezir, temeroso que no vendria en ello: no porque no tuviesse bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que deseava que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixe, que no me aventurava à dezirselo à mi padre, assi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardavan, sin saber quales eran: sino que me parecia, que lo que yo deseasse, jamas avia de tener efeto. A todo esto me respondiò Don Fernando, que el se encargava de hablar à mi padre, y hazer con el,

el, que hablasse al de Luscinda. O Mario ambicioso, ô Catilina cruel, ô Sila facinoroso, ô Galalon embustero, ô Vellido traydor, ô Julian vengativo, ô Judas codicioso. Traydor, cruel, vengativo, y embustero, que deservicios te avia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su coraçon? Que offensa te hize? Que palabras te dixe, ò que consejos te di, que no fuessen todos encaminados à acrecentar tu honra, y tu provecho? Mas de que me quexo, desventurado de mi, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto à baxo despeñandose con furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que Don Fernando, Cavallero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcançar lo que el deseo amoroso le pidiesse, donde quiera que le ocupasse, se avia de enconar (como suele dezirse) en tomarme à mi una sola oveja, que aun no posseya? Pero quedense estas consideraciones à parte, como inutiles, y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciendole à Don Fernando, que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinò de embiarme à su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seys cavallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse, (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofrecio hablar à mi padre los comprò, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo prevenir esta traycion? Pude por vëtura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto

me ofreci à partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Luſcinda, y le dixe lo que con Don Fernando quedava concertado, y que tuvieſſe firme eſperança, de que tendrian efeto nueſtros buenos y juſtos deſeos. Ella me dixo, tan ſegura como yo de la traycion de Don Fernando, que procuraſſe bolver preſto, porque creya que no tardaria mas la concluſion de nueſtras voluntades, que tardaſſe mi padre de hablar al ſuyo. No ſe que ſe fue, que en acabando de dezirme eſto, ſe le llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo ſe le atraveſsò en la garganta, que no le dexava hablar palabra, de otras muchas que me parecio que procurava dezirme. Quedè admirado deſte nuevo accidente, haſta alli jamas en ella viſto, porque ſiempre nos hablamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo y contento, ſin mezclar en nueſtras platicas lagrimas, ſuſpiros, zelos, ſoſpechas, ò temores. Todo era engrandecer yo mi ventura por avermela dado el cielo por Señora. Exagerava ſu belleza, admiravame de ſu valor entendimiento. Bolviame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabança. Con eſto nos contavamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nueſtros vezinos, y conocidos: y à lo que mas ſe eſtendia mi deſemboltura, era à tomarle caſi por fuerça, una de ſus bellas, y blancas manos, y llegarla à mi boca, ſegun dava lugar la eſtrecheza de una baxa reja que nos devidia. Pero la noche que precedio al triſte dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y ſuſpirò, y ſe fue, y me dexò lleno de confuſion, y ſobreſalto, eſpantado de aver viſto tan nuevas, y tan triſtes mueſtras de dolor, y ſentimiento en Luſcinda.

cinda. Pero por no deſtruyr mis eſperanças, todo lo atribuy à la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que ſuele cauſar la auſencia en los que bien ſe quieren. En fin yo me parti triſte y penſativo, llena el alma de imaginaciones, y ſoſpechas, ſin ſaber lo que ſoſpechava, ni imaginava. Claros indicios que moſtravan el triſte ſuceſſo, y deſventura que me eſtava guardada. Lleguè al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de Don Fernando. Fuy bien recebido pero no bien deſpachado, porque me mandò aguardar (bien à mi diſguſto) ocho dias, y en parte donde el Duque ſu padre no me vieſſe: porque ſu hermano le eſcrivia, que le embiaſſe cierto dinero, ſin ſu ſabiduria. Y todo fue invencion del falſo Fernando, pues no le faltavan à ſu hermano dineros para deſpacharme luego. Orden, y mandato fue eſte, que me puſo en condicion de no obedecerle, por parecerme impoſſible ſuſtentar tantos dias la vida, en el auſencia de Luſcinda, y mas aviendola dexado con la triſteza que os he contado. Pero con todo eſto, obedeci como buen criado, aunque muy bien veya yo, que avia de ſer à coſta de mi ſalud. Pero à los quatro dias que alli lleguè, llegò un hombre en mi buſca, con una carta que me dio, que en el ſobreſcrito conoci ſer de Luſcinda, porque la letra del era ſuya. Abrila temeroſo, y con ſobreſalto, creyendo que coſa grande devia de ſer la que la avia movido à eſcrivirme, eſtando auſente, pues preſente pocas vezes lo hazia. Preguntèle al hombre, antes de leerla, quien ſe la avia dado, y el tiempo que avia tardado en el camino. Dixome, que à caſo paſſando por una calle de la ciudad, à la hora de medio dia, una Señora muy hermoſa le llamo deſde una ventana, los ojos llenos de lagrimas,

y que con mucha prieſſa le dixo: Hermano, ſi ſoys Chriſtiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego eſta carta al lugar, y à la perſona que dize el ſobreſcrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys un gran ſervicio à nueſtro Señor Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que va en eſte pañuelo: y diziendo eſto, me arrojo por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales, y eſta ſortija de oro que aqui traygo, con eſſa carta que os he dado: y luego ſin aguardar reſpueſta mia, ſe quitò de la ventana; aunque primero vio como yo tomè la carta, y el pañuelo, ò por ſeñas le dixe, que haria lo que me mandava Y aſſi viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traeroſla, y conociendo por el ſobreſcrito, que erades vos à quien ſe embiava, porque yo, Señor, os conozco muy bien: y obligado aſſi meſmo de las lagrimas de aquella hermoſa Señora, determinè de no fiarme de otra perſona, ſino venir yo meſmo à daroſla. Y en diez y ſeys horas que ha que ſe me dio, he hecho el camino que ſabeys, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo eſto me dezia, eſtava yo colgado de ſus palabras, temblandome las piernas de manera, que à penas podia ſoſtenerme. En efeto abri la carta, y vi que contenia eſtas razones.

La palabra que Don Fernando os dio, de hablar à vueſtro padre para que hablaſſe al mio, la ha cumplido mas en ſu guſto, que en vueſtro provecho. Sabed, Señor, que el me ha pedido por eſpoſa, y mi padre llevado de la ventaja que el pienſa que Don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui à dos dias ſe ha de ha-

hazer el deſpoſorio: tan ſecreto, y tan à ſolas, que ſolo han de ſer teſtigos los cielos, y alguna gente de caſa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo. Y ſi os quiero bien, ò no el ſuceſſo deſte negocio os lo darà à entender. A Dios plega, que eſta llegue à vueſtras manos, antes que la mia ſe vea en condicion de juntarſe con la de quien tan mal ſabe guardar la fè que promete.

Eſtas en ſuma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, ſin eſperar otra reſpueſta, ni otros dineros: que bien claro conoci entonces, que no la compra de los cavallos, ſino la de ſu guſto, avia movido à Don Fernando à embiarme à ſu hermano. El enojo que contra Don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de ſervicios, y deſeos tenia grangeada, me puſieron alas, pues caſi como en buelo, otro dia me puſe en mi lugar, al punto, y hora que convenia para yr à hablar à Luſcinda. Entrè ſecreto, y dexè una mula en que venia, en caſa del buen hombre, que me avia llevado la carta. Y quiſo la ſuerte, que entonces la tuvieſſe tan buena, que halle à Luſcinda pueſta à la rexa, teſtigo de nueſtros amores. Conocióme Luſcinda luego, y conocila yo, mas no como devia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mundo que ſe pueda alabar, que ha penetrado, y ſabido el confuſo penſamiento, y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que aſſi como Luſcinda me vio, me dixo: Cardenio de boda eſtoy veſtida, ya me eſtàn aguardando en la ſala, Don Fernando el traydor, y mi padre el codicioſo, con otros teſti-

teſtigos, que antes lo ſeràn de mi muerte, que de mi deſpoſorio. No te turbes amigo, ſino procura hallarte preſente à eſte ſacrificio, el qual ſino pudiere ſer eſtorvado de mis razones, una daga llevo eſcondida, que podrà eſtorvar mas determinadas fuerças, dando fin à mi vida, y principio à que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le reſpondi turbado, y aprieſſa, temeroſo no me faltaſſe lugar para reſponderla: Hagan, Señora, tus obras verdaderas tus palabras, que ſi tu llevas daga para acrediarte, aqui llevo eſpada para defenderte con ella, ò para matarme, ſi la ſuerte nos fuere contraria. No creo, que pudo oyr todas eſtas razones, porque ſenti que la llamavan aprieſſa, porque el deſpoſado aguardava. Cerroſe con eſto la noche de mi triſteza: puſoſeme el ſol de mi alegria: quedè ſin luz en los ojos, y ſin diſcurſo en el entendimiento. No acertava à entrar en ſu caſa, ni podia moverme à parte alguna: pero conſiderando quanto importava mi preſencia, para lo que ſuceder pudieſſe en aquel caſo, me animè lo mas que pude, y entre en ſu caſa. Y como ya ſabia muy bien todas ſus entradas y ſalidas, y mas con el alboroto que de ſecreto en ella andava, nadie me echò de ver. Aſſi que ſin ſer viſto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hazia una ventana de la meſma ſala, que con las puntas y remates de dos tapizes ſe cubria, por entre las quales podia yo ver, ſin ſer viſto, todo quanto en la ſala ſe hazia. Quien pudiera dezir aora los ſobreſaltos que me dio el coraçon mientras alli eſtuve? Los penſamientos que me occurrieron? Las conſideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni ſe pueden dezir, ni aun es bien que ſe digan: baſta que ſepays que el deſpo-

deſpoſado entrò en la ſala, ſin otro adorno que los meſmos veſtidos ordinarios que ſolia. Traya por padrino à un primo hermano de Luſcinda, y en toda la ſala no avia perſona de fuera, ſino los criados de caſa. De alli à un poco ſalio de una recamara Luſcinda, acompañada de ſu Madre, y de dos Donzellas ſuyas: tan bien adereçada y compueſta, como ſu calidad y hermoſura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala y bizarria Corteſana. No me dio lugar mi ſuſpencion y arrobamiento, para que miraſſe, y notaſſe en particular lo que traya veſtido, ſolo pude advertir à las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las viſlumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el veſtido hazian, à todo lo qual ſe aventajava la belleza ſingular de ſus hermoſos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las precioſas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la ſala eſtavan, la ſuya con mas reſplandor à los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi deſcanſo, de que ſirve repreſentarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No ſerà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y repreſentes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifieſto agravio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida. No os canſeys Señores, de oyr eſtas diſgreſſiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni devan contarſe ſucintamente y de paſſo, pues cada circumſtancia ſuya, me parece à mi que es digna de un largo diſcurſo. A eſto le reſpondiò el Cura, que no ſolo no ſe canſavan en oyrle, ſino que les dava mucho guſto las menudencias que contava, por ſer tales, que merecian no paſſarſe en ſilencio, y la meſma atencion

cion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguio Cardenio, que estando todos en la sala entrò el Cura de la Parroquia, y tomando à los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, Señora Luscinda, al Señor Don Fernando, que està presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saquè toda la cabeça y cuello, de entre los tapizos, y con atentissimos oydos, y alma turbada, me puse à escuchar lo que Luscinda respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ò la confirmacion de mi vida. O quien se atreviera à salir entonces, diziendo à vozes: A Luscinda, Luscinda, mira lo que hazes, considera lo que me deves, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo à un punto. A traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? considera, que no puedes Christiana mente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que avia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera coraçon para ello, como le tengo para quexarme. En fin, pues fuy entonces covarde y necio, no es mucho que muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estava esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pense que sacava la daga para acreditarse, ò desatava la lengua para dezir alguna verdad, ò desengaño, que en mi provecho redundasse, oygo que dixo con voz desmayada,

yada, y flaca. Si quiero, y lo mesmo dixo Don Fernando, y dandole el anillo, quedaron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado à abraçar à su esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo el Si que avia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Luscinda: impossibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante avia perdido. Quedè falto de consejo, desamparado, à mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentava, negandome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, que todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su madre el pecho para que le diesse el ayre, se descubrio en el un papel cerrado, que Don Fernando tomò luego, y se le puso à leer à la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentò en una silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios que à su esposa se hazian, para que del desmayo bolviesse. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventurè à salir, aora fuesse visto, aora no, con determinacion que si me viessen, de hazer un desatino, tal, que todo el mundo viniera à entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es possible que los aya) me deve tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues aca me ha faltado; y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que

por

por estar tan sin pensamiento mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena que ellos merecian: y aun quiça con mas rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerta, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine à la de aquel donde avia dexado la mula: hize que me la ensillasse, sin despedirme del, subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot; bolver en rostro à miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidava à quexarme, sin respeto, ò miedo de ser escuchado, ni conocido, solté la voz, y desatè la lengua, en tantas maldiciones de Luscinda, y de Don Fernando, como si con ellas satisfiziera el agravio que me avian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la avia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela à mi, y entregarla à aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se avia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones, y vituperios, la desculpava, diziendole: que no era mucho que una Donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre à obedecerlos, huviesse querido condecender con su gusto, pues le davan por esposo à un Cavallero tan principal, tan rico, y tan gentilhombre: que à no querer recibirle se podia pensar, ò que no tenia juyzio, ò que en otra parte tenia la voluntad; cosa que redundava tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego bolvia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos,

ellos, que no avia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles Don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar à desear, si con razon midiessen su deseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forçoso y ultimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le avia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara à fingir en este caso. En fin me resolvi, en que poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y deseos de grandezas, hizieron que se olvidasse de las palabras con que me avia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos deseos. Con estas vozes, y con esta inquietud, caminè lo que quedava de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales camine otros tres dias, sin senda, ni camino algunò, hasta que vine à parar à unos prados, que no se à que mano destas montañas caen, y alli preguntè à unos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè à ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre, se cayò mi mula muerta: ò lo que yo mas creo, por desechar de si tan inutil carga como en mi llevava. Yo quedè à pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriesse. De aquella manera estuve no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me levantè sin hambre, y hallè juntò à mi unos cabreros, que sin duda devieron ser los que mi necessidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me avian hallado, y como estava di-

diziendo tantos disparates, y desatinos, que dava indicios claros de aver perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues acà, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando vozes por estas soledades, maldiziendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi buelvo, me hallo tan cansado y molido, que à penas puedo moverme. Mi mas comun habitacion, es en el hueco de un Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vagueros, y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que à caso podrè passar, y hallarlo: y assi aunque entonces me falte el juyzio, la necessidad natural me dà à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el deseo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo salgo à los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, à los passores que vienen con ello del lugar à las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida, hasta que el cielo sea servido de conduzirla à su ultimo fin, ò de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Luscinda, y del agravio de Don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo bolvere à mejor discurso mis pensamientos: donde no, no ay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrecheza, en que por mi gusto

gusto he querido ponerle. Esta es, ô Señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi aveys visto? Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo, lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda: y pues ella gusta de ser agena, siendo, ò deviendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo aver sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme, hazer contenta su voluntad, y serà exemplo à los por venir, de que à mi solo faltò lo que à todos los desdichados sobra, à los quales suele ser consuelo, la imposibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio à su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se prevenia para dezirle algunas razones de su consuelo, le suspendio una voz que llegò à sus oydos, que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dira en el quarto Libro desta Narracion, que en este punto dio fin à el tercero el sabio y atentado Historiador Cide Hamete Benengeli.

LIBRO QUARTO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXVIII.

De la nueva, y agradable aventura que al Cura, y Barbero sucedio en la mesma Sierra.

FELICISSIMOS y venturosos fueron los tiempos, donde se echò al mundo el audacissimo Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues por aver tenido tan honrosa determinacion, como fue el querer resuscitar, y bolver al mundo la ya perdida, y casi muerta orden de la andante cavalleria, gozamos aora en esta nuestra edad necessitada, de alegres entretenimientos, no solo de la dulçura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la misma historia: la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido, y alpado hilo, cuenta, que assi como el Cura començò à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidio una voz que llegò à sus oydos, que con tristes acentos dezia desta manera.

Ay

Ay Dios, si sera possible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si serà, si la soledad que prometen estas sierras, no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañia haràn estos riscos y malezas à mi intencion, pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con el estavan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se levantaron à buscar el dueño, y no huvieron andado viente passos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno, à un moço vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, à causa de que se lavava los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estava à otra cosa atento, que à lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se avian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles, que no estavan hechos à pisar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como mostrava el habito de su dueño: y assi viendo que no avian sido sentidos, el Cura que yva delante, hizo señas à los otros dos, que se agaçapassen, ò escondiessen detras de unos pedaços de peña que alli avia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual traya puesto un

capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca. Traya anſimeſmo, unos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça una montera parda. Tenia las polaynas levantadas haſta la mitad de la pierna, que ſin duda alguna de blanco alabaſtro parecia. Acaboſe de lavar los hermoſos pies, y luego con un paño de tocar, que ſacò debaxo de la montera, ſe los limpiò: y al querer quitarſele alçò el roſtro, y tuvieron lugar los que mirandole eſtavan, de ver una hermoſura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Eſta, ya que no es Luſcinda, no es perſona humana, ſino divina. El moço ſe quitò la montera, y ſacudiendo la cabeça à una y otra parte, ſe començaron à deſcoger, y deſparzir unos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con eſto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermoſa que haſta entonces los ojos de los dos avian viſto, y aun los de Cardenio, ſino huvieran mirado, y conocido à Luſcinda, que deſpues afirmò, que ſola la belleza de Luſcinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no ſolo le cubrieron las eſpaldas, mas toda en torno la eſcondieron debaxo dellos, que ſino eran los pies, ninguna otra coſa de ſu cuerpo ſe parecia, tales y tantos eran. En eſto les ſirvio de peyne unas manos, que ſi los pies en el agua avian parecido pedaços de criſtal, las manos en los cabellos ſemejavan pedaços de apretada nieve: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas deſeo de ſaber quien era, ponia à los tres que la miravan. Por eſto determinaron de moſtrarſe, y al movimiento que hizieron de ponerſe en pie, la hermoſa moça alçò la cabeça, y apar-

apartandoſe los cabellos de delante de los ojos con entrambos manos, mirò los que el ruydo hazian: y apenas los huvo viſto, quando ſe levantò en pie, y ſin aguardar à calçarſe, ni à recoger los cabellos, aſio con mucha preſteza un bulto como de ropa, que junto à ſi tenia, y quiſo ponerſe en huyda, llena de turbacion, y ſobreſalto: mas no huvo dado ſeys paſſos, quando no pudiendo ſufrir los delicados pies la aſpereza de las piedras, dio conſigo en el ſuelo. Lo qual viſto por los tres, ſalieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, Señora, quien quiera que ſeays, que los que aqui veys ſolo tienen intencion de ſerviros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vueſtros pies lo podràn ſufrir, ni nosotros conſentir. A todo eſto ella no reſpondiò palabra, atonita, y confuſa. Llegaron pues à ella, y aſiendola por la mano el Cura proſiguio, diziendo: Lo que vueſtro traje, Señora, nos niega, vueſtros cabellos nos deſcubren ſeñales claras, que no deven de ſer de poco momento las cauſas que han disfraçado vueſtra belleza en habito tan indigno, y traydola à tanta ſoledad como es eſta, en la qual ha ſido ventura el hallaros: ſino para dar remedio à vueſtros males, à lo menos para darles conſejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al eſtremo de ſerlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no eſcuchar ſi quiera, el conſejo que con buena intencion ſe le dà, al que lo padece. Aſſi que, Señora mia, ò Señor mio, ò lo que vos quiſieredes ſer, perded el ſobreſalto que nueſtra viſta os ha cauſado, y contadnos vueſtra buena, ò mala ſuerte, que en nosotros juntos, ô en cada uno hallareys, quien os ayude à ſentir vueſtras deſgracias. En tanto que el Cura

dezia estas razones, estava la disfraçada moça, como enveleſada mirandolos à todos, sin mover labio, ni dezir palabra alguna: bien assi como rustico aldeano, que de improviso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas bolviendo el Cura à dezirle otras razones, al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo aora, lo que si se me creyesse, seria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo Señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aveys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aveys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compassion la pesadumbre, porque no aveys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, aviendome ya conocido por muger, y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada una por si que pueden echar por tierra qualquier honesto credito os avrè de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y tornandole à hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliesse: ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el assiento de un piedra, y puestos los tres al rededor della, hazien-

haziendose fuerça por detener algunas lagrimas que à los ojos se le venian, con voz reposada y clara, començò la historia de su vida, desta manera.

En esta Andaluzia ay un lugar, de quien toma titulo un Duque, que le haze uno de los que llaman Grandes de España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Ga alon. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes de linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualaran à los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quiça nace mi poca ventura, de la que no tuvieron ellos en no aver nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que à mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad vine mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos rancioſos, pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato, les và poco à poco adquirendo nombre de Hidalgos, y aun de Cavalleros, puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciavan, era de tenerme à mi por hija: y assi por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el espejo en que se miravan, el baculo de su vejez, y el sujeto à quien encaminavan, midiendolos con el cielo, todos sus deseos: de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punta. Y del mismo

modo que yo era Señora de sus animos, assi lo era de su hazienda. Por mi se recebian, y despedian los criados. La razon y cuenta de lo que se sembrava y cogia, passava por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la Mayordoma, y Señora: con tanta solicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertarè à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedavan, despues de aver dado lo que convenia à los mayorales, ò capatazes, y à otros jornaleros, los entretenia en exercicios, que son à las Donzellas tan licitos como necessarios, como son los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexava, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar una harpa, porque la experiencia me mostrava, que la Musica compone los animos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar à entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que yva à Missa, era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que à pe-

à penas vian mis ojos mas tierra de aquello donde ponia los pies: y con todo esto, los del amor, ò los de la ociosidad, por mejor dezir, à quien los de Lince no pueden ygualarse, me vieron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No huvo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contava, quando à Cardenio se le mudò la color del rostro, y començò à trasudar con tan grande alteracion, que el Cura, y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura, que avian oydo dezir, que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito à la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguio su historia, diziendo: Y no me huvieron bien visto, quando (segun el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien à entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con èl cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad. Soborno toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadivas, y mercedes à mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexavan dormir à nadie las Musicas. Los villetes que sin saber como à mis manos venian, eran infinitos, llenos de enomoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual no solo no me ablandava, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme à su voluntad hazia, las hiziera para el efeto con-

contrario: no porque à mi me pareciesse mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviesse à demasia sus solicitudes, porque me dava un no se que de contento, verme tan querida, y estimada de un tan principal Cavallero: y no me pesava ver en sus papeles mis alabanças: que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece à mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llamen hermosas. Pero à todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me davan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya à el no se le dava nada de que todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexavan y depositavan su honra, y fama: y que considerasse la desygualdad que avia entre mi, y Don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminavan à su gusto, que à mi provecho. Y que si yo quisiesse poner en alguna manera algun inconveniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificava yo mi entereza, y jamas quise responder à Don Fernando, palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcançar su deseo. Todos estos recatos mios, que el devia de tener por desdenes, devieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar à la voluntad que me mostrava) la qual si ella fuera como devia, no la supierades vosotros aora, por-

porque huviera faltada la ocasion de deziros. Finalmente Don Fernando supo, que mis padres andavan por darme estado: por quitalle à el la esperança de poseerme, ò à lo menos, porque yo tuviesse mas guardas para guardarme. Y esta nueva, ò sospecha, fue causa para que hiziesse lo que aora oyreys. Y fue, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañia de una Donzella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le hallè delante: cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar vozes, ni aun èl creo que me las dexàra dar, porque luego le llegò à mi, y tomandome entre sus braços (porque yo, como digo, no tuve fuerças para defenderme, segun estava turbada) començò à dezirme tales razones, que no sè como es possible, que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencè, no sè en que modo, à tener por verdaderas tantas falsedades: pero no de suerte que me moviessen à compassion, menos que buena, sus lagrimas y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobresalto primero, torne algun tanto à cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense que pudiera tener, le dixe: Si como estoy, Señor, en tus braços, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me assegurara con què hiziera, ò dixera

cosa

cosa que fuera en perjuyzio de mi honestidad, assi fuera possible hazella, ò dezilla, como es possible dexar de aver sido lo que fue. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, si con hazerme fuerça quisieres passar adelante en ellos. Tu vasallo soy, pero no tu esclava, ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tu Señor, y Cavallero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, à su voluntad se ajustàra la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedàra con hóra, aunque quedàra sin gusto, de grado te entregàra lo que tu Señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar que de mi alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en esso, bellissima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal Cavallero, ves aqui te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, à quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que se llamava Dorotea, tornò de nuevo à sus sobresaltos, y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia à parar lo que el yà casi sabia, solo dixo: que Dorotea es tu nombre, Señora? Otra he oydo yo dezir del mesmo, que

que quizà corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiempo vendra en que te diga cosas que te espanten, en el mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en su estraño y desastrado trage, y rogòle, que si alguna cosa de su hazienda sabia, se la dixesse luego: porque si algo le avia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia para sufrir qualquier desastre que le sobreviniesse, segura de que à su parecer ninguno podia llegar que el que tenia acrecentasse un punto. No le perdiera yo Señora, respondiò Cardenio, en dezirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta aora no se pierde coyuntura, ni à ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondiò Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue, que tomando Don Fernando una imagen que en aquel aposento estava, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacissimas, y juramentos extraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixe, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre avia de recebir de verle casado con una villana, vasalla suya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte à lo ygual de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comiençan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixe, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte para que el dexasse de seguir su intento, bien assi como el que no piensa pagar, que al con-

concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo à esta sazon hize un breve discurso conmigo, y me dixe à mi mesma: Si que no serè yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde à grande estado, ni serà Don Fernando el primero à quien hermosura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañia desygual à su grandeza? Pues si no hago, ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir à esta honra que la suerte me ofrece: puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios serè su esposa. Y si quiero con desdenes despedilla, en termino le veo que no usando el que deve, usarà el de la fuerça, y vendre à quedar deshonrada, y sin disculpa de la culpa que me podra dar el que no supiere quan sin ella he venido à este punto. Porque que razones seran bastantes para persuadir à mis padres, y à otros, que este Cavallero entrò en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas rebolvi en un instante en la imaginacion. Y sobre todo me començaron à hazer fuerça, y à inclinarme à lo que fue (sin yo pensarlo) mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramava, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor pudieran rendir à otro tan libre y recatado coraçon como el mio. Llamè à mi criada, para que en la tierra acompañasse à los testigos del cielo. Tornò Don Fernando à reyterar, y confirmar sus juramentos. Añadio à los primeros nuevos santos por testigos, echòse mil futuras maldiciones si no cumpliesse lo que me prometia. Bolvio à humedecer sus ojos,

ojos, y à acrecentar sus suspiros, apretòme mas entre sus braços, de los quales jamas me avia dexado. Y con esto, y con bolverse à salir del aposento mi Donzella, yo dexè de serlo, y el acabò de ser traydor y fementido. El dia que sucedio à la noche de mi desgracia, se venia aun no tan à priessa como yo pienso que Don Fernando deseava. Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto porque Don Fernando dio priessa por partirse de mi, y por industria de mi Donzella, que era la misma que alli le avia traydo, antes que amaneciesse se vio en la calle. Y al despedirse de mi (aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino) me dixo, que estuviesse segura de su fè, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos: y para mas confirmacion de su palabra sacò un rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto el se fue, y yo quedè, ni se si triste, ò alegre: esto sè bien dezir, que quedè confusa y pensativa, y casi fuera de mi con el nuevo acaecimiento, y no tuve animo, ò no se me acordò de reñir à mi Donzella por la traycion cometida de encerrar à Don Fernando en mi mismo aposento: porque aun no me determinava si era bien, ò mal el que me avia sucedido. Dixele al partir à Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues yà era suya, hasta que quando el quisiesse aquel hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Yglesia en mas, de un mes, que en vano me cansè en solicitallo: puesto que supe que estava en la villa, y que los mas dias yva à caça; exercicio de que èl era muy aficionado.

Estos

Estos dias, y estas horas bien se yo, que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien sè que comencè à dudar en ellos, y aun à descreer de la fè de Don Fernando. Y sè tambien, que mi Donzella oyò entonces las palabras que en reprehension de su atrevimiento antes no avia oydo. Y sè que me fue forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion à que mis padres me preguntassen, que de que andava descontenta, y me obligassen à buscar mentiras que dezirles. Pero todo esto se acabò en un punto, llegandose uno donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdio la paciencia, y salieron à plaça mis secretos pensamientos. Y esto fue porque de alli à pocos dias se dixo en el lugar, como en una ciudad alli cerca se avia casado Don Fernando con una Donzella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar à tan noble casamiento. Dixose, que se llamava Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyò Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los ombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de alli à poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziendo: Llegò esta triste nueva à mis oydos, y en lugar de elarseme el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia, que se encendiò en èl, que faltò poco para no salirme por las calles dando vozes, publicando la alevosia y traycion que se me avia hecho. Mas templòse esta furia, por entonces con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse: que fue ponerme

nerme en este habito, que me dio uno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrì toda mi desventura, y le roguè me acompañasse hasta la ciudad, donde entendì que mi enemigo estava. El despues que huvo reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofrecio à tenerme compañia, como èl dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerrè en una almohada de liençol un vestido de muger, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta à mi traydora Donzella, sali de mi casa, acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad à pie, llevada en buelo del deseo de llegar, ya que no à estorvar lo que tenia por hecho, à lo menos à dezir à Don Fernando, me dixesse con que alma lo avia hecho. Lleguè en dos dias y medio donde queria, y entrando por la ciudad, preguntè por la casa de los padres de Luscinda, y al primero à quien hize la pregunta, me respondiò mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que avia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la ciudad, que se hazen corrillos para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que Don Fernando se desposò con Luscinda, despues de aver ella dado el Si, de ser su esposa, le avia tomado un rezio desmayo, y que llegando su esposo à desabrocharle el pecho para que le diesse el ayre, le hallò un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que dezia, y declarava, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que à lo que el hombre me dixo, era un Cavallero

muy principal de la misma ciudad. Y que si avia dado el Si à Don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion tales razones dixo que contenia el papel, que dava à entender, que ella avia tenido intencion de matarse en acabandose de desposar, y dava alli las razones porque se avia quitado la vida. Todo lo qual dizen que confirmò una daga que le hallaron no sè en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciendole que Luscinda le avia burlado y escarnecido, y tenido en poco, arremetio à ella antes que de su desmayo bolviesse, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiziera si sus padres, y los que se hallaron presentes no se lo estorvaran. Dixeron mas, que luego se ausentò Don Fernando, y que Luscinda no avia buelto de su parasismo hasta otro dia, que contò à sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dezian, se hallò presente à los desposorios, y que en viendola desposada, lo qual èl jamas pensò, se salio de la ciudad desesperado, dexandole primero escrita una carta, donde dava à entender el agravio que Luscinda le avia hecho, y de como el se yva à donde gentes no le viessen. Esto todo era publico, y notorio en toda la ciudad, y todos hablavan dello, y mas hablaron quando supieron que Luscinda avia faltado de casa de sus padres, y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que pendian el juyzio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en vando mis esperanças, y tuve por mejor no aver hallado à Don Fernando, que no hallarle casado, pareciendome, que aun no estava del todo cerrada la puerta à mi remedio dandome yo à entender, que podria ser que el cielo huviesse puesto aquel impedimiento en el segundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero debia, y à caer en la cuenta de que era Christiano, y que estava mas obligado à su alma, que à los respetos humanos. Todas estas cosas rebolvia en mi fantasia, y me consolava sin tener consuelo, fingiendo unas esperanças largas y desmayadas para entretener la vida que yà aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber que hazerme, pues à Don Fernando no hallava: llegò à mis oydos un publico pregon, donde se prometia grande hallazgo à quien me hallasse, dando las señas de la edad, y del mesmo trage que traya. Y oy dezir, que se dezia, que me avia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino; cosa que me llegò al alma, por ver quan de cayda andava mi credito, pues no bastava perder le con mi venida, sino a adir el con quien, siendo sujeto con tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamiẽtos. Al punto que oy el pregon me salì de la ciudad con mi creado, que yà començava à dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que un mal llama à otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor: assi me sucedio à mi, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion, que à su parecer estos yermos le ofrecian: y con poca verguença, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo con feas y justas

ſtas palabras reſpondia à las deſverguenças de ſus propoſitos: dexo aparte los ruegos de quien paimero pensò aprovecharſe, y començò à uſar de la fuerça. Pero el juſto cielo que pocas, ò ningunas vezes dexa de mirar y favorecer à las juſtas intenciones, favoreciò las mias, de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo dì con el por un derrumbadero, donde le dexè, ni sè ſi muerto, ò ſi vivo. Y luego con mas ligereza que mi ſobreſalto y canſancio pedian, me entrè por eſtas montañas, ſin llevar otro penſamiento, ni otro deſignio que eſconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de ſu parte me andavan buſcando con eſte deſeo. Ha no sè quantos meſes que entrè en ellas, donde hallè un ganadero que me llevò por ſu criado à un lugar que eſtà en las entrañas deſta ſierra, al qual he ſervido de çagal todo eſte tiempo, procurando eſtar ſiempre en el campo por encubrir eſtos cabellos, que aora tan ſin penſarlò me han deſcubierto. Pero toda mi induſtria, y toda mi ſolicitud fue, y ha ſido de ningun provecho, pues mi Amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nacio en èl el miſmo mal penſamiento que en mi criado; y como no ſiempre la fortuna con los trabajos dà los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco de donde deſpeñar y deſpenar al Amo como le hallè para el criado. Y aſſi tuve por menor inconveniente dexalle, y eſconderme de nuevo entre eſtas aſpereças, que probar con èl mis fuerças, ò mis diſculpas. Digo pues, que me tornè à embocar, y à buſcar donde ſin impedimiento alguno pudieſſe con ſuſpiros y lagrimas rogar al cielo, ſe duela de mi deſventura, y me dè induſtria y favor para ſalir della, ò para dexar la vida entre eſtas ſoledades, ſin que

que quede memoria deſta triſte, que tan ſin culpa ſuya avrà dado materia para que della ſe hable, y murmure en la ſuya, y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

De la diſcordia de la hermoſa Dorotea, con otras coſas de mucho guſto y paſſatiempo.

ESTA es, Señores, la verdadera hiſtoria de mi Tragedia; mirad y juzgad aora ſi los ſuſpiros que eſcuchaſtes, las palabras que oyſtes, y las lagrimas que de mis ojos ſalian, tenian ocaſion baſtante para moſtrarſe en mayor abundancia: y conſiderada la calidad de mi deſgracia, vereys que ſerà en vano el conſuelo, pues es impoſſible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys y deveys hazer, que me aconſegeys donde podrè paſſar la vida, ſin que me acabe el temor y ſobreſalto que tengo de ſer hallada de los que me buſcan, que aunque sè que el mucho amor que mis padres me tienen me aſſegura que ſerè dellos bien recebida, es tanta la verguença que me ocupa ſolo el penſar que no como ellos penſavan, tengo de parecer à ſu preſencia, que tengo por mejor deſterarme para ſiempre de ſer viſta, que no verles el roſtro, con penſamiento que ellos miran el mio ageno de la honeſtidad que de mi ſe devian de tener prometida. Callò en diziendo eſto, y el roſtro ſe le cubriò de un color que moſtrò bien claro el ſentimiento y verguença del alma. En las ſuyas ſintieron los que eſcuchado la avian tanta laſtima como admiracion, de ſu deſgracia: y aunque luego quiſiera el Cura conſolarla, y aconſejarla,

tomò primero la mano Cardenio, diziendo: En fin Señora, que tu eres la hermosa Dorotea, la hija unica del rico Clenardo. Admirada quedò Dorotea, quando oyò el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombrava, porque yà se ha dicho de la mala manera que Cardenio estava vestido; y assi le dixo: Y quien soys vos hermano, que assi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado? Soy, respondiò Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, Señora, aveys dicho. Luscinda dixo, que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, à quien el mal termino de aquel que à vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo à que me veays qual me veys, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juyzio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja darmele por algun breve espacio. Yo, Teodora, soy el que me hallè presente à las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardò à oyr el Si que de ser su esposa pronunciò Luscinda. Yo soy el que no tuvo animo para ver en que parava su desmayo, ni lo que resultava del papel que le fue hallado en el pecho: porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y assi dexè la casa, y la paciencia, y una carta que dexè à un huesped mio, à quien roguè que en manos de Luscinda la pusiesse, y vineme à estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida que desde aquel punto aborreci como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiçà por guardarme para la buena vèntura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como

como creo que lo es, lo que aqui aveys contado, aun podria ser, que à entrambos nos tuviesse el cielo guardado mejor sucesso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando, por ser mia, ni Don Fernando con ella, por ser vuestro, y averlo ella tan manifiestamiente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està todavia en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperança, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos Señora, que tomeys otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodãdoos à esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fè de Cavallero y de Christiano, de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer à que conozca lo que os deve, de usar entonces la libertad que me concede el ser Cavallero, y poder con justo titulo desafialle en razon de la sinrazon que os haze, sin acordarme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra à los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabò de admirar Dorotea, y por no saber que gracias bolver à tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarselos; mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondiò por entrambos, y aprovò el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejò, y persuadio, que se fuessen con el à su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltavan, y que alli se daria orden como buscar à Don Fernando, ò como llevar à Dorotea à sus padres, ò hazer lo que mas les pareciesse conve-

niente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero que à todo avia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena platica, y se ofrecio con no menos voluntad que el Cura à todo aquello que fuesse bueno para servirles. Contò assimesmo con brevedad la causa que alli los avia traydo, con la estrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardavan à su Escudero, que avia ydo à buscalle. Vinosele à la memoria à Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote avia tenido, y contòla à los demas, mas no supo dezir por que causa fue su quistion. En esto oyeron vozes, y conocieron que el que las dava era Sancho Pança, que, por no averlos hallado en el lugar donde los dexò, los llamava à vozes. Salieronle al encuentro, y preguntandole por Don Quixote, les dixo, como le avia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su Señora Dulcinea, y que puesto que le avia dicho, que ella le mandava, que salliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedava esperando, avia respondido, que estava determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que oviesse fecho fazañas que le fiziessen digno de su gracia. Y que si aquello passava adelante, corria peligro no venir à ser Emperador, como estava obligado, ni aun Arçobispo, que era lo menos que podria ser. Por esso que mirassen lo que se avia de hazer para sacarle de alli. El Licenciado le respondiò, quo no tuviesse pena, que ellos le sacarian de alli mal que le pesasse. Contò luego à Cardenio y à Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, à lo menos para llevarle à su casa. A lo qual dixo Do-

Dorotea, que ella haria la Donzella menesterosa mejor que el Barbero, y mas que tenia alli vestidos con que hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo de saber representar todo aquello que fuesse menester para llevar adelante su intento, porque ella avia leydo muchos libros de cavallerias, y sabia bien el estilo que tenian las Donzellas cuytadas, quando pedian sus dones à los andantes Cavalleros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra: que sin duda la buena suerte se mostra en favor mio, pues tan sin pensarlo à vosotros Señores se os ha començado à abrir puerta para vuestro remedio, y à nosotros se nos ha facilitado la que aviamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, de una caxita un collar, y otras joyas, con que en un instante se adornò de manera, que una rica y gran Señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que avia sacado de su casa para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le avia ofrecido ocasion de averlo menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron à Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechava. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pança, por parecerle (como era assi verdad) que en todos los dias de su vida no avia visto tan hermosa criatura: y assi preguntò al Cura con grande ahinco, le dixesse, quien era aquella tan fermosa Señora? Y que era lo que buscava por aquellos andurriales? Esta hermosa Señora, respondiò el Cura, Sancho hermano, es como quien no dize nada, la heredera por linea recta de Varon del gran Reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro

Amo,

Amo, à pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ò agravio, que un mal gigante le tiene fecho: y à la fama que de buen Cavallero vuestro Amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido à buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, digo à esta sazon Sancho Pança, y mas si mi Amo es tan verturoso, que desfaga esse agravio, y enderece esse tuerto, matando à esse hideputa desse gigante que vuestra Merced dize: que si matarà si el le encuentra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi Señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar à vuestra Merced, entre otras, Señor Licenciado, y es, que porque à mi Amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra Merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y assi quedarà imposibilitado de recibir ordenes Arçobispales, y vendrà con facilidad à su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me està bien que mi Amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora à traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo, como tengo muger, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, Señor, todo el toque està, en que mi Amo se case luego con esta Señora, que hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llamase, respondiò el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su Reyno Micomicon, claro està que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondiò Sancho, que yo he visto à muchos tomar el apellido, y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid, y esto mesmo se deve

deve de usar allà en Guinea, tomar las Reynes los nombres de sus Reynos. Assi deve de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro Amo, yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmos disparates que su Amo, pues sin alguna duda se dava à entender, que avia de venir à ser Emperador. Ya en esto se avia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se avia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron à Sancho, que los guiasse à donde Don Quixote estava, al qual advirtieron, que no dixesse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir à ser Emperador su Amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse à Don Quixote la pendencia que con Cardenio avia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y assi los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiendo à pie poco à poco. No dexò de avisar el Cura lo que avia de hazer Dorotea: à lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintavan los libros de cavallerias. Tres quartos de legua avrian andado, quando descubrieron à Don Quixote entre unas intricadas peñas, yà vestido, aunque no armado: y assi como Dorotea le vio, y fue informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, dio del açote à su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto à el, el Escudero se arrojò de la mula, y fue à tomar en los braços à Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue à hincar de rodillas ante las de Don Quixote: y aunque

que el pugnava por levantarla; ella sin levatarse le fablò en esta guisa: De aqui no me levantarè, ô valeroso y esforçado Cavallero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el qual redundarà en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada Donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte braço corresponde à la voz de vuestra inmortal fama, obligado estays à favorecer à la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscando os para remedio de sus desdichas. No os responderè palabra, fermosa Señora, respondiò Don Quixote, ni oyrè mas cosa de vuestra fazienda fasta que os levanteys de tierra. No me levantarè, Señor, respondiò la afligida Donzella, si primero, por la vuestra cortesía, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondiò Don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, ò mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llave, No serà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen Señor, replicò la dolorosa Donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su Señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra Merced, Señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar à un gigantazo: y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopio. Sea quien fuere, respondiò Don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme à lo que professado tengo: y bolviendose à la Donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedir me quisiere. Pues el que pido es, dixo la Donzella, que

que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le llevarè, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de un traydor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondiò Don Quixote, y assi podeys Señora, desde oy mas desechar la melancolia que os fatiga, y hazer que cobre nuevos brios y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, à pesar, y à despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos à labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa Donzella pugnò con mucha porfia por besarle las manos; mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortès Cavallero, jamas lo consintio, antes la hizo levantar, y la abraçò con mucha cortesía y comedimiento: y mandò à Sancho, que requiriesse las cinchas à Rozinante, y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas que como trofeo de un arbol estavan pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armò à su Señor; el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui en el nombre de Dios à favorecer esta gran Señora. Estavase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de dissimular la risa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quædaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que yà el don estava concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistava para yr à cumplirlo, se levantò, y tomò de la otra mano à su Señora, y entre los dos la subieron

en

en la mula : luego subio Don Quixote sobre Rozinante ; y el Barbero se acomodò en su cavalgadura , quedandose Sancho Pança à pie, donde de nuevo se le renovò la perdida del Ruzio, con la falta que entonces le hazia : mas todo lo llevava con gusto , por parecerle que yà su Señor estava puesto en camino , y muy à pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensava que se avia de casar con aquella Princesa , y ser por lo menos Rey de Micomicon ; solo le dava pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de Negros, y que la gente que por sus vasallos le diessen, avian de ser todos Negros; à lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio , y dixose à si mismo: Que se me dà à mi que mis vasallos sean Negros, avrà mas que cargar con ellos , y traerlos à España, donde los podrè vender , y adonde me los pagaràn de contado , de cuyo dinero podrè comprar algun titulo , ò algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida ? No sino dormios, y no tengays ingenio , ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta , ò diez mil vasallos en dacame essas pajas. Por Dios que los he de bolar chico con grande, ò como pudiere: y que por Negros que sean los he de bolver blancos , ò amarillos ; llegaos que me mamo el dedo. Con esto andava tan solicito , y tan contento, que se le olvidava la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto miravan de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hazerse para juntarse con ellos : pero el Cura, que era gran traciста , imaginò luego lo que harian para conseguir lo que deseavan, y fue, que con unas tixeras que traya en un estuche, quitò con mucha presteza la barba à Cardenio, y vistiòle

le un capotillo pardo que el traya, y diole un herreruelo negro, y el se quedò en calças y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mismo no se conociera aunque à un espejo se mirara. Hecho esto, puesto yà que los otros avian passado adelante, en tanto que ellos se disfraçaron, con facilidad salieron al camino real antes que el os, porque las malezas , y malos passos de aquellos lugares , no concedian que anduviessen tanto los de à cavallo como los de à pie. En efeto , ellos se pusieron en el llano à la salida de la sierra , y assi como salio della Don Quixote y sus camaradas , el Cura se le puso à mirar muy de espacio , dando señales de que le yva reconociendo : y al cabo de averle una buena pieça estado mirando , se fue à el abiertos los braços , y diziendo à vozes: Para bien sea hallado el espejo de la cavalleria , el mi buen compatriote Don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza , el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los Cavalleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquierda à Don Quixote ; el qual espantado de lo que veya y oya dezir, y hazer aquel hombre, se le puso à mirar con atencion, y al fin le conocio , y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio , por lo qual Don Quixote dezia : Dexeme V. M. Señor Licenciado , que no es razon que yo estè à cavallo , y una tan reverenda persona como V. M. estè à pie. Esso no consentirè yo en ningun modo , dixo el Cura, estese la vuestra grandeza à cavallo, que pues estando à cavallo, acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto, que à mi aunque indigno Sacerdote, basta

bastarame subir en las ancas de una destas mulas destos Señores, que con vuestra Merced caminan, sino lo han por enojo: y aun harè cuenta que voy Cavallero sobre el cavallo Pegaso, ò sobre la cebra, ò alfana en que cavalgava aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caya yo en tanto, mi Señor Licenciado, respondiò Don Quixote, y yo sè que mi Señora la Princesa serà servida por mi amor, de mandar à su Escudero, dè a V. M. la silla de su mula, que el podrà acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, à lo que yo creo, respondiò la Princesa: y tambien sè que no serà menester mandarselo al Señor mi Escudero, que el es tan cortès y tan cortesano, que no consentirà que una persona Ecclesiastica vaya à pie, pudiendo yr à cavallo. Assi es, respondiò el Barbero, y apeandose en un punto combidò al Cura con la silla, y èl la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir à las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alçò un poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que à darlas en el pecho de Maesse Nicolas, ò en la cabeça, el diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo essò le sobrefaltaron de manera que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, que se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir à cubrirse el rostro con ambas manos, y à quexarse que le avian derribado las muelas. Don Quixote como vio todo aquel maço de barbas sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del Escudero caydo, dixo: Vive Dios que es gran

gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran à posta. El Cura que vio el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudiò luego à las barbas, y fuesse con ellas à donde yazia Maesse Nicolas, dando aun vozes toda via, y de un golpe llegandole la cabeça à su pecho, se las puso, murmurando sobre èl unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuvo puestas, se apartò, y quedò el Escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò Don Quixote sobremanera, y rogò al Cura, que quando tuviesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entendia que su virtud à mas que pegar barbas se devia de estender; pues estava claro, que de donde las barbas se quitassen avia de quedar la carne llegada y mal trecha, y que pues todo lo sanava, à mas que barbas aprovechava. Assi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura, y à trechos se fuessen los tres mudando, hasta que llegassen à la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres à cavallo, es à saber, Don Quixote, la Princesa, y el Cura: y los tres à pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, Don Quixote dixo à la Donzella: Vuestra grandeza, Señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiesse, dixo el Licenciado: Azia que Reyno quiere guiar la vuestra Señoria, es por ventura hazia el de Micomicon, que si deve de ser, ò yo sè poco de Reynos? Ella que estava bien en todo, entendio que avia de responder, que si, y assi dixo: Si Señor, hazia esse Reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura,

por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de allí tomar à vuestra Merced la derrota de Cartagena, donde se podrà embarcar con la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrà estar à vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas de cien jornadas mas acà del Reyno de vuestra grandeza. Vuestra Merced està engañado, Señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo esso he llegado à ver lo que tanto deseava, que es al Señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron à mis oydos assi como puse los pies en España, y ellas me movieron à buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su invencible braço. No mas, cessen mis alabanças, dixo à esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavia ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo sè decir, Señora mia, que ora tenga valor, ò no, el que tuviere, ò no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio, hasta perder la vida: y assi dexando esta para su tiempo, ruego al Señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traydo por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan à la ligera, que me pone espanto? A esso responderè con brevedad, respondiò el Cura, porque sabrà vuestra Merced, Señor Don Quixote, que yo, y Maesse Nicolas, nuestro amigo, y nuestro Barbero, yvamos à Sevilla à cobrar cierto dinero, que un pariente mio que ha muchos años que passò à Indias, me avia embiado, y no tan pocos, que no passan de sesenta mil pesos, ensayados, que es

es otro que tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos la quitaron, que le convino al Barbero ponerselas postizas: y aun à este mancebo que aqui va, señalando à Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes que dizen que libertò, casi en este mesmo sitio, un hombre tan valiente, que à pesar del Comissario, y de las guardas, los solto à todos: y sin duda alguna èl devia de estar fuera de juyzio, ò deve de ser tan grande vellaco como ellos, ò algun hombre sin alma, y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, à la raposa entre las gallinas, à la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, yr contra su Rey y Señor natural, pues fue contre sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar à las galeras sus pies, poner en alboroto à la santa Hermandad, que avia muchos años que reposava. Quiso finalmente hazer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Aviales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes que acabò su Amo, con tanta gloria suya, y por esto cargava la mano el Cura refiriendola por ver lo que hazia, ò dezia Don Quixote, al qual se le mudava la color à cada palabra y no osava dezir que èl avia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al devido suplicio.

CAPITULO XXX.

Del graciosso artificio y orden que se tuvo en sacar à nuestro enamorado Cavallero de la asperissima penitencia en que se avia puesto.

NO huvo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues mia fè, Señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi Amo, y no porque yo no le dixe antes, y le avisè, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yvan alli por grandissimos vellacos. Majadero, dixo esta sazon Don Quixote, à los Cavalleros andantes no les toca, ni atañe averiguar, si los afligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ò estan en aquella angustia por sus culpas, ò por sus desgracias, solo les toca ayudarles como à menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topè un Rosario, y sarta gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi Religion me pide, y lo demas allà se avenga: y à quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del Señor Licenciado, y su honrada persona; digo que sabe poco de achaque de cavalleria, y que miente como un hideputa, y mal nacido: y esto le harè conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmandose en los estrivos, y calandose el morrion, porque la vazia de Barbero, que à su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevava colgado del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era discreta, y de gran donayre)

re) como quien yà sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hazian burla dèl, sino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor Cavallero, miembresele à la V. Merced el don que me tiene prometido, y que conforme à el no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sossiegue vuestra Merced el pecho que si el Señor Licenciado supiera que por esse invicto braço avian sido librados los galeotes, el se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lẽgua antes que aver dicho palabra que en despecho de vuestra Merced redundara, Esso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huviera quitado un vigote. Yo callarè, Señora mia, dixo Don Quixote, y reprimirè la justa colera que yà en mi pecho se avia levantado, y yrè quieto y pacifico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digays, sino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quienes, y quales son las personas de quien os tengo de dar devida, satisfecha, y entera vengança? Esso harè yo de gana, respondiò Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas y desgracias. No enfadarà, Señora mia, respondiò Don Quixote, à lo que respondiò Dorotea: Pues assi es, estenme vuestras Mercedes atentos. No huvo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado yva con ella como su Amo. Y ella, despues de averse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hazer otros ademanes, con mucho donayre començò à dezir desta manera: Primeramente quiero que vuestras Mercedes sepan, Señores mios, que à mi me lla-

llaman, y detuvose aqui un poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le avia puesto: pero el acudio al remedio, porque entendio en lo que reparava, y dixo: no es maravilla, Señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria à los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran Señoria, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente à su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Assi es la verdad, respondiò la Donzella, y desde aqui adelante creo que no serà menester apuntarme nada, que yo saldrè à buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamava Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcançò por su ciencia, que mi madre: que se llamava la Reyna Xaramilla, avia de morir primero que èl, y que de alli à poco tiempo el tambien avia de passar desta vida; y yo avia de quedar huerfana de padre y madre. Pero dezia el, que no le fatigava tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal Gigante, Señor de una grande Insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca Vista: porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reves, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo y espanto à los que mira. Digo que supo que este Gigante en sabiendo mi horfandad, avia de passar con

gran poderio sobre mi Reyno y me lo avia de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna y desgracia si yo me quisiesse casar con el: mas à lo que èl entendia, jamas pensava que me vendria à mi, en voluntad de hazer tan desygual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començava à passar sobre mi Reyno, que no aguardasse à ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desambaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vasallos, porque no avia de ser possible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando à un Cavallero andante, cuyo fama en esto tiempo se estenderia por todo este Reyno, el qual se avia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Açote, ò Don Gigote. Don Quixote diria, Señora, dixo à esta sazon Sancho Pança, ò por otro nombre, el Cavallero de la triste Figura. Assi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que avia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, ò por alli junto, avia de tener un lunar pardo con certos cabellos à manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo à su Escudero: Ten aqui, Sancho hijo, ayudarme à desnudar, que quiero ver si soy el Cavallero que

aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para que quiere vuestra Merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tengo esse lunar que vuestro padre dixo, respondiò Don Quixote. No ay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sè que tiene vuestra Merced un lunar de essas señas en la mitad del espinaço, que es señal de ser hombre fuerte. Esso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que estè en el ombro, ò que estè en el espinaço, importa poco, basta que aya lunar, y estè donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al Señor Don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este Cavallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha; pues à penas me huve desembarcado en Osuna, quando oy dezir tantas hazañas suyas, que luego me dio el alma que era el mismo que venia à buscar. Pues como se desembarcò vuestra Merced en Osuna, Señora mia, preguntò Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo: Deve de querer dezir la Señora Princesa, que despues que desembarcò en Malaga, la primera parte donde oyò nuevas de vuestra Merced fue en Osuna. Esso quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante. No ay que proseguir, respondiò Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al Señor Don Quixote, que yà me cuento y tengo por Reyna y Señora de todo mi Reyno, pues el por su cortesia y magnificencia me ha prometido el donde

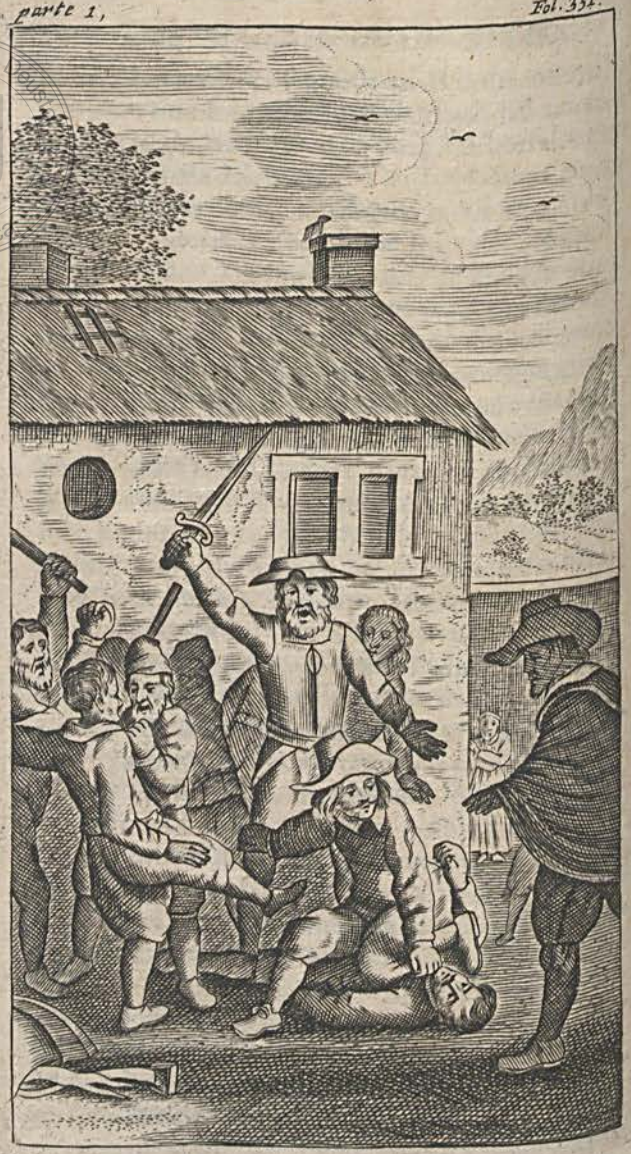
yrse

yrse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no serà à otra parte que à ponerle delante de Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder à pedir de boca, pues assi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre: el qual tambien dexò dicho y escrito en letras Caldeas, ò Griegas, que yo no las se leer, que si este Cavallero de la profecia, despues de aver degollado al Gigante, quisiesse casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna por su legitima esposa, y le diesse la possession de mi Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? dixo à este punto Don Quixote; no oyes lo que passa? no te lo dixe yo? mira si tenemos yà Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Esso juro yo, dixo Sancho: para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al Señor Pandahilado. Pues monta que es mala la Reyna, assi se me buelvan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue à tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener, se hincò de rodillas ante ella, suplicandole le diesse las manos para besarselas, en señal que la recebia por su Reyna y Señora. Quien no avia de reyr de los circunstantes viendo la locura del Amo, y la simplicidad del criado. En efeto Dorotea se las dio, y le prometiò de hazerle gran Señor en su Reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, que se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradeciòselo Sancho con tales palabras, que renovò la risa en todos. Esta, Señores, prosiguio Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, que de quanta gente

de

de acompañamiento saquè de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado Escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos à vista del puerto. Y el y yo salimos en dos tablas à tierra como por milagro, y assi es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo aveys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, ò no tan acertada como deviera, echad la culpa à lo que el Señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria, al que los padece. Essa no me quitaran à mi, ô alta y valerosa Señora, dixo Don Quixote, quantos yo passàre en serviros, por grandes, y no vistos que sean. Y assi de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de yr con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, à quien pienso con el ayuda de Dios y de mi braço, tajar la cabeça sobervia con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced à Gines de Passamonte, que me llevò la mia: esto dixo entre dientes, y prosiguio diziendo: y despues de averse la tajado, y puesto os en pacifica possession de vuestro estado, quedarà à vuestra voluntad hazer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere. Porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento, à aquella, y no digo mas, no es possible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuesse con el ave Fenix. Parecióle tan mal à Sancho lo que ultimamente su Amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alçando la voz, dixo: Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vuestra Merced, Señor Don Quixote, cabal juyzio: pues como es possible que pone vuestra Mer-





Merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi Señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por dezir, que no llega à su çapato de la que està delante. Assi noramala alcançarè yo el Condado que espero, si vuestra Merced se anda à pedir cotusas en el golfo, casese, casese luego, encomiendole yo à Satanas, y tome esse Reyno que se le viene à las manos de vobis, vobis, y en siendo Rey, hagame Marques, ò Adelantado, y luego si quiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyò dezir contra su Señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alçando el lançon, sin hablalle palabra à Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, que dio con el en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dio vozes que no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pensays, le dixo à cabo de rato, villano ruyn, que ha de aver lugar siempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penseys vellaco descomulgado, que sin duda lo estàs pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y no sabeys vos, gañan faquin, belitre, que si no fuesse por el valor que ella infunde en mi braço, que no le tendria yo para matar una pulga? Dezid socarron de lengua viperina, y quien pensays que ha ganado este Reyno? y cortado la cabeça à este Gigante? y hechoos à vos Marques (que todo esto doy yà por hecho, y por cosa passada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando à mi braço por instrumento de sus hazañas, ella pelea en mi, y vence en mi, y

yo

yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, que os veys levantado del polvo de la tierra à ser Señor de titulo, y correspondeys à tan buena obra con dezir mal de quien os la hizo! No estava tan mal trecho Sancho, que no oyesse todo quanto su Amo le dezia, y levantandose con un poco de presteza, se fue à poner detras del palafren de Dorotea, y desde alli dixo à su Amo: Digame Señor, si vuestra Merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro està que no serà el Reyno suyo, y no siendolo que mercedes me puede hazer? Esto es de lo que yo me quexo: casese vuestra Merced una por una con esta Reyna, , aora que la tenemos aqui como llovida del cielo, y despues puede bolverse con mi Señora Dulcinea, que Reyes deve de aver avido en el mundo que ayan sido amancebados, En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad si và à dezirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto à la Señora Dulcinea. Como que no la has visto, traydor blasfemo, dixo Don Quixote, pues no acabas de traerme aora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan de espacio, dixo Sancho, que pueda aver notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes punto por punto; pero assi à vulto me parece bien. Aora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdoname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Yà yo lo veo, respondiò Sancho, y assi en mi la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de dezir por una vez siquiera lo que me viene à la lengua. Con todo esso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, por-

porque tantas vezes và el cantarillo à la fuente; y no te digo mas. Aora bien, respondiò Sancho, Dios està en el cielo que vè las trampas, y serà juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, ò vuestra Merced en obrallo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano à vuestro Señor, y pedidle perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanças y vituperios, y no digays mal de aquessa Señora Toboso, à quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar un Estado donde vivays como un Principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidiò la mano à su Señor, y el se la diò con reposado continente, y despues que se la huvo besado, le echò la bendicion, y dixo à Sancho, que se adelantassen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo assi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole Don Quixote: Despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y aora pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra Merced lo que quisiere, respondiò Sancho, que à todo darè tan buena salida como tuve la entrada. Pero suplico à V.M. Señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengativo. Porque lo dizes Sancho? dixo Don Quixote. Digolo, respondiò, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos travò el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi Señora Dulcinea, à quien amo y reverencio como à una reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por

ser

ser cosa de vuestra Merced. No tornes à essas praticas Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: và te perdonè entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, à pecado nuevo penitencia nueva. Mientras esto passava vieron venir por el camino donde ellos yvan à un hombre Cavallero sobre un jumento, y quando llegò cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Pança quedo quiera que via asnos se le yvan los ojos y el alma, apenas huvo visto al hombre, quando conocio que era Gines de Passamonte, y por el hilo del Gitano sacò el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Ruzio sobre que passamonte venia: el qual por no ser conocido, y por vender el asno, se avia puesto en trage de Gitano, cuya lengua, y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Viole Sancho, y conociole, y apenas le huvo visto y conocido, quando à grandes vozes le dixo: A ladron Ginesillo dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladron, y desempara lo que no es tuyo. No fueran menester tantas palabras, ni baldones, porque à la primera saltò Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentò, y alexò de todos. Sancho llegò à su Ruzio, y abraçandole le dixo: Como has estado bien mio, ruzio de mis ojos, compañero mio, y con esto le besava y acariciava como si fuera persona; el asno callava, y se dexava besar, y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del Ruzio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por esso anulava la poliça de los tres pollinos, Sancho se lo agradecio. En tanto que los dos yvan en estas platicas,

cas, dixo el Cura à Dorotea, que avia andado muy discreta, assi en el cuento, como en la brevedad dèl, y en la similitud que tuvo con los de los libros de cavallerias: ella dixo, que muchos ratos se avia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias, ni puertas dè mar, y que assi avia dicho à tiento, que se avia desembarcado en Osuna. Yo lo entendì assi, dixo el Cura, y por esso acudì luego à dezir lo que dixe, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña ver con quanta facilidad cree este desventurado Hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no sè si queriendo inventarla, y fabricarla mentirosamente huviera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen Hidalgo dize tocantes à su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonissimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo. De manera, que como no le toquen en sus cavallerias, no avrà nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yvan en esta conversacion, prosiguio Don Quixote con la suya, y dixo à Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos à la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime aora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Donde, como y quando hallaste à Dulcinea? que hazia? que le dixiste? que te respondiò? que rostro hizo quando leya mi carta? quien te la trasladò? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfazerse, sin que añadas, ò mientas por darme gusto: ni menos te acortes por no quitarmele Señor,

respon-

respondiò Sancho, si và à dezir la verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no llevè carta alguna. Assi es como tu dizes, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escrivi, le hallè en mi poder à cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandissima pena, por no saber lo que avias tu de hazer quando te viesses sin carta, y creì siempre que te bolvieras desde el lugar donde la echaras menos. Assi fuera, respondiò Sancho, si no la huviera yo tomado en la memoria, quando vuestra Merced me la leyò, de manera que se la dixe à un Sacristan, que me la trasladò del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque avia leydo muchas cartas de descomunion, no avia visto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tienes la toda via en la memoria Sancho, dixo Don Quixote? No Señor, respondiò Sancho; porque despues que la dì, como vì que no avia de ser de mas provecho, dì en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana Señora, y lo ultimo, vuestro hasta la muerte, el Cavallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas, y ojos mios.

CA-

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que passaron entre Don Quixote y Sancho Pança su Escudero; con otros sucessos.

TODO esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella Reyna de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas ò bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo Cavallero. No la hallè, respondiò Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, ò trechel? No era sino rubion, respondiò Sancho. Pues yo te asseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero passa adelante. Quando le diste mi carta besòla? pusosela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ò que hizo? Quando yo se la yva à dar, respondiò Sancho, ella estava en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criva. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acrivar todo lo que aqui està. Discreta Señora, dixo Don Quixote, esso devio de ser por leerla de espacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho; y en tanto que estava en su menester, que coloquios passò contigo? que te preguntò de mi? y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero una

minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo la dixe de la manera que vueſtra Merced por ſu ſervicio quedava haziendo penitencia, deſnudo de la cintura arriba, metido entre eſtas ſierras, como ſi fuera ſalvage, durmiendo en el ſuelo, ſin comer pan à manteles, ni ſin peynarſe la barba, llorando, y maldiziendo ſu fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiſte mal, dixo Don Quixote, porque antes la bendigo, y bendezirè todos los dias de mi vida, por averme hecho digno de merecer amar tan alta Señora como Dulcinea del Toboſo. Tan alta es, reſpondiò Sancho, que à buena fè que me lleva à mi mas de un coto. Pues como Sancho, dixo Don Quixote, haſte medido tu con ella? Medime en eſta manera, reſpondiò Sancho, que llegando à ayudar à poner un coſtal de trigo ſobre un jumento llegamos tan juntos, que echè de ver que me llevava mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicò Don Quixote, que no acompaña eſſa grandeza, y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho una coſa, quando llegaſte junto à ella no ſentiſte un olor ſabeo, una fragancia aromatica, y un no sè que de bueno, que yo no acierto à dalle nombre? Digo un tuho, ò tufo, como ſi eſtuvieras en la tienda de algun curioſo guantero? Lo que ſè dezir, dixo Sancho, es que ſentì un olorcillo algo hombruno, y devia de ſer que ella con el mucho exercicio eſtava ſudada, y algo correoſa. No ſeria eſſo, reſpondiò Don Quixote, ſino que tu devias de eſtar romadizado, ò te deviſte de oler à ti miſmo, porque yo ſe bien lo que huele aquella roſa entre eſpinas, aquel lirio del campo, aquel ambar deſſ[illegible]ydo. Todo puede ſer, reſpondiò Sancho, que mucha vezes ſale de mi aquel olor, que entonces me parecio que

que ſalia de ſu Merced de la Señora Dulcinea; pero no ay de que maravillarſe, que un diablo parece à otro. Y bien, proſiguio Don Quixote, he aqui que acabò de limpiar ſu trigo, y de embiallo al molino. Que hizo quando leyò la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo, que no ſabia leer, ni eſcrivir, antes la raſgò, y la hizo menudes pieças, diziendo, que no la queria dar à leer à nadie, porque no ſe ſupieſſen en el lugar ſus ſecretos, y que baſtava lo que yo le avia dicho de palabra acerca del amor que vueſtra Merced la tenia, y de la penitencia extraordinaria que por ſu cauſa quedava haziendo. Y finalmente me dixo, que dixeſſe à vueſtra Merced, que le beſava las manos, y que alli quedava con mas deſeo de verle que de eſcrivirle: y que aſſi le ſuplicava y mandava, que viſta la preſente ſalieſſe de aquellos matorrales, y ſe dexaſſe de hazer diſparates, y ſe puſieſſe luego luego en camino del Toboſo, ſi otra coſa de mas importancia no le ſucedieſſe, porque tenia gran deſeo de ver à vueſtra Merced. Riòſe mucho quando le dixe como ſe llamava vueſtra Merced el Cavallero de la triſte figura. Preguntèle ſi avia ydo allà el Vizcayno de marras, dixome que ſi, y que era un hombre muy de bien. Tambien le preguntè por los galeotes, mas dixome, que no avia viſto haſta entonces alguno. Todo và bien haſta aora, dixo Don Quixote. Pero dime, que joya fue la que te dio al deſpedirte, por las nuevas que de mi le llevaſte? Porque es uſada y antigua coſtumbre entre los Cavalleros y Damas andantes, à dar à los Eſcuderos, Don ellas, ò Enanos que les llevan nuevas de ſus Damas à ellos, ò à ellas de ſus andantes, alguna rica joya en albricias en agradecimiento de ſu recado. Bien puede eſſo ſer aſſi, y yo la tengo por buena

na usança, pero esso devia de ser en los tiempos passados, que aora solo se deve de acostumbrar à dar un pedaço de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi Señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despedì: y aun por mas señas, era el queso ovejuno. Es liberal en estremo, dixo Don Quixote, y si no te dio joya de oro, sin duda devio de ser, porque no la tendria alli à la mano para darte-la; pero buenas son mangas despues de Pasqua, yo la verè, y se satisfarà todo. Sabes de que estoy maravillado Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en yr, y venir desde aqui al Toboso, aviendo de aqui alla mas de treynta leguas: por lo qual me doy à entender, que aquel sabio Nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de aver, so pena que yo no seria buen Cavallero andante. Digo, que este tal te devio de ayudar à caminar sin que tu lo sintiesses, que ay sabio destos, que coge à un Cavallero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, ò en que manero, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anochecio. Y si no fuesse por esto, no se podian socorrer en sus peligros los Cavalleros andantes unos à otros, como se socorren à cada passo. Que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun Lendirago, ò con algun fiero Vestiglo, ò con otro Cavallero, donde lleva lo peor de la batalla, y està yà à punto de muerte: y quando no os me cato, assoma por aculla encima de una nube, ò sobre un carro de fuego otro Cavallero amigo suyo, que poco antes se hallava en Inglatierra, que le favorece, y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada, cenando muy à su sabor, y suele aver de la una à la otra parte dos, ò tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado de estos valerosos Cavalleros. Assi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breve tiempo ayas ydo y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te devio de llevar en bolandillas, sin que tu lo sintiesses. Assi seria, dixo Sancho, porque à buena fè que andava Rozinante como si fuera asno de Gitano con azogue en los oydos. Y como si llevava azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto aparte, que te parece à ti que devo yo de hazer aora cerca de lo que mi Señora me manda, que le vaya à ver? que aunque yo veo que estoy obligado à cumplir su mandamiento, veome tambien imposibilitado del don que he prometido à la Princesa que con nosotros viene, y fuerçame la ley de cavalleria à cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acossa y fatiga el deseo de ver à mi Señora, por otra me incita y llama la prometida fè, y la gloria que he de alcançar en esta empresa. Pero lo que pienso hazer serà caminar à priessa, y llegar presto donde està este Gigante, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondrè à la Princesa pacificamente en su estado, y al punto darè la buelta à ver à la luz que mis sentidos alumbra. A la qual darè tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardança, pues verà que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcançado, alcanço y alcançarè por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dà, y

y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra Merced lastimado de essos caseos. Pues digame Señor, piensa vuestra Merced caminar este camino en valde ? y dexar pisar, y perder un tan rico, y tan principal casamiento como este? Donde le dan en dote un Reyno, que à buena verdad que he oydo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necessarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguença de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y case se luego en el primer lugar que aya Cura, y sino ay està nuestro Licenciado, que lo harà de perlas. Y advierta, que yà tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pajaro en mano, que buytre volando, porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. Mira Sancho, respondiò Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido: hagote saber, que sin casarme podrè cumplir tu deseo muy facilmente, porque yo sacarè de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, yà que no me case, me han de dar una parte del Reyno, para que la pueda dar à quien yo quisiere: y en dandomela, à quien quieres tu que la dè sino à ti? Esso està claro, respondiò Sancho; pero mire vuestra Merced que la escoja hazia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hazer dellos lo que yà he dicho. Y vuestra Merced no se cure de yr por agora à ver mi Señora Dulcinea,

cinea, sino vayase à matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me assienta que ha de ser de mucha honra, y de mucho provecho. Digote Sancho, dixo Don Quixote, que estàs en lo cierto, y que avrè de tomar tu consejo en quanto el yr antes con la Princesa, que à ver à Dulcinea. Y avisote que no digas nada à nadie, ni à los que con nosotros vienen de lo que aqui hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esso es assi, dixo Sancho, como haze vuestra Merced que todos los que vence por su braço, se vayan à presentar ante mi Señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso que los que fueren, se han de yr à hincar de hinojos ante su presencia, y dezir, que van de parte de vuestra Merced à dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo Don Quixote! Tu no ves Sancho, que esso todo redunda en su mayor ensalçamiento. Porque has de saber, que en este nuestro estilo de cavalleria es gran honra tener una Dama muchos Cavalleros andantes que la sirvan, sin que se estiendan mas sus pensamientos que à servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus Cavalleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar que se ha de amar à nuestro Señor, por si solo, sin que nos mueva esperança de gloria, ò temor de pena. Aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiesse. Valate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y

que de discreciones dizes à las vezes no parece sino que has estudiado. Pues à fè mia que no se leer, respondiò Sancho. En esto les dio vozes Maesse Nicolas, que esperassen un poco, que querian detenerse à bever en una fontecilla que alli estava. Detuvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estava cansado de mentir tanto, y tenia no le cogiesse su Amo à palabras. Porque puesto que èl sabya que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la avia visto en toda su vida. Aviase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traya quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja à los que dexava. Apearonse junto à la fuente, y con lo que el Cura se acomodò en la venta, satisfizieron, aunque poco, la mucha hambre que todos trayan. Estando en esto, acertò à passar por alli un muchacho que yva de camino, el qual poniendose à mirar con mucha atencion à los que en la fuente estavan: de alli à poco arremetio à Don Quixote, y abraçandole por las piernas, començò à llorar muy de proposito, diziendo: Ay Señor mio, no me conoce vuestra Merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres que quitò vuestra Merced de la enzina donde estava atado. Reconociòle Don Quixote, y asiendole por la mano se bolvio à los que alli estavan, y dixo: Porque vean vuestras Mercedes quan de importancia es aver Cavalleros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en el se hazen por los insolentes, y malos hombres que en el viven. Sepan vuestras Mercedes que los dias passados passando yo por un bosque oy unos gritos, y unas vozes muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudì luego, llevado de mi

mi obligacion, hazia la parte donde me parecio que las lamentables vozes sonavan, y hallè atado à una enzina à este muchacho que aora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque serà testigo que no me dexarà mentia en nada.) Digo que estava atado à la enzina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estavale abriendo à açotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era Amo suyo: y assi como yo le vì, le preguntè la causa de tan atroz vapulamiento, respondiò el Zafio, que le açotava porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia nacian mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor, no me açota sino porque le pido mi salario. El Amo replicò no se que arengas y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hize desatar, y tomè juramento al villano de que le llevaria consigo, y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandè, y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, dì lo que passò à estos Señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo aver Cavalleros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra Merced ha dicho, es mucha verdad, respondiò el muchacho; pero el fin del negocio sucedio muy al reves de lo que vuestra Merced se imagina. Como al reves, replicò Don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pago, respondiò el muchacho, pero assi como vuestra Merced trasposo el bosque, y quedamos solos, me bolvio à atar à la mesma enzina, y me diò de nuevo tantos açotes, que quedè hecho

hecho un san Bartolome desollado: y à cada açote que me dava me dezia un donayre y chufeta acerca de hazer burla de vuestra Merced, que à no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efeto èl me parò tal, que hasta aora he estado curandome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra Merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamavan, ni se entremetiera en negocios agenos, mi Amo se contentara con darme una ò dos dozenas de açotes, y luego me soltara y pagara quanto me devia. Mas como vuestra Merced le deshonrò tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendiosele la colera, y como no la pudo vengar en vuestra Merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece que no serè mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, en yrme yo de alli, que no me avia de yr hasta dexarte pagado: porque bien devia yo de saber por luengas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que diere, si el vee que no le està bien guardalla. Pero yà te acuerdas Andres, que yo jurè que si no te pagava, que avia de yr à buscarle, y que le avia de hallar, aunque se escondiesse en el vientre de la ballena. Assi es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechò nada. Aora veràs si aprovecha, dixo Don Quixote, y diziendo esto, se levantò muy apriessa, y mandò à Sancho, que enfrenasse à Rozinante (que estava paciendo en tanto que ellos comian.) Preguntòle Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondiò, que queria yr à buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado à Andres hasta el ultimo maravedi, à despecho y pesar de quantos villanos huviesse en el mundo. A lo que ella respondiò, que advirtiesse, que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que sossegasse el pecho hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondiò Don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos Señora dezis, que yo le torno à jurar, y à prometer de nuevo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo de essos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener aora con que llegar à Sevilla, que todas las venganças del mundo: deme si tiene ay algo que coma, y lleve, y quedese con Dios su merced, y todos los Cavalleros andantes, que tambien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmige. Sacò de su repuesto Sancho un pedaço de pan, y otro de queso, y dandoselo al moço, le dixo: Toma hermano Andres, que à todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança à vos, preguntò Andres? Esta parte de queso y pan que os doy, respondiò Sancho, que Dios sabe si me ha de hazer falta, ò no, porque os hago saber amigo, que los Escuderos de los Cavalleros andantes estamos sujetos à mucha hambre, y à mala ventura, y aun à otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asiò de su pan y queso, y viendo que nadie le dava otra cosa, abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo à Don Quixote, Por amor de Dios, Señor Cavallero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços, no me socorra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que

que no serà tanta, que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra Merced, à quien Dios maldiga, y à todos quantos Cavalleros andantes han nacido en el mundo. Yvase à levantar Don Quixote para castigalle, mas el se puso à correr de modo, que ninguno se atrevio à seguillo. Quedò corridissimo Don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuviessen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedio en la venta à toda la quadrilla de Don Quixote.

ACABOSE la buena comida, ensillaron, luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia à la venta, espanto y assombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, ventero, su hija, y Maritornes que vieron venir à Don Quixote, y à Sancho, les salieron à recebir con muestras de mucha alegria, y el las recibio con grave continente y aplauso, y dixoles, que le adereçassen otro mejor lecho que la vez passada; à lo qual le respondiò la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaron una cama razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No se huvo bien encerrado, quando la huespeda arremetio

tio al Barbero y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de bolver mi cola, que anda lo de mi marido por essos suelos, que es verguença, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tirava, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diesse, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriesse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse à Don Quixote, que quando le despojaron los ladrones galeotes se avia venido à aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el Escudero de la Princesa, le dirian que ella le avia embiado adelante à dar aviso à los de su Reyno, como ella yva, y llevava consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola à la ventera el Barbero, y assimismo le bolvieron todos los aderentes que avia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les adereçassen de comer de lo que en la venta huviesse, y el huesped con esperança de mejor paga, con diligencia les adereçò una razonnable comida, y à todo esto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no despertalle. Porque mas provecho le haria por entonces el dormir: que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritornes, todos los passageros, de la estraña locura de Don Quixote, y del modo que le avian hallado. La huespeda les contò lo que con el y con el harriero les avia acontecido, mirando si à caso estava alli Sancho, y como no le viesse, contò todo lo

de

de sù manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixesse, que los libros de cavallerias que Don Quixote avia leydo, le avian buelto el juyzio, dixo el ventero: No se yo como puede ser esso, que en verdad que à lo que yo entiendo no ay mejor letrado en el mundo, y que tengo ay dos, ò tres dellos, con otros papeles que verdaderamente me han dado la vida, no solo à mi, sino à otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay algunos que saben leer, el qual coge uno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: à lo menos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos y terribles golpes que los Cavalleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, y à buena fè que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se està la otra Señora debaxo de unos narranjos abraçada con su Cavallero, y que les està una dueña haziendoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobresalto, Digo que todo esto es cosa de mieles. Y à vos que os parece Señora Donzella, dixo el Cura, hablando con la hija del ventero? No se Señor, en mi anima, respondiò ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de

de las lamentaciones que los Cavalleros hazen quando estan ausentes de sus Señoras: que en verdad que algunas vezes me hazen llorar de compassion que les tengo. Luego bien la remediarades vos Señora Donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo que me hiziera, respondiò la moça, solo se que ay algunas Señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus Cavalleros tigres y leones, y otras mil inmundicias. Y Jesus! yo no se que gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar à un hombre honrado le dexan que se muera, ò que se buelva loco. Yo no se para que es tanto melindra, si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas; y no està bien à las Donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este Señor, respondiò ella, no pude dexar de respondelle. Aora bien, dixo el Cura, traedme Señor huesped aquessos libros, que los quiero ver. Que me place, respondiò el, y entrando en su aposento sacò del una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrio vio que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro de Felix Marte de Yrcania, y el otro la historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordova, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Assi como el Cura leyò los dos titulos primeros, bolvio el rostro al Barbero, y dixo: Falta nos haze aqui aora el alma de mi amigo, y su sobrina. No hazen respondiò el Barbero, que tambien se yo llevarlos al corral, ò à la chiminea, que en verdad que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra

ſtra Merced quemar mis libros, dixo el ventero? No mas, dixo el Cura, que eſtos dos, el de Don Cirongilio, y el de Felix Marte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros ſon herejes, ò flematicos, que los quiere quemar? Ciſmaticos querreys dezir amigo, dixo el Barbero, que no flematicos Aſſi es, replicò el ventero: mas ſi alguno quiere quemar, ſea eſſe del gran Capitan, y de eſſe Diego Garcia, que antes dexarè quemar un hijo, que dexar quemar ninguno de eſſotros. Hermano mio, dixo el Cura, eſtos dos libros ſon mentiroſos, y eſtan llenos de diſparates y devaneos. Y eſte del gran Capitan es hiſtoria verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordova: el qual por ſus muchas, y grandes hazañas merecio ſer llamado de todo el mundo gran Capitan, renombre famoſo, y claro, y del ſolo merecido. Y eſte Diego Garcia de Paredes fue un principal Cavallero, natural de la ciudad de Truxillo en Eſtremadura, valentiſſimo ſoldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de ſu furia. Y pueſto con un montante en la entrada de una puente detuvo à todo un innumerable exercito que no paſſaſſe por ella. Y hizo otras tales coſas que ſi como èl las cuenta, y las eſcrive èl aſſimeſmo con la modeſtia de Cavallero, y de coroniſta proprio, las eſcriviera otro libre y deſapaſſionado, puſieran en ſu olvido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que ſe eſpanta, de detener una rueda de molido, por Dios aora: avia vueſtra Merced de leer lo que ley yo de Felix Marte de Yrcania, que de un reves ſolo partio cinco Gigantes por la cintura, como ſi fueran hechas de habas, como los frayleci-

cos que hazen los niños. Y otra vez arremetiò con un grandiſſimo y poderoſiſſimo exercito donde llevò mas de un millon, y ſeyſcientos mil ſoldados, todos armados deſde el pie haſta la cabeça, y los desbaratò à todos, como ſi fueran manadas de ovejas. Pues que me diran del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoſo, como ſe verà en el libro donde cuenta, que navegando por un rio le ſalio de la mitad del agua una ſerpiente de fuego, y èl aſſi como la vio, ſe arrojò ſobre ella, y ſe puſo ahorcaxadas encima de ſus eſcamoſas eſpaldas, y la apretò con ambas manos la garganta con tanta fuerça, que viendo la ſerpiente que la yva ahogando, no tuvo otro remedio, ſino dexarſe yr à lo hondo del rio, llevandoſe tras ſi al Cavallero, que nunca la quiſo ſoltar, y quando llegaron alla abaxo ſe hallò en unos palacios, y en unos jardines tan lindos, que era maravilla: y luego la ſierpe ſe bolvio en un viejo anciano, que le dixo tantas de coſas, que no ay mas que oyr. Calle Señor, que ſi oyeſſe eſto ſe bolveria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para eſſe Diego Garcia que dize Oyendo eſto Dorotea, dixo callando à Cardenio: Poco le falta à nueſtro hueſped para hazer la ſegunda parte de Don Quixote. Aſſi me parece à mi, reſpondiò Cardenio, porque ſegun dà indicio, el tiene por cierto, que todo lo que eſtos libros cuentan paſsò ni mas ni menos que lo eſcriven, y no le haran creer otra coſa Frayles Deſcalços. Mirad hermano, tornò à dezir el Cura, que no huvo en el mundo Felix Marte de Yrcania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros Cavalleros ſemejantes que los libros de cavallerias cuentan. Porque todo es compoſtura, y ficcion

de ingenios ociosos ; que los compusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo , como lo entretienen leyendolos vuestros segadores , porque realmente os juro , que nunca tales Cavalleros fueron en el mundo , ni tales hazañas , ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueso, respondiò el Ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco , y à donde me aprieta el çapato: no piense vuestra Merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es que quiera darme vuestra Merced à entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen , sea disparates y mentiras , estando impresso con licencia de los Señores del Consejo Real , como si ellos fueran gente que avian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos que quitan el juyzio. Yà os he dicho amigo , replicò el Cura , que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos : y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya Juegos de axedres , de pelota, y de trucos, para entretener à algunos que ni tienen , ni deven , ni pueden trabajar ; assi se consiente imprimir, y que aya tales libros : creyendo , como es verdad , que no ha de aver alguno tan ignorante , que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora , y el auditorio lo requiriera , yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de cavallerias para ser buenos , que quiçà fueran de provecho , y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendrà tiempo en que lo pueda communicar con quien pueda remediallo , y en este entretanto creed Señor Ventero, lo que os he dicho , y tomad vuestros libros , y allà os avenid con sus verdades,

dades, ò mentiras, y buen provecho os hagan , y quiera Dios que no coxeeys del pie que coxea vuestro Huesped Don Quixote. Esso no, respondiò el Ventero, que no seré yo tan loco, que me haga Cavallero andante , que bien veo que aora no se usa lo que se usava en aquel tiempo , quando se dize que andavan por el mundo estos famosos Cavalleros. A la mitad desta platica se hallò Sancho presente , y quedò muy confuso, y pensativo de lo que avia oydo dezir , que aora no se usavan Cavalleros andantes , y que todos los libros de cavallerias eran necedades y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo que parava aquel viaje de su Amo , y que si no salia con la felicidad que el pensava , determinava de dexalle , y bolverse con su muger , y sus hijos à su acostumbrado trabajo. Llevavase la maleta y los libros el Ventero ; mas el Cura le dixo : Esperad que quiero ver que papeles son essos que de tan buena letra estan escritos : sacolos el huesped, y dandoselos à leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano , y al principio tenian un titulo grande, que dezia: Novela del curioso Impertinente. Leyò el Cura para si tres,ò quatro rẽglones , y dixo : Cierto que no me parece mal el titulo desta novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondiò el Ventero : Pues bien puede leella su reverencia , porque le hago saber , que à algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho , y me la han pedido con muchas veras ; mas yo no se la he querido dar , pensando bolversela à quien aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros , y essos papeles, que bien puede ser que buelva su dueño por aqui algun tiempo : y aunque se que me han de hazer falta los libros , à fè que se los he

de bolver que aunque ventero toda via soy Christiano. Vos teneys mucha razon amigo, dixo el Cura, mas con todo esso si la novela me contenta, me la aveys de dexar trasladar. De muy buena gana, respondiò el ventero. Mientras los dos esto dezian, avia tomado Cardenio la novela, y començado à leer en ella: y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogò que la leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo será para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado que me conceda dormir: quando fuera razon. Pues de essa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quiçà tendra alguna cosa de gusto. Acudio Maesse Nicolas à rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que à todos daria gusto, y el le recebiria, dixo: Pues assi es, estenme todos atentos, que la novela comiença desta manera.

CAPITULO XXXIII.

La Novela del curioso Impertinente.

EN Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la Provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos Cavalleros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran solteros, moços de una misma edad, y de unas mismas costumbres; todo lo qual era bastante causa à que los dos con recíproca amistad se correspondiessen. Bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado à los passatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevavan tras si los de la caça: pero quando se ofrecia dexava Anselmo de acudir à sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexava los suyos por acudir à los de Anselmo: y desta manera andavan tan à una sus voluntades, que no avia concertado relox que assi lo anduviesse. Andava Anselmo perdido de amores de una Donzella principal, y hermosa de la misma ciudad; hija de tan buenos padres, y tan buena ella por si, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa à sus padres, y assi lo puso en execucion: y el que llevò la embaxada fue Lotario, y el que concluyò el negocio tan à gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la possession que deseava, y Camila tan contenta de aver alcançado à Anselmo por esposo, que no cessava de dar gracias al cielo, y à Lotario, por cuyo medio tanto bien le avia venido. Los primeros dias, como todos los de la boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle con todo aquello que à el le fue possible: pero acabadas las bodas, y sossegada yà la frequencia de las visitas: y parabienes, començò Lotario à descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerse à el (como es razon que parezca à todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena y verdadera amistad no puede, ni deve de ser sos-

sospechosa en nada, con todo esso es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexas grandes, diziendole, que si el supiera que el casarse avia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo huviera hecho: y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fue soltero, avian alcançado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos, que no permitiesse por querer hazer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdiesse: y que assi le suplicava, si era licito, que tal termino de hablar se usasse entre ellos, que bolviesse à ser Señor de su casa, y à entrar y salir en ella como de antes, asegurandole, que su esposa Camila no tenia otro gusto, nì otra voluntad que la que el querria que tuviesse? y que por aver sabido ella, con quantas veras los dos se amavan, estava confusa de ver en el tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo à Lotario, para persuadille bolviesse como solia à su casa, respondiò Lotario con tanta prudencia, discrecion, y aviso, que Anselmo quedò satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario à comer con el: y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas convenia à la honra de su amigo, cuyo credito estava en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien, que el casado à quien el cielo avia concedido muger hermosa, tanto cuydado avia de tener que amigos llevava à su casa, como en

en mirar con que amigas su muger conversava; porque lo que no se haze, ni concierta en las plaças, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos à sus mugeres) se concierta y facilita en casa de la amiga, ò la parienta, de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necessidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiesse de los descuydos que en su proceder hiziesse, porque suele acontecer, que con el mucho amor que el marido à la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dize por no enojalla, que haga, ò dexe de hazer algunas cosas, que el hazellas, ò no, le seria de honra, ò de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarà amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero como aqui Lotario le pide: no lo se yo por cierto, solo Lotario era este que con toda solicitud y advertimiento mirava por la honra de su amigo, y procurava dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr à su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y à los ojos vagabundos y malicioso la entrada de un moço rico, gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes que el pensava que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila; que puesto que su bondad y valor podia poner freno à toda maldiziente lengua, todavia no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupava y entretenia en otras cosas que el dava à entender ser inexcusables. Assi que en quexas del uno, y disculpas del otro, se passavan muchos ratos y partes del dia. Sucediò pues, que uno, que los dos se andavan paseando

do por un prado fuera de la ciudad, Anſelmo dixo à Lotario las ſemejantes razones.

Penſavas amigo Lotario, que à las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano eſcaſa los bienes, aſſi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo correſponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y ſobre al que me hizo en darme à ti por amigo, y à Camila por muger propria, dos prendas que las eſtimo, ſi no en el grado que devo, en el que puedo. Pues con todas eſtas partes, que ſuelen ſer el todo con que los hombres ſuelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas deſpechado, y el mas deſabrido hombre de todo el univerſo mundo: porque no ſe de que dias à eſta parte me fatiga y aprieta un deſeo tan eſtraño, y tan fuera del uſo comun de otros, que yo me maravillo de mi meſmo, y me culpo, y me riño à ſolas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis proprios penſamientos: y aſſi me ha ſido poſſible ſalir con eſte ſecreto, como ſi de induſtria procurara dezillo à todo el mundo: y pues que en efeto èl ha de ſalir à plaça, quiero que ſea en la del archivo de tu ſecreto: confiado que con el, y con la diligencia que pondras como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verè preſto libre de la anguſtia que me cauſa, y llegarà mi alegria por tu ſolicitud al grado que ha llegado mi deſcontento por mi locura. Suſpenſo tenian à Lotario las razones de Anſelmo, y no ſabia en que avia de parar tan larga prevencion, ò preambulo: y aunque yva rebolviendo en ſu imaginacion que deſeo podria ſer aquel que à ſu amigo tanto fatigava, dio ſiempre muy lexos del blanco de la verdad: y por ſalir preſto

ſto de la agonia que le cauſava aquella ſuſpenſion, le dixo, que hazia notorio agravio à ſu mucha amiſtad en andar buſcando rodeos para dezirle ſus mas encubiertos penſamientos, pues tenia cierto que ſe podia prometer del, ò yà conſejos para entre ellos ò yà remedio para cumplillos. Aſſi es la verdad, reſpondiò Anſelmo, y con eſſa confiança te hago ſaber amigo Lotario, que el deſeo que me fatiga, es penſar ſi Camila mi eſpoſa es tan buena, y tan perfeto como yo pienſo: y no puedo enterarme en eſta verdad, ſino es provandola de manera que la prueba manifieſte los quilates de ſu bondad, como el fuego mueſtra los del oro. Porque yo tengo para mi (ô amigo) que no es una muger mas buena de quanto es, ò no es ſolicitada: y que aquella ſola es fuerte, que no ſe dobla à las promeſſas, à las dadivas, à las lagrimas, y à las continuas importunidades de los ſolicitos amantes. Porque que ay que agradecer (dezia èl) que una muger ſea buena, ſi nadie le dize que ſea mala? Que mucho que eſtè recogida y temeroſa la que no le dan ocaſion para que ſe ſuelte, y la que ſabe que tiene marido que en cogiendola en la primera deſemboltura la ha de quitar la vida? Aſſi que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella eſtima, en que tendrè à la ſolicitada y perſeguida, que ſalio con la corona del vencimiento. De modo que por eſtas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir para acreditar y fortalizer la opinion que tengo, deſeo que Camila mi eſpoſa paſſe por eſtas dificultades, y ſe acriſole y quilate en el fuego de verſe requerida y ſolicitada, y de quien tenga valor para poner en ella ſus deſeos, y ſi ella ſale, como creo que ſaldrà, con la palma deſta bata-

batalla, tendrè yo por sin ygual mi ventura. Podrè yo dezir, que està colmado el vazio de mis deseos. Dirè que me cupo en suerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallarà? Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acertè en mi opinion, llevarè sin pena, la que de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y presupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, ò amigo Lotario, que te dispongas à ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te darè lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necessario, para solicitar à una muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueveme, entre otras cosas, à fiar de ti esta tan ardua empresa el ver, que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento à todo trance y rigor, sino à solo tener por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto: y assi no quedarè yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedarà escondida en la virtud de tu silencio, que bien se que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres que yo tenga vida que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni pereçosamente, sino con el ahinco, y diligencia, que mi deseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me assegura. Estas fueran las razones que Anselmo dixo à Lotario; à todas las quales estuvo tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegò sus labios hasta que huvo acabado; y viendo que no dezia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio,

pacio, como si mirara otra cosa que jamas huviera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, ò amigo Anselmo, à que no sean burlas las cosas que me has dicho, que à pensar que de veras las dezias, no consintiera que tan adelante passaras; porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ò que no me conoces, ò que yo no te conozco. Pero no, que bien sè que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño està en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deves de aver pensado, que tampoco yo soy el Lotario que devia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi Amigo, ni las que me pides, se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces. Porque los buenos amigos han de probar à sus amigos, y valerse dellos, como dixo un Poëta, *usque ad Aras*; que quiso dezir, que no se avian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintio un Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina! Y quando el amigo tiraffe tanto lo barra, que pusiesse à parte los respetos del cielo, por acudir à los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure à complacerte, y à hazer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela à mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra,

ra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin honra, peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo à quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida: Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta que acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedarà para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguio, diziendo: Pareceme ò Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, à los quales no se les puede dar à entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fè, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones Matematicas, que no se pueden negar, como quando dizen: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tambien son yguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, hazeles de mostrar con las manos, y ponerselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos à persuadirles las verdades de mi sacra Religion. Y este mismo termino, y modo me convendrà usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado, el que ocupare en darte à entender tu simplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino,

tino, en pena de tu mal deseo: mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, laqual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que tengo de solicitar à una retirada? persuadir à una honesta? ofrecer à una desinteressada? servir à una prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteressada, y prudente, que buscas? y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldra sin duda, que mejores titulos piensas darle despues, que los que aora tiene? ò que serà mas despues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, ò tu no sabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dizes, para que quieres provarla, sino como à mala, hazer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa serà hazer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Assi que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quieren intentar aquellas à que no son forçados, ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos à dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo à vivir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos, que passan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gente, por adquirir

estos

estos que llaman, Bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que à penas veen en el contrario muro abierto tanto espacio, quanto es el que pudo hazer una redonda bala de artilleria, quando puesto à parte todo temor, sin hazer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en buelo de las alas del deseo de bolver por su fè, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcançar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella, como quieres, y deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estàs aora: y sino sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entonces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastarà para afligirte, y deshazerte, que la sepas tu mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir una estancia, que hizo el famoso Poëta Luys Tansilo, en el fin de su primera Parte de las Lagrimas de san Pedro, que dize assi:

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve a nadie, se averguença
De si mesmo, por ver que avia pecado:
Que à un magnanimo pecho, à verguença
No solo ha de moverle el ser mirado;

Que de si se averguença quando yerra,
Si bien otro no vee que cielo, y tierra.

Assi, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar contino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraya aquel simple Dotor, que nuestro Poëta nos cuenta, que hizo la prueva del vaso, que con mejor discurso se escuso de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea ficcion Poëtica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, ò la suerte buena, te huviera hecho Señor, y legitimo possessor de un finissimo diamante, de cuya bondad, y quilates estuviesse satisfechos quantos lapidarios le viessen, y que todos à una voz, y de comun parecer dixessen, que llegava en quilates, bondad, y fineza, à quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyesses assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que te viniesse en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque, y un martillo, y alli à pura fuerça de golpas y braços, provar si es tan duro, y tan fino como dizen? y mas si lo pusiesses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia à tan necia prueva, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiesse, cosa que podria ser, no se perdia todo? Si por cierto, dexando à su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamante, assi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon

zon ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con su entereza, no puede subir à mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistiesse, considera deste aora, qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quexar de ti mesmo, por aver sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embaraços, donde torpiece y cayga, sino quitarselos, y despejalle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcançar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es un animalejo que tiene una piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hazia aquel lugar, y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prender, y cautivar, à trueco de no passar por el cieno, y perder, y ensuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger, es Arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y servicios de los importunos amantes, porque

quiça, y aun sin quiça, no tiene tanta virtud y fuerça natural, que pueda por si mesma atropellar y passar par aquellos embaraços: y es necessario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en si la buena fama. Es assimesmo la buena muger, como espejo de cristal luziente y claro, pero està sugeto à empañarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger, el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Hase de guardar, y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin, que està lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no consiente, que nadie le passee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero dezirte unos versos que se me han venido en la memoria, que los oì en una Comedia moderna, que me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejava un prudente viejo à otro, padre de una Donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de provar,
Si se puede, ò no quebrar,
Porque todo podria ser.
Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion esten
Todos y en razon la fundo,
Que si ay Danaes en el mundo,
Ay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, ô Anselmo, ha sido por lo que à ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que à mi me conviene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite à ti. Que me la quieres quitar à mi, està claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto està que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento, y hago una cosa tan fuera de aquello, que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite à ti, no ay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna livjandad, que me diò atrevimiento à descubrirle mi mal deseo, y teniendose por deshonrada, te toca à ti, como à cosa suya, su misma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion, para que su muger no sea la que deve, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estorvar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxa: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera està en aquella desventura. Pero quierote dezir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion

sion para que ella lo sea: y no te canses de oyrme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios criò à nuestro primero padre en el primero Paraysо terrenal, dize la divina Escritura, que infundiò Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacò una costilla del lado siniestro, de la qual formò à nuestra madre Eva; y assi como Adan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huessos. Y Dios dixo: Por esta dexarà el hombre à su padre, y madre, y serán dos en una carne misma. Y entonces fue instituydo el divino Sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze que dos diferentes personas sean una misma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, ò de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma: y la cabeça siente el daño del tovillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una misma cosa en ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le queda parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que el lo sepa. Mira pues, ô Anselmo, al peligro que te

pones, en querer turbar sossiego en que tu buena esposa vive. Mira por quan vana, è impertinente curiosidad quieres rebolver los humores, que aora estàn sossegados en el pecho de tu casta esposa. Advierte, que lo que aventuras à ganar, es poco, y que lo que perderàs serà tanto, que lo dexarè en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho, no basta à moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en diziendo esto el virtuoso y prudente Lotario; y Anselmo quedò tan confuso, y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: Con la atencion, que has visto, he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones, he visto la mucha diferecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças: y assi mesmo veo, y confiesso, que si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar, que yo padezco aora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, y esso, carbon, y otras cosas peores, aun asqueroças para mirarse, quanto mas para comerse: assi que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hazer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, à solicitar à Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que à los primeros encuentros de con su honestidad por tierra, y con solo este principio que darè contento, y tu avràs cum-

cumplido con lo que deves à nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra. Y estàs obligado à hazer esto, por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en platica esta prueva, no has tu de consentir, que yo de cuenta de mi desatino à otra persona, con que pondria en aventura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no estè en el punto que deve en la intencion de Camila, en tanto que la solicitares, importa poco, ò nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podràs dezir la pura verdad de nuestro artificio, con que bolverà tu credito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dexes de hazer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante; pues como ya he dicho, con solo que comiences darè por concluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no la siguiesse: y viendo que le amenazava, que daria à otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal, determinò de contentarle, y hazer lo que le pedia, con proposito, è intencion de regular aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho: y assi le respondiò, que no comunicasse su pensamiento con otro alguno, que el tomava à su cargo aquella empresa, la qual començaria quando à el le diesse mas gusto. Abraçòle Anselmo, tierna, y amorosamente, y agradeciòle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le huviera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se començasse la obra, que el le daria lu-

gar y tiempo como à sus solas pudiesse hablar à Camila, y assi mesmo le daria dineros, y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejole, que le diesse musicas, que escriviesse versos en su alabança, y que quando el no quisiesse tomar trabajo de hazerlos, el mesmo los haria. A todo se ofreciò Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensava: y con este acuerdo se bolvieron à casa de Anselmo, donde hallaron à Camila con ansia y cuydado, esperando à su esposo, porque aquel dia tardava en venir mas de lo acostumbrado. Fuese Lotario à su casa, y Anselmo quedò en la suya, tan contento, como Lotario fue pensativo, no sabiendo que traça dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensò el modo que tendria para engañar à Anselmo, sin ofender à Camila: y otro dia vino à comer con su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalava con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dixo à Lotario, que se quedasse alli con Camila en tanto que el yva à un negocio forçoso, que dentro de hora y media bolveria. Rogòle Camila que no se fuesse, y Lotario se ofreciò à hazerle compañia, mas nada aprovechò con Anselmo, antes importunò à Lotario, que se quedasse, y le aguardasse, porque tenia que tratar con el una cosa de mucha importancia. Dixo tambien à Camila, que no dexasse solo à Lotario, en tanto que el bolviesse. En efeto el supo tan bien fingir la necessidad, ò necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos à la mesa Camila, y Lotario, porque la demas gente de casa, toda se avia ydo à comer. Viòse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseava: y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura, à un esquadron de Cavalleros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario? Pero lo que hizo fue, poner el codo sobre el braço de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon à Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo bolvia. Camila le respondiò, que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y assi le rogò se entrasse à dormir en el. No quiso Lotario, y alli se quedò dormido, hasta que bolviò Anselmo: el qual como hallò à Camila, en su aposento, y à Lotario durmiendo, creyò, que como se avia tardado tanto, ya avrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no viò la hora en que Lotario despertasse, para bolverse con èl fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucediò como el quiso: Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y assi le preguntò lo que deseava: y le respondiò Lotario, que no le avia parecido ser bien que la primera vez le descubriesse del todo; y assi no avia hecho otra cosa, que alabar à Camila de hermosa, diziendole, que en toda la ciudad no se tratava de otra cosa, que de su hermosura, y discrecion, y que este le avia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola à que otra vez le escuchasse con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar à alguno que està puesto en atalaya de mirar por si, que se transforma en Angel de luz, siendolo el de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si à los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contètò mucho à Anselmo,

mo, y dixo, que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no salieste de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudieste venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se passaron muchos dias que sin dezir Lotario palabra à Camila, respondia à Anselmo que la hablava, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar una señal de sombra de esperança: antes dezia que le amenazava, que si de aquel mal pensamiento no se quitava, que lo avia de dezir à su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila à las palabras, es menester ver como resiste à las obras, yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que compreys joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, à esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella resiste à esta tentacion, yo quedarè satisfecho, y no os darè mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que avia començado, que el llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado, y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones; porque no sabia que dezirse para mentir de nuevo, pero en efeto determinò de dezirle, que Camila estava tan entera à las dadivas y promesas, como à las palabras, y que no avia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastava el balde. Pero la suerte que las cosas guyava de otra manera, ordenò, que aviendo dexado Anselmo solos à Lotario, y à Camila, como otras vezes solia, èl se encerrò en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando, y escuchando lo que los

los dos tratavan, y viò que en mas de media hora Lotario no hablò palabra à Camila, ni se la hablara, si alli estuviera un siglo. Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le avia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era assi, saliò del aposento, y llamando à Lotario à parte, le preguntò, que nuevas avia, y de que temple estava Camila? Lotario le respondio, que no pensava mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desabridamente, que no tendria animo para bolver à dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes à lo que me deves, y à lo mucho que de ti confio! Aora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra à Camila. Por donde me doy à entender, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es assi, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que avia dicho para dexar corrido, y confuso à Lotario. El qual casi tomando por punto de honra, el aver sido hallado en mentira, jurò à Anselmo, que desde aquel momento tomava tan à su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiava: quanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que el pensava poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa por ocho dias, yendose à la de un amigo suyo que estava en una aldea, no lexos de la ciudad. Con el qual amigo concertò,

certò, que le embiasse à llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila, de su partida. Desdichado, y mal advertido de ti, Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la possees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te dà sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tu puedes desear, para que quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas, de nuevo, y nunca visto tesoro, poniendote à peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo possible se le niegue, Como lo dixo mejor un Poëta, diziendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad.
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pido,
Lo possible aun no me den.

Fuese

Fuese otro dia Anselmo à la aldea, dexando dicho à Camila, que el tiempo que èl estuviesse ausente, vendria Lotario à mirar por su casa, y à comer con ella, que tuviesse cuydado de tratalle como à su mesma persona. Afligiòse Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido le dexava; y dixole que advirtiesse, que no estava bien, que nadie èl ausente, ocupasse la silla de su mesa, y que si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria governar su casa, que provasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que assi lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino à su casa Lotario, donde fue recibido de Camila, con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse à solas, porque siempre andava rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de una Donzella suya, llamada Leonela, à quien ella mucho queria, por averse criado desde niñas las dos juntas, en casa de los padres de Camila; y quando se casò con Anselmo, la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se levantavan los manteles, y la gente se yva à comer con mucha priessa, porque assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y avia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su Señora, antes los dexava

solos,

solos, como si aquello le huvieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponia freno à la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hizieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos. Porque si la lengua callava, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte, todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes à enamorar una estatua de marmol, no que un coraçon de carne. Miravala Lotario en el lugar, y espacio que avia de hablarla, y considerava quan digna era de ser amada: y esta consideracion començó poco à poco à dar assalto à los respetos que à Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse à el, ni el viesse à Camila: mas ya le hazia impedimiento, y detenia el gusto que hallava en mirarla. Haziase fuerça, y peleava consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le llevava à mirar à Camila. Culpavase à solas de su desatino, llamavase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos y comparaciones, entre èl, y Anselmo, y todos paravan en dezir, que mas avia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si assi tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensava hazer, que no temiera pena por su culpa. En efeto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le avia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar à otra cosa, que aquella, à que su gusto le inclinava, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en

en los quales estuvo en continua batalla, por resistir à sus deseos, començò à requebrar à Camila, con tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estava, y entrarse en su aposento, sin responderle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas à Camila. La qual aviendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar à que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella misma noche, como lo hizo, à un criado suyo con un villete à Anselmo, donde le escriviò estas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del curioso Impertinente.

ASSI como suele dezirse, que parece mal el exercito sin su General, y el castillo sin Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me avrè de yr à entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que à vos os toca: y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario avia ya començado la empresa, y que Camila devia de aver respondido como el deseava. Y alegre sobre manera de tales nuevas, respondiò à Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa en modo ninguno, porque el bolveria con mucha brevedad. Admirada quedò Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero; porque ni se atrevia à estar en su casa, ni menos yrse à la de sus padres. Porque en la quedada, corria peligro su honestidad, y en la ida, yva contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolviò en lo que le estuvo peor, que fue, en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que dezir à sus criados, y ya le pesava de aver escrito lo que escriviò à su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario avia visto en ella alguna desembolтura, que le huviesse movido à no guardalle el decoro que devia. Pero fiada en su bondad, se fiò en Dios, y en su buen pensamiento, con que pensava resistir callando, à todo aquello que Lotario dezirle quisiesse, sin dar mas cuenta à su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo. Y aun andava buscando manera como disculpar à Lotario con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion, que le avia movido à escrivirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni provechosos, estuvo otro dia escuchando à Lotario, el qual cargò la mano de manera, que començò à titubear la firmeça de Camila; y su honestidad tuvo harto que hazer en acudir à los ojos, para que no diessen muestra de alguna amorosa compassion, que las lagrimas, y las razones de Lotario, en su pecho avian

avian despertado. Todo esto notava Lotario, y todo le encendia. Finalmente à èl le pareciò, que era menester en el espacio, y lugar que dava la ausencia de Anselmo, apretar de cerco à aquella fortaleza. Y assi acometio à su presuncion, con las alabanças de su hermosura, porque no ay cosa que mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efeto, el con toda diligencia minò la roca de su entereza, con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingiò Lotario, con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que diò al traves con el recato de Camila, y vino à triunfar de lo que menos se pensava, y mas deseava. Rindiose Camila, Camila se rindiò: pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa, con huilla, y que nadie se ha de poner à braços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças divinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su Señora, porque no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiso Lotario dezir à Camila la pretension de Anselmo, ni que el le avia dado lugar para llegar à aquel punto. Porque no tuviesse en menos su amor, y pensasse que assi à caso, y sin pensar, y no de proposito la avia solicitado. Bolviò de alli à pocos dias Anselmo à su casa, y no echò de ver lo que faltava en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimava. Fuese luego à ver à Lotario, y hallòle en su casa; abraçaronse los dos, y el uno preguntò por las nuevas de su

vida,

vida, ò de su muerte. Las nuevas que te podrè dar, ô amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadivas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde assiste la honestidad, y vive el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes que pueden hazer loable, y bien afortunada à una honrada muger. Buelve à tomar tus dineros amigo, que aqui los tengo, sin aver tenido necessidad de tocar à ellos, que la entereza de Camila, no se rinde à cosas tan baxas, como son dadivas, ni promesas. Contentate Anselmo, y no quieras hazer mas pruevas de las hechas. Y pues à pie enxuto has passado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse: no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y fortaleça del navio que el cielo te dio en suerte, para que en el passasses la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estàs ya en seguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena consideracion, y dexate estar hasta que te vengan à pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y assi se las creyò, como si fueren hechas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogò, que no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprovechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias,

cias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriviesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el se daria à entender à Camila, que andava enamorado de una dama, à quien le avia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que à su honestidad se le devia. Y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escrivir los versos, que el los haria. No serà menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los harè, sino tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo, el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Anselmo à su casa, preguntò à Camila, lo que ella ya se maravillava, que no se lo huviesse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasion porque le avia escrito el papel que le embiò: Camila le respondiò, que le avia parecido, la mirava un poco mas desembueltamente, que quando el estava en casa. Pero que ya estava desengañada, y creya, que avia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huya de vella, y de estar con ella à solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andava enamorado de una Donzella principal de la ciudad, à quien el celebrava debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no avia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que èl se lo avia dicho à Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alaban-

ças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya advertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo à Lotario, dixesse alguna cosa de las que avia compuesto à su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiesse. Aunque la conociera, respondiò Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa à su Dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze à su buen credito Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize un Soneto à la ingratitud desta Clori, que dize assi:

SONETO.

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño à los mortales
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo, y a mi Clori dando.
Y al tiempo quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desyguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el sol de su estrellado assiento
Derechos rayos à la tierra embia
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelve la noche, y buelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, à Clori sin oydos.

Bien le parecio el Soneto à Camila, pero mejor à Anselmo, pues le alabò, y dixo que era demasiadamente cruel la Dama, que à tan claras verdades no

no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondiò Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No ay duda en esso, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuydado del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, que sus deseos, y escritos à ella se encaminavan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro Soneto, ò otros Versos sabia, los dixesse? Si se, respondiò Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ò por mejor dezir, menos malo. Y podreysslo bien juzgar, pues es este.

SONETO.

Yo se que muero, y si no soy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
Verme à tus pies, ô bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor desierto,
Y alli verse podra en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso esta esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
Ay de aquel que navega el cielo escuro,
Por mar no usado, y peligrosa via,
Adonde norte, ò puerto no se ofrece.

Tambien alabo este segundo Soneto Anselmo, como avia hecho el primero, y desta manera yva añadiendo eslavon à eslavon, à la cadena, con que se enlazava, y travava su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonrava, entonces le dezia, que estava mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxava hazia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido, hazia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedio en esto, que hallandose una vez entre otras, sola Camila con su Donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hize que con el tiempo comprara Lotario la entera possession, que le dì tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar mi presteza, ò ligereza, sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no poder resistirle. No te dè pena esso, Señora mia, respondio Leonela, que no està la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se dà presto, si en efeto lo que se dà es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele dezirse, que el que luego dà, dà dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti essa razon, respondio Leonela, porque el amor, segun he oydo dezir, unas vezes buela, y otras anda: con este corre, y con aquel va de espacio; à unos entibia, y à otros abrasa; à unos hiere, y à otros mata. En un mesmo punto comiença la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba, y concluye. Por la mañana suele poner el cerco à una fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no ay fuerça que le resista. Y siendo assi, de que te espantas, ò de que temes, si lo mismo

mo deve de aver acontecido à Lotario, aviendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi Señor? Y era forçoso, que en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviesse de bolver, y con su presencia quedasse imperfeta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien, mas de experiencia, que de oydas: y algun dia te lo dirè Señora, que yo tambien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas Señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no huviesses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas, y dadivas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es assi, no te assalten la imaginacion essos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino assegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas à el, y vive con contento, y satisfacion de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro SS. que dizen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. b. c. entero: sino escuchame, y veràs como te le digo de coro. El es, segun yo veo, y à mi me parece, Agradecido, bueno, Cavallero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, moço, noble, onesto, principal, quantioso, rico: y las SS. que dizen. Y luego tacito, verdadero. La X. no le quadra, porque es letra aspera. La Y. ya està dicha. La Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su Donzella, y tuvola

vola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y assi lo confesso ella, descubriendo à Camila, como tratava amores con un mancebo bien nacido, de la mesma ciudad. De lo qual se turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuròla, si passavan sus platicas à mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondiò, que si passavan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las Señoras quitan la verguença à las criadas, las quales quando vèn à las amas echar tras pies, no se les dà nada à ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino rogar à Leonela no dixesse nada de su hecho al que dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas con secreto, porque no viniessen à noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondiò, que assi lo haria, mas cumpliolo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella avia de perder su credito. Porque la deshonesta, y atrevida Leonela, despues que vio, que el proceder de su Ama no era el que solia, atrevióse à entrar, y poner dentro de casa à su Amante, confiada, que aunque su Señora le viesse, no avia de otar descubrille. Que este daño acarrean entre otros, los pecados de las Señoras, que se hazen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan à encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aunque vio una, y muchas vezes, que su Leonela estava con su Galan en un aposento de su casa, no solo no la osava reñir, mas davale lugar à que lo encerrasse, y quitavale todos los estorvos para que no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse una vez salir, al rom-

romper del alva. El qual sin conocer quien era, pensò primero que devia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensò Lotario, que aquel hombre que avia visto salir tan à deshora de casa de Anselmo, no avia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordò si Leonela era en el mundo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que avia sido facil, y ligera con el, lo era para otro, que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mesmo à quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega à otros, y dà infalible credito à qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò à Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantasse, impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roya, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le avia ofendido, se fue à Anselmo, y le dixo: Sabete Anselmo, que ha muchas dias que he andado peleando conmigo mesmo haziendome fuerça à no dezirte lo que ya no es possible, ni justo, que mas te encubra. Sabete, que la fortaleza de Camila està ya rendida, y sujeta à todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ò si lo hazia por provarme, y ver si eran con

propósito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he començado. Crey assimismo, que ella, si fuera la que devia, y la que entrambos pensavamos, y te huviera dado cuenta de mi solicitud. Pero aviendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablara en la recamara, donde està el repuesto de tus alhajas (y era la verdad, que alli le solia hablar Camila) y no quiero, que precipitosamente corras à hazer alguna vengança. Pues no està aun cometido el pecado, sino con pensamiento, y podria ser, que desde este hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. A assi ya que en todo, ò en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda uno que aora te darè, para que sin engaño, y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ò tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera, que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapices que alli ay, y otras cosas con que te puedes encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios lo que Camila quiere: y si fuera la maldad, que se puedo temer antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discrecion podràs ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedò Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperava oyr, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y començava à gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperava de tu amistad, en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose dèl, se arrepintiò totalmente de quanto le avia dicho, viendo quan neciamente avia andado, pues pudiera èl vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonrado. Maldezia su entendimiento, afeava su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshazer lo hecho, ò para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo à Camila, y como no faltava lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola, y alli assi como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el coraçon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser maravilla, sino lo haze. Pues ha llegado la desverguença de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le viere salir à horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella Secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal sucesso. Al principio que Camila esto dezia, creyò Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que avia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino à creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondiò

dio à Camila, que no tuviesse pena, que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole assimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos avia dicho à Anselmo, y como estava concertado de esconderse en la recamara, para ver desde alli à la clara la poca lealtad, que ella le guardava. Pidiole perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le avia puesto. Espantada quedò Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y afeò su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que avia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto que le va faltando, quando de proposito se pone à hazer discursos: luego al instante hallò Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dixo à Lotario, que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensava sacar de su escondimiento comodidad para que desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le advirtio, que tuviesse cuydado, que en estando Anselmo escondido, él viniesse quando Leonela le llamasse, y que à quanto ella le dixesse, le respondiesse, como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchava. Porfiò Lotario, que le acabasse de declarar su intencion, porque con mas seguridad, y aviso guardasse todo lo que viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, que no ay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensava hazer, temerosa, que no quisiesse seguir el parecer que à ella tan bueno le parecia, y siguiesse, o buscasse otros, que no podrian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia con la escusa de yr à aquella aldea de su amigo, se partio, y bolvio à esconderse, que lo pudo hazer con comodidad: porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar, que tendria el que esperava ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, y vase à pique de perder el sumo bien, que el pensava que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estava escondido, entraron en la recamara, y à penas huvo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor, que antes que llegasse à poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorvarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no serà razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que vieron en mi los atrevidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atrevimiento à descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela à esta ventana, y llamale, que sin duda alguna el deve de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero se pondrà la cruel, quanto honrada mia. Ay Señora mia, respondiò la sagaz, y advertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, ò quitarsela à Lotario? qualquiera destas cosas que quieras

ras ha de redundar en perdida de tu credito y fama. Mejor es que dissimules tu agravio, y no des lugar à que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira Señora, que somos flacas mugeres, y el es hombre, y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego, y apassionado, quiça antes que tu pongas en execucion el tuyo, hara el lo que te estaria mas mal, qui quitarte la vida. Mal aya mi Señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar à este desuella caras en su casa. Y ya Señora que le mates, como yo pienso, que quieres hazer, que hemos de hazer dèl despues de muerto? Que amiga, respondiò Camila, dexaremosle para que Anselmo le entierre: pues serà justo, que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la devida vengança de mi agravio, parece que ofendo à la lealtad que à mi esposo devo. Todo esto escuchava Anselmo, y à cada palabra que Camila dezia, se le mudavan los pensamientos. Mas quando entendio que estava resuelta en matar à Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuvole el deseo de ver en que parava tanta gallardia y honesta resolucion, con proposito de salir à tiempo que la estorvasse. Tomòle en esto à Camila un fuerte desmayo, y arrojandose encima de una cama que alli estava, començò Leonela à llorar muy amargamente, y à dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad, con otras cosas à estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas

mas lastimada, y leal Donzella del mundo: y à su Señora por otra nueva, y perseguida Penelope. Poco tardò en bolver de su desmayo Camila, y al bolver en si, dixo: Porque no vas Leonela à llamar al mas leal amigo de amigo que vio el Sol, ò cubrio la noche. Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardança el fuego de la colera que tengo, y se passe en amenazas, y maldiciones la justa vengança que espero. Ya voy à llamarle, Señora mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no harè, respondiò Camila: porque ya que sea atrevida, y simple à tu parecer en bolver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se mato sin aver cometido error alguno, y sin aver muerto primero à quien tuvo la culpa de su desgracia: yo morire si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir à este lugar à llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse à llamar à Lotario, pero en fin salio, y entretanto que bolvia, quedò Camila diziendo, como que hablava consigo misma. Valame Dios, no fuera mas acertado aver despedido à Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion; como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta, y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan à manos lavadas, y tan à passo llano se bolviera à salir de donde sus malos pensamientos le entra-

entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentò con tan laſcivo deſeo. Sepa el mundo (ſi acaſo llegare à ſaberlo) de que Camila no ſolo guardò la lealtad à ſu eſpoſo, ſino que le dio vengança del que ſe atrevio à ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta deſto à Anſelmo; pero ya ſe la apuntè à dar en la carta que le eſcrivì al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que allì le ſeñalè devio de ſer, que de puro bueno, y confiado, no quiſo, ni pudo creer, que en el pecho de ſu tan firme amigo pudieſſe caber genero de penſamiento, que contra ſu honra fueſſe, ni aun yo lo creì deſpues por muchos dias, ni lo creyera jamas, ſi ſu inſolencia no llegara à tanto, que las manifieſtas dadivas, y las largas promeſſas, y las continuas lagrimas no me lo manifeſtaran. Mas para que hago yo aora eſtos diſcurſos; tiene por ventura una reſolucion gallarda neceſſidad de conſejo alguno, no por cierto. A fuera pues traydor, aqui venganças: entre el falſo, venga, llegue, muera, acabe, y ſuceda lo que ſucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de ſalir del, y quando mucho ſaldrè bañada en mi caſta ſangre, y en la impura del mas falſo amigo que vio la amiſtad en el mundo: y diziendo eſto ſe paſſeava por la ſala con la daga deſembaynada, dando tan deſconcertados, y deſaforados paſſos, y haziendo tales ademanes, que no parecia ſino que le faltava el juyzio, y que no era muger delicada, ſino un rufian deſeſperado. Todo lo mirava Anſelmo cubierto detras de unos tapizes donde ſe avia eſcondido, y de todo ſe admirava, y ya le parecia que lo que avia viſto, y oydo, era baſtante ſatisfacion para mayo-

mayores ſoſpechas: y ya quiſiera, que la prueva de venir Lotario faltara, temeroſo de algun mal repentino ſucceſſo: y eſtando ya para manifeſtarſe, y ſalir para abraçar, y deſengañar à ſu eſpoſa, ſe detuvo, porque vio que Leonela bolvia con Lotario de la mano, y aſſi como Camila le vio, haziendo con la daga en el ſuelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo, ſi à dicha te atrevieres à paſſar deſta raya que ves, ni aun llegar à ella, en el punto que viere que lo intentas, en eſſe miſmo me paſſarè el pecho con eſta daga que en las manos tengo: y antes que à eſto me reſpondas palabra, quiero que otras algunas me eſcuches, que deſpues reſponderàs lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas ſi conoces à Anſelmo mi marido, y en que opinion le tienen? Y lo ſegundo, quiero ſaber tambien ſi me conoces à mi? Reſpondeme à eſto, y no te turbes, ni pienſes mucho lo que has de reſponder: pues no ſon dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que deſde el primer punto que Camila le dixo que hizieſſe eſconder à Anſelmo, no huvieſſe dado en la cuenta de lo que ella penſava hazer, y aſſi correſpondiò con ſu intencion tan diſcretamente, y tan à tiempo, que hizieran los dos paſſar aquella mentira por mas que cierta verdad, y aſſi reſpondiò à Camila deſta manera: No penſè yo, hermoſa Camila, que me llamavas para preguntarme coſas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: ſi lo hazes por dilatarme la prometida merced, deſde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deſeado, quanto la eſperança eſtà mas cerca de poſſeello: pero porque no digas que no reſpondo à tus pregun-

guntas, digo que conozco à tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tan bien sabes de nuestra amistad por me hazer testido del agravio, que el amor haze que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que à no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no avia yo de yr contra lo que devo à ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor, por mi rompidas, y violadas. Si esso confiessas, respondiò Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te devieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya cayo, ay desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que à ti mismo deves, que deve de aver sido alguna desemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no avrà procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inadvertidamente. Sino dime quando, ô traydor, respondi à tus ruegos, con alguna palabra, ò señal, que pudiesse despertar en mi alguna sombra de esperança de cumplir tus infames deseos? Quando tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y con aspereza? Quando tus muchas promesas, y mayores dadivas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiem-

tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuirme à mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun discuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque viesses, que siendo conmigo tan inhumana, no era possible dexar de serlo contigo, quise traerte à ser testigo del sacrificio que pienso hazer à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha sido possible, y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huyr la ocasion, si alguna te di para favorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno à dezir, que la sospecha que tengo, que algun descuydo mio engendrò en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos: porque castigandome otro verdugo, quiça seria mas publica mi culpa: pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfazer el deseo de la vengança que espero, y tengo, viendo allà donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteressada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones, con una increyble fuerça, y ligereza, arremetio à Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclavarsela en el pecho, que casi el estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ò verdaderas; porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estorvar que Camila no le diesse, la qual tan vivamente fingia aquel estraño embuste, y falsedad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre: porque vien-

viendo que no podia herir à Lotario, ò fingiendo que no podia, dixo: Pues la fuerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo deseo, alomenos no lerà tan poderosa, que en parte me quite, que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenia asida, la sacò, y guyando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escondiò por mas arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al ombro, y luego le dexò caer en el suelo como desmayada. Estavan Leonela, y Lotario suspensos, y atonitos de tal sucesso: y todavia dudavan de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despavorido, y sin aliento à sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admirò de la sagazidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que à èl le tocava, començò à hazer una larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo à el, sino al que avia sido causa de avelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchava su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuviera mucha mas lastima que à Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicando à Lotario fuesse à buscar quien secretamente à Camila curasse. Pediale assimismo consejo, y parecer de lo que dirian à Anselmo de aquella herida de su Señora, si à caso viniesse antes que estuviesse sana. El respondiò, que dixessen lo que quisiessen, que el no estaya para dar consejo que de provecho fuesse; solo

solo le dixo, que procurasse tomarle la sangre, porque el se yva adonde gentes no le viessen. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veya, no cessava de hazerse Cruzes, maravillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Considerava quan enterado avia de quedar Anselmo de que tenia por muger à una segunda Porcia, y deseava verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas dissimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre à su Señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curava, que aunque no huvieran precedido otras, bastaran à hazer creer à Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse à las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le avia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo à su Donzella, si diria, ò no todo aquel sucesso à su querido esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estava obligada à no dar ocasion à su marido à que riñesse, sino à quitalle todas aquellas que le fuesse possible. Respondiò Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso convenia buscar que dezir à Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria

dria dexar de ver: à lo que Leonela reſpondia, que ella, ni aun burlando no ſabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de ſaber? que no me atreverè à forjar, ni ſuſtentar una mentira, ſi me fueſſe en ello la vida? Y ſi es que no hemos de ſaber dar ſalida à eſto, mejor ſerà dezirle la verdad deſnuda, que no que nos alcance en mentiroſa cuenta. No tengas pena Señora de aqui à mañana, reſpondiò Leonela, yo penſarè que le digamos, y quiça, que por ſer la herida donde es, la podrà encubrir ſin que èl la vea, y el cielo ſerà ſervido de favorecer à nueſtros tan juſtos, y tan honrados penſamientos. Soſſiegate, Señora mia, procura ſoſſegar tu alteracion, porque mi Señor no te halle ſobreſaltada: y lo demas dexalo à mi cargo, y al de Dios, que ſiempre acude à los buenos deſeos. Atentiſſimo avia eſtado Anſelmo à eſcuchar, à ver repreſentar la tragedia de la muerte de ſu honra: la qual con tan eſtraños, y eficazes afectos la repreſentaron los perſonages della, que pareciò que ſe avian transformado en la miſma verdad de lo que fingian. Deſeavan mucho la noche, y el tener lugar para ſalir de ſu caſa, y yr à verſe con ſu buen amigo Lotario, congratulandoſe con el de la Margarita precioſa que avia hallado en el deſengaño de la bondad de ſu eſpoſa. Tuvieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad à que ſalieſſe, y el ſin perdella ſalio, y luego fue à buſcar à Lotario, el qual hallado, no ſe puede buenamente contar los abraços que le diò, las coſas que de ſu contento le dixo, las alabanças que diò à Camila. Todo lo qual eſcuchò Lotario ſin poder dar mueſtras de alguna alegria: porque ſe le repreſentava à la memoria quan engañado eſtava ſu amigo, y quan injuſtamente èl le

le agraviava. Y aunque Anſelmo veya que Lotario no ſe alegrava, creya ya ſer la cauſa por aver dexado à Camila herida, y aver el ſido la cauſa. Y aſſi entre otras razones le dixo, que no tuvieſſe pena del ſuceſſo de Camila, porque ſin duda la herida era ligera: pues quedavan de concierto de encubrirſela à èl. Y que ſegun eſto no avia de que temer, ſino que de alli adelante ſe gozaſſe, y alegraſſe con èl, pues por ſu induſtria, y medio el ſe veya levantado à la mas alta felicidad, que acertara deſearſe, y queria que no fueſſen otros ſus entretenimientos, que en hazer verſos en alabança de Camila, que la hizieſſen eterna en memoria de los ſiglos venideros. Lotario alabò ſu buena determinacion, y dixo, que èl por ſu parte ayudaria à levantar tan iluſtre edificio. Con eſto quedò Anſelmo el hombre mas ſabroſamente engañado, que pudo aver en el mundo: el miſmo lleva por la mano à ſu caſa, creyendo que llevava el inſtrumento de ſu gloria, toda la perdicion de ſu fama. Recebiale Camila con roſtro, al parecer, torcido, aunque con alma riſueña. Durò eſte engaño algunos dias, haſta que al cabo de pocos meſes bolvio fortuna ſu rueda, y ſaliò à plaça la maldad, con tanto artificio haſta alli cubierta, y à Anſelmo le coſtò la vida ſu impertinente curioſidad.

****
****
*****
***
**
*

CAPITULO XXXV.

Donde se dà fin à la Novela del curioso Impertinente.

POCO mas quedava por leer de la Novela, quando del camaranchon donde reposava Don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo à vozes: acudid Señores presto, y socorred à mi Señor, que anda embuelto en la mas reñida y travada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la Señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen à cercen, como si fuera un nabo. Que dizes hermano, dixo el Cura (dexando de leer lo que de la Novela quedava) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esso que dezis, estando el Gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron un gran ruydo en el aposente, y que Don Quixote dezia à vozes: Tente ladron malandrin follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que dava grandes cuchilladas por las paredes: y dixo Sancho. No tienen que pararse à escuchar, sino entren à despartir la pelea, ò à ayudar à mi Amo: aunque yà no sera menester, porque sin duda alguna el Gigante està yà muerto, y dando cuenta à Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à esta sazon el Ventero, si Don Quixote, ò Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que à su cabecera esta-

estavan llenos, y el vino derramado deve de ser lo que le parece sangre à este buen hombre: y con esto entrò en el aposento, y todos tras el, y hallaron à Don Quixote en el mas estraño trage del mundo: estava en camisa, la qual no era tan cumplida que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça un bonetillo colorado grassiento, que era del Ventero. En el braço yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriça Sancho, y el se sabia bien el porque: y en la derecha desembaynada la espada, con laqual dava cuchilladas à todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun Gigante, y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estava durmiendo, y soñando que estava en batalla con el Gigante: que fue tan intensa la imaginacion de la aventura que yva à fenecer, que le hizo soñar que ya avia llegado el Reyno de Micomicon, y que yà estava en la pelea con su enemigo, y avia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las dava en el Gigante, que todo el aposento estava lleno de vino: lo qual visto por el Ventero, tomò tanto enojo, que arremetio con Don Quixote, y à puño cerrado le començò à dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitaran, èl acabara la guerra del Gigante, y con todo aquello no despertava el pobre Cavallero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del poço, y se le echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertò Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estava. Dorotea

que vio quan corta y sutilmente estava vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andava Sancho buscando la cabeça del Gigante por todo el suelo, y como no la hallava, dixo: Yà yo sè que todo lo desta casa es encantamiento, que la otra vez en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones y porraços, sin saber quien me los dava, y nunca pude ver à nadie: y aora no parece por aqui esta cabeça que vì cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de una fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios, y de sus Santos, dixo el Ventero? No ves ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los honradò? No sè nada, respondiò Sancho, solo sè que vendrè à ser tan desdichado, que no por hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado como la sal en el agua. Y estava peor Sancho despierto que su Amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su Amo le avia hecho. El Ventero se desesperava de ver la flema del Escudero, y el maleficio del Señor, y jurava que no avia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le avian de valer los privilegios de su Cavalleria para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiessen costar las botanas, que se avian de echar à los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos à Don Quixote, el qual creyendo que ya avia acabado la aventura, y que se hallava delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa Señora, vivir

vivir de oy mas segura que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os dì, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixe yo, dixo oyendo esto Sancho, si que no estava yo borracho, mirad si tiene puesto yà en sal mi Amo al Gigante? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no avia de reyr con los disparates de los dos, Amo, y Moço? Todos reyan, sino el Ventero, que se dava à Satanas. Pero en fin, tanto hizieron el Barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta à consolar à Sancho Pança, de no aver hallado la cabeça del Gigante: aunque mas tuvieron que hazer en aplacar al Ventero, que estava desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la Ventera dezia en voz y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este Cavallero andante, que nunca mis ojos le huvieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de una noche, de cena, cama, paja y cevada para èl, y para su Escudero, y un rozin, y un jumento, diziendo, que era Cavallero aventurero, que mala aventura le dè Dios à èl, y à quantos aventureros ay en el mundo: y que por esto no estava obligado à pagar nada, que assi estava escrito en los aranceles de la Cavalleria andantesca: y aora por su respeto vino estotro Señor, y me llevò mi cola, y hamela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quie-

re

re mi marido. Y por fin y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huessos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ò no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales dezia la Ventera con grande enojo y ayudavala su buena criada Maritornes. La hija callava, y de quando en quando se sonreya. El Cura lo sossegò todo, prometiendo de satisfazerles su perdida lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò à Sancho pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse aver sido verdad que su Amo huviesse descabeçado al Gigante, le prometia en viendose pacifica en su Reyno de darle el mejor Condado que en el huviesse. Consolòle con esto Sancho, y assegurò à la Princesa, que tuviesse por cierto que el avia visto al cabeça del Gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegava à la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa passava, era por via de encantamiento, como el lo avia probado otra vez que avia polado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creya, y que no tuviesse pena, que todo se haria bien, y sucederia à pedir de boca. Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la Novela; porque vio que faltava poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: èl, que à todos quiso dar gusto, y por el que èl tenia de leerla, prosiguiò el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta

ta y descuydada: y Camila de industria hazia mal rostro à Lotario, porque Anselmo entendiesse al reves de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho pidio licencia Lotario para no venir à su casa, pues claramente se mostrava la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse qualificada para con sus amores, llegò à tanto, que sin mirar à otra cosa, se yva tras el à suelta rienda, fiada en que su Señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiesse poner le en execucion. En fin una noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quien los dava, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla y tanta fuerça hizo, que la abriò, y entrò dentro à tiempo que vio que un hombre saltava por la ventana à la calle: y acudiendo con presteza à alcançarle, ò conocerle, no pudo conseguir lo uno, ni lo otro, porque Leonela se abraçò con el, diziendole: Sossiegate, Señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltò: es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacò la daga, y quiso herir à Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, Señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por ora serà impossible, dixo Leonela, segun estoy deturbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras

bras de mi lo que te ha de admirar : y està segura que èl que saltò por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegòse con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensava oyr cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y assi se saliò del aposento, y dexò encerrada en el à Leonela, diziendole, que de alli no saldria hasta que le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego à ver à Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con su Donzella le avia passado, y la palabra que le avia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, ò no, no ay para que dezirlo, porque fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela avia de dezir à Anselmo todo lo que sabia de su poca fè, que no tuvo animo para esperar si su sospecha salia falsa, ò no. Y aquella mesma noche, quando le pareciò que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida saliò de casa, y se fue à la de Lotario, à quien contò lo que passava, y le pidio, que la pusiesse en cobro, ò que se ausentassen los dos donde de Anselmo pudiessen estar seguros. La confusion en que Camila puso à Lotario, fue tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. Enfin acordò de llevar à Camila à un monasterio, en quien era Priora una su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevò Lotario, y la dexò en el monasterio: y el assimesmo se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte à nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo que Camila faltava de su lado,

do, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se levantò, y fue adonde la avia dexado encerrada. Abriò, y entrò en el aposento, pero no hallò en el à Leonela, solo hallò puestas unas savanas añudadas à la ventana, indicio y señal que por alli se avia descolgado, è ydo. Bolvio luego muy triste à dezirselo à Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Preguntò à los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertò à caso, andando à buscar à Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltavan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y assi como estava sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue à dar cuenta de su desdicha à su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixeron, que aquella noche avia faltado de casa, y avia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabar de concluyr con todo, bolviendose à su casa no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, ni dezir, ni que hazer, y poco à poco se le yva bolviendo el juyzio. Contemplavase, y miravase en un instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado à su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdicion. Resolviòse en fin, à cabo de una gran pieça de yrse à la aldea de su amigo, donde avia estado quando diò lugar à que se maquinasse toda aquella desvētura. Cerrò las puertas de su casa, subio à cavallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas huvo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos le fue forçoso apearse, y arrendar

rendar su cavallo à un arbol, à cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y alli se estuvo hasta que casi anochecia, y à aquella hora vio que venia un hombre à cavallo de la ciudad, y despues de averle saludado le preguntò, que nuevas avia en Florencia? El ciudadano respondiò: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à san Juan, se llevò esta noche à Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que à noche la hallò el Governador descolgandose con una savana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sè puntualmente como passò el negocio: solo sè que toda la ciudad està admirada desde sucesso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dizen, que era tanta, que los llamavan, los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Governador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays Señor, dixo Anselmo. Con el quedeys, respondiò el ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegò à terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Levantòse como pudo, y llegò à casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar amarillo, consumido, y seco, entendio que de algun grave mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escrivir. Hizose assi, y dexaronle acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començò à cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conocio que se le yva acabando la vida, y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando à escrivir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el Señor de casa que era yà tarde, y que Anselmo no llamava, acordò de entrar à saber si passava adelante su indisposicion, y hallòle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estava con el papel escrito, y abierto, y el tenia aun la pluma en la mano. Llegòse el huesped à el, aviendole llamado primero, y travandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estava muerto. Admiròse, y congoxòse en gran manera, y llamò à la gente de casa para que viessen la desgracia à Anselmo sucedida: y finalmente leyò el papel, que conocio que de su mesma mano estava escrito, el qual contenia estas razones.

Un necio, è impertinente deseo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren à los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estava ella obligada de hazer milagros, ni yo tenia necessidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escrivio Anselmo, por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio aviso su amigo, à los parientes de Anselmo de su muerte? los quales ya sabian su desgracia, y el Monasterio donde Camila estava, casi en el termino de acompañar à su esposo, en aquel forçoso viage, no por las

las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio viuda, no quiso salir del Monasterio, ni menos hazer profession de Monja, hasta que no de alli à muchos dias le vinieron nuevas, que Lotario avia muerto en una batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde avia ydo à parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profession, y acabò en breves dias la vida à las rigorosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuvieron todos nacido de un tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingiò mal el Autor; porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan, y una Dama, pudieraselle llevar; pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

De la brava y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que en la venta le sucedieron.

ESTANDO en esto el Ventero, que estava à la puerta de la venta, dixo: Esta que viene, es una hermosa tropa de huespedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondiò el ventero, vienen à cavallo à la gineta, con lanças y adargas, y todos con antifazes negros: y junto con ellos viene una muger vestida de blanco, en un sillon, assimesmo cubierto el rostro; y otros dos moços de à pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondiò el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de Don Quixote; y casi no avian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero avia dicho: y apeandose los quatro de à cavallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron à apear à la muger que en el sillon venia: y tomandola uno dellos en sus braços, la sentò en una silla que estava à la entrada del aposento donde Cardenio se avia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se avian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio un profundo suspiro, y dexò caer los braços como persona enferma, y desmayada. Los moços de à pie llevaron los cavallos à la cavalleriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella que con tal trage, y tal silencio estava, se fue donde estavan los moços, y à uno dellos le preguntò lo que yà deseava; el qual le respondiò: Pardiez, Señor, yo no sabrè deziros que gente sea esta, solo sè, que muestra ser muy principal, especialmẽte aquel que llegò à tomar en sus braços à aquella Señora que aveys visto: y esto digolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena y manda. Y la Señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabre dezir esso, respondiò el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro.

suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que avemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos; porque aviendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose à pagarnoslo muy bien. Y aveys oydo nombrar à alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondiò el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y solloços de la pobre Señora, que nos mueven à lastima: y sin duda tenemos creydo que ella và forçada donde quiera que và; y segun se puede colegir por su habito, ella es Monja, ò và à serla, que es lo mas cierto: y quiçà porque no le deve de nacer de voluntad, el Mongio và triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos se bolvio à donde estava Dorotea; la qual como avia oydo suspirar à la emboçada, movida de natural compassion, se llegò à ella, y le dixo: Que mal sentis Señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros? A todo esto callava la lastimada Señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, todavia se estava en su silencio, hasta que llegò el Cavallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo à Dorotea: No os canseys, Señora, en ofrecer nada à esta muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de

de su boca. Jamas la dixe (dixo à esta sazon la que hasta alli avia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura: y desto vos mesmo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze à vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estava tan junto de quien las dezia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estava en medio, y assi como las oyò, dando una gran voz, dixo: Valgame Dios, que es esto que oygo? Que voz es esta que ha llegado à mis oydos? Bolvio la cabeça à estos gritos aquella Señora, toda sobresaltada, y no viendo quien las dava, se levantò en pie, y fuesse à entrar en el aposento: lo qual visto por el Cavallero, la detuvo, sin dexarla mover un passo. A ella, con la turbacion y desassossiego se le cayò el tafetan con que traya cubierto el rostro, y descubriò una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y assombrado: porque con los ojos andava rodeando todos los lugares donde alcançava con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juyzio: cuyas señales, sin saber porque las hazia, pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la miravan. Teniala el Cavallero fuertamente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçarse el emboço que se le caya, como en efeto se le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la Señora estava) vio que el que abraçada assi mesmo la tenia, era su esposo Don Fernando: y apenas le huvo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristissimo Ay, se dexò caer de espaldas desmayada:

yada : y à no hallarse alli junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigò en el suelo. Acudio luego el Cura à quitarle el emboço para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrio, la conocio Don Fernando , que era el que estava abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla; pero no porque dexasse con todo esto de tener à Luscinda, que era la que procurava soltarse de sus braços: la qual avia conocido en el suspiro à Cardenio, y el la avia conocido à ella. Oyò assimesmo Cardenio el ay que diò Dorotea quando se cayò desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salio del aposento despavorido , y lò primero que viò fue à Don Fernando , que tenia abraçada à Luscinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotea quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les avia acontecido. Callavan todos, y miravanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Luscinda, y Luscinda à Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio, fue Luscinda, hablando à Don Fernando desta manera: Dexadme Señor Don Fernando, por lo que deveys à ser quien soys, yà que por otro respeto no lo hagays, dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenaças, vuestras promesas, ni vuestras dadivas. Notad como el cielo por desusados, y à nosotros encubiertos caminos, me ha puesto à mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria; sean pues parte tan claros desengaños para que bolvays (yà que no podays hazer otra cosa) el amor en ra-



Universidad de Deusto
Biblioteca

rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la darè por bien empleada: quiçà con mi muerte quedara satisfecho de la fè que le mantuve hasta el ultimo trance de la vida. Avia en este entretanto buelto Dorotea en si, y avia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que viendo que Don Fernando aun no la dexava de los braços, ni respondia à sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se levantò, y se fue à hincar de rodillas à sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò à dezir:

Si yà no es, Señor mio, que los rayos deste Sol que en tus braços eclipsado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, yà avras echado de ver que la que à tus pies està arrodillada, es la sin ventura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, à quien tu por tu bondad, ò por tu gusto, quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, vivio vida tan contenta, hasta que à las vozes de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abriò las puertas de su recato, y te entregò las llaves de su libertad: dadiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro aver sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayesse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, aviendome traydo solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisistelo de manera, que

aunque aora quieres que no lo sea, no sera possible que tu dexes de ser mio. Mira, Señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura y nobleza, por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil serà, si en ello miras, reduzir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece à que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuydo: tu rogaste à mi entereza, tu no ignoraste mi calidad, tu sabes bien la manera que me entreguè à toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como Cavallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me hiziste en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiereme alomenos, y admiteme por tu esclava, que como yo estè en tu poder, me tendrè por dichosa, y bien afortunada. No permitas con dexarme, y desamparàrme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra. No des tan mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos à los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, ò ninguna nobleza ay en el mundo que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta à ti te falta, negandome lo que tan justamente me deves, yo quedarè con mas ventajas de noble que las que tu tienes. En fin, Señor, lo que ultimamente te digo, es, que quieras, ò no quieras, yo soy tu esposa; testigos son tus palabras, que no han, ni deven ser mentirosas: si yà es que te precias de aquello porque me desprecias. Testigo serà la firma que hiziste, y testigo el cielo, à quien tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar vozes callando en mitad de tus alegrias, bolviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lagrimas, que los mismos que acompañavan à Don Fernando, y quantos presentes estavan, la acompañaron en ellas. Escuchòla Don Fernando sin replicalle palabra hasta que ella dio fin à las suyas, y principio à tantos sollocos y suspiros, que bien avia de ser coraçon de bronze el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estava Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunque quisiera llegarse à ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexavan los braços de Don Fernando, que apretada la tenian: el qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando à Dorotea, abriò los braços, y dexando libre à Luscinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es possible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda avia tenido, assi como la dexò Don Fernando, yvà à caer en el suelo: mas hallandose Cardenio allì junto, que à las espaldas de Don Fernando se avia puesto, porque no le conociesse, postpuesto todo temor, y aventurando à todo riesgo, acudio à sostener à

Luſcinda, y cogiendola entre ſus braços, le dixo: Si el piadoſo cielo guſta, y quiere que yà tengas algun deſcanſo, leal, firme y hermoſa Señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas ſeguro que en eſtos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiſo que pudieſſe llamarte mia. A eſtas razones puſo Luſcinda en Cardenio los ojos, y aviendo començado à conocerle primero por la voz, y aſſegurandoſe que el era con la viſta, caſi fuera de ſentido, y ſin tener cuenta à ningun honeſto reſpeto, le echò los braços al cuello, y juntando ſu roſtro con el de Cardenio, le dixo: Vos ſi Señor mio, ſoys el verdadero dueño deſta vueſtra cautiva, aunque mas lo impida la contraria ſuerte, y aunque mas amenaças le hagan à eſta vida que en la vueſtra ſe ſuſtenta. Eſtraño eſpectaculo fue eſta para Don Fernando, y para todos los circumſtantes, admirandoſe de tan no viſto ſuceſſo. Pareciòle à Dorotea, que Don Fernando avia perdido la color del roſtro, y que hazia ademan de querer vengarſe de Cardenio, porque le vio encaminar la mano à ponella en la eſpada; y aſſi como lo penſo, con no viſta preſteza ſe abroçò con èl por las rodillas, beſandoſelas, y teniendole apretado que no le dexava mover, y ſin ceſſar un punto de ſus lagrimas, le dezia: Que es lo que pienſas hazer unico refugio mio, en eſte tan impenſado trance? Tu tienes à tus pies à tu eſpoſa, y la que quieres que lo ſea, eſtà en los braços de ſu marido, mira ſi te eſtarà bien, ò te ſerà poſſible deshazer lo que el cielo ha hecho, ò ſi te convendra querer levantar à ygualar à ti miſmo à la que poſpueſto todo inconveniente, confirmada en ſu verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los ſuyos bañados de

licor

licor amoroſo el roſtro y pecho de ſu verdadero eſpoſo. Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres te ſuplico, que eſte tan notorio deſengaño no ſolo no acreciente tu ira, ſino que la mengue en tal manera, que con quietud y ſoſſiego permitas que eſtos dos amantes le tengan ſin impedimiento tuyo todo el tiempo que el cielo quiſiere concederſele, y en eſto moſtraràs la generoſidad de tu iluſtre y noble pecho, y verà el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. En tanto que eſto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Luſcinda, no quitava los ojos de Don Fernando, con determinacion de que ſi le vieſſe hazer algun movimiento en ſu perjuyzio, procurar defenderſe, y ofender, como mejor pudieſſe, à todos aquellos que en ſu daño ſe moſtraſſen, aunque le coſtaſſe la vida: pero à eſta ſazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura, y el Barbero, que à todo avian eſtado preſentes, ſin que faltaſſe el bueno de Sancho Pança, y todos rodeavan à Don Fernando, ſuplicandole tuvieſſe por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que ſiendo verdad, como ſin duda ellos creyan que lo era, lo que en ſus razones avia dicho, que no permitieſſe quedaſſe defraudada en ſus tan juſtas eſperanças. Que conſideraſſe, que no acaſo, como parecia, ſino con particular providencia del cielo ſe avian todos juntado en lugar donde menos ninguno penſava. Y que advirtieſſe, dixo el Cura, que ſola la muerte podia apartar à Luſcinda de Cardenio, y aunque los dividieſſen filos de alguna eſpada, ellos tendrian por feliciſſima ſu muerte: y que en los caſos irremediables era ſuma cordura, forçandoſe, y venciendoſe à ſi miſmo, moſtrar un generoſo pecho, permitiendo, que por ſola ſu voluntad

tad los dos gozassen el bien que el cielo yà les avia concedido, que pusiesse los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas, ò ninguna se le podian ygualar, quanto mas hazerle ventaja, y que juntasse à su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiesse, que si se preciava de Cavallero, y de Christiano, que no podia hazer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliendosela cumpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque estè en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, è ygualarse à qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que levanta, è ygualà à si mesmo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no deve de ser culpado èl que las sigue. En efeto à estas razones añadieron todas otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando: enfin como alimentado con ilustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que èl no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de averse rendido, y entregado al buen parecer que se le avia propuesto, fue abaxarse, y abraçar à Dorotea, diziendole: Levantaos Señora mia, que no es justo, que estè arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiçà ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fè con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendays mi mal termino, y mi mucho descuydo; pues la misma ocasion y fuerça que me movio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolved y mirad los ojos

ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcançò lo que deseava, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexe vivir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò à abraçar, y ajuntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necessario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señales de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estavan, porque començaron à derramar tantas los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave, y mal caso à todos avia sucedido. Hasta Sancho Pança llorava, aunque despues dixo, que no llorava èl, sino por ver que Dorotea no era como el pensava la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperava. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscinda se fueron à poner de rodillas ante Don Fernando, dandole gracias de la merced que les avia hecho con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles; y assi los levantò, y abraçò con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego à Dorotea, le dixesse como avia venido à aquel lugar tan lexos del suyo? Ella con breves, y discretas razones contò todo lo que antes avia contado à Cardenio: de lo qual gustò tanto Don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con que Dorotea contava sus desventuras. Y assi como huvo acabado,

dixo

dixo Don Fernando lo que en la ciudad le avia acótecido despues que hallò el papel en el seno de Luscinda, donde declarava ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera, si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Luscinda avia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir donde se avia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino à saber como estava en un Monasterio, con voluntad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compañia aquellos tres Cavalleros, vino al lugar donde estava, à la qual no avia querido hablar, temeroso, que en sabiendo que el estava alli avia de aver mas guarda en el Monasterio: y assi aguardando un dia à que la porteria estuviesse abierta, dexò à los dos à la guarda de la puerta, y el con otro avian entrado en el Monasterio buscando à Luscinda, la qual hallaron en el claustro hablando con una Monja, y arrebatandola, sin darle lugar à otra cosa, se avian venido con ella à un lugar, donde se acomodaron de aquello que huvieron menester para traella. Todo lo qual avian podido hazer bien à su salvo, por estar el Monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que assi como Luscinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si, no avia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas avian llegado à aquella venta, que para el era aver llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CA-

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TODO esto escuchava Sancho, no con poco dolor de su anima, viendo que se le desparecian, è yvan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le avia buelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando, y su Amo se estava durmiendo à sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que possèya. Cardenio estava en el mismo pensamiento: y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando dava gracias al cielo, por la merced recebida, y averle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallava tan à pique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estavan, estavan contentos, y gozosos del buen sucesso que avian tenido tan travados, y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y à cada uno dava el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilava, y se contentava, era la ventera, por la promesa que Cardenio, y el Cura le avian hecho de pagalle todos los daños, è intereses, que por cuenta de Don Quixote le huviessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado, y el triste: y assi con melancolico semblante entrò à su Amo, el qual acabava de despertar, à quien dixo: Bien puede vuestra Merced, Señor

triste

triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuydado de matar à ningun Gigante, ni de bolver à la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concluydo. Esso creo yo bien, respondiò Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas descomunal, y desaforada batalla, que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra Merced dezir mejor, respondiò Sancho: porque quiero que sepa vuestra Merced, si es que no lo sabe, que el Gigante muerto, es un cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerrava en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y llevelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, replicò Don Quixote, estàs en tu seso? Levantese vuestra Merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verà à la Reyna convertida en una Dama particular, llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada desso, replicò Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos, te dixe yo, que todo quanto aqui sucedia, eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondiò Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dessejaez; mas no lo fue, sino real, y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aqui està oy dia tenia dèl un cabo de la manta, y me empujava hazia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa, como fuerça, y donde interviene co-

conocerse las personas, tengo para mi, aunque simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha malaventura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo Don Quixote, dame de vestir, y dexame salir allà fuera, que quiero ver los sucessos, y transformaciones que dizes. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contò el Cura à Don Fernando, y à los demas las locuras de Don Quixote, y del artificio que avian usado para sacarle de la Peña pobre, donde èl se imaginava estar, por desdenes de su Señora. Contòles assimismo casi todas las aventuras que Sancho avia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que à todos parecia, ser el mas estraño genero de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen sucesso de la Señora Dorotea impedia passar con su designio adelante, que era menester inventar, y hallar otro para poderle llevar à su tierra. Ofreciòse Cardenio de proseguir lo començado, y que Luscinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser assi, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen Cavallero, yo holgarè de que se procure su remedio. No esta mas de dos jornadas de aqui: pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas atrueco de hazer tan buen obra. Salio en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino, en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado à su tronco, ò lançon. Suspendio à Don Fernando, y à los demas la estraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua

de

de andadura, seco, y amarillo, la desygualdad de sus armas, y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha gravedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa Señora) deste mi Escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran Señora que soliades ser, os aveys buelto en una particular Donzella: si esto ha sido por orden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necessaria, y devida ayuda: digo, que no supo, ni sabe de la Missa la media, y que fue poco versado en las historias cavallerescas; porque si el las huviera leydo, y passado tan atentamẽte, y con tanto espacio como yo las passẽ, y ley, hallara à cada passo, corno otros Cavalleros de menor fama que la mia, avian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar à un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vì con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirà, quando menos lo pensemos. Vistes os vos con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à esta sazon el Ventero al qual mandò Don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la platica de Don Quixote en ninguna manera: y Don Quixote prosiguio, diziendo: Digo en fin alta, y desheredada Señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorfoseos en vuestra persona, que no le deys credito alguno; porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no se abra camina mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondrè à vos la

la corona de la vuestra en la cabeça en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y esperò à que la Princesa le respondiesse, la qual como ya sabia la determinacion de Don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño, hasta llevar à su tierra à Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondiò: Quien quiera que os dixo, valeroso Cavallero de la triste Figura que yo me avia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy, me soy oy: verdad es que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por esso he dexado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è invencible braço, que siempre he tenido; assi que Señor mio, vuestra bondad buelva la honra al padre que me engendrò, y tengale por hombre advertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos Señor no fuera, jamas acertara à tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos Señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy se podrà hazer poca jornada, y en lo demas del buen sucesso que espero, lo dexarè à Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo Don Quixote, se bolvio à Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo que ay en España: dime ladron, vagabundo, no me acabaste de dezir aora, que esta Princesa se avia buelto en una Donzella que se llamava

mava Dorotea? y que la cabeça que entiendo que cortè à un Gigante, era la puta que te pario? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Votò, y mirò al cielo, y apretò los dientes, que estoy por hazer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera à todos quantos mentirosos Escuderos huviere de Cavalleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra Merced se sossiegue: Señor mio, respondiò Sancho, que bien podria ser que yo me huviesse engañado en lo que toca à la mutacion de la Señora Princesa Micomicon: pero en lo que toca à la cabeça del gigante, ò alomenos à la horadacion de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño vivedios, porque los cueros alli estàn heridos à la cabecera del lecho de vuestra Merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento, y sino al freyr de los huevos lo verà: quiero dezir, que lo verà quando aqui su Merced del Señor Ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la Señora Reyna se estè como se estava, me regozijo en el alma, porque me và mi parte, como à cada hijo de vezino. Aora yo te digo Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la Señora Princesa dize, que se caminè mañana, porque ya oy es tarde, hagase assi, y esta noche la podremos passar en buena conversacion, hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al Señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, è inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa que à su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros, y acompañaros, respondiò Don Quixote: y agradezco mucho la merced que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè que salga verdadera, ò me costarà la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos passaron entre Don Quixote, y Don Fernando: pero à todo puso silencio un passagero que en aquella sazon entrò en la venta: el qual en su traje mostrava ser Christiano rezien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran assi mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya unos borzeguies datilados, y un alfange Morisco, puesto en un tahali, que le atravessava el pecho. Entrò luego tras èl encima de un jumento una muger à la Morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeça: traya un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los ombros à los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion el mostrava en su apostura, que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad, y bien nacida. Pidio en entrando un aposento, y como le dixeron que en la venta no le avia, mostrò recebir pesadumbre, y llegandose à la que en el traje parecia Mora, la apeo en sus braços. Luscinda, Dorotea, la Ventera, su hija, y Maritornes llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto traje, rodearon à la Mora: y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciendole que assi ella, como el que la traya se congoxavan

por la falta del aposento, le dixo: No os dè mucha pena Señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarle en ellas: pero con todo esto, si gustaredes de passar con nosotras, señalando à Luscinda, quiça en el discurso deste camino avreys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondiò nada à esto la emboçada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se avia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça, doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron, que sin duda alguna devia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces avia estado, y viendo que todas tenian cercada à la que con el venia, y que ella à quanto le dezian callava, dixo: Señoras mias, esta Donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme à su tierra, y por esto no deve de aver respondido, ni responde à lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondiò Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le harà el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga à servir à todos los estrangeros, que dello tuvieren necessidad, especialmente siendo muger à quien se sirve. Por ella, y por mi, respondiò el cautivo, os beso Señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Dezidme, Señor, dixo Dorotea, esta Señora es Christiana, ô Mora? porque el

el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos deseos de serlo. Luego no es bautizada, replicò Luscinda? No ha avido lugar para ello, respondiò el cautivo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte, tan cercana, que obligasse à bautizalla, sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Yglesia manda: pero Dios sera servido que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estavan, de saber quien fuesse la Mora, y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomo por la mano, y la llevò à sentar junto à si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella mirò al cautivo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Arabiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y assi se lo quitò, y descubriò un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que à Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que à Dorotea, y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podria ygualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huvo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar à la hermosa Mora. Preguntò Don Fernan-

nando al cautivo, como se llamava la Mora, el qual respòndiò, que Lela Zorayda, y assi como esto oyò, ella entendio lo que le avian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa, llena de congoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria; dando à entender, que se llamava Maria, y no Zorayda. Estas palabras, el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de una lagrima à algunos de los que la escucharon, especialmente à las mugeres, que de su naturaleza son tiernas, y compassivas. Abraçòla Luscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria: à lo qual respondiò la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegava la noche, y por orden de los que venian con Don Fernando, avia el Ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar, lo mejor que à el le fue possible. Llegada pues la hora, sentaronse todos à una larga mesa, como de tinelo, porque no la avia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal assiento, puesto que èl lo rehusava, à Don Quixote, el qual quiso que estuviesse à su lado la Señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda, y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando, y Cardenio, y luego el cautivo, y los demas Cavalleros, y al lado de las Señoras, el Cura, y el Barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentòseles mas, viendo, que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espiritu, que el que le movio à hablar tanto, como hablò quando cenò con los cabreros, començò à dezir: Verdaderamente, si bien se considera, Señores mios, grandes, è inauditas cosas vèn los que professan la orden de la andante Cavalleria.

Sino

Sino qual de los vivientes avrà en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entrarà, y de sa suerte que estamos nos viere, que juzgue, y crea, que nosotros somos quien somos? Quien podrà dezir, que esta Señora que està à mi lado, es la gran Reyna, que todos sabemos, y que yo soy aquel Cavallero de la triste Figura, que anda por ay en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte, y exercicio excede à todas aquellas, y aquellos, que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros està sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja à las armas, que les dirè, y sean quien se fueren, que no saben lo que dizen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y à lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo. Y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio oficio de ganapanes: para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armos, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene à su cargo un exercito, ò la defensa de una ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcança con las fuerças corporales à saber y conjeturar el intento del enemigo. Los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espiritus, el del letrado, ò el

del guerrero trabaja mas? Y esto se vendrà à conocer por el fin, y paradero à que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las divinas, que tienen por blanco llevar, y encaminar las almas al cielo, que à un fin, tan sin fin como este, ningun otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar à cada uno lo que es suyo, entender, y hazer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabança: pero no de tanta, como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y assi las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad: y à la salutacion, que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñò a sus allegados, y favorecidos, fue dezirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que sin ella, en la tierra, ni el cielo puede aver bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es dezir armas, que guerra. Presupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora à los trabajos del cuerpo del letrado, y al del professor de las armas, y vease quales son mayo-

mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yva prosiguiendo en su platica Don Quixote, que obligò à que por entonces ninguno de los que escuchandole estavan, le tuviesse por loco. Antes como todos los mas eran Cavalleros, à quien son anexas las armas, le escuchavan de muy buena gana, y el prosiguio diziendo: Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en aver dicho que padece pobreza, me parece que no avia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar à la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ò chimenea, que sino calienta, alomenos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar à otras menudencias, conviene à saber de la falta de camisas, y no sobra de çapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino, que he pintado aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, levantandose, acullà, tornando à caer acà, llegan al grado que desean, el qual alcançado, à muchos hemos visto (que aviendo passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como llevados en buelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y governar el mundo desde una silla, trocada su hambre

bre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dirè.

CAPITULO XXXVIII.

Del curioso Discurso que hizo Don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dixo: Pues començamos en el Estudiante, por la pobreça, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido à la miseria de su paga, que viene, ò tarde, ò nunca, ò à lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Y à vezes suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado de sirve de gala, y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo Estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por averiguado, que deve de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda, La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y rebolverse en ella à su sabor, sin temor que se le encojan las savanas. Lleguese pues à todo esto el dia y la hora de recibir

bir el grado de su exercicio: lleguese un dia de batalla, que alli le pondràn la borla en la cabeça, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiça le avra passado las sienes, ò le dexarà estropiado de braço, ò pierna. Y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde, y conserve sano, y vivo, podrà ser que se quede en la mesma pobreza que antes estava, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo. Pero estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme Señores, si aveys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? sin duda aveys de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reduzir à cuenta los muertos, y que se podràn contar los premiados vivos, con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los Letrados; porque de faldas, que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Assi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero à esto se puede responder, que es mas facil premiar à dos mil Letrados, que à treynta mil Soldados, porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerça se han de dar à los de su profession, y à estos no se pueden premiar, sino con la mesma hazienda del Señor à quien sirven: y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto à parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino bolvamos à la preeminencia de las armas, contra las letras. Materia que hasta aora està por averiguar, segun son las razones, que cada uno de su parte alega: y entre las que he dicho, dizen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las

armas

armas. Porque la guerra tambien tiene sus leyes, y està sujeta à ellas: y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y Letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podràn sustentar sin ellas. Porque con las armas se defienden las Republicas, se conservan los Reynos, se guardan las Ciudades, se asseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las Republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra estarian sujetos al rigor, y à la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios, y de sus fuerças. Y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y deve de estimar en mas. Alcançar alguno à ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas à estas aderentes, que en parte ya las tengò referidas. Mas llegar uno por sus terminos à ser buen soldado, le cuesta todo lo que al Estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque à cada passo està à pique de perder la vida. Y que temor de necessidad, y pobreza puede llegar, ni fatigar al Estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, ò guarda, en algun rebellin, ò Cavallero, siente que los enemigos estan minando hazia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaça. Solo lo que puede hazer, es, dar noticia à su Capitan de lo que passa, para que lo remedie con alguna contramina, y el estarse quedo temiendo, y esperando quando improvisamente ha de subir à las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad,

tad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, ò haze ventaja el de envestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacioso. Las quales enclavijadas, y travadas no le queda al soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla del espolon. Y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenaçan, quantos cañones de artilleria se assestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lança, y viendo que al primer descuydo de los pies yria à visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, llevado de la honra que le incita, se pone à ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caydo, donde no se podrà levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como à enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentia, y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, à cuyo inventor tengo para mi, que en el infierno se le està dando el premio de su diabolica invencion, con la qual diò causa, que un infame, y cobarde braço quite la vida à un valeroso Cavallero, y que sin saber como, ò por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima à los valientes pechos; llega una desmandada bala (disparada, de quien quiça huyò, y se espantò del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita maquina) y corta, y caba en un instante los pensamien-

mientos, y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi considerando esto, estoy por dezir, que en el alma me pesa de aver tomado este exercicio de Cavallero andante, en edad tan detestable, como es esta en que aora vivimos: porque aunque à mi ningun peligro me pone miedo, todavia me pone rezelo, pensar si la polvora, y el estaño me han de quitar la ocasion de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi braço, y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto sere mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto à mayores peligros me he puesto, que pusieron los Cavalleros andantes de los passados siglos. Todo este largo preambulo, dixo Don Quixote, en tanto que los demas cenavan, olvidandose de llevar bocado à la boca, puesto que algunas vezes le avia dicho Sancho Pança, que cenasse que despues avria lugar para dezir todo lo que quisiesse. En los que escuchado le avian, sobrevino nueva lastima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso, en todas las cosas que tratavan, le huviesse perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y pizmienta cavalleria. El Cura le dixo, que tenia mucha razon en todo quanto avia dicho en favor de las armas, y que èl, aunque Letrado, y graduado, estava de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la Ventera, su hija, y Maritornes adereçavan el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde avian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiessen: Don Fernando rogò al cautivo les contasse el discurso de su vida, porque no podia ser sino que fuesse peregrino,

no, y gustoso, segun las muestras que avia començado à dar viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondiò el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandava, y que solo temia, que el cuento no avia de ser tal, que les diesse el gusto que el deseava. Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le contraria: el Cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi estèn vuestras Mercedes atentos, y oyràn un discurso verdadero, à quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen un grande silencio, y el viendo que ya callavan, y esperavan lo que dezir quisiesse, con voz agradable, y reposada, començò à dezir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucessos.

EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrecheza de aquellos pueblos, todavia alcançava mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña à conservar su hazienda, como se la dava en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador, le procediò de aver sido soldado los años de su juventud, Que es escuela la soldatesca, donde el mezquino

no se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se vèn raras vezes. Passava mi padre los terminos de la liberalidad, y rayava en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos Varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun el dezia, no pòdia yrse à la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hazia gastador y dadivoso, que fue privarse de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho. Y assi llamandonos un dia à todos tres à solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes à las que aora dirè. Hijos, para deziros que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy à la mano en lo que toca à conservar vuestra hazienda. Pues para que entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer una cosa con vosotros que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estays yà en edad de tomar estado, ò à lo menos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre y aproveche. Y lo que he pensado es, hazer de mi hazienda quatro partes, las tres os darè à vosotros, à cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarè yo para vivir, y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida. Pero querria que despues que cada uno tuviesse en su poder la parte que le toca de su hazienda, siguiesse uno de los caminos que le dirè. Ay un refran

en nuestra España, à mi parecer, muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo, dize; Y gleſia, ò mar, ò casa Real; como si mas claramente dixera: Quien quisiere valer, y ser rico, siga, ò la Y gleſia, ò navegue exercitando el arte de la mercancia, ò entre à servir à los Reyes en sus casas: porque dizen; mas vale migàja de Rey, que merced de Señor. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviesse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar à servirle en su casa, que yà que la guerra no de muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereys por la obra. Dezidme aora si quereys seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto, y mandandome à mi, por ser el mayor, que respondiesse. Despues de averle dicho, que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla; vine à concluyr en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en el à Dios, y à mi Rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse à las Indias, llevando empleada la hazienda que le cupiesse. El menor, y à lo que yo creo el mas discreto, dixo, que queria seguir la Y gleſia, ò yrse à acabar sus començados estudios à Salamanca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò à todos, y con la brevedad que dixo puso por obra quanto nos avia prometido, y dando à cada uno su parte, que à lo que se

me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros; porque un nuestro Tio comprò toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo pareciendome à mi ser inhumanidad que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con èl que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque à mi me bastava el resto para acomodarme de lo que avia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada una le diò mil ducados. De modo, que à mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que à lo que parece valia la hazienda que le cupo: que no quiso vender, sino quedarse con ella en rayzas. Digo en fin, que nos despedimos dèl, y de aquel nuestro Tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessemos saber todas las vezes que huviesse comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, ò adversos. Prometimosselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el uno tomò el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que avia una nave Genovesa que cargava alli lana para Genova. Este harà veynte y dos años que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nueva alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dirè brevemente: Embarqueme en Alicante, llegue con prospero viage à Genova, fuy desde alli à Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr à assentar mi plaça al Piamonte, y estando yà de camino para Alexandria

dria de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alva passava à Flandes. Mudè proposito, fuyme con el, servile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon y de Hornos, alcancè à ser Alferez de un famoso Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina. Y acabo de algun tiempo que llegue à Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion, avia hecho conveniencia con España contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mesmo tiempo avia ganado con su armada la famosa Isla de Chypre, que estava debaxo del dominio de Venecianos, y perdida lamentable y desdichada. Supose cierto que venia por General desta liga el sereniissimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe. Divulgòse el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò y comovio el animo, y el deseo de verme en la jornada que se esperava: y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciesse, seria promovido à Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine à Italia. Y quiso mi buena suerte que el Señor Don Juan de Austria acabava de llegar à Genova, que passava à Napoles à juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me halle en aquella felicissima jornada, yà hecho Capitan de Infanteria, à cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christiandad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones del error en que estavan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar en aquel dia. Digo don-

de quedò el orgullo, y sobervia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huvo. Porque mas ventura tuvieron los Christianos que alli murieron, que los que vivos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naval corona, me vì aquella noche, que siguio à tan famoso dia, con cadenas à los pies, y esposas à las manos. Y fue desta suerte, que aviendo el Uchali Rey de Argel, atrevido y venturoso cossario, envestido, y rendido la Capitana de Malta, que solos tres Cavalleros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudio la Capitana de Juan Andrea à socorrella, en la qual yo yva con mi Compañia, y haziendo lo que devia en ocasion semejante, saltè en la galera contraria, la qual desviandose de la que la avia envestido, estorvò que mis soldados me siguiessen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, à quien no pude resistir, por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas. Y como yà aveys, Señores, oydo dezir, que el Uchalir se salvo con toda su esquadra, vine yo à quedar cautivo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevaronme à Constantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mar à mi Amo, porque avia hecho su dever en la batalla, aviendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vì, y note la ocasion que alli se perdio de no coger en el puerto toda la armada

da Turquesa. Porque todos los Leventes y Genizaros que en ella venian, tuvieron por cierto, que les avian de envestir dentro del mesmo puerto, y tenian à punto su ropa y passamaques, que son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo, que avian cobrado à nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa ni descuydo del General que à los nuestros regia, sino por los pecados de la Christiandad; y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchali se recogio à Modon, que es una Isla que està junto à Navarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estuvose quedo hasta que el Señor Don Juan se bolvio. En este viage se tomò la galera que se llamava la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso cossario Barba Roxa: tomòla la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan Don Alvaro de Baçan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dizir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y tratava tan mal à sus cautivos, que assi como los que venian al remo, vieron que la galera Loba les yva entrando; y que los alcançava, soltaron todos à un tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estava sobre el estanterol gritando, que bogassen apriessa, y passandole de banco en banco, de popa à proa, le dieron bocados, que à poco mas que passò del arbol, ya avia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los tratava, y el odio que ellos le tenian. Bolvimos à Constantinopla, y el año siguiente, que fue el

de setenta y tres, se supo en ella, como el Señor Don Juan avia ganado à Tunez, y quitado aquel Reyno à los Turcos, y puesto en possession dèl à Muley Hamet, cortando las esperanças que de bolver à reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuvo el mundo. Sintio mucho esta perdida el gran Turco, y usando de la sagazidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que èl la deseavan: y el año siguiente de setenta y quatro, acometio à la Goleta, y al fuerte, que junto à Tunez avia dexado medio levantado el Señor Don Juan. En todos estos trances andava yo al remo, sin esperança de libertad alguna: alomenos no esperava tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escrivir las nuevas de mi desgracia à mi padre. Perdiose en fin la Goleta, perdiose el fuerte, sobre las quales plaças huvo de soldados Turcos, pagados setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran numero de gente, con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y à puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdiose primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdio por culpa de sus defensores, los quales hizieron en su defensa todo aquello que devian, y podian, sino porque la experiencia mostrò la facilidad; con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque à dos palmos se hallava agua, y los Turcos no la hallaron à dos varas: y assi con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujavan las murallas de la fuerça, y tirandoles à cavallero, ninguno podia parar, ni assistir

sistir à la defensa. Fue comun opinion, que no se avian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta y en el fuerte apenas avia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir à la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es possible dexar de perderse fuerça que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en su mesma tierra. Pero à muchos les pareció, y assi me parecio à mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo à España, en permitir, que se assolasse aquella oficina, y capa de maldades: y aquella gomia, ò esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin provecho se gastavan, sin servir de otra cosa, que de conservar la memoria de averla ganado la felicissima del invictissimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y serà) que aquellas piedras la sustentàran? Perdiose tambien el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo à palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veynte y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trezientos que quedaron vivos, señal cierta, y clara de su esfuerço y valor, y de lo bien que se avian defendido, y guardado sus plaças. Rindiose à partido un pequeño fuerte, ò torre, que estava en mitad del estaño, à cargo de Don Juan Zanoguera, Cavallero Valenciano, y famoso soldado. Cautivaron à Don Pedro Puertocarrero,

General de la Goleta, el qual hizo quanto fue posfible por defender su fuerça: y sintio tanto el averla perdido, que de pesar murio en el camino de Constantinopla, donde le llevavan cautivo. Cautivaron ansimesmo al General del fuerte, que se llamava Gabrio Cerbellon, Cavallero Milanès, grande Ingeniero, y valentissimo soldado. Murieron en estas dos fuerças muchas personas de cuenta, de las quales fue una, Pagan de Oria, Cavallero del habito de san Juan, de condicion generoso, como lo mostrò la suma liberalidad que usò con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimoso su muerte fue, aver muerto à manos de unos Alarabes, de quien se fiò viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en habito de Moro à Tabarca, que es un portezuelo, ò casa, que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se exercitan en la pesqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestros refran Castellano. Que aunque la traycion aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mandò el General ahorçar à los que le truxeron el presente, porque no se le avian traydo vivo. Entre los Christianos que en el fuerte se perdieron, fue uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no se de que lugar del Andaluzia, el qual avia sido Alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poësia. Digolo, porque su fuerte le truxo à mi galera, y à mi banco, y à ser esclavo de mi mesmo Patron: y antes que nos partiessemos de aquel puerto, hizo este Cavallero dos Sonetos à manera de Epitafios; el uno

uno à la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causarà gusto, que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombrò à Don Pedro de Aguilar, Don Fernando mirò à sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò à dezir de los Sonetos, dixo el uno: Antes que vuestra Merced passe adelante, le suplicò me diga, que se hizo esse Don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que se es, respondiò el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyò en trage de Arnaute, con un Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto que creo que si, porque de alli à un año vì yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el sucesso de aquel viage. Pues no fue, respondiò el Cavallero, porque esse Don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas à Dios, dixo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se yguale à alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el Cavallero, que yo se los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues vuestra Merced, dixo el cautivo, que los sabrà dezir mejor que yo. Que me plaze, respondiò el Cavallero; y el de la Goleta dezia assi:

****
****
*****
***
**
*

CA-

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la Historia del Cautivo.

SONETO.

ALmas dichosas, que del mortal velo
Libres y essentas, por el bien que abrastes,
Desde la baxa tierra os levantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo
De los cuerpos la fuerça exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes
El mar vezino, y arenoso suelo.
Primero que el valor, saltò la vida
En los cansados braços que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria.
Y esta vuestra mortal, triste cayda,
Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
Fama, que el mundo os dà, y el cielo gloria.

Dessa mesma manera le se yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el Cavallero, dize assi.

SONETO.

DE entre esta tierra esteril, derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas à mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de sus braços esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados
Dieron la vida al filo de la espada,
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los passados siglos, y presentes.
Mas no mas justas de su duro seno
Avràn al claro cielo al mas subido,
Ni aun èl sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el Cautivo se alegrò con las nuevas que de su camarada le dieron: y prosiguiendo su cuento, dixo: Rendidos pues la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedò tal, que no huvo que poner por tierra: y para hazerlo con mas brevedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo bolar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que avia quedado en pié de la fortificacion nueva, que avia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino à tierra. En resolucion, la armada bolvio à Constantinopla, triunfante y vencedora, y de alli à pocos meses murio mi Amo el Uchali, al qual llamavan, Uchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca: El Renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, porque no ay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decienden de la casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogò al remo, siendo esclavo del gran Señor, catorze años, y à mas de los treynta y quatro de su edad

edad renegò, de despecho de que un Turco, estando al remo, le dio un bofeton, y por poderse vengar dexò su fè: y fue tanto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los privados del gran Turco suben, vino à ser Rey de Argel, y despues à ser General de la mar, que es el tercero cargo que ay en aquel Señorio: Era Calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y tratava con mucha humanidad à sus cautivos, que llegò à tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron, como el lo dexò en su testamento, entre el gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus Renegados: y yo cùpe à un Renegado Veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivo el Uchali, y le quiso tanto, que fue uno de los mas regalados garzones suyos, y el vino à ser el mas cruel Renegado que jamas se ha visto. Llamavase Azanaga, y llegò à ser muy rico, y à ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tan cerca de España: no porque pensasse escrivir à nadie el desdichado sucesso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel, que en Constantinopla, donde ya avia provado mil maneras de huyrme, y ninguna tuvo sazon, ni ventura: y pensava en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseava, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricava, pensava, y ponia por obra, no correspondia el sucesso à la intencion, luego sin abandonarme, fingia, y buscava otra esperança que me sustentasse, aunque fuesse debil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ò casa, que los Turcos llaman baño

baño, donde encierran los cautivos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares: y los que llaman del Almazen, que es como dezir, cautivos del Consejo, que sirven à la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros oficios: y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen Amo particular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar à sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escrivan por el con mas ahinco, les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que les dixe mi poca possibilidad, y falta de hazienda, no aprovechò nada para que no me pusiessen en el numero de los Cavalleros, y gente de rescate. Pusieronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passava la vida en aquel baño, con otros muchos Cavalleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos à vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigava tanto, como oyr, y ver à cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi Amo usava con los Christianos. Cada dia ahorcava el suyo, empalava à este, desorejava aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia

no

no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano. Solo librò bien con el un soldado Español, llamado tal de Saavedra, el qual con aver hecho cosas, que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandò dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que avia de ser empalado, y assi lo temio èl mas de una vez: y sino fuera porque el tiempo no dà lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entretenernos, y admiraros, hartò mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision cahian las ventanas de la casa de un Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros, que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision, con otros tres compañeros, haziendo pruevas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos avian salido à trabajar, alcè à caso los ojos, y vì que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienço, atado, y à la caña se estava blandeando, y moviendose, casi como si hiziera señas que llegassemos à tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estavan, fue à ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltavan, ò lo que hazian: pero assi como llegò, alçaron la caña, y la movieron à los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Bolviòse el Christiano, y tor-

y tornaronla à baxar, y hazer los mesmos movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmente fue el tercero, y aviendole lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de provar la suerte, y assi como llegùe à ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio à mis pies dentro del baño: acudì luego à desatar el lienço, en el qual vì un nudo, y dentro del venian diez zianys, que son unas monedas de oro baxo, que usan los Moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgùe con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el cõtento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente à mi, pues la muestras de no aver querido soltar la caña sino à mi, claro dezian, que à mi se hazia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, bolvime al terradillo, mirè la ventana, y vì que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerravan muy apriessa. Con esto entendimos, ò imaginamos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos devia de aver hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas à uso de Moros, inclinado la cabeça, dòblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De allì à poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la bolvieron à entrar. Esta señal nos confirmò, en que alguna Christiana devia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que devia de ser Christiana renegada, à quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mesmos Amos, y aun

y aun lo tienen à ventura, porque las eſtiman en mas que las de ſu nacion. En todos nueſtros diſcurſos dimos muy lexos de la verdad del caſo, y aſſi todo nueſtro entretenimiento deſde alli adelante, era mirar, y tener por norte à la ventana donde nos avia parecido la eſtrella de la cáña: pero bien ſe paſſaron quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra ſeñal alguna. Y aunque en eſte tiempo, procuramos con toda ſolicitud ſaber quien en aquella caſa vivia, y ſi avia en ella alguna Chriſtiana renegada, jamas huvo quien nos dixeſſe otra coſa, ſino que alli vivia un Moro principal y rico, llamado Agimorato, Alcayde que avia ſido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas deſcuydados eſtavamos de que por alli avian de llover mas zianiys, vimos à deshora parecer la caña, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y eſto fue à tiempo que eſtava el baño como la vez paſſada ſolo y ſin gente. Hizimos la acoſtumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los miſmos tres que eſtavamos, pero à ninguno ſe rindio la caña ſino à mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Deſatè el nudo, y hallè quarenta eſcudos de oro Eſpañoles, y un papel eſcrito en Arabigo, y al cabo de lo eſcrito hecha una grande cruz. Besè la cruz, tomè los eſcudos, bolvime al terrado, hizimos todos nueſtras zalemas, tornò à parecer la mano, hize ſeñas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confuſos, y alegres con lo ſucedido: y como ninguno de noſotros no entendia el Arabigo, era grande el deſeo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buſcar quien lo leyeſſe. Enfin yo me determinè de fiarme de un Rene-

Renegado, natural de Murcia, que ſe avia dado por grande amigo mio, y pueſto prendas entre los dos, que le obligavan à guardar el ſecreto que le encargaſſe: porque ſuelen algunos Renegados, quando tienen intencion de bolverſe à tierra de Chriſtianos, traer conſigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fè, en la forma que pueden, como el tal Renegado es hombre de bien, y que ſiempre ha hecho bien à Chriſtianos, y que lleva deſeo de huyrſe en la primera ocaſion que ſe le ofrezca. Algunos ay que procuran eſtas fees con buena intencion: otros ſe ſirven dellas acaſo, y de induſtria, que viniendo à robar à tierra de Chriſtianos, ſi à dicha ſe pierden, ò los cautivan, ſacan ſus firmas, y dizen, que por aquellos papeles ſe verà el propoſito con que venian, el qual era de quedarſe en tierra de Chriſtianos, y que por eſſo venian en corſo con los demas Turcos. Con eſto ſe eſcapan de aquel primer impetu, y ſe reconcilian con la Yglefia, ſin que ſe les haga daño, y quando ven la ſuya ſe buelven à Berberia à ſer lo que antes eran. Otros ay que uſan deſtos papeles, y los procuran con buen intento, y ſe quedan en tierra de Chriſtianos. Pues uno de los Renegados que he dicho, era eſte amigo, èl qual tenia firmas de todas nueſtras camaradas, donde le acreditavamos quanto era poſſible: y ſi los Moros le hallaran eſtos papeles, le quemaran vivo. Supe que ſabia muy bien Arabigo, y no ſolamente hablarlo, ſino eſcrivirlo. Pero antes que del todo me declaraſſe con el, le dixe, que me leyeſſe aquel papel, que acaſo me avia hallado en un agujero de mi rancho. Abriòle, y eſtuvo un buen eſpacio mirandole, y conſtruyendole, murmurando entre los dientes. Preguntele, ſi lo entendia? Dixome, que

muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diesse tinta y pluma porque mejor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el poco à poco lo fue traduziendo, y en acabando dixo: Todo lo que và aqui en Romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco: y hase de advertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere dezir, nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia assi:

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Alà, porque despues la vì dos vezes, y me dixo, que me fuesse à tierra de Christianos à ver à Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya: muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido Cavallero sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y seràs allà mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me darà nada, que Lela Marien me darà con quien me case. Yo escrivì esto, mira à quien lo das à leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras à nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en un poço, y me cubrirà de piedras. En la caña pondre un hilo, ata alli la respuesta: y si no tienes quien te escriva Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien harà que te entienda. Ella y Alà te guarde, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiva.

Mirad, Señores, si era razon que las razones deste

deste papel nos admirassen y alegrassen: y assi lo uno y lo otro fue de manera, que el Renegado entendio, que no acaso se avia hallado aquel papel, sino que realmente à alguno de nosotros se avia escrito: y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechava, que nos fiassemos del, y se lo dixessemos, que el aventuraria su vida por nuestra libertad: y diziendo esto, sacò del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representava, en quien el, aunque pecador, y malo, bien y fielmente creya, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiessemos descubrirle, porque le parecia, y casi adivinava, que por medio de aquella que aquel papel avia escrito, avia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto deseava, que era reduzirse al gremio de la santa Yglesia su Madre, de quien como miembro podrido estava dividido y apartado, por su ignorancia y pecado. Con tantos lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña, y el marcò desde alli la casa, y quedò de tener especial, y gran cuydado de informarse quien en ella vivia. Acordamos assimesmo, que feria bien responder al villete de la Mora: y como teniamos quien lo supiesse hazer, luego al momento el Renegado escriviò las razones que yo le fuy notando, que puntualmente fueron las que dirè, porque de todos los puntos sustanciales que en este sucesso me acontecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aun se me yrà en tanto

que tuviera vida. En efeto lo que à la Mora se le respondiò fue esto:

El verdadero Alà te guarde, Señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon que te vayas à tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu, que se sirva de darte à entender, como podras poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si harà. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos hasta morir. No dexes de escrivirme, y avisarme lo que pensares hazer, que yo te responderè siempre, que el grande Alà nos ha dado un Christiano cautivo, que sabe hablar, y escrivir tu lengua tan bien como lo veràs por este papel. Assi que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres à tierra de Christianos, que has de ser mi muger; yo te lo prometo como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Alà, y Marien su Madre sean en tu guarda, Señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardè dos dias à que estuviesse el baño solo, como solia, y luego salì al passo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Assi como la vì, aunque no podia ver quien la ponia, mostrè el papel como dando à entender, que pusiessen el hilo: pero yà venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de allì à poco tornò à parecer nuestra estrella con la blanca vandera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alcèla yo, y hallè en el paño en toda suerte de moneda, de plata y de oro, mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta vezes mas doblaron

blaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche bolvio nuestro Renegado, y nos dixo, que avia sabido que en aquella casa vivia el mesmo Moro que à nosotros nos avian dicho que se llamava Aguimorato, riquissimo por todo estremo, el qual tenia una sola hija, heredera de toda su hazienda: y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian, la avian pedido por muger, y que ella nunca se avia querido casar: y que tambien supo que tuvo una Christiana cautiva, que yà se avia muerto. Todo lo qual concertava con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar à la Mora, y venirnos todos à tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces, que esperassemos al aviso segundo de Zorayda, que assi se llamava la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos que ella, y no otra alguna era la que avia de dar medio à todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuviessemos pena, que le perderia la vida, ò nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales, en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que un felicissimo parto prometia. Inclinose à mi la caña, y el lienço, hallè en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estava alli el Renegado, dimosle à leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia:

Yo no se, mi Señor, como dar orden que nos vamos à España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrà hazer es,

que yo os darè por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de Christianos, y compre allà una barca, y buelva por los demas, y à mi me hallarà en el jardin de mi padre, que està à la puerta de Babazon, junto à la marina, donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y llevarme à la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pedirè à Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescatate tu y ve, que yo se que bolveràs mejor que otro, pues eres Cavallero y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te passees por ay, sabrè que està solo en baño, y te darè mucho dinero. Alà te guarde, Señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada uno se ofrecio à querer ser el rescatado, y prometio de yr, y bolver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecia à lo mismo: à todo lo qual se opuso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno salieste de libertad hasta que fuessen todos juntos: porque la experiencia le avia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que davan en el cautiverio: porque muchas vezes avian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando à uno que fuesse à Valencia, ò Mallorca con dineros para poder armar una barca, y bolver por los que le avian rescatado, y nunca avian buelto: porque la libertad alcançada, y el temor de no bolver à perderla, les borrava de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad, que nos dezia, nos contò brevemente un caso, que casi

casi en aquella mesma sazon avia acaecido à unos Cavalleros Christianos, el mas estraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde à cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efeto el vino a dezir, que lo que se podia y devia hazer, era, que el dinero que se avia de dar para rescatar al Christiano, que se le diesse à èl para comprar alli en Argel una barca, con achaque de hazerse mercader, y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el Señor de la barca facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos à todos. Quanto mas, que si la Mora, como ella dezia, dava dineros para rescatarlos à todos, que estando libres era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era, que los Moros no consienten, que Renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en curso: porque se temen, que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para yrse à tierra de Christianos: pero que el facilitaria este inconveniente, con hazer, que un Moro Tangarino fuesse à la parte con el en la compañia de la barca, y en la ganancia de las mercancias; y con esta sombra el vendria à ser Señor de la barca, con que dava por acabado todo lo demas. Y puesto que à mi, y à mis camaradas nos avia parecido mejor lo de embiar por la barca à Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradezirle, temerosos, que sino haziamos lo que dezia, nos avia de descubrir, y poner à peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zoraya, por cuya vida dieramos todos las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mesmo

punto se le respondiò à Zorayda, diziendole, que hariamos todo quanto nos aconsejava, porque lo avia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo huviera dicho, y que en ella sola estava dilatar aquel negocio, ò ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaecio à estar solo el baño, en diversas vezes con la cana y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y un papel, donde dezia, que el primer Juma, que es el Viernes, se yva al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo avisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescatè yo, dando el dinero à un Mercader Valenciano, que à la sazon se hallava en Argel, el qual me rescatò del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniesse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que avia muchos dias que mi rescate estava en Argel, y que el Mercader por sus grangerias lo avia callado Finalmente, mi Amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atrevì à que luego se desembolsasse el dinero. El Jueves antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se avia de yr al jardin, nos diò otros mil escudos, y nos avisò de su partida: rogandome, que si me rescatasse, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de yr allà, y verla. Respondile en breves palabras, que assi lo haria, y que tuviesse cuydado de encomendarnos à Lela Ma-

Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le avia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatassen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome à mi rescatado, y à ellos no, pues avia dinero, no se alborotassen, y les persuadiesse el diablo que hiziessen alguna cosa en perjuyzio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en aventura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescatè, entregando todo el dinero al Mercader, para que con certeza, y seguridad pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que avia.

CAPITULO XLI.

Donde todavia prosigue el Cautivo su sucesso.

NO se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treynta personas, y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, un viage à un lugar que se llamava Sargel, que està treynta leguas de Argel, hazia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, ò tres vezes hizo este viaje en compañia del Targarino que avia dicho. Tagarinos llaman en Berberia à los Moros de Aragon: y à los de Granada, Mudajares: y en el Reyno de Fez llaman à los Mudajares, Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que cada vez que passava con su

su barca dava fondo en una caleta, que estava no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperava : y alli muy de proposito se ponia el Renegado con los Morillos que bogavan el remo, ò ya à hazer la çalà, ò à como por ensayarse de burlas, à lo que pensava hazer de veras: y assi se yva al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se le dava sin conocelle: y aunque èl quisiera hablar à Zorayda, como el despues me dixo, y dezille, que el era el que por orden mia la avia de llevar à tierra de Christianos, que estuviesse contenta y segura, nunca le fue possible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro ni Turco, sino es que su marido, ò padre se lo manden. De Christianos cautivos se dexan tratar, y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable : y à mi me huviera pesado que èl la huviera hablado, que quiça la alborotara, viendo que su negocio andava en boca de Renegados. Pero Dios que lo ordenava de otra manera, no dio lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia: el qual viendo quan seguramente yva y venia à Sargel, y quedava fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenava, y que yo estava ya rescatado, y que solo faltava buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè à doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad : y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estavan veynte baxeles en corso, y se avian llevado

vado toda la gente de remo : y estos no se hallaran sino fuera que su Amo se quedò aquel Verano sin yr en corso à acabar una Goleota que tenia en Astillero. A los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessen uno à uno dissimuladamente, y se fuessen la buelta del jardin de Aguimorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada uno dì este aviso de por si, con orden, que aunque alli viessen otros Christianos, no les dixessen sino que yo les avia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltava hazer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar à Zorayda en el punto que estavan los negocios, para que estuviesse apercebida, y sobre aviso, que no se sobresaltasse, si de improviso la assaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia bolver. Y assi determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla : y con ocasion de coger algunas yervas, un dia antes de mi partida fuy allà, y la primera persona con quien encontrè, fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Barberia, y aun en Constantinopla se habla entre Cautivos y Moros, que ni es Morisca ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscava en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que esclavo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandissimo amigo suyo) y que buscava de todas yervas para hazer ensalada. Preguntòme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ò no, y que quanto pedia

mi

mi Amo por mi. Estando en todas estas preguntas, y respuestas salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya avia mucho que me avia visto: y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse à los Christianos, ni tampoco se esquivan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir adonde su padre conmigo estava, antes luego quando su padre vio que venia, y de espacio la llamò, y mandò que llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò à mis ojos: solo dirè, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas à su usança traya, trava dos carcaxes (que assi se llaman las manillas, ò axorcas de los pies, en Morisco) de puriſſimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimava en diez mil doblas; y las que traya en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala, y bizarria de las Moras, es adornarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas, y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel avia, y de tener assi mesmo mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era Señora esta, que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ò no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrà conjeturar qual devia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe, que la hermosura de algunas mugeres

res tiene dias, y sazones, y requiere accidentes para diminuyrse, ò acrecentarse: y es natural cosa, que las passiones del animo la levanten, ò baxen, puesto, que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, ò alomenos à mi me parecio serlo la mas que hasta entonces avia visto: con esto viendo las obligaciones en que me avia puesto, me parecia que tenia delante de mi una deidad del cielo, venida à la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegò, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia à buscar ensalada. Ella tomò la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntò, si era Cavallero, y que era la causa que no me rescatava. Yo le respondì: que ya estava rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi Amo me estimava, pues avia dado por mi mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondiò: En verdad que si fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porque vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis, y os hazeys pobres, por engañar à los Moros. Bien podria ser esso, Señora, le respondì, mas en verdad, que yo la he tratado con mi Amo, y la trato, y la tratarè con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixe: Porque està aqui un baxel de Francia, que se haze mañana à la vela, y pienso yrme con el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar à que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondì yo, aunque

que si como ay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavia yo le aguardarè, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexarà esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deves de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso deseas yr à verte con tu muger? No soy, respondì yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allà. Y es hermosa la Dama à quien se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondì yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, se parece à ti mucho. Desto se riò muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deve ser muy hermosa si se parece à mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veràs como te digo verdad. Servianos de interprete à las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablava la bastarda lengua, que, como he dicho, alli se usa, mas declarava su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegò un Moro corriendo, y dixo à grandes vozes, que por las bardas, ò paredes del jardin avia saltado quatro Turcos, y andavan cogiendo la fruta, aunque no estava madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural el miedo que los Moros à los Turcos tienen, especialmente à los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que à ellos estàn sugetos, que los tratan peor que si fuessen esclavos suyos. Digo pues, que dixo su padre à Zorayda: Hija, retirate à la casa, y encierrate

rate, en tanto que yo voy à hablar à estos canes, y tu Christiano busca tus yervas, y vete en buen hora, y llevete Alà con bien à tu tierra. Yo me inclinè, y el se fue à buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començò à dar muestras de yrse adonde su padre la avia mandado. Pero à penas el se encubrio con los arboles del jardin, quando ella se bolvio à mi, llenos los ojos de lagrimas, y me dixo: Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondì: Señora si, pero no en ninguna manera sin ti: el primero Juma me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos à tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien à todas las razones que entrambos passamos: y echandome un braço al cuello, con desmayados passos començò à caminar hàzia la casa: y quise la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un braço al cuello, su padre que ya bolvia de hazer yr à los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yvamos, y nosotros vimos que el nos avia visto. Pero Zorayda advertida, y discreta no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegò mas à mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales, y muestras que se desmayava: y yo ansi mismo dì à entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegò corriendo adonde estavamos, y viendo à su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia. Pero como ella no le respondiesse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado; y quitandola del mio,

la

la arrimò à su pecho: y ella dando un suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, bolvio à dezir: Amexi Christiano, amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondiò: No importa hija, que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues, como ya te he dicho, los Turcos à mi ruego se bolvieron por donde entraron. Ellos, Señor, la sobresaltaron como has dicho, dixe yo à su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre; quedate en paz, y con tu licencia bolverè, si fuera menester, por yervas à este jardin, que segun dize mi Amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podràs bolver, respondiò Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enojaran, sino que por dezir que los Turcos se fuessen, dixo que tu te fuesses, ò porque ya era hora que buscasses tus yervas. Con esto me despedì al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yervas, rodeè muy bien, y à mi plazer todo el jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dì cuenta de quanto avia passado al Renegado, y à mis compañeros: y ya no veya la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegò el dia y plazo de nosotros tan deseado: y siguiendo todos el orden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso mu-

muchas vezes aviamos dado, tuvimos el buen sucesso que deseavamos. Porque el Viernes, que se siguio al dia que yo con Zorayda hablè en el jardin, Morrenago al anochecer dio fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estava. Ya los Christianos que avian de bogar el remo, estavan prevenidos, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estavan suspensos; y alboroçados, aguardandome, deseosos ya de envestir con el baxel, que à los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensavan que à fuerça de braços avian de aver, y ganar la libertad, quitando la vida à los Moros que dentro de la barca estavan. Sucedio pues, que assi como yo me mostre, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando à nosotros. Esto era ya à tiempo que la ciudad estava ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, ò tendir primero à los Moros vagarinos, que bogavan el remo en la barca. Y estando en esta duda llegò à nosotros nuestro Renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estavan descuydados, y los mas dellos durmiendo. Diximosle en lo que reparavamos, y el dixo lo que mas importava, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien à todos lo que dezia, y assi sin detenerlos mas, haziendo el la guya llegamos al baxel, y saltando èl dentro primero metio mano à un alfanje, y dixo en Morisco:

Ninguno de vosotros se mueva de aqui, sino quiere que le cueste la vida. Ya à este tiempo avian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros, que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera à su Arraez, quedaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano à las armas, que pocas, ò casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron amenazando à los Moros, que si alçavan por alguna via, ò manera la voz, que luego al punto los passarian todos à cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guarda dellos la mitad de los nuestros: los que quedavamos, haziendonos assimismo el Renegado la guia, fuymos al jardin de Aguimorato, y quiso la buena suerte, que llegando à abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuviera, y assi con gran quietud, y silencio llegamos à la casa sin ser sentidos de nadie. Estava la bellissima Zorayda aguardandonos à una ventana, y assi como sintio gente, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, ò preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondì, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra, baxò en un instante: abrio la puerta, y mostrose à todos tan hermosa, y ricamente vestida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la vì, le tomè una mano, y la comence à besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian, hizieron lo que vieron que nosotros haziamos, que no parecia sino que le davamos las gracias, y la reconociamos por Señora, de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lengua Morisca, si estava su padre en el jardin? El a respondiò que si, y que dormia. Pues serà menester despertalle, replicò el Renegado, y llevarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella, à mi padre no se ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien avrà para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaos un poco, y lo vereys. Y diziendo esto se bolvio à entrar, diziendo, que muy presto bolveria, que nos estuviessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al Renegado lo que con ella avia passado: el qual me lo contò, à quien yo dixe, que en ninguna cosa se avia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya bolvia cargada con un cofrezillo lleno de escudos de oro, tantos, que à penas los podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andava en el jardin, y assomandose à la ventana luego conocio, que todos los que en el estavan, eran Christianos, y dando muchas, grandes, y desaforadas vozes, començo à dezir en Arabigo, Christianos, Christianos, ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima, y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estavamos, y lo mucho que le importava salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandissima presteza subio donde Aguimorato estava: y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar à Zorayda, que como desmayada se avia dexado caer en mis braços: en resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en un

momento baxaron con Aguimorato, trayendole atadas las manos, y puesto un panizuelo en la boca, que no le dexava hablar palabra, amenazandole, que el hablarla le avia de costar la vida. Quando su hija le vió, se cubrio los ojos por no verle, y su padre quedo espantado, ignorando quan de su voluntad se avia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella avian quedado nos esperavan, temerosos de algun mal sucesso nuestro. A penas serian dos horas passadas de la noche, quando ya estavamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornose à dezir el Renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: èl como vio alli a su hija, començò à suspirar ternissimamente, y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defenderse, quexarse, ni esquivarle, se estava queda: pero con todo esto callava, porque no pusiessen en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli a su padre, y à los demas Moros que atados estavan, le dixo al Renegado, que me dixesse le hiziesse merced de soltar a aquellos Moros, y dar libertad à su padre, porque antes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos, y por causa suya llevar cautivo à un padre que tanto la avia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondì, que era muy contento: pero èl respondiò, que no convenia, à causa que si alli los dexava apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliessen à buscallos

llos con algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era, darles libertad en llegando à la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, à quien se le dio cuenta, con las causas que nos movian à no hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomò su remo, y començamos, encomendandonos à Dios de todo coraçon, à navegar la buelta de las Islas de Mallorco, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero à causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue possible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra à tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por si, y por todos juntos presumiamos de que si se encontrava galeota de mercancia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudiessemos acabar nuestro viaje. Yva Zorayda, en tanto que se navegava, puesta la cabeça entre mis manos, por no ver à su padre, y sentia yo que yva llamando à Lela Marien, que nos ayudasse. Bien avriamos navegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriesse, pero con todo esso nos fuymos à fuerça de braços entrando un poco en la mar, que

ya estava algo mas sosiegada, y aviendo entrado casi dos leguas, dioſe orden que ſe bogaſſe à quarteles en tanto que comiamos algo, que yva bien proveyda la barca, puesto que los que bogavan dixeron, que no era aquel tiempo de tomar repoſo alguno, que les diessen de comer los que no bogavan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizoſe assi, y en esto començò à soplar un viento largo, que nos obligò à hazer luego vela, y à dexar el remo, y endereçar à Oran por no ser possible poder hazer otro viaje: todo se hizo con mucha presteza, y assi à la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuesse. Dimos de comer à los Moros vagarinos, y el Renegado les consolò, diziendoles como no yvan cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondiò: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, ò Christianos, mas el darme libertad, no me tengays por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela, para bolverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interesse que se os puede seguir de darmela, el qual interesse, si le quereys poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, ò sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò à llorar tan amargamente, que à todos nos movio à compassion, y forçò à Zorayda, que le mirasse, la qual viendole llorar assi se enternecio, que se levantò de mis pies, y fue à abraçar à su padre, y juntando su

su rostro con el suyo, començaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli yvamos, le acompañavamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre si, le dixo en su lengua: Que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vì con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora, sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin averte dado alguna nueva alegre de solenizarle con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas favorable? Respondeme à esto, que me tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia à su hija, nos lo declarava el Renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio à un lado de la barca el ofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le avia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuso, y preguntòle, que como aquel cofre avia venido à nuestras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse, le respondiò: No te canses, Señor, en preguntar à Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfarè à todas: y assi quiero, que sepas, que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio: ella và aqui de su voluntad tan contenta, à lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena à la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? Assi es respondiò Zorayda. Que en efeto,

replicò el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto à su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondiò Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendio à dexarte, ni à hazerte mal, sino à hazerme à mi bien. Y que bien es el que te has hecho hija? Esso respondiò ella, preguntaselo tu à Lela Marien, que ella te lo sabrà dezir mejor que no yo. A penas huvo oydo esto el Moro, quando con una increyble presteza se arrojò de cabeça en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo, y embaraçoso que traya no le entretuviera un poco sobre el agua. Dio vozes Zorayda, que le sacassen, y assi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el un tierno, y doloroso llanto. Bolvimosle boca à baxo, bolvio mucha agua: tornò en si al cabo de dos horas, en las quales, aviendose trocado el viento, nos convino bolver hazia tierra, y hazer fuerça de remos por no envestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos à una cala que se haze al lado de un pequeño promontorio, ò cabo, que de los Moros es llamado el de la Cava Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir, la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar està enterrada la Cava, por quien se perdio España: porque Cava en su lengua quiere dezir muger mala, y Rumia, Christiana, y aun tienen por mal aguero llegar alli à dar fondo, quando la necessidad les fuerça à ello, porque nunca le dàn sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andava alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el Renegado avia proveydo, y rogamos à Dios, y à nuestra Señora de todo nuestro coraçon, que nos ayudasse, y favoreciesse, para que felicemente diessemos fin à tan dichoso principio. Diose orden à suplicacion de Zorayda como echassemos en tierra à su padre, y à todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastava el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado à su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo assi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuessen oydas del cielo, que en nuestro favor luego bolvio el viento tranquilo el mar, combidandonos à que tornassemos alegres à proseguir nuestro començado viaje. Viendo esto desatamos à los Moros, y uno à uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando à desembarcar al padre de Zorayda, que ya estava en todo su acuerdo, dixo: Porque pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no porcierto, sino que lo haze por el estorvo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni pensays que la ha movido à mudar religion entender ella, que la vuestra à la nuestra se aventaja, sino el saber, que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y bolviendose à Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algun desatino no hiziesse, le dixo:

dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora en que yo te engendrè, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que llevava termino de no acabar tan presto, di priessa à ponelle en tierra, y desde alli à vozes prosiguio en sus maldiciones, y lamentos, rogando à Mahoma rogasse à Alà, que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por averlos hecho à la vela, no pudimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos, y arrastrarse por el suelo: mas una vez esforçò la voz de tal manera, que pudimos entender que dezia: Buelve amada hija, buelve à tierra que todo te lo perdono, entrega à essos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelve à consolar à este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexarà la vida, si tu le dexas. Todo lo qual escuchava Zorayda, y todo lo sentia, y llorava, y no supo dezirle ni respondelle palabra, sino: Plega à Alà, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alà sabe bien, que no pude hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deven nada à mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me dava mi alma à poner por obra esta que à mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo à tiempo, que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo à Zorayda, atendimos todos à nuestro viage, el qual nos le facilitava el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos

nos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, ò nunca viene el bien puro, y senzillo sin ser acompañado, ò siguido algun mal que le turbe, ò sobresalte, quiso nuestra ventura, ò quiça las maldiciones que el Moro à su hija avia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitava del trabajo de averlos menester con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo que con todas las velas tendidas, llevando un poco à orça el timon delante de nosotros atravessava, y esto tan cerca, que nos fue forçoso amaynar por no envestirle, y ellos assi mesmo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: avianse puesto à bordo del baxel à preguntarnos quien eramos, y adonde navegavamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro Renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios Franceses, que hazen à toda ropa: por este advertimiento ninguno respondiò palabra, y aviendo passado un poco delante, que ya el baxel quedava sotavento de improviso soltaron dos piezas de artilleria, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça vino à dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda, sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr à fondo, començamos todos à grandes vozes à pedir socorro, y à rogar à los del

baxel

baxel que nos acogiessen, porque nos anegavamos: amaynaron entonces, y echando el esquife, ò barca à la mar, entraron en el hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y assi llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diziendo, que por aver usado de la descortesia de no responderles, nos avia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomò el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar, sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Franceses, los quales despues de averse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y à Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traya en los pies, pero me dava à mi tanta pesadumbre la que à Zorayda davan, como me la dava el temor que tenia de que avian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimava, pero los deseos de aquella gente no se estienden à mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su codicia, la qual entonces llegò à tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran: huvo parecer entre ellos de que à todos nos arrojassen à la mar embueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos llevavan vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto, mas el Capitan, que era el que avia despojado à mi querida Zorayda, dixo, que el se contentava con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estre-

strecho de Gibraltar de noche, ò como pudiesse, y yrse à la Rochela de donde avia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo lo necessario, para la corta navegacion que nos quedava, como lo hizieron otro dia, ya à vista de tierra de España, con la qual vista, todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no huvieran passado por nosotros, tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan movido no se de que misericordia, al embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos que aora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos, que quexosos: ellos se hizieron à lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros, sin mirar à otro Norte, que à la tierra que se mostrava delante, nos dimos tanta priessa à bogar, que al poner del Sol estavamos tan cerca, que bien pudieramos, à nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estavamos, no nos pareciò cosa segura envestir en tierra, como à muchos de nosotros les parecia, diziendo, que diessemos en ella, aunque fuesse en unas peñas, y lexos de poblado, porque assi assegurariamos el temor que de razon se devia tener que por alli anduviessen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anchecian en Berberia, y amenecian en las costas de España, y hazen de ordinario presa, y se buelven à dormir à sus casas; pero de los con-

contrarios pareceres, el que se tomò, fue, que nos llegassemos poco à poco, y que si el sossiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi, y poco antes de la media noche seria, quando llegamos al pie de una disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar; que no concediesse un poco de espacio para poder desembarcar comodamente, envestimos en la arena, salimos todos à tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias à Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, que nos avia hecho en nuestro viaje: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra, y subimos un grandissimo trecho en la montaña, porque aun alli estavamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabavamos de creer, que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, à mi parecer, de lo que quisieramos: acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde alli algun poblado se descubria, ò algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra à dentro: pues no podria ser menos, sino que presto descubriessemos quien nos diesse noticia della: pero lo que à mi mas me fatigava, era el ver yr à pie à Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansava à ella mi cansancio, que la reposava su reposo, y assi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciencia, y muestras de alegria, llevandola yo siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua deviamos de aver andado, quando llegò à nuestros oydos el

el son de una pequeña esquila, señal clara que por alli cerca avia ganado, y mirando todos con atencion, si alguno parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estava labrando un palo con un cuchillo, dimos vozes, y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y à lo que despues supimos, los primeros que à la vista se le ofrecieron, fueron el Renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, pensò que todos los de la Barberia estavan sobre el, y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante, començò à dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas vozes quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos, pero considerando que las vozes del pastor avian de alborotar la tierra, y que la cavalleria de la costa avia de venir luego à ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudasse las ropas de Turco, y se vistiesse un gilequelco, ò casaca de cautivo, que uno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa: y assi encomendandonos à Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor llevava, esperando siempre quando avia de dar sobre nosotros la Cavalleria de la Costa, y no nos engaño nuestro pensamiento, porque aun no avrian passado dos horas, quando aviendo ya salido de aquellas malezas à un llano, descubrimos hasta cincuenta Cavalleros, que con gran ligereza corriendo à media rienda à nosotros se venian, y assi como los vimos, nos estuvimos quedos aguardandolos: pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buscavan, tanto pobre Christiano cautivo, quedaron confusos, y uno dellos

nos

nos preguntò, si eramos nosotros à caso la ocasion, porque un pastor avia apellido al arma: Si, dixe yo, y queriendo començar à dezirle mi sucesso, y de donde veniamos, y quien eramos: uno de los Christianos que con nosotros venian, conoció al ginete, que nos avia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme à mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas à Dios, Señores, que à tan buena parte nos ha conduzido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos Señor, que nos preguntays quien somos, soys Pedro de Bustamante, tio mio: apenas huvo dicho esto el Christiano cautivo, quando el ginete se arrojò del cavallo, y vino à abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven: y Dios ha sido servido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estavas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañia comprehendo, que aveys tenido milagrosa libertad. Assi es, respondiò el moço, y tiempo nos quedarà para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron, que eramos Christianos cautivos, se apearon de sus cavallos, y cada uno nos combidava con el suyo, para llevarnos à la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estava. Algunos dellos bolvieron à llevar la barca à la ciudad, diziendoles donde la aviamos dexado: otros nos subieron à las ancas, y Zorayda fue en las del cavallo del tio del Christiano. Salionos à recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se avia adelantado sabian

sabian la nueva de nuestra venida. No se admiravan de ver cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa està hecha à ver à los unos, y à los otros; pero admiravanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y sazon estava en su punto, assi con el cansancio del camino; como con la alegria de verse ya en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse, y esto le avia sacado al rostro tales colores, que sino es que la aficion entonces me engaña, osara dezir, que mas hermosa criatura no avia en el mundo, alomenos, que yo la huviesse visto. Fuymos derechos à la Yglesia à dar gracias à Dios por la merced recebida, y assi como en ella entrò Zorayda, dixo, que alli avia rostros, que se parecian à los de Lela Marien: diximosle que eran imagenes suyas, y como mejor se pudo le dio el Renegado à entender lo que significavan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Marien, que la avia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y un natural facil, y claro, entendio luego quanto à cerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos llevaron, y repartieron à todos en diferentes casas del pueblo, pero al Renegado, Zorayda, y à mi nos llevò el Christiano que vino con nosotros, en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como à su mismo hijo. Seys dias estuvimos en Velez, al cabo de los quales el Renegado hecha su informacion de quanto le convenia, se fue à la ciudad de Granada à reduzirse por medio de la santa Inquisicion, al gremio santissimo de la Yglesia: los demas Christianos libertados se fueron cada uno donde mejor le parecio, so-

los quedamos Zorayda, y yo, con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio à Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y sirviendola yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo: vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por averme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueve à servirla todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze no saber, si hallarè en mi tierra algun rincon donde recogella, y si avran hecho el tiempo y la muerte tal mudança en la hazienda y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, Señores, que deziros de mi historia; la qual, si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera averosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

****
****
*****
***
**
*

CA-

CAPITULO XLII.

De lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÒ en diziendo esto el cautivo, à quien Don Fernando dixo: Por cierto Señor Capitan, el modo con que aveys contado este estraño sucesso ha sido tal, que yguala à la novedad, y estrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que maravil an, y suspenden à quien los oye. Y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgaramos, que de nuevo se començara. Y en diziendo esto, Don Antonio, y todos los demas se le ofrecieron, con todo lo à ellos possible para servirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio Don Fernando, que si queria bolverse con el, que èl haria que el Marques su hermano fuesse padrino del Bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra con el autoridad, y comodo, que à su persona se devia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegava ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta un coche, con algunos hombres de acavallo: pidieron posada, à quien la Ventera respondiò, que no avia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dixo uno de los de acavallo, que avian entrado, no ha de faltar para el Señor Oydor, que aqui

viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor, lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su Merced del Señor Oydor la trae, que si deve de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar à su Merced. Sea en buen hora, dixo el Escudero: pero à este tiempo, ya avia salido del coche un hombre, que en el traje mostrò luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestia, mostraron ser Oydor, como su criado avia dicho. Traya de la mano à una Donzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que à todos puso en admiracion su vista. De suerte, que à no aver visto à Dorotea, y à Luscinda, y Zorayda, que en la venta estavan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta Donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose Don Quixote al entrar del Oydor, y de la Donzella, y assi como le vio, dixo: Seguramente puede V. Merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dè lugar à las armas, y à las letras, y mas si las armas, y letras traen por guia, y adalid à la fermosura, como la traen las letras de V. Merced, en esta fermosa Donzella, à quien deven no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra Merced, digo, en este paraysо, que aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra Merced trae consigo. Aqui hallarà las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor del razonamiento de Don Quixote, à quien se puso à mirar muy

muy de proposito. Y no menos le admirava su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò à admirar de nuevo, quando vio delante de si à Luscinda, Dorotea, y à Zorayda, que à las nuevas de los nuevos huespedes, y à las que la Ventera les avia dado de la hermosura de la Donzella, avian venido à verla, y à recebirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura, le hizieron mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efeto, èl Señor Oydor entrò confuso, assi de lo que veya, como de lo que escuchava: y las hermosas de la venta dieron la bien llegada à la hermosa Donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estava. Pero el talle, visage, y la postura de Don Quixote le desatinava: y aviendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estava ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon; ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la Donzella, se fuesse con aquellas Señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del Ventero, y con la mitad de la que el Oydor traya, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensavan. El cautivo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barruntos de que aquel era su hermano, pregunto à uno de los criados que con el venian, que como se llamava, y si sabia de que tierra era? El criado le respondiò, que se llamava el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que avia oydo dezir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que èl avia visto, se acabò de confirmar de

que aquel era su hermano, que avia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alboroçado, y contento, llamando aparte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura les contò lo que passava, certificandoles, que aquel Oydor era su hermano. Aviale dicho tambien el criado, como yva proveydo por Oydor à las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella Donzella era su hija, de cuyo parto avia muerto su madre, y que el avia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidioles consejo que modo tendria para descubrirse, ò para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentava, ò le recebia con buenas entrañas. Dexeseme à mi el hazer essa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no ay pensar, sino que vos, Señor Capitan, sereys muy bien recebido. Porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no dà indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso, sino por rodeos, darmele à conocer. Ya os digo, respondiò el Cura, que yo lo tracarè de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estava adereçada la cena, y todos se sentaron à la mesa, excepto el cautivo, y las Señoras, que cenaron de por si en su aposento, en la mitad de la cena, dixo el Cura: del mesmo nombre de vuestra Merced, Señor Oydor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años. El qual camarada era uno de los valientes soldados, y Capitanes, que avia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como

como se llamava esse Capitan, Señor mio, preguntò el Oydor? Llamavase, respondiò el Cura, Ruyperez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon. El qual me contò un caso, que à su padre con sus hermanos le avia sucedido, que à no contarmelo un hombre tan verdadero como el, lo tuviera por cõseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego. Porque me dixo, que su padre avia dividido su hazienda entre tres hijos que tenia, y les avia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y se yo dezir, que èl escogio de venir à la guerra, le avia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro braço, que el de su mucha virtud, subio à ser Capitan de infanteria, y à verse en camino, y predicamento de ser presto Maestre de campo. Pero suele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tenir buena, alli la perdio, con perder la libertad en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdì en la Goleta, y despues por diferentes sucessos, nos hallemos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino à Argel, donde se que le sucedio uno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contò lo que con Zorayda à su hermano avia sucedido. A todo lo qual estava tan atento el Oydor, que ninguna vez avia sido tan Oydor como entonces. Solo llegò el Cura al punto de quando los Franceses despojaron à los Christianos que en la barca, venian, y la pobreza, y necessidad en que su camarada, y la hermosa Mora avian quedado. De los quales no avia sabido en que avian parado, ni si avian llegado à España, ò llevadolos los Franceses à Francia. To-

do lo que el Cura dezia estava escuchando, algo de alli desviado, el Capitan, y notava todos los movimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el Cura avia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O Señor, si supiessedes las nuevas que me aveys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato me salen por los ojos. Esse Capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso y digno exercicio de la gueria. Que fue uno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestro camarada, en la conseja que à vuestro parecer le oystes. Yo seguì el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia me han puesto en el grado que me veys. Mi menor hermano està en el Pirû tan rico, que con lo que ha embiado à mi padre, y à mi, ha satisfecho bien la parte que èl se llevò. Y aun dado à las manos de mi padre, con que poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansimesmo he podido con mas decencia, y autoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide à Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que el vea con vida à los de su hijo. Del qual me maravillò, siendo tan discreto, como en tantos trabajos, y aflicciones, ò prosperos sucessos, y aya descuydado de dar noticia de si à su padre, que si el lo supiera, ò alguno de nosotros, no tuviera necessidad de aguardar al milagro de la caña para alcançar su reseate, pero de lo que

que yo aora me temo, es de pensar, si aquellos Franceses le avràn dado libertad, ò le avràn muerto, por encubrir su hurto. Esto todo serà, que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencè, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora adonde estavas, que yo te fuera à buscar, y à librar de tus trabajos, aunque fuera à costa de los mios. O quien llevara nuevas à nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te sacaran tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa, y liberal, quien pudiera pagar el bien que à un hermano hiziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y las bodas, que tanto gusto à todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compassion, con las nuevas que de su hermano le avian dado, que todos los que le oyan, le acompañavan en dar muestras del sentimiento, que tenia de su lastima. Viendo pues el Cura, que tan bien avia salido con su intencion, y con lo que deseava el Capitan, no quiso tenerlos à todos mas tiempo tristes, y assi se levantò de la mesa, y entrando donde estava Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estavà esperando el Capitan à ver lo que el Cura queria hazer, que fue, que tomandole à èl, assimesmo de la otra mano, con entrambos à dos se fue donde el Oydor, y los demas Cavalleros estavan, y dixo: Cessen Señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro deseo, de todo el bien que acertare à desearse, pues teneys delante à vuestro buen hermano, y à vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mo-

ra,

ra, que tanto bien le hizo. Los Franceſes que os dixe, los puſieron en la eſtrecheza que veys, para que vos moſtreys la liberalidad de vueſtro buen pecho. Acudio el Capitan à abraçar à ſu hermano, y èl le puſo ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan eſtrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que preſentes eſtavan, le huvieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos ſe dixeron, los ſentimientos que moſtraron, apenas creo que pueden penſarſe, quanto mas eſcrivirſe. Alli en breves razones ſe dieron cuenta de ſus ſuceſſos, alli moſtraron puеſta en ſu punto la buena amiſtad de dos hermanos, alli abraçò el Oydor à Zorayda, alli la ofrecio ſu hazienda, alli hizo que la abraçaſſe ſu hija, alli la Chriſtiana hermoſa, y la Mora hermoſiſſima renovaron las lagrimas de todos. Alli Don Quixote eſtava atento, ſin hablar palabra, conſiderando eſtos tan eſtraños ſuceſſos, atribuyendolos todos à quimeras de la andante cavalleria. Alli concertaron, que el Capitan, y Zorayda ſe bolvieſſen con ſu hermano à Sevilla, y aviſaſſen à ſu padre de ſu hallazgo, y libertad. Para que como pudieſſe, vinieſſe à hallarſe en las bodas, y bautiſmo de Zorayda, por no le ſer al Oydor poſſible, dexar el camino que llevava: à cauſa de tener nuevas, que de alli à un mes partia flota de Sevilla à la nueva Eſpaña, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En reſolucion todos quedaron contentos, y alegres del buen ſucceſſo del cautivo, y como ya la noche yva caſi en las dos partes de ſu jornada, acordaron de recogerſe, y repoſar lo que della les quedava. Don Quixote ſe ofrecio à hazer la guarda del caſtillo, porque de

de algun Gigante, ò otro mal andante follon, no fueſſen acometidos, codicioſos del gran teſoro de hermoſura, que en aquel Caſtillo ſe encerrava. Agradecieronſelo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta del humor eſtraño de Don Quixote, de que no poco guſto recibio. Solo Sancho Pança ſe deſeſperava con la tardança del recogimiento, y ſolo èl ſe acomodò mejor que todos, echandoſe ſobre los aparejos de ſu jumento, que le coſtaron tan caros, como adelante ſe dirà. Recogidas pues las Damas en ſu eſtancia, y los demas acomodandoſe, como menos mal pudieron, Don Quixote ſe ſalio fuera de la venta à haver la centinela del Caſtillo, como lo avia prometido. Sucedio pues, que faltando poco por venir el alva, llegò à los oydos de las Damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le preſtaſſen atento oydo. Eſpecialmente Dorotea, que deſpierta eſtava, à cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que aſſi ſe llamava la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era la perſona que tan bien cantava, y era una voz ſola, ſin que la acompañaſſe inſtrumento alguno. Unas vezes les parecia que cantavan en el patio, otras que en la cavalleriza. Y eſtando en eſta confuſion muy atentas, llegò à la puerta del apoſento Cardenio, y dixo: Quien no duerme eſcuche, que oyràn una voz de un moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oymos, Señor, reſpondiò Dorotea. Y con eſto ſe fue Cardenio, poniendo toda la atencion poſſible, entendio, que lo que ſe cantava, era eſto.

CA-

CAPITULO XLIII.

De la agradable Historia del moço de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Navego sin esperança
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy à una estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella y resplandeciente,
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Y assi navego confuso,
El alma à mirarla atenta
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Quando mas verla procuro.
O clara, y luziente estrella,
En cuya lumbre me apuro;
Al punto que te me encubras,
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantava à este punto, le pareció à Dorotea, que no seria bien que dexasse Clara de oyr una tan buena vòz, y assi moviendole à una y à otra parte, la despertò, diziendole: Perdonadme niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiça avràs oydo en

en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez, no entendio lo que Dorotea le dezia, y bolviendoselo à preguntar, ella se lo bolvio à dezir, por lo qual estuvo atenta Clara. Pero apenas huvo oydo dos versos, que el que cantava yva prosiguiendo, quando le tomò un temblor tan estraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abraçandose estrechamente con Dorotea, le dixo: Ay Señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes, que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr à esse desdichado musico. Que es lo que dizes niña, mira que dizen, que el que canta, es un moço de mulas? No es sino Señor de lugares, respondiò Clara, y el que èl tiene en mi alma, con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le serà quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se aventajavan en mucho, à la discrecion que sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo, Señora Clara, que no puedo entenderos: declarados mas, y dezidme, que es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por aora, que no quiero perder por acudir à vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oyr al que canta, que me parece que con nuevos versos, y nuevo tono, torna à su canto. Sea en buen hora, respondiò Clara, y por no oylle, se tapò con las manos entrambos oydos, de lo que tambien se admirò Dorotea. La qual estando atenta à lo que se cantava, vio que proseguian en esta manera.

Dul-

Dulce esperança mia,
Que rompiendo imposſibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu meſma te finges, y adereças,
No te deſmaye el verte
A cada paſſo junto al de tu muerte.

No alcançan pereçoſos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ſer dichoſos
Los que no contraſtando à la fortuna
Entregan deſvalidos
Al ocio blando todos los ſentidos.

Que amor ſus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato juſto,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que ſe quilata por ſu guſto,
Y es coſa manifieſta,
Que no es de eſtima lo que poco cueſta.

Amoroſas porfias
Y al vez alcançan imposſibles coſas,
Y anſi aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultoſas,
No per eſſo rezelo
De no alcançar deſde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio à nuevos ſollo-ços Clara. Todo lo qual encendia el deſeo de Dorotea, que deſeava ſaber la cauſa de tan ſuave canto, y tan triſte lloro. Y aſſi le bolvio à preguntar, que era lo que le queria dezir denantes? Entonçes Clara temeroſa, de que Luſcinda no la oyeſſe, abraçando eſtrechamente à Dorotea, puſo ſu boca tan junto del oydo de Dorotea, que ſeguramente podia hablar

hablar ſin ſer de otro ſentida. Y aſſi le dixo: Eſte que canta, Señora mia, es un hijo de un Cavallero, natural del Reyno de Arragon, Señor de dos lugares, el qual vivia frontero de la caſa de mi padre, en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de ſu caſa con lienços en el invierno, y zeloſias en el verano, yo no ſe lo que fue, ni lo que no, que eſte Cavallero que andava al eſtudio, me vio, ni ſe ſi en la Ygleſia, ò en otra parte: finalmente el ſe enamoro de mi, y me lo dio à entender deſde las ventanas de ſu caſa, con tantas ſeñas, y con tantas lagrimas, que yo le huve de creer, y aun querer, ſin ſaber lo que me queria. Entre las ſeñas que me hazia, era una, de juntarſe la una mano con la otra, dandome à entender, que ſe caſaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que anſi fuera, como ſola, y ſin madre, no ſabia con quien comunicallo, y aſſi lo dexè eſtar, ſin dalle otro favor, ſino era quando eſtava mi padre fuera de caſa, y el ſuyo tambien, alçar un poco el lienço, ò la zeloſia, y dexame ver toda, de lo que el hazia tanta fieſta, que dava ſeñales de bolverſe loco. Llegòſe en eſto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el ſupo, y no de mi, pues nunca pude dezirſelo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de peſadumbre, y aſſi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para deſpedirme del, ſi quiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminavamos, al entrar de una poſada, en un lugar, una jornada de aqui, le vì à la puerta del meſon, pueſto en habito de moço de mulas, tan al natural, que ſi yo no le traxera tan retratado en mi alma, fuera imposſible conocelle. Conocìle, admirème, y alegreme: el me mirò à hurto de mi padre, de quien el ſiempre ſe eſconde, quando atravieſſa por delan-

delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y considero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y adonde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo verà vuestra Merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, que es muy gran Estudiante, y Poëta. Y ay mas, que cada vez que le veo, ò le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin el. Esto es Señora mia, todo lo que os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareys bien de ver, que no es moço de mulas como dezis, sino Señor de almas, y lugares, como yo os he dicho. No digays mas Señora Doña Clara, dixo à esta sazon Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felize fin, que tan honestos principios merecen. Ay Señora, dixo Doña Clara, que fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parerà, que aun yo no puede ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo harè por quanto ay en el mundo. No querria sino que este moço se bolviesse, y me dexasse, que con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que aora llevo: aunque se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no se que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y èl tan muchacho, que en verdad que creo, que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seys años, que para el dia de san Miguel que vendrà, dize mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablava Doña Clara, à quien dixo: Reposemos Señora lo poco que creo queda de la noche, y amanecerà Dios, y medraremos, ò mal me andaràn las manos. Sosiegaronse con esto, y en toda la venta se guardava un grande silencio, solamente no dormian la hija de la Ventera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecava Don Quixote, y que estava fuera de la venta armado, y à cavallo, haziendo la guarda, determinaron las dos de hazerle alguna burla, ò alomenos de passar un poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no avia ventana que saliesse al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echavan la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y vieron que Don Quixote estava à cavallo, recostado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancava el alma. Y assi mesmo oyèron, que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi Señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y ultimamente, idea de todo lo pro-

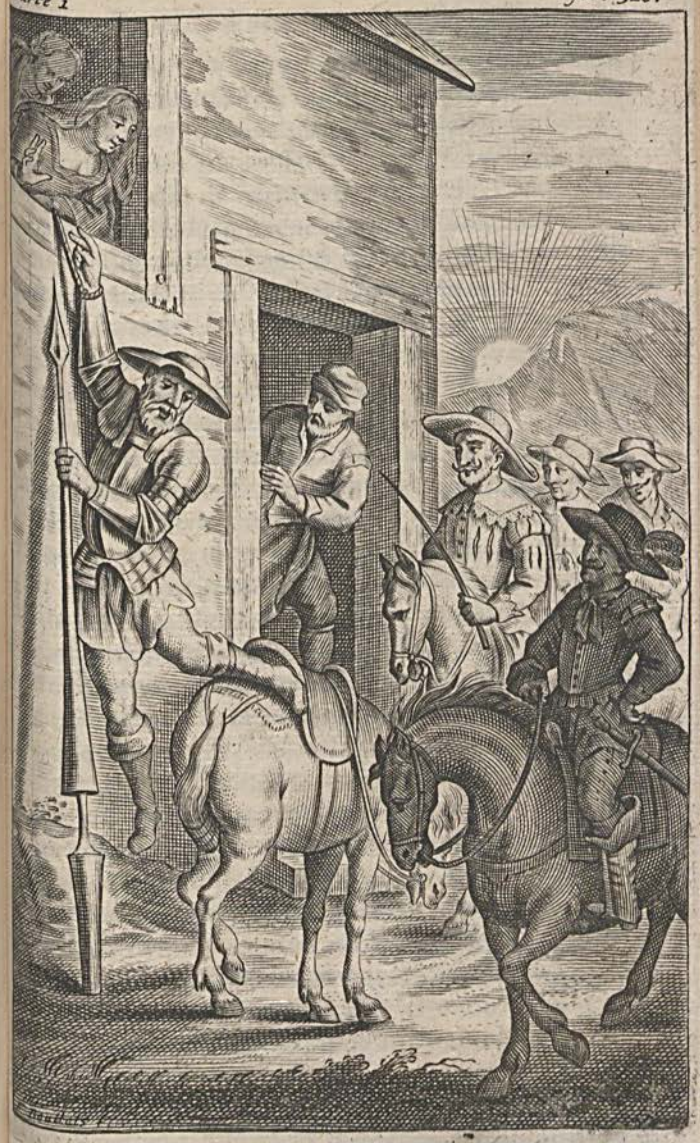
vechoso, honesto, y deleytable que ay en el mundo, y que farà agora la tu merced? Si tendras por Ventura las mientes en tu cautivo Cavallero, que à tantos peligros por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nuevas della, ò Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la suya, la estàs aora mirando, que ò passeandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, ò ya puesta de pechos sobre algun valcon, està considerando, como, salva su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar à mis penas, que sossiego à mi cuydado: y finalmente, que vida à mi muerte, y que premio à mis servicios. Y tu Sol, que ya deves de estar apriessa ensillando tus cavallos, por madruger, y salir à ver à mi Señora: y assi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guardate que al verla, y saludarla no le dès paz en el rostro, que tendrè mas zelos de ti, que tu los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, ò por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegava entonces Don Quixote, en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la Ventera le començò à ceccar, y à dezirle: Señor mio, lleguese acà la vuestra Merced, si es servido. A cuyas señas, y voz bolvio Don Quixote la cabeça, y vio à la luz de la Luna, que entonces estava en toda su claridad, como le llamavan del agujero, que à el le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos, como el se imaginava que era aquella venta: y luego en el instante se le representò en su loca imaginacion,

cion, que otra vez como la passada, la Donzella fermosa, hija de la Señora de aquel Castillo, vencida de su amor tornava à solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagradecido, bolviò las riendas à Rozinante, y se llegò al agujero, y assi como vio à las dos moças, dixo: Lastima os tengo, fermosa Señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es possible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deveys dar culpa à este miserable andante Cavallero, à quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad à otra, que à aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo Señora absoluta de su alma. Perdonadme buena Señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de daroslа en continente, si bien me pidiessedes una guedeja de los cabellos de Meduса, que eran todas culebras: ò ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en una redoma. No ha menester nada dessо mi Señora (Señor Cavallero) dixo à este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta Dueña, vuestra Señora, respondiò Don Quixote? Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el gran deseo que à este agujero la ha traydo, tan à peligro de su honor, que si su Señor padre la huviera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respondiò Don Quixote, pero el se guarderà bien dessо, si

yo no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por aver puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole à Maritornes, que sin duda Don Quixote daria la mano que le avia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que avia de hazer se baxò del agujero, y se fue à la cavalleriza, donde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y con mucha presteza se bolvio à su agujero à tiempo que Don Quixote se avia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar à la ventana enrejada, donde se imaginava estar la ferida Donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, Señora, essa mano, ò por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mundo: Tomad essa mano, digo, à quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseys, sino para que mireys la contestura de sus nervios, la travazon de sus musculos, la anchura, y essociosidad de sus venas, de donde sacareys, que tal deve ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo una lazada corrediza al cabestro, se la echò à la muñeca, y baxandose del agujero, atò lo que quedava al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que V. Merced me ralla que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote, ya no las escuchava nadie, porque assi como Maritornes se ató,

atò, ella, y la otra se fueron muertas de risa, y el dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estava pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrajo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, que si Rozinante se desviava à un cabo, ò à otro, avia de quedar colgado del braço, y assi no osava hazer movimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar, que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion viendose Don Quixote atado, y que ya las demas se avian ydo, se dio à imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del arriero: y maldezia entre si su poca discrecion y discurso, pues aviendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se avia aventurado à entrar en el la segunda, siendo advertimiento de Cavalleros andantes, que quando han provado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no està para ellos guardada, sino para otros, y assi no tienen necessidad de provarla segunda vez. Con todo esto tirava de su braço, por ver si podia soltarse, mas estava tan bien asido, que todas sus pruevas fueron en vano. Bien es verdad, que tirava con tiento, porque Rozinante no se moviesse: y aunque el quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, ò arrancarse la mano. Alli fue el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerça encantamento alguno: alli fue el maldezir de su fortuna: alli fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que alli estuviesse encantado, que sin duda alguna se avia

creydo que lo estava. Alli el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: alli fue el llamar à su buen Escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarde de su jumento, no se acordava en aquel instante, de la madre que lo avia parido: alli llamò à los fabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen: alli invocò à su buena amiga Urganda, que le socorriesse: y finalmente alli le tomò la mañana, tan desesperado y confuso, que bramava como un toro, porque no esperava el, que con el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se movia: y creya que de aquella suerte, sin comer, ni bever, ni dormir avian de estar èl, y su cavallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas, se passasse, ò hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque à penas començò à amanecer, quando llegaron à la venta quatro hombres de acavallo, muy bien puestos, y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron à la puerta de la venta, que aun estava cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote, desde donde aun no dexava de hazer la centinela, con voz arrogante y alta, dixo: Cavalleros, ò Escuderos, ò quienquiera que seays, no teneys para que llamar à las puertas deste castillo, que à faz de claro està, que à tales horas, ò los que est'in dentro duermen, ò no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol estè tendido por todo el suelo: desviaos à fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si serà justo, ò no, que os abran. Que diablos de fortaleza, ò castillo es este, dixo uno, para obligarnos à guardar essas ceremo-



monias: si soys el Ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cevada à nuestras cavalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos Cavalleros que tengo yo talle de Ventero, respondiò Don Quixote? No se de que teneys talle, respondiò el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo à esta venta Castillo es, replicò Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta Provincia: y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y serà, si à mano viene, que deve de estar dentro alguna compañia de representantes, de los quales es tener à menudo essas coronas, y cetros que dezis: porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo, que se alojan personas dignas de corona, y cetro. Sabeys poco del mundo, replicò Don Quixote, pues ignorays los casos que suelen acontecer en la cavalleria andante. Cansavanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote passava, y assi tornaron à llamar con grande furia, y fue de modo, que el Ventero desperto, y aun todos quantos en la venta estavan, y assi se levantò à preguntar quien llamava. Sucedio en este tiempo, que una de las cavalgaduras en que venian los quatro que llamavan, se llegò à oler à Rozinante, qne melancolico, y triste, con las orejas caydas, sostenia sin moverse à su estirado Señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar à oler à quien le llegava à hazer caricias: y assi no se huvo movido tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies,

de Don Quixote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo à no quedar colgado del braço: cosa que le causò tanto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortavan, ò que el braço se le arrancava, porque èl quedò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besava la tierra, que era en su perjuyzio, porque como sentia lo poco que le faltava para poner las plantas en la tierra, fatigavase, y estiravase quanto podia por alcançar al suelo: bien assi como los que estàn en el tormento de la garrucha, puestos à toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren, llegaran al suelo.

CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.

EN EFETO fueron tantas las vozes que Don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el Ventero despavorido à ver quien tales gritos dava: y los que estavan fuera hizieron lo mesmo. Maritornes, que ya avia despertado à las mismas vozes, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desatò, sin que nadie lo viesse, el cabestro que à Don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo à vista del Ventero, y de los caminantes, que llegandose à el le preguntaron, que tenia, que tales vozes dava? El sin responder palabra, se quitò el cordel de la muñeca, y levan-

levantandose en pie subio sobre Rozinante, embraçò su adarga, enristrò su lançon, y tomando buena parte del campo, bolvio à medio galope, diziendo: Qualquiera que dixere, que yo he sido con justo titulo encantado, como mi Señora la Princesa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desmiento, le rieto, y desafio à singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote, pero el Ventero les quitò de aquella admiracion, diziendoles, que era Don Quixote, y que no avia que hazer caso del, porque estava fuera de juyzio. Preguntaronle al Ventero, si acaso avia llegado à aquella venta un muchacho de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que traya el Amante de Doña Clara. El Ventero respondiò, que avia tanta gente en la venta, que no avia echado de ver en el que preguntavan. Pero aviendo visto uno dellos el coche donde avia venido el Oydor, dixo: Aqui deve de estar sin duda, porque este es el coche que èl dizen que sigue: quedese uno de nosotros à la puerta, y entren los demas à buscarle: y aun seria bien, que uno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assi se harà, respondiò uno dellos, y entrandose los dos dentro, uno se quedò à la puerta, y el otro se fue à rodear la venta: todo lo qual veya el Ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyò que buscavan aquel moço, cuyas señas le avian dado. Ya à esta sazon aclarava el dia, y assi por esto, como por el ruydo que Don Quixote avia hecho, estavan todos despiertos, y se levantavan, especialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con sobresalto de

tener

tener tan cerca à su Amante, y la otra con el deseo de verle, avian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondian à su demanda, mora, y rabiava de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su Cavalleria, que licitamente podia el Cavallero andante tomar, y emprender otra empresa, aviendo dado su palabra, y fè, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que avia prometido, èl invistiera con todos, y les hiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien començar nueva empresa, hasta poner à Micomicona en su Reyno, huvo de callar, y estarse quedo, esperando à ver en que paravan las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales hallò al mancebo que buscava, durmiendo al lado de un moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le travò del braço, y le dixo: Por cierto Señor Don Luys, que responde bien à quien vos soys el habito que teneys: y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiose el moço los soñolientos ojos; y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibiò tal sobresalto, que no acertò, ò no pudo hablarle palabra por un buen espacio: y el criado prosiguio, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, Señor Don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta à casa, si ya vuestra Merced no gusta, que su padre, y mi Señora la dè al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo Don Luys, que yo venia este camino, y en este tra-

traje? Un Estudiante, respondiò el criado, à quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubriò; movido à lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echo menos, y assi despachò à quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui à vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornarèmos, llevando os à los ojos que tanto os quieren. Esso serà como yo quisiere, ò como el cielo lo ordinare, respondiò Don Luys. Que aveys de querer, ò que ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en bolveros, porque no ha de ser possible otra cosa? Todas estas razones que entre los dos passavan oyò el moço de mulas, junto à quien Don Luys estava, y levantandose de alli, fue à dezir lo que passava à Don Fernando, y à Cardenio, y à los demas, que ya vestido se avian: à los quales dixo, como aquel hombre llamava de Don à aquel muchacho, y las razones que passavan, y como le queria bolver à casa de su padre, y el moço no queria: y con esto, y con lo que del sabian de la buena voz que el cielo le avia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerça le quisiessen hazer, y assi se fueron hazia la parte donde aun estava hablando, y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada: y llamando Dorotea à Cardenio à parte, le contò en breves razones la historia del musico, y de Doña Clara: à quien el tambien dixo lo que passava, de la venida à buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexasse de oyr Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara à tenerla, diera con-

figo

figo en el suelo. Cardenio dixo à Dorotea, que se bolviessen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estavan todos los quatro que venian à buscar à Don Luys dentro de la venta, y rodeados del, persuadiendole, que luego sin detenerse un punto, bolviesse à consolar à su padre. El respondiò, que en ninguna manera lo podia hazer, hasta dar fin à un negocio en que le yva la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningun modo bolverian sin el, y que le llevarian, quisiesse, ò no quisiesse. Esso no hareys vosotros, replicò Don Luys, sino es llevandome muerte: aunque de qualquiera manera que me lleveys, serà llevarme sin vida. Ya à esta sazon avian acudido à la porfia, todos los mas que en la venta estavan, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que ya le parecio que no avia necessidad de guardar mas el Castillo. Cardenio, como aquel que ya sabia la historia del moço, preguntò à los que llevarle querian, que que les movia a querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muevenos, respondiò uno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste Cavallero, queda à peligro de perderla. A esto dixo Don Luys: No ay para que se dè cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y bolvere si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Harasela à vuestra Merced la razon, respondiò el hombre, y quando ella no bastare con vuestra Merced bastarà con nosotros para hazer à lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo à este tiempo el Oydor. Pero el hombre que le conocio, como

como vezino de su casa, respondiò: No conoce vuestra Merced, Señor Oydor, à este Cavallero, que es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tan indecente à su calidad, como vuestra Merced puede ver? Mirole entonces el Oydor mas atentamente, y conociole, y abraçandole, dixo: Que niñerias son estas, Señor Don Luys, ò que causas tan poderosas, que os ayan movido à venir desta manera, y en este trage, que dize tan mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas à los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo à los quatro, que se sossegassen, que todo se haria bien, y tomando por la mano à Don Luys, le apartò à una parte, y le preguntò, que venida avia sido aquella. Y en tanto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes vozes à la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes que aquella noche avian alojado en ella, viendo à toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscavan, avian intentado à yrse sin pagar lo que devian; mas el Ventero, que atendia mas à su negocio, que à los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeò su mala intencion con tales palabras, que les movio à que le respondiessen con los puños: y assi le començaron à dar tal mano, que el pobre Ventero tuvo necessidad de dar vozes, y pedir socorro. La Ventera, y su hija no vieron à otro mas desocupado para poder socorrerle, que à Don Quixote, à quien la hija de la Ventera dixo: Socorra vuestra Merced, Señor Cavallero, por la virtud que Dios le dio, à mi pobre padre, que dos malos hombres le estàn moliendo como à cibera. A lo qual respondiò Don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Fermosa Donzella, no ha lugar

por

por aora vuestra peticion, porque estoy impedido de entrometerme en otra aventura en tanto que no diere cima à una en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podrè hazer por serviros, es lo que aora dirè: Corred, y dezid à vuestro padre que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuyta, que si ella me la dà, tened por cierto, que yo le sacarè della. Pecadora de mi, dixo à esto Maritornes, que estava delante: primero que vuestra Merced alcance essa licencia que dize, estarà ya mi Señor en el otro mundo. Dadme vos, Señora, que yo alcance la licencia que digo, respondiò Don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caso que el estè en el otro mundo, que de alli le sacarè à pesar del mismo mundo que lo contradiga: ò por lo menos, os darè tal vengança de los que allà le huvieren embiado, que quedeys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue à poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras cavalleroſas, y andantescas, que la su grandeza fuesse servida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estava puesto en una grave mengua. La Princesa se la dio de buen talante: y èl luego embraçando su adarga, y poniendo mano à su espada, acudio à la puerta de la venta, adonde aun todavia trayan los dos huespedes à mal traer al Ventero, pero assi como llegò embaçò, y se estuvo quedo, aunque Maritornes, y la Ventera le dezian, que en que se detenia, que socorriesse à su Señor, y marido. Detengome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano à la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui à mi Escu-

Escudero Sancho, que à el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passava en la puerta de la venta, y en ella andavan las puñadas y moxicones muy en su punto, todo en daño del Ventero, y en rabia de Maritornes, la Ventera, y su hija, que se desesperavan de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo passava su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltarà quien le socorra, ò sino sufra, y calle el que se atreve à mas de lo que sus fuerças le prometen, y bolvamonos atras cincuenta passos à ver que fue lo que Don Luys respondiò al Oydor, que le dexamos à parte, preguntandole la causa de su venida à pie, y de tan vil trage vestido: à lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretava el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse à mi Señora Doña Clara, hija vuestra, y Señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero Señor, y padre mio no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuesse, como la saëta al blanco, ò como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya, Señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su unico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureys à hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: que si mi padre, llevado de otros disignios suyos, no gustare deste bien que

yo

yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Callò en diziendo esto el enamorado mancebo; y el Oydor quedò en oyrle suspenso, confuso, y admirado, assi de aver oydo el modo, y la discrecion con que Don Luys le avia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y assi no respondiò otra cosa, sino que se sosiegasse por entonces, y entretuviesse à sus criados, que por aquel dia no le bolviessen, porque se tuviesse tiempo para considerar lo que mejor à todos estuviesse. Besole las manos por fuerça Don Luys, y aun se las bañò con lagrimas, cosa que pudiera enternecer un coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya avia conocido quan bien le estava à su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera possible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luys, del qual sabia, que pretendia hazer de titulo à su hijo. Ya à esta sazon estavan en paz los huespedes con el Ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le avian pagado todo lo que el quiso, y los criados de Don Luys aguardavan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su Amo, quando el demonio, que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo punto entrò en la venta el Barbero, à quien Don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno, que trocò con los del suyo: el qual Barbero, llevando su jumento à la cavalleriza, vio à Sancho Pança, que estava adereçando no se que de la albarda, y assi como la vio, la conocio, y se atrevio à arremeter à Sancho, diziendo: A Don ladron, que aqui os tengo, venga mi bazia,

zia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improviso, y oyò los vituperios que le dezian, con la una mano asio de la albarda, y con la otra dio un moxicon al Barbero, que le bañò los dientes en sangre: pero no por esto dexò el Barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la Justicia, que sobre cobrar mi hazienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondiò Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganò mi Señor Don Quixote estos despojos. Ya estava Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia, y ofendia su Escudero, y tuvole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armarle Cavallero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria en el bien empleada la orden de la Cavalleria. Entre otras cosas que el Barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino à dezir: Señores, assi esta albarda es mia, como la muerte que devo à Dios, y assi la conozco, como si la huviera parido, y ay està mi asno en el establo, que no me dexarà mentir, sino pruevensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, que el mismo dia que ella se me quitò, me quitaron tambien una bazia de açofar nueva, que no se avia estrenado, que era Señora de un escudo. Aqui no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniendose entre los dos, y apartandoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviesse de manifiesto hasta que la verdad se aclarasse, dixo: Porque vean vuestras Mercedes clara y manifestamente

mente el error en que està este buen Escudero, pues llama bazia à lo que fue, es, y serà, yelmo de Mambrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize Señor dèl con legitima y licita posseſſion, en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabre dezir, es, que mi Escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cavallo deste vencido covarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dì, y el los tomò, y de averse convertido de jaez en albarda, no sabrè dar otra razon, sino es la ordinaria, que como essas transformaciones se veen en los sucessos de la Cavalleria, para confirmacion de lo qual, corre Sancho hijo, y saca aqui el yelmo, que este buen hombre dize ser bazia. Pardiez Señor, dixo Sancho, sino tenemos otra prueva de nuestra intencion, que la que vuestra Merced dize, tan bazia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicò Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fue à do estava la bazia, ò yelmo de Mambrino, como su Amo dezia, y la truxo, y assi como Don Quixote la vio, la tomò en las manos, y dixo. Miren vuestras Mercedes con que cara podra dezir este Escudero, que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho, y juro por la orden de Cavalleria que professo, que este yelmo fue el mismo que yo le quitè, sin aver añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo à esta sazon Sancho, porque desde que mi Señor le gaño hasta agora, no ha hecho con el mas de una batalla, quando libro à los sin ventura encadenados, y sino fuera por este baziyelmo nò lo passara entonces muy bien, porque huvo à saz de pedradas en aquel trance.

CA-

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.

QUE les parece à vuestras Mercedes, Señores, dixo el Barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le harè yo conocer que miente si fuere Cavallero, y si Escudero, que remiente mil vezes. Nuestro Barbero, que à todo estava presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforçar su desatino, y llevar à delante la burla, para que todos riessen: y dixo hablando con el otro Barbero: Señor Barbero, ò quien soys, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte uno, y ni mas ni menos fuy un tiempo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes à la milicia, digo à los generos de armas de los soldados: y digo, salvo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieça que està aqui adelante, y que este buen Señor tiene en las manos, no solo no es bazia de Barbero, pero està tan lexos de serlo, como està lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo no es yelmo entero. No Por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la

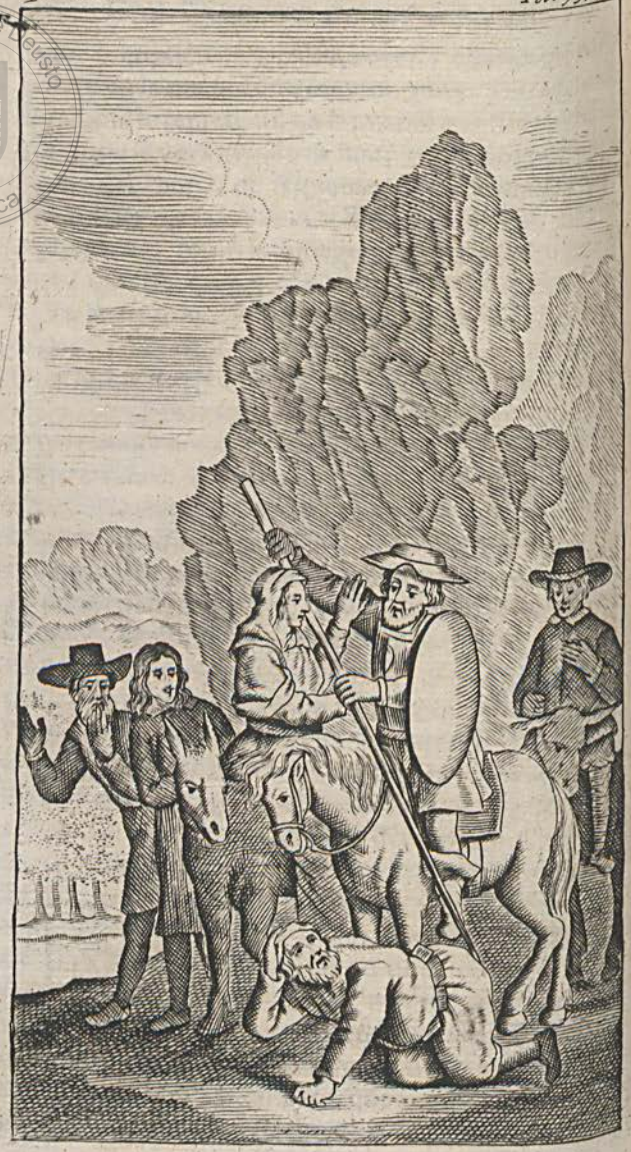
mitad, que es la babera. Assi es, dixo el Cura, que ya avia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, Don Fernando, y sus camaradas: y aun el Oydor, sino estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luys, ayudara por su parte à la burla: pero las veras de lo que pensava le tenian tan suspenso, que poco, ò nada atendia à aquellos donayres. Valame Dios, dixo à esta sazon el Barbero burlando, que es possible que tanta gente honrada diga, que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta, que puede poner en admiracion à toda una Universidad por discreta que sea: Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deve de ser esta albarda jaez de cavallo, como este Señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en esso no me entremeto de que sea albarda, ò jaez. Dixo el Cura, no està en mas de dezirlo el Señor Don Quixote, que en estas cosas de la cavalleria todos estos Señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios Señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos vezes que en el he alojado, me han sucedido, que no me atreva à dezir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en el se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto en el se tratava por via de encantamento: la primera vez me fatigò mucho un Moro encantado que en el ay, y à Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste braço casi dos horas, sin saber como, ni como no vine à caer en aquella desgracia. Assi que ponerme yo agora en cosa de tanta confusion à dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario: en lo que toca à lo que di-

dizen, que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo respondido: pero en lo de declarar si essa es albarda, ò jaez, no me atrevo à dar sentencia difinitiva, solo le dexo al buen parecer de vuestras Mercedes, quiça por no ser armados Cavalleros, como yo lo soy, no tendràn que ver con vuestras Mercedes los encantamentos deste lugar, y tendràn los entendimientos libres, y podràn juzgar de las cosas deste castillo como ellas son, real y verdaderamente, y no como à mi me parecian. No ay duda, respondiò à esto Don Fernando, sino que el Señor Don Quixote ha dicho muy bien oy, que à nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en secreto los votos destos Señores, y de lo que resultare darè entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandissima risa, pero para los que la ignoravan les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente à los quatro criados de Don Luys, y à Don Luys ni mas ni menos, y à otros tres passageros, que à caso avian llegado à la venta, que tenian parecer de ser Quadrilleros, como en efeto lo eran: pero el que mas se desesperava era el Barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se la avia buelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensava sin duda alguna, que se le avia de bolver en jaez rico de cavallo, y los unos y los otros se reyan de ver como andava Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablàdolos al oydo, para que en secreto declarassen si era albarda, ò jaez aquella joya, sobre quien tanto se avia peleado: y despues que huvo tomado los votos de aquellos que à Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar

tantos pareceres, porque veo que à ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el dezir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de cavallo, y aun de cavallo castizo, y assi avreys de tener paciencia, porque à vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos aveys alegado y provado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobre Barbero, si todos vuestras Mercedes no se engañan, y que assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece à mi albarda, y no jaez: pero allà van leyes, &c. y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causavan risa las necedades que dezia el Barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual à esta sazon dixo: Aqui no ay mas que hazer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y à quien Dios se la dio, san Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento, como son, ò parecen todos los que aqui estàn, se atrevan à dezir, y afirmar que esta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman y lo dizen, me doy à entender que no carece de mysterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto à tal, y arrojòle redundo, que no me dèn à mi à entender quantos oy viven en el mundo al reves de que esta no sea bazia de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en esso, sino en si es, ò no es albarda, como vuestras Mercedes dizen. Oyendo esto uno de los Quadrilleros que avian entrado, que avia oydo

oydo la pendencia y quistion, lleno de colera, y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ò dixere, deve de estar hecho uba. Mentis como vellaco villano, respondiò Don Quixote, y alçando el lançon, que nunca le dexava de las manos, le yva à descargar tal golpe sobre la cabeça, que à no desviarse el Quadrillero se le dexara allì tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas Quadrilleros que vieron tratar mal à su compañero, alçaron la voz, pidiendo favor à la santa Hermandad. El Ventero, que era de la quadrilla, entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luys rodearon à Don Luys, porque con el alboroto no se les fuesse. El Barbero viendo la casa rebuelta, tornò à asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano à su espada, y arremetio à los Quadrilleros, Don Luys dava vozes à sus criados que le dexassen à èl, y acorriessen à Don Quixote, y à Cardenio, y à Don Fernando, que todos favorecian à Don Quixote. El Cura dava vozes, la Ventera gritava, su hija se afligia, Maritornes llorava, Dorotea estava confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El Barbero aporreava à Sancho, Sancho molia al Barbero: Don Luys, à quien un criado suyo se atrevio à asirle del braço, porque no se fuesse, le dio una puñada que le baño los dientes en sangre, el Oydor le defendia, Don Fernando tenia debaxo de sus pies à un Quadrillero midiendole el cuerpo con ellos muy à su sabor. El Ventero tornò à reforçar la voz, pidiendo favor à la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, vozes, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas

lladas, moxicones, palos, coces, y efusion de sangre, y en la mitad deste caos, maquina y labirinto, de cosas se le representò en la memoria de Don Quixote, que se veya metido de hoz, y de coz en la discordia del campo de Agramante: y assi dixo con voz que atronava la venta: Tenganse todos, todos embaynen, todos se sossieguen, oyganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y èl prosiguio diziendo: No os dixe yo, Señores, que este castillo era encantado, y que alguna Region de demonios deve de habitar en el, en confirmacion de lo qual quiero que veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el cavallo, acullà por el aguila, acà por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra Merced, Señor Oydor, y vuestra Merced, Señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria, que tanta gente principal como aqui estamos, se mate por causas tan livianas: los quadrilleros que no entendian el frasis de Don Quixote, y se veyan mal parados de Don Fernando, Cardenio, y sus camaradas, no querian sossegarse, el Barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho à la mas minima voz de su Amo obedecio, como buen criado: los quatro criados de Don Luys, tambien se estuvieron quedos, viendo quan poco les yva en no estarlo, solo el Ventero porfiava que se avian de castigar las insolencias de aquel loco, que à cada passo le alborotava la venta: finalmente el rumor se apaziguo



guò por entonces, la albarda se quedò por jaez hasta el dia del juyzio, y la bazia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sossiego, y hechos amigos todos, à persuasion del Oydor, y del Cura, bolvieron los criados de Don Luys à porfiarle, que al momento se viniesse con ellos, y en tanto que el con ellos se avenia, el Oydor comunico con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, que devia hazer en aquel caso, contandoseles con las razones que Don Luys le avia dicho: en fin fue acordado, que Don Fernando dixesse à los criados de Don Luys quien el era, y como era su gusto, que Don Luys se fuesse con el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de Don Luys merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luys, que no bolveria por aquella vez à los ojos de su padre, si le hiziessen pedaços. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando, y la intencion de Don Luys, determinaron entre ellos, que los tres se bolviessen à contar lo que passava à su padre, y el otro se quedasse à servir à Don Luys, y à no dexalle hasta que ellos bolviessen por el, ò viesse lo que su padre les ordenava: desta manera se apaziguò aquella maquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendose el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto que avia grangeado de averlos puesto à todos en tan confuso laberinto, acordò de provar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desassossiegos. Es pues el caso, que los Quadrilleros se sossegaron por aver entreoydo la calidad de los que con ellos se avian combatido, y se retiraron de la pen-

den-

dencia, por parecerles que de qualquier manera que ſucediesſe avian de llevar lo peor de la batalla: pero uno dellos, que fue el que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino à la memoria, que entre algunos mandamientos que traya para prender à algunos delinquentes, traya uno contra Don Quixote, à quien la ſanta Hermandad avia mandado prender por la libertad que dio à los galeotes, y como Sancho con mucha razon avia temido: imaginando pues eſto, quiſo certificarſe ſi las ſeñas que de Don Quixote traya venian bien, y ſacando del ſeno un pergamino topò con el que buſcava, y poniendoſele à leer de eſpacio, porque no era buen letor, à cada palabra que leya, ponia los ojos en Don Quixote, y yva cotexando las ſeñas del mãdamiento con el roſtro de Don Quixote, y hallò que ſin duda alguna era el que el mandamiento rezava, y apenas ſe huvo certificado, quando recogiendo ſu pergamino, y quiçà tomo el mandamiento, y con la derecha aſio à Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexava alentar, y à grandes vozes dezia: Favor à la ſanta Hermandad, y para que ſe vea que lo pido de veras, leaſe eſte mandamiento donde ſe contiene que ſe prenda à eſte ſalteador de caminos. Tomò el mandamiento el Cura, y vio como era verdad quanto el Quadrillero dezia, y como convenia con las ſeñas con Don Quixote, el qual viendoſe tratar mal de aquel villano malandrin, pueſta la colera en ſu punto, y cruxiendole los hueſſos de ſu cuerpo, como mejor pudo el aſio al Quadrillero con entrambas manos de la garganta, que à no ſer ſocorrido de ſus compañeros, alli dexara la vida antes que Don Quixote la preſa. El Ventero, que por fuerça avia de favorecer à los de ſu oficio, acudio luego à dalle favor

favor. La Ventera que vio de nuevo à ſu marido en pendencia, de nuevo alçò la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes, y ſu hija, pidiendo favor al cielo, y à los que alli eſtavan. Sancho dixo viendo lo que paſſava: Vive el Señor que es verdad quanto mi Amo dize de los encantos deſte caſtillo, pues no es poſſible vivir una hora con quietud en el. Don Fernando deſpartiò al Quadrillero, y à Don Quixote, y con guſto de entrambos les deſenclavijò las manos, que el uno en el collar del ſayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien aſidas tenian: pero no por eſſo ceſſavan los Quadrilleros de pedir ſu preſo, y que les ayudaſſen à darſele atado, y entregado à toda ſu voluntad, porque aſſi cõvenia al ſervicio del Rey, y de la ſanta Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian ſocorro, y favor para hazer aquella priſion de aquel robador y ſalteador de ſendas, y de carreras. Reyaſe de oyr dezir eſtas razones Don Quixote, y con mucho ſoſſiego, dixo: Venid acà gente ſoez, y mal nacida, ſaltear de caminos, llamays al dar libertad à los encadenados, ſoltar los preſos, acorrer à los miſerables, alçar los caydos, remediar los meneſterosos? A gente infame, digna por vueſtro baxo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que ſe encierra en la cavalleria andante, ni os dè à entender el pecado, è ignorancia en que eſtays en no reverenciar la ſombra, quanto mas la aſſiſtencia de qualquier Cavallero andante. Venid acà ladrones en quadrilla, que no Quadrilleros, ſalteadores de caminos con licencia de la ſanta Hermandad, dezidme quien fue el ignorante, que firmò mandamiento de priſion contra un tal Cavallero como yo ſoy? Quien el que ignorò que ſon eſſentos de todo judicial fuero los Cavalleros andan-

dantes? y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus prematicas su voluntad? Quien fue el mentecato, buelvo à dezir, que no sabe que no ay secutoria de Hidalgo con tantas preeminencias, ni essenciones, como la que adquiere un Cavallero andante el dia que se arma Cavallero, y se entrega al duro exercicio de la cavalleria? Que Cavallero andante pagò pecho, alcavala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que sastre le llevò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogiò en su castillo, que le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò à su mesa? Que Donzella no se le aficionò, y se le entregò rendida à todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que Cavallero andante ha avido, ay, ni avrà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos à quatrocientos Quadrilleros que se le pongan delante.

CAPITULO XLVI.

De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cavallero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote esto dezia, estava persuadiendo el Cura à los Quadrilleros, como Don Quixote era falto de juyzio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante: pues aunque le prendiessen, y llevassen, luego le avian de dexar por loco: à lo que respondiò el del mandamiento: Que à el no tocava juzgar de la locura de Don Quixote, sino hazer lo que por su mayor

or le era mandado, y que una vez preso, siquiera e soltassen trezientas. Con todo esso dixo el Cura, or esta vez no le aveys de llevar, ni aun el dexarà levarse, à lo que yo entiendo: en efeto tanto les supo el Cura dezir: y tantas locuras supo Don Quixote hazer, que mas locos fueràn que no èl los Quadrilleros, sino conocieran la falta de Don Quixote, assi tuvieron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el Barbero, y Sancho Pança, que todavia assistian con gran rancor à su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocava à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à socapa, y sin que Don Quixote lo entendiesse, le dio por la bazia ocho reales, y el Barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarse à engaño por entonces, ni por siempre jamas. Amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restava que los criados de Don Luys se contentassen de bolver los tres, y que el uno quedasse para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna avia començado à romper lanças, y à facilitar dificultades en saber de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar à todo felice sucesso, porque los criados se contentaron de quanto Don Luys queria, de que recibio tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regozijo de su alma. Zoraida aunque no entten-

tendia bien todos los sucessos que avia visto, se entristecia, y alegrava à bulto conforme veya, y notava los semblantes à cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traya colgada el alma. El Ventero à quien se le pagò por alto la dadiva, y recompensa que el Cura avia hecho al Barbero, pidio el escote de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el ultimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò Don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad avia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sossiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote avia dicho, sino la mismo paz, y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fue comun opinion, que se devian dar las gracias à la buena intencion, y mucha eloquencia del Señor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viendose pues Don Quixote libre y desembaraçado de tantas pendencias, assi de su Escudero, como suyas; le parecio, que seria bien seguir su començado viage, y dar fin à aquella grande aventura, para que avia sido llamado, y escogido: y assi con resoluta determinacion se fue à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablasse palabra hasta que se levantasse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Proverbio, fermosa Señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia, que la solicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoso: pero en ningunas cosas se mues-

stra mas esta verdad, que en las de la guerra, adonde la celeridad, y presteza previene los discursos del enemigo, y alcança la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa Señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echassemos de ver algun dia, porque quien sabe si por ocultas espias, y diligentes avrà sabido ya vuestro enemigo el Gigante de que yo voy à destruylle, y dandole lugar el tiempo de fortificasse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: assi que Señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego à la buena ventura, que no està mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas Don Quixote, y esperò con mucho sossiego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual con ademan señoril, y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondiò desta manera: Yo os agradezco, Señor Cavallero, el deseo que mostrays tener de favorecerme en mi gran cuyta, bien assi como Cavallero, à quien es anexo y concerniente el favorecer los huerfanos, y menesterosos: y quiera el cielo, que el vuestro, y mi deseo se cumpla, para que veays, que ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mi à toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregò la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus Señorios, no ha de querer yr contra lo que la vuestra prudencia

cia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues assi es, que una Señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego porque me va poniendo espuelas el deseo, y el camino, lo que suele dezirse, que en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla Sancho à Rozinante, y apareja tu jumento, y el Palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano, y destos Señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que à todo estava presente, dixo meneando la cabeça à un parte y à otra: Ay Señor, Señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Que mal puede aver en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano? Si vuestra Merced se enoja, respondiò Sancho, yo callarè, y dexarè de dezir lo que soy obligado como buen Escudero, y como deve un buen criado dezir à su Señor. Dì lo que quisieres, replicò Don Quixote, como tus palabras no se encaminen à ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es esso, pecador soy yo à Dios, respondiò Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta Señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ser lo que ella dize, no se anduviera hocicando con alguno de los que estan en la rueda à buelta de cabeça, y à cada traspuesta. Paròse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez à hurto de otros

otros ojos, avia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos. Lo qual avia visto Sancho, y pareciendole que aquella desemboltura, mas era de Dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso responder palabra à Sancho, sino dexòle proseguir en su platica, y el fue diziendo: Esto digo, Señor, porque si al cabo de aver andado caminos y carreras, y passado malas noches, y peores dias ha de venir à coger el fruto de nuestros trabajos el que se està holgando en esta venta, no ay para que darme priessa à que ensille à Rozinante, albarde el jumento, y aderece el Palafren, pues serà mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibio Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su Escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lançando vivo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador, y maldiziente, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas Señoras? Y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaquerias, inventor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decoro que se deve à las Reales personas. Vete no parezcas delante de mi, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò à todas partes, y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la yra que encerrava en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò San-

cho tan encogido, y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara. Y no supo que hazerse, sino bolver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su Señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo, para templarle la ira: No os despecheys, Señor Cavallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen Escudero ha dicho. Porque quiça no las deve de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y Christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio à nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos Señor Cavallero dezis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho huviesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo à esta sazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante à este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bondad è inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios à nadie. Assi es, y assi serà, dixo Don Fernando, por lo qual deve vuestra Merced Señor Don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia, *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondiò, que èl le perdonava, y el Cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano à su Amo, y el se la dio, y despues de aversela dexado besar, le echò la bendicion, diziendo: Agora acabaràs de conocer

cer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Assi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondiò Don Quixote, que si assi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi en quien tomar vengança de tu agravio. Desearon saber todos, que era aquello de la manta, y el Ventero lo contò punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asségurara su Amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegò la sandez de Sancho à tanto, que creyesse no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de aver sido manteado por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su Señor lo creya, y lo afirmava. Dos dias eran ya passados los que avia que toda aquella ilustre compañia estava en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin ponerse al trabajo de bolver Dorotea, y Don Fernando con Don Quixote à su aldea, con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiessen el Cura, y el Barbero llevarsele, como deseavan, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con un carretero de bueyes, que à caso acertò à passar por alli, para que lo llevasse, en esta forma. Hizieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiesse en ella caber holgadamente Don Quixote: y luego Don Fernando, y sus camaradas, con los criados de Don Luys, y los Quadrilleros, juntamen-

mente con el Ventero, todos por orden, y parece del Cura, se cubrieron los rostros, y se disfraçaron, quien de una manera, y quien de otra; de modo que à Don Quixote le pareciesse ser otra gente de la que en aquel castillo avia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron adonde èl estava durmiendo y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse à el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando el despertò con sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa; mas que admirarse, y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representava, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estava encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo à punto, como avia pensado que sucederia el Cura, traçador desta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estava en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltava bien poco para tener la mesma enfermedad de su Amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò descoser su boca, hasta ver en que parava aquel assalto, y prision de su Amo. El qual tampoco hablava palabra, atendiendo à ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper à dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia. O Ca-

Cavallero de la triste Figura, no te dè afincamiento la prision en que vas, porque assi conviene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabarà, quando el furibundo Leon Manchado, con la blanca Paloma Tobosina, yogiren en uno. Ya despues de humilladas las altas cervizes, al blando yugo matrimonesco. De cuyo inaudito consorcio saldràn à la luz del Orbe los bravos cachorros, que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto serà antes, que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas, à la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediente Escudero, que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente ver llevar assi delante de tus ojos mesmos, à la flor de la Cavalleria andante. Que presto, si al plasmador del mundo le plaze, te veràs tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldràn defraudadas las promesas, que te ha fecho tu buen Señor. Y assegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado como lo veràs por obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado Cavallero, que conviene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, à Dios quedad, que yo me buelvo adonde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto, y disminuyola despues, con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer, que era verdad lo que oyan. Quedò Don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo la significacion della: y vio que le prometian, el verse ayuntados en santo y devido matrimonio, con su querida Dul-

cinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien, y firmemente, alçò la voz, y dando un gran suspiro, dixo: O tu quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al Sabio encantador, que mis cosas tiene à cargo, que no me dexe parecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promesas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea, tendrè por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y talamo dichoso. Y en lo que toca à la consolacion de Sancho Pança mi Escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexarà en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, ò por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula, ò otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrà perderse, que en mi testamento, que ya està hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme à sus muchos y buenos servicios, sino à la possibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CA-

CAPITULO XLVII.

Del estraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucessos

QUANDO Don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas y muy graves Historias he yo leydo de Cavalleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo que à los Cavalleros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los suelen llevar por los ayres, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya sobre algun Hipogrifo, ò otra bestia semejante. Pero que me lleven à mi agora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion. Pero quiça la cavalleria, y los encantos destos nuestros tiempos, deven de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nuevo Cavallero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la cavalleria aventurera, tambien nuevamente se ayan inventado otros generos de encantamentos, y otros modos de llevar à los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondiò Sancho, por no ser tan leydo como vuestra Merced en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo Catolicas. Catolicas, mi padre, respondiò Don Quixote, como han de ser Catoli-

cas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir à hazer esto, y à ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo sino de ayre, y como no consiste en mas de en la apariencia. Par Dios Señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dize, todos huelen à piedra azufre, y à otros malos olores, pero este huele à ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por Don Fernando, que como tan Señor, devia de oler à lo que Sancho dezia. No te maravilles desso, Sancho amigo, respondiò Don Quixote porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediondas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estàn, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contenta, no es possible que ellos huelan cosa buena. Y si à ti te parece, que esse demonio que dize, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte con hazer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre Amo y criado, y temiendo Don Fernando, y Cardenio, que Sancho no viniesse à caer del todo en la cuenta de su invencion, à quien andava ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando à parte al Ventero, le ordenaron que ensillasse à Rozinante, y enalbardasse el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza.

Ya

Ya en esto el Cura se avia concertado con los Quadrilleros, que lo acompañassen hasta su lugar, dandoles un tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la silla de Rozinante, del un cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mandò à Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas à Rozinante, y puse à los dos lados del carro à los dos Quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se moviesse el carro, salio la Ventera, su hija, y Maritornes à despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloravan de dolor de su desgracia, à quien Don Quixote dixo: No lloreys mis buenas Señoras, que todas estas desdichas son anexas à los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso Cavallero andante. Porque à los Cavalleros de poco nombre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud y valentia, à muchos Principes, y à muchos otros Cavalleros, que procuran por malas vias destruyr à los buenos. Pero con todo esso la virtud es tan poderosa, que por si sola, à pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inventor Zoroastes, saldrà vencedora de todo trance, y darà de si luz en el mundo, como la dà el Sol en el cielo. Perdonadme fermosas Damas, si algun desaguisado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad y à sabiendas, jamas le dì à nadie. Y Rogad à Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerà de la memoria las mercedes que en este castillo me avedes fecho para gratificarlas, servillas, y recompensallas, como ellas merecen. En tanto

que

que las demas del castillo esto passavan con Don Quixote, el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del Capitan, y de su hermano, y todas aquellas contentas Señoras, especialmente de Dorotea, y Luscinda. Todos se abraçaron, y quedaron de darse noticia de sus sucessos. Diziendo Don Fernando al Cura, donde avia de escrivirle, para avisarle en lo que parava Don Quixote assegurandole, que no avria cosa que mas gusto le diesse, que saberlo. Y que èl assimesmo le avisaria de todo aquello que el viesse que podria darle gusto, assi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y sucesso de Don Luys, y buelta de Luscinda à su casa. El Cura ofrecio de hazer quanto se le mandava con toda puntualidad. Tornaron à abraçarse otra vez, y otra vez tornaron à nuevos ofrecimientos. El Ventero se llegò al Cura, y le dio unos papeles, diziendole, que los avia hallado en un aforro de la maleta, donde se hallò la novela del curioso Impertinente, y que pues su Dueño no avia buelto mas por alli, que se los llevasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Novela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna novela: y coligio, que pues la del curioso Impertinente avia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuessen todas de un mismo Autor, y assi la guardò con presupuesto de leerla quando tuviesse comodidad. Subio à cavallo, y tambien su amigo el Barbero, con sus antifazes, porque no fuessen luego conocidos de Don Quixote, y pusieronse à caminar tras el carro, y la orden que llevava era esta: Yva primero el carro, guiandole

dole su Dueño: à los dos lados yvan los Quadrilleros: como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Pança sobre su asno, llevando de rienda à Rozinante. Detras de todo esto yvan el Cura, y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave, y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yva sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado à las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron à un valle, donde le parecio al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto à los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero, que comunicassen un poco mas, porque èl sabia detras de un recuesto que cerca de alli se mostrava, avia un valle de mas yerva, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomòse el parecer del Barbero, y assi tornaron à proseguir su camino. En esto bolvio el Cura el rostro, y vio que à sus espaldas venian hasta seys, ò siete hombres de à cavallo, bien puestos y adereçados, de los quales fueron presto alcançados, porque caminavan, no con la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien yva sobre mulas de Canonigos, y con deseo de llegar presto à sestear à la venta, que menos de una legua de alli se parecia. Llegaròn los diligentes à los perezosos, y saludaronse cortesmente, y uno de los que venian que en resolucion era Canonigo de Toledo, y Señor de los demas que le acompañavan, viendo la cõcertada procession del carro, Quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura, y Barbero, y mas à Don Quixote enjaulado, y aprisiona-

sionado, no pudo dexar de preguntar, que significava llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se avia dado à entender, viendo las insignias de los Quadrilleros, que devia de ser algun facinoroso salteador, ò otro delinquente, cuyo castigo tocasse à la santa Hermandad. Uno de los Quadrilleros, à quien fue hecha la pregunta, respondiò assi: Señor lo que significa yr este Cavallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò Don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras Mercedes Señores Cavalleros, son versados, y peritos en esto de la Cavalleria andante, porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me canse en dezirlas. Y à este tiempo avian ya llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes estavan en platicas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo à lo que Don Quixote dixo respondiò: En verdad hermano, que se mas de libros de Cavallerias, que de las sumulas de Villalpando: Assi que sino està en mas que en esto, seguramente podeys comunicar conmigo lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicò Don Quixote. Pues assi es, quiero Señor Cavallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cavallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que à despecho, y pesar de la misma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva

sirva de exemplo, y dechado en los venideros siglos, donde los Cavalleros andantes vean los passos que han de seguir, si quisieren llegar à la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el Señor Don Quixote de la Mancha, dixo à esta sazon el Cura, que el và encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, Señor, el Cavallero de la triste Figura, si ya le oystes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, serán escritas en bronces duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre en semejante estilo, estuvo por hazerse la Cruz de admirado, y no podia saber lo que le avia acontecido: y en la mesma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pança, que se avia acercado à oyr la platica, para adobarlo todo, dixo: Aora Señores, quieran me bien, ò quieranme mal por lo que dixere, el caso dello es, que assi và encantado mi Señor Don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beve, y haze sus necessidades como los demas hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaulassen. Siendo esto assi, como quieren hazerme à mi entender que và encantado? Pues yo he oydo dezir à muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi Amo sino le van à la mano, hablarà mas que treynta procuradores. Y bolviendose à mirar al Cura, prosiguio, diziendo: A Señor Cura, Señor Cura, pensava vuestra Merced que no le conozco, y pensarà que yo no calo, y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamē-

tos,

tos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro y sepa que le entiendo, por mas que dissimule sus embustes? En fin donde Reyna la embidia, no puede vivir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi Señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assi de la bondad de mi Señor, el de la triste Figura, como de la grandeza de mis servicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dize por ay, que la rueda de la fortuna anda mas lista, que una rueda de molino, y que los que ayer estavan en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian y devian esperar ver entrar à su padre por sus puertas hecho Governador, ò Visorrey de alguna Insula, ò Reyno, le verán entrar hecho moço de cavallos. Todo esto que he dicho, Señor Cura, no es mas de por encarecer à su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que à mi Señor le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi Amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes, que mi Señor Don Quixote dexa de hazer en este tiempo que està preso. Adobame essos candiles, dixo à este punto el Barbero. Tambien vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro Amo? Vive el Señor, que voy viendo, que le aveys de tener compañia en la jaula, y que aveys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su cavalleria. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entrò en los cascos la Insula que tanto deseays. Yo no estoy preñado de nadie, respondiò Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del

del Rey que fuesse, y aun que pobre soy Christiano viejo, y no devo nada à nadie, y si Insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre puedo venir à ser Papa, quanto mas Governador de una Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi Señor, que le falte à quien darlas. Vuestra Merced mire como habla, Señor Barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro à Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y à mi no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi Amo. Dios sabe la verdad, y quedese aqui; porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero à Sancho, porque no descubriesse con sus simplicidades lo que èl, y el Cura tanto procuravan encubrir. Y por este mesmo temor avia el Cura dicho al Canonigo, que caminasse un poco delante, que èl le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolò assi el Canonigo, y adelantòse con sus criados, y con el estuvo atento à todo aquello que dezirle quiso, de la condicion, vida, locura, y costumbres de Don Quixote. Contandole brevemente el principio, y causa de su desvario: y todo el progresso de sus sucessos, hasta averlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevavan de llevarle à su tierra, para ver si por algun medio hallavan remedio à su locura. Admiraronse de nuevo los criados, y el Canonigo de oyr la peregrina historia de Don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la Republica estos que llaman libros de cavallerias. Y aunque he leydo llevado de un ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impressos, jamas me he podido acomodar à leer ninguno, del

del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este: que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun à mi me parece, este genero de escritura y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente à deleytar, y no à enseñar. Al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates. Que el deleyte, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que vee, ò contempla en las cosas que la vista, ò la imaginacion le ponen delante: y toda cosa que tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede aver, ò que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ò fabula, donde un moço de diez y seys años dà una cuchillada à un Gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique: y que quando nos quieren pintar una batalla, despues de aver dicho, que ay de la parte de los enemigos un millon de competientes, como sea contra ellos el Señor del libro, forçosamente, mal que nos pese, avemos de entender, que el tal Cavallero alcançò la vitoria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con que una Reyna, ò Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de un andante, y no conocido Cavallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podrà contentarse leyendo, que una gran torre llena de Cavalleros và por la mar adelante, como nave con prospero viento, y oy anoche se en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Juan de las Indias, ò en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si à esto se me respondiesse, que los que tales libros componen, los escriven como cosas de mentira, y que assi no estàn obligados à mirar en delicadezas, ni verdades. Resp onderles ya yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escriviendose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen, y entretengan de modo, que anden à un mismo passo la admiracion y la alegria juntas: y todas estas cosas no podrà hazer el que huyere de la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo que se escrive, no he visto ningun libro de cavallerias, que haga un cuerpo de fabula entero con todos sus miembros: de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion à formar una quimera ò un monstruo, que à hazer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increybles, en los amores lascivos, en las cortesias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages: y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como à gente inutil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y pareciole hombre de buen entendi-

miento, y que tenia razon en quanto dezia: y assi le dixo, que por ser èl de su misma opinion, y tener ogeriza à los libros de cavallerias, avia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos. Y contole el escrutinio que dellos avia hecho, y los que avia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se riò el Canonigo, y dixo, que con todo quanto mal avia dicho de tales libros, hallava en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porque davan largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas: pintando un Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrandose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente Orador, persuadiendo, ò dissuadiendo à sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar, como en el acometer. Pintando aora un lamentable y tragico suceso, aora un alegre y no pensado acontecimiento: alli una hermosissima Dama, honesta, discreta, y recatada: aqui un Cavallero Cristiano, valiente, y comedido: acullà un desaforado barbaro fanfarron: acà un Principe cortès, valeroso, y bien mirado: representando bondad, y lealtad de vasallos grandezas, y mercedes de Señores, ya puede mostrarse Astrologo, ya Cosmografo excelente, ya Musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le vendrà ocasion, de mostrarse Nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulisses, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las traysiones de Sinon, la amistad de Euria-

lo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que pueden hazer perfeto à un Varon ilustre, aora poniendolas en uno solo, aora dividiendolas en muchos, y siendo esto hecho con apazibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere possible à la verdad: sin duda compondrà una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar, y deleytar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada destos libros dà lugar à que el Autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes que encierran en si las dulcissimas y agradables ciencias de la Poësia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escrivirse en prosa como en verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI es, como vuestra Merced dize, Señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos Prin-

cipes de la Poësia Griega, y Latina. Yo alomenos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer un libro de cavallerias, guardando en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia de si correspondian à mi estimacion, las he comunicado con hombres apassionados desta leyenda, doctos, y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion: pero con todo esto no he prosiguido adelante, assi por parecerme que hago cosa agena de mi profession, como por ver, que es mas el numero de los simples, que de los prudentes: y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juyzio del desvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leer semejantes libros: pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diziendo: Si estas que aora se usan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies, ni cabeça, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene, y las aprueva por buenas, estando tan lexos de serlo, y los Autores que las componen, y los Actores que las representan, dizen, que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que llevan traça, y siguen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que à ellos les està mejor ganar de comer con los muchos, que no

no opinion con los pocos. Deste modo vendrà à ser un libro, al cabo de averme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendrè à ser el sastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir à los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que hagan el arte, que no con las disparatadas: y estàn tan asidos, y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los saque. Acuerdome que un dia dixe à uno destos pertinazes: Dezidme, no os acordays que ha pocos años, que representaron en España tres Tragedias, que compuso un famoso Poëta destos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegaron, y suspendieron à todos quantos las oyeron, assi simples, como prudentes, assi del vulgo, como de los escogidos, y dieron mas dineros à los representantes ellas tres solas, que treynta de las mejores que despues acà se han hecho? Sin duda, respondiò el autor que digo, que deve de dezir vuestra Merced por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por essas digo, le replique yo: y mirad si guardavan bien los preceptos del arte, si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo? Assi que no està la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le tuvo la Numancia, ni se le hallò en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga favorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poëtas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado? y otras cosas añadia à estas, con que

à mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra Merced, Señor Canonigo, dixo à esta sazon el Cura, que ha despertado en mi un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que yguala al que tengo con los libros de Cavallerias, porque aviendo de ser la comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, è imagen de la verdad, las que agora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imagines de lascivia. Porque que mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un moço cobarde, un lacayo retorico, un paje consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona. Que dirè pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ò podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada començò en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabò en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas, la quarta acabara en America, y assi se huviera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, como es possible que satisfaga à ningun mediano entendimiento? que fingiendo una accion que passa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuyan que fue el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Jerusalen, y el que ganò la casa Santa, como Godofre de Bullon, aviendo infinitos años de lo uno à lo otro, y fundadose

dose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras sucedidas à diferentes personas, y tiempos: y esto no con traças verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables, y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demàs es buscar gullurias. Pues que si venimos à las comedias divinas, que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo à un Santo los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreven à hazer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que alli estarà bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga à la comedia: que todo esto es en perjuyzio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles; porque los Estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento que las Republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla à vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ò mala, no ay para que poner leyes, ni estrechar à los que las componen, y representan, à que las hagan como devian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual respondera yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna, con las comedias

buenas, que con las no tales. Porque de aver oydo la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucessos: discreto con las razones: advertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos affectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los Poëtas que las componen: porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deven hazer. Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dizen, y dizen verdad, que los representantes no se las compraran, sino fuessen de aquel jaez: y assi el Poëta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas è infinitas comedias que ha compuesto un felicissimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verse, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necessidad los recitantes de huyrse, y aus-

ausentarse, temerosos de ser castigados como lo han sido muchas vezes, por aver representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconvenientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huviesse en la Corte una persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representassen: no solo aquellas que se hiziessen en la Corte, sino todas las que se quisiessen representar en España, sin la qual aprovacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias à la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de aver de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diesse cargo à otro, ò à este mismo, que examinasse los libros de Cavallerias, que de nuevo se compusiessen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra Merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciessen à la luz de los nuevos que saliessen, para honesto passatiempo: no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es possible que esté continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita re-

recreacion: A este punto de su coloquio, llegavan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el Barbero llegò à ellos, y dixo al Cura: Aqui, Señor Licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que sesteando nosotros, tuviessen los bueyes fresco y abundoso pasto: Assi me lo parece à mi, respondiò el Cura: y diziendole al Canonigo lo que pensava hazer, èl tambien quiso quedarse con ellos, combidado del sitio de un hermoso valle que à la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conversacion del Cura, de quien ya se yva aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandò à algunos de sus criados que se fuessen à la venta, que no lexos de alli estava, y truxessen della lo que huviesse de comer, para todos: porque èl determinava de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual uno de sus criados respondiò: Que el azemila del repuesto, que ya devia de estar en la venta traya recado bastante, para no obligar à no tomar de la venta mas que cevada. Pues assi es, dixo el Canonigo, llevense allà todas las cavalgaduras, y hazed bolver la hazemila. En tanto que esto passava, viendo Sancho que podia hablar à su Amo, sin la continua assistencia del Cura, y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegò à la jaula donde yva su Amo, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamento, y es: Que aquestos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el Barbero, y imagino han dado esta traça de llevarle desta manera, de pura embidia que tienen, como V. Merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siguese, que no va encantado, sino embaydo, y tonto.

to. Para prueva de lo qual le quiero preguntar una cosa, y se me responde, como creo que me ha de responder, tocarà con la mano este engaño, y verà como no và encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondiò Don Quixote, que yo te satisfarè, y responderè à toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que allivan, y vienen con nosotros, son el Cura, y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos: bien podrà ser que parezca que son ellos mesmos: pero que lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, deve de ser que los que me han encantado, avràn tomado essa apariencia, y semejança, porque es facil à los encantadores tomar la figura que se les antoja, y avràn tomado las destos nuestros amigos: para darte à ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à salir del, aunque tuviesses la soga de Teseo: y tambien lo avràn hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porque si por una parte tu me dizes, que me acompañan el Barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sè de mi, que fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme: que quieres que diga, ò piense, sino que la manera de mi encantamento excede à quantas yo he leydo en todas las historias que tratan de Cavalleros andantes que han sido encantados. Assi que bien puedes darte paz, y sossiego en esto de creer que son los que dizes: porque assi son ellos como yo soy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo,

go, dì, que yo te resonderè, aunque me preguntes de aqui à mañana. Valame nuestra Señora, respondiò Sancho, dando una gran voz, y es possible que sea vuestra Merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver, que es pura verdad la que le digo: y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto. Pero pues assi es, yo le quiero provar evidentemente como no và encantado. Sino digame, assi Dios le saque desta tormenta, y assi se vea en los braços de mi Señora Dulcinea, quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderè con toda puntualidad. Esso pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra Merced las professa debaxo de titulo de Cavalleros andantes? Digo que no mentirè en cosa alguna, respondiò Don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi Amo, y assi, porque haze al caso à nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento; Si à caso despues que V. Merced và enjaulado, y à su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana, y voluntad de hazer aguas mayores, ò menores, como suele dezirse: No entiendo esso de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. Es possible que no entiende vuestra Merced de hazer aguas mayores, ò menores! Pues en la escuela deteslan à los muchachos con ello. Pues sepa que quiere

quiere dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

Del discreto coloquio que SanchoAnça tuvo con su Señor Don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseava saber como al alma, y como à la vida. Venga acà Señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando una persona està de mala voluntad: No se que tiene fulano, que ni come, ni beve, ni duerme, ni responde à proposito à lo que le preguntan, que no parece sino que està encantado? De donde se viene à sacar, que los que no comen, ni beven, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra Merced tiene, y que beve quando se lo dàn, y come quando lo tiene, y responde à todo aquello que le preguntan? Verdad dizes Sancho, respondiò Don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamentos, y podria ser, que con el tiempo se huviessen mudado de unos en otros: y que agora se use, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el uso de los tiempos no ay que arguyr, ni de que hazer consequencias. Yo se, y tengo para mi, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi con-

conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensasse que no estava encantado, y me dexasse estar en esta jaula, perezoso, y covarde, defraudando el socorro que podria dar à muchos menesterosos, y necessitados, que de mi ayuda, y amparo deven tener à la hora de aora precisa, y estrema necessidad. Pues con todo esso, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra Merced provasse à salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitarlo, y aun sacarle della, y provasse de nuevo à subir sobre su buen Rozinante, que tambien parece que và encantado, segun và de melancolico y triste. Y hecho esto, provassemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para bolvernos à la jaula: en la qual prometo à ley de buen y leal Escudero de encerrarme juntamente con vuestra Merced, si à caso fuere vuestra Merced tan desdichado, ò yo tan simple, que no acierte à salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò Don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecerè en todo, y por toda: pero tu, Sancho, veràs como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuvieron el Cavallero andante, y el mal andante Escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardavan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deshunciò luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar à sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura combidava à quererla gozar, no à las personas tan encantadas como Don Quixote, sino à los tan advertidos y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, que

que permitiesse que su Señor saliesse por un rato de la jaula: porque sino le dexavan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requeria la decencia de un tal Cavallero como su Amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viendose su Señor en libertad, avia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le viessen. Yo le fio de la fuga, respondiò Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me dà la palabra como Cavallero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, respondiò Don Quixote, que todo lo estava escuchando, quanto mas, que el que està encantado como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantò le puede hazer, que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si huviere huydo, le harà bolver en bolandas: y que pues esto era assi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos: y de no soltarle les protestava, que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desviavan. Tomòle la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fè y palabra, le desenjaularon, de que el se alegrò infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estava Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita madre, flor, y espejo de los cavallos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos: tu con tu Señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echo al mundo. Y diziendo esto Don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que su Escudero ordenasse

nasse. Miravalo el Canonigo, y admiravase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablava, y respondia mostrava tener bonissimo entendimiento, solamente venia à perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de cavalleria: y assi movido de compassion, despues de averse sentado todos en la verde yerva, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es possible señor hidalgo, que aya podido tanto con vuestra Merced la amarga, y ociosa letura de los libros de cavallerias, que le ayan buelto el juyzio de modo, que venga à creer que và encantado, con otras cosas deste jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo està la mesma mentira de la verdad? Y como es possible que aya entendimiento humano que se dè à entender, que ha avido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso cavallero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta Donzella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamentos, tantas batallas, tantos delaforados encuentros, tanta bizarria de trajes, tantas Princesas enamoradas, tantos Escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes: y finalmente tantos, y tan disparatados casos como los libros de cavallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liviandad, me dàn algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, ò presente le tuviera, bien como à merecedores de tal pena, por ser falsos, y em-

embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas sectas, y de nuevo modo de vida: y como à quien dà ocasion que el vulgo ignorante venga à creer, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven à turbar los ingenios de los discretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra Merced han hecho, pues le han traydo à terminos, que sea forçoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ò lleva algun leon, ò algun tigre de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea Señor Don Quixote, duelase de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra. Y si toda via, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de cavallerias, lea en la sacra Escritura el de los Juezes, que alli hallarà verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos, como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un Cesar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonçalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonçalo Fernandez Andaluzia, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garcilasso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos, puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si serà letura digna del buen entendimiento de vuestra Merced, Señor Don Quixote mio, de la qual sal-

drà erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin covardia: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra Merced su principio, y origen. Atentissimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canonigo, y quando vio ya avia puesto fin à ellas: despues de averle estado un buen espacio mirando, le dixo: Pareceme, Señor Hidalgo, que la platica de vuestra Merced le ha encaminado à querer darme à entender, que no ha avido Cavalleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cavallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la Republica, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, aviendome puesto à seguir la durissima profession de la cavalleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha avido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia; ni todos los otros Cavalleros de que las escrituras estàn llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra Merced lo và relatando, dixo à esta sazon el Canonigo. A lo qual respondiò Don Quixote: Añadio tambien vuestra Merced, diziendo, que me avian hecho mucho daño tales libros, pues me avian buelto el juyzio, y prestome en una jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juyzio, y el encantado, es vuestra Merced, pues se ha puesto à dezir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que

que la negasse, como vuestra Merced la niega, merecia la mesma pena que vuestra Merced dize que dà à los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros Cavalleros aventureros, de que estàn colmadas las historias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede aver en el mundo, que pueda persuadir à otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto à tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y si es mentira, tambien lo deve de ser, que no huvo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora convertido en cuervo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreveran à dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Iseo, como los de Ginebra, y Lançarote, aviendo personas, que casi se acuerdan de aver visto à la Dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino, que tuvo la gran Bretaña: y es esto tan assi, que me acuerdo yo, que me dezia una mi abuela de parte de mi padre, quando veya alguna Dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece à la Dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la devio de conocer ella, ò por lo menos, devio de alcançar à ver algun retrato suyo. Pues quien podrà negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se veen en la ar-

meria de los Reyes, la clavija con que bolvia el cavallo de madera, sobre quien yva el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta: y junto à la clavija està la silla de Babieca. Y en Roncesvalles està el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga, de donde se infiere, que huvo doze Pares, que huvo Pierres, que huvo Cides, y otros Cavalleros semejantes, destos que dizen las gentes, que à sus aventuras van. Sino diganme tambien, que no verdad que fue Cavallero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fue à Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso Señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las aventuras, y desafios, que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada, (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo à los hijos del Conde de san Polo. Nieguenme assimesmo, que no fue à buscar las aventuras à Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatio con Micer Jorge, Cavallero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Passo: las empresas de Mosen Luys de Falses, contra Don Gonçalo de Guzman, Cavallero Castellano, con otras muchas hazañas, hechas por Cavalleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno à dezir, que el que las negasse careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedò el Canonigo de oyr la mezcla que Don Quixote hazia de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas, tocantes, y concernientes à los hechos de su andante cavalleria, y assi le respondiò: No puedo yo negar, Señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra Merced ha dicho, especialmente en lo que toca à los Cavalleros andantes Españoles, y assimesmo quiero conceder, que huvo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas cosas que el Arçobispo Turpin dellos escrive: porque la verdad dello es, que fueron Cavalleros escogidos por los Reyes de Francia, à quien llamaron Pares, por ser todos yguales en valor, en calidad, y en valentia, alomenos sino lo eran, era razon que lo fuessen, y era como una religion de las que aora se usan de San Jago, ò de Calatrava, que se presupone que los que la professan, han de ser, ò deven ser Cavalleros valerosos, valientes, y bien nacidos, y como aora dizen Cavallero de san Juan, ò de Alcantara, dezian en aquel tiempo, Cavallero de los doze Pares, porque no fueron doze yguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que huvo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra Merced dize del Conde de Pierres, y que està junto à la silla de Babieca en la armeria de los Reyes, confiesso mi pecado, que soy tan ignorante ò tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra Merced ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò Don Quixote, y por mas señas dizen que està metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo pue-

de ser, respondiò el Canonigo, pero por las ordenes que recebì, que no me acuerdo averla visto: mas puesto que conceda que està alli, no por esso me obligo à creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de Cavalleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que un hombre como vuestra Merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè à entender, que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras, como las que estàn escritas en los disparatados libros de cavallerias.

CAPITULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canonigo tuvieron, con otros sucessos.

BUENO està esso, respondiò Don Quixote, los libros que estàn impressos con licencia de los Reyes, y con aprovacion de aquellos à quien se remetieron, y que con gusto general son leydos, y celebrados de los grandes, y de los chicos; de los pobres, y de los ricos; de los letrados, è ignorantes; de los plebeyos y Cavalleros; finalmente de todo genero de personas de qualquier estado, y condicion que sean, avian de ser mentira, y llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia, que el tal Cavallero hizo, ò Cavalleros hizieron. Calle vuestra Merced no diga tal blasfemia, y creame, que le aconsejo en esto lo que deve de hazer como discreto, sino lealos, y verà el gusto que

que recibe de su leyenda. Sino digame, ay mayor contento que ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo à borvollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristissima, que dize: Tu Cavallero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estàs mirando, si quieres alcançar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de su negro, y encendido licor, porque si assi no lo hazes, no seràs digno de ver las altas maravillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen: y que à penas el Cavallero no ha acabado de oyr la voz temerosa, quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse à considerar el peligro à que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose à Dios, y à su Señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Alli le parece que el cielo es mas transparente, y que el Sol luze con claridad mas nueva. Ofrecesele à los ojos una apazible floresta de tan verdes y frondosos arboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intricados ramos vàn cruzando. Aqui descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas,

las, que oro cernido, y puras perlas semejan. Acullà vee una artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acà vee otra à lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen una variada labor, de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullà de improviso se le descubre un fuerte castillo, ò vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura. Y ay mas que ver despues de aver visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen numero de Donzellas, cuyos galanos, y vistosos trajes, si yo me pusiesse aora à dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido Cavallero, que se arrojò en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcaçar, ò castillo, y hazerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa, y perfumada: y acudir otra Donzella, y echarle un manto sobre los ombros, que por lo menos, menos, dizen que suele valer una ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan à otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto con-

concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua à manos, toda de ambar, y de olorosas flores distilada? Que el hazerle sentar sobre una silla de marfil? Que verle servir todas las Donzellas, guardando un maravilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito à qual deva de alargar la mano? Qual serà oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarse el Cavallero recostado sobre la silla, y quiça mandandose los dientes, como es costumbre, entrar à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa Donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del Cavallero, y començar à darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en el, con otras cosas, que suspenden al Cavallero, y admiran à los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea, de qualquier historia de Cavallerio andante ha de causar gusto, y maravilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra Merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verà como le destierran la melancolia que tuviere, y le mejoran la condicion, si à caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy Cavallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortès, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi braço, favoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de

algun

algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miafe, Señor, el pobre està inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la possea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fè sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasion, donde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien à mis amigos, especialmente à este pobre de Sancho Pança, mi Escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para governar su estado. Casi estas ultimas palabras oyo Sancho à su Amo, à quien dixo: Trabaje vuestra Merced, Señor Don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de vuestra Merced, como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte à mi habilidad para governarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del govierno, y el Señor se està à pierna tendida, gozando la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, sino que luego me desistirè de todo, y me gozarè mi renta, como un Duque, y allà se lo ayan. Esso hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia ha de entender el Señor del estado, y aqui entra la habilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yràn errados los medios,

dios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No se essas Filosofias, respondiò Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuviesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo: y siendolo, haria lo que quisiesse: y haziendo lo que quisiesse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando uno contento, no tiene mas que desear: y no teniendo mas que desear, acabose, y el estado venga, y à Dios y veamonos, como dixo un ciego à otro. No son malas Filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero con todo esso ay mucho que dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicò Don Quixote: Yo no se que aya mas que dezir, solo me guio por el exemplo que dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à su escudero Conde de la Insula Firme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia hazer Conde à Sancho Pança, que es uno de los mejores Escuderos que Cavallero andante ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates que Don Quixote avia dicho, del modo con que avia pintado la aventura del Cavallero del Lago, de la impression que en el avian hecho las pensadas mentiras de los libros que avia leydo: y finalmente le admirava la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseava alcançar el Condado que su Amo le avia prometido. Ya en esto bolvian los criados del Canonigo, que à la venta avian ydo por la hazemila del repuesto, y haziendo mesa de un alhombra, y de la verde yerva del prado, à la sombra de unas arboles se sentaron, y comieron alli, porque el

el boyero no perdiesse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo à deshora oyeron un rezio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas çarças, y espessas matas que alli junto estavan, sonava: y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venia un Cabrero dandole vozes, y diziendole palabras à su uso, para que se detuviesse, ò al rebaño bolviesse. La fugitiva cabra, temerosa, y despavorida se vino à la gente, como à favorecerse della, y alli se detuvo. Llegò el Cabrero y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera! manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? que lobos os esperan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y no podeys estar sossegada: que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas à quien imitays. Bolved, bolved amiga, que sino tan contenta, alomenos estareys mas segura en vuestro aprisco ò con vuestras compañeras: que si vos que las aveys de guardar, y encaminar, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podràn parar ellas? Contento dieron las palabras del Cabrero à los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano, que os sosiegueys un poco, y no os acucieys en bolver tan presto essa cabra à su rebaño, que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongays à estorvarlo. Tomad este bocado, y beved una vez, con que templareys la colera, y en tanto descansarà la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomòlo, y agradeciolo el Cabrero: bevio, y sossegose, y luego dixo: No querria que por aver yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviessen vuestras Mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo se de esperiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran Filosofos. Alomenos, Señor, replicò el Cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creays esta verdad, y la toqueys con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me combido, sino os enfadays dello, y quereys, Señores, un breve espacio prestarme oydo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que esse Señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia? A esto respondiò Don Quixote: Por ver que tiene este caso un no se que de sombra de aventura de Cavalleria, yo por mi parte os oyrè, hermano de muy buena gana, y assi lo haràn todos estos Señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, que todos escucharèmos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir à mi Señor Don Quixote, que el Escudero de Cavallero andante ha de comer quando se le ofreciere, hasta no poder mas, à causa que se les suele ofrecer entrar à caso por una selva tan entricada, que no aciertan à salir della en seys dias, y si

y si el hombre no và harto, ò bien proveydas las alforjas, alli se podrà quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estàs en lo cierto Sancho, dixo Don Quixote, vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la darè escuchando el cuento deste buen hombre. Assi las daremos todos à las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò al cabrero, que diesse principio à lo que prometido avia. El Cabrero dio dos palmadas sobre el lomo à la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Recuestate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nuestro apero. Parece que lo entendio la cabra, porque en sentandose su Dueño, se tendio ella junto à el con mucho sossiego, y mirandole al rostro dava à entender, que estava atenta à lo que el Cabrero yva diziendo, el qual començò su historia desta manera.

CAPITULO LI.

De lo que contò el Cabrero à todos los que llevavan à Don Quixote.

TRES leguas deste valle està una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual avia un labrador muy honrado, y tanto que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era èl por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançava: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener una hija de tan estremada hermosura,

rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la mirava, se admirava de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la avian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosissima. La fama de su belleza se començò à estender por todas las circunvezinas aldeas: que digo yo, por las circunvezinas no mas, si se estendiò à las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como à cosa rara, ò como à imagen de milagros, de todas partes à verla venian. Guardavala su padre, y guardavase ella, que no ay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden à una Donzella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron à muchos, assi del pueblo, como forasteros, à que por muger se la pidiessen, mas èl, como à quien tocava disponer de tan rica joya, andava confuso sin saber determinarse à quien la entregaria de los infinitos que le importunavan: y entre los muchos que tan buen deseo tenian fuy yo uno, à quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen sucesso conocer, que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes la pidio tambien otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, à quien parecia, que con qualquiera de nosotros estava su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinò dezirselo à Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, advirtiendo, que pues los

dos

dos eramos yguales, era bien dexar à la voluntad de su querida hija el escoger à su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres que à sus hijos quieren poner estado. No digo yo que los en dexen escoger en cosas ruynes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escoxan à su gusto: no se yo el que tuvo Leandra, solo se, que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligavan, ni nos desobligavan tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente: però bien se dexa entender, que ha de ser desastrado. En esta sazon vino à nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes de ser soldado: llevòle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doze años, un Capitan, que con su compañia por alli acertò à passar, y bolvio el moço de alli à otros doze vestido à la soldadesca, pintado con mil colores lleno de mil dixes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponia una gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es malicioſa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas, y medias: pero el hazia tantos guisados, è invenciones dellas, que sino se los contaran huviera quien jurara que avia hecho muestro de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veynte plumajes. Y no pareꝛca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos voy contan-

tãdo, porque ellos hazen una buena parte en esta historia. Sentavase en un poyo que debaxo de un gran alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos yva contando: no avia tierra en todo el Orbe que no huviesse visto, ni batalla donde no se huviesse hallado: avia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas singulares desafios, segun èl dezia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombrava, y de todos avia salido con vitoria, sin que le huviessen derramado una sola gota de sangre: por otra parte mostrava señales de heridas, que aunque no se divisavan, nos hazia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes encuentros, y faciones: finalmente con una no vista arrogancia llamava de vos à sus yguales, y à los mismos que le conocian, y dezia que su padre era su braço, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Reyno devia nada. Añadiosele à estas arrogancias ser un poco musico, y tocar una guitarra à lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poëta, y assi de cada niñeria que passava en el pueblo componia un Romance de legua y media de escritura. Este soldado pues que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este Musico, este Poëta fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra desde una ventana de su casa, que tenia la vista à la plaça: enamoròla el dropel de sus vistosos trages: encantaronla sus Romances, que de cada uno que componia dava veynte traslados: llegaron à sus oydos las hazañas que el de si mismo avia referido: y finalmente, que assi el diablo lo devia

de tener ordenado, ella se vino à enamorar dèl, antes que en èl naciesse presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama: con facilidad se concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesse en la cuenta de su deseo, ya ella le tenia cumplido, aviendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado, que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicava. Admirò el sucesso à toda la aldea, y aun à todos los que dèl noticia tuvieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los Quadrilleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaronse los bosques, y quanto avia, y al cabo de tres dias hallaron à la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa avia sacado: bolvieronla à la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confessò sin apremio, que Vicente de la Rosa la avia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadiò que dexasse la casa de su padre, que èl la llevaria à la mas rica, y mas viciosa ciudad que avia en todo el universo mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida, y peor engañada le avia creydo: y robando à su padre, se le entregò la misma noche que avia faltado, y que el la llevò à un aspero monte, y la encerrò en aquella cueva, donde la avian hallado: contò tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueva, y se fue: sucesso que de nuevo puso en ad-

admiracion à todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmò con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le llevavan, pues le avian dexado à su hija con la joya, que si una vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mesmo dia que parecio Leandra, la desparecio su padre de nuestros ojos, y la llevò à encerrar en un Monasterio de una villa que està aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yva algun interes en que ella fuesse mala, ò buena: pero los que conocian su discrecion, y su mucho entendimiento, no atribuyeron à ignorancia su pecado, sino à su desemboltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar, que contento les diesse: los mios en tinieblas, sin luz, que à ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocavase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominavamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos à este valle, donde èl apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mias, passamos la vida entre los arboles, dando vado à nuestras passiones, ò cantando juntos, alabanças, ò vituperios de la hermosa Leandra, ò suspirando solos, y à solas, comunicando con el

cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido à estos asperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en èl donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta, aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelve y perdona, y tal la adjusticia, y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende à tanto la locura, que ay quien se quexe de desden, sin averla jamas hablado y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio à nadie: porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su deseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estè ocupada de algun pastor que sus desventuras à los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene à todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual temiendo tantas otras cosas de que quexarse, solo se quexa de ausencia, y al son de un rabel, que admirablemente toca, con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y à mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato de

de sus promesas muertas, de su fe rompida: y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones que tienen: y esta fue la ocasion, Señores, de las palabras, y razones que dixe à esta cabra, quando aqui llegue, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometì contaros, si he sido en el contarla prolijo, no sere en serviros corto, cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos à la vista, que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el Cabrero; con la rara aventura de los Disciplinantes, à quien dio felize fin à costa de su sudor.

GENERAL gusto causò el cuento del Cabrero à todos los que escuchado le avian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le avia contado, tan lexos de parecer rustico Cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y assi dixo que avia dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criavan Letrados: todos se ofrecieron à Eugenio, pero el que mas se mostro liberal en esto, fue Don Quixote, que le dixo: Porcierto hermano Cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino: porque vos la tuvierades buena, que yo sacara del Monasterio (donde sin duda

duda alguna deve de estar contra su voluntad) à Leandra à pesar del Abadesa, y de quanto quisieran estorvarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della à toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de cavalleria, que mandan, que à ninguna Donzella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor, y ayuda, como me obliga mi profession, que no es otra, sino de favorecer à los desvalidos, y menesterosos. Mirole el Cabrero, y como vio à Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al Barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondiò el Barbero, sino el famoso Don Quixote de la Mancha, desfazedor de agravios, endereçador de tuertos, el amparo de las Donzellas, el assombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondiò el Cabrero, à lo que se lee en los libros de Cavalleros andantes, que hazian todo esso que deste hombre V. Merced dize: puesto que para mi tengo, ò que vuestra Merced se burla, ò que este gentil hombre deve de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys un grandissimo vellaco, dixo à esta sazon Don Quixote, y vos soys el vazio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de un pan que junto à si tenia, y dio con el al Cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachò las narizes: mas el Cabrero, que no sabia de

de burlas, viendo con quantas veras le maltratavan, sin tener respeto à la alhombra, ni à los manteles ni à todos aquellos que comiendo estavan, saltò sobre Don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramando, y esparciendo quanto en ella estava. Don Quixote que se vio libre, acudio à subirse sobre el Cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido à cozes de Sancho, andava buscando à gatas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolenta vengança: pero estorvaronselo el Canonigo, y el Cura, mas el Barbero hizo de suerte, que el Cabrero cogio debaxo de si à Don Quixote, sobre el qual llovio tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre Cavallero llovia tanta sangre, como del suyo. Rebentavan de risa el Canonigo, y el Cura, saltavan los Quadrilleros de gozo, çuçavan los vnos, y los otros, como hazen à los perros quando en pendencia estàn travados, solo Sancho Pança se desesperava, porque no se podia desasir de un criado del Canonigo, que le estorvava que à su amo no ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que los hizo bolver los rostros hazia donde les parecio que sonava: pero el que mas se alborotò de oyrla, fue Don Quixote, el qual, aunque estava debaxo del Cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es possible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las mias, ruegote que hagamos tre-

guas, no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que à nuestros oydos llega, me parece, que à alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estava cansado de moler, y ser molido, le dexo luego, y Don Quixote se puso en pie, bolviendo assimismo el rostro adonde el son se oya, y vio à deshora, que por un recuesto baxavan muchos hombres vestidos de blanco, à modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año avian las nubes negado su rozio à la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogativas, y diciplinas, pidiendo à Dios abriesse las manos de su misericordia, y les lloviesse: y para este efeto la gente de una aldea que alli junto estava venia en procession à una devota Ermita, que en un recuesto de aquel valle avia. Don Quixote que vio los estraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que lo devia de aver visto, se imaginò, que era cosa de aventura, y que à el solo tocava, como à Cavallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar, que una imagen que trayan cubierta de luto, fuesse alguna principal Señora, que llevavan por fuerça aquellos follones, y descomedidos malandrines, y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetio à Rozinante, que paciendo andava, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en un punto le enfrenò, y pidiendo à Sancho su espada, subio sobre Rozinante, y embraçò su adarga, y dixo en alta voz à todos los que presentes estavan: Agora valerosa compañia veredes quanto importa que aya en el mundo Cavalleros que professen la orden de la andante cavalleria; agora, digo, que veredes en la libertad de aquella bue-



buena Señora que alli va cautiva, si se han de estimar los Cavalleros andantes : y en diziendo esto apretò los muslos à Rozinante, porque espuelas no las tenia, y à todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diesse Rozinante, se fue à encontar con los diciplinantes: bien que fueron el Cura, y el Canonigo, y Barbero à detenerle, mas no les fue possible, ni menos le detuvieron las vozes que Sancho le dava, diziendo : Adonde va Señor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan à yr contra nuestra fè Catolica: advierta mal aya yo, que aquella es procession de diciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin manzilla: mire, Señor, lo que haze, que por esta vez se puede dezir, que no es lo que sabe. Fatigòse en vano Sancho, porque su Amo yva tan puesto en llegar à los ensavanados, y en librar à la Señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera, no bolviera, si el Rey se lo mandara. Llegò pues à la procession, y parò à Rozinante, que ya llevava deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz, dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que deziros quiero. Los primeros que se detuvieron, fueron los que la imagen llevavan, y uno de los quatro Clerigos, que cantavan las Ledanias, viendo la estraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunstancias de risa, que notò, y descubrio en Don Quixote, le respondiò, diziendo : Señor hermano, si nos quiere dezir algo, digolo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detenten-

tengamos à oyr cosa alguña, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo dirè, replicò Don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeys libre à essa hermosa Señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras, que la llevays contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le avedes fecho, y yo que nacì en el mundo para desfazer semejantes agravios, no consentirè que un solo passo adelante passe, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que Don Quixote devia de ser algun hombre loco: y tomaronse à reyr muy de gana, cuya risa fue poner polvora à la colera de Don Quixote, porque sin dezir mas palabra, sacando la espada arremetio à las andas: uno de aquellos que las llevavan, dexando la carga à sus compañeros, salio al encuentro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ò baston con que sustentava las andas en tanto que descansava, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tirò Don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedò en la mano diò tal golpe à Don Quixote encima de un ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerça, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança, que jadeando le yva à los alcances, viendole caydo, diò vozes à su moledor, que no le diesse otro palo, porque era un pobre Cavallero encantado, que no avia hecho mal à nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano, no fueron las vozes de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le avia muerto, con priessa se alçò la tunica à la cinta, y diò à huyr por la campaña co-

como un gamo: ya en esto llegaron todos los de la compañia de Don Quixote adonde el estava, y mas los de la procession, que los vieron venir corriendo, y con ellos los Quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal sucesso, y hizieronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirotes empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperavan el assalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender, si pudiessen, à sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensava, porque Sancho no hizo otra cosa que arrajarse sobre el cuerpo de su Señor, haziendo sobre èl el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo, que estava muerto. El Cura fue conocido de otro Cura, que en la procession venia, cuyo conocimiento puso en sossiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer Cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y assi el, como toda la turba de los diciplinantes, fueron à ver si estava muerto el pobre Cavallero, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la cavalleria, que con solo un garrotazo acabaste la cerrera de tus tan bien gastados años! O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tu en el, quedarà lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Insula que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los sobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo

migo de los ruynes: en fin Cavallero andante, que es todo lo que dezirse puede. Con las vozes y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primera palabra que dixo fue: El que de vos vive ausente, dulcissima Dulcinea, à mayores miserias que estas está sugeto, ayudame Sancho amigo, à ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rozinante, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Esso harè yo de muy buena gana, Señor mio, respondiò Sancho, y bolvamos à mi aldea en compañia destos Señores, que su bien desean, y alli daremos orden de hazer otra salida, que nos sea de mas provecho, y fama. Bien dezis Sancho, respondiò Don Quixote, y serà gran prudencia dexar passar el mal influxo de las estrellas que agora corre. El Canonigo, y el Cura, y Barbero le dixeron, que haria muy bien en hazer lo que dezia, y assi aviendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Pança: pusieron à Don Quixote en el carro, como antes venia. La processió bolvio à ordenarse, y proseguir su camino. El Cabrero se despidio de todos: los Quadrilleros no quisieron passar adelante, y el Cura les pagò lo que se les devia: el Canonigo pidió al Cura le avisasse el sucesso de Don Quixote, si sanava de su locura, ò si proseguia en ella: y con esto tomò licencia para seguir su viaje: en fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura, y Barbero. Don Quixote, y Pança, y el bueno de Rozinante, que à todo lo que avia visto estava con tanta paciencia como su Amo. El boyero unzio sus bueyes, y acomodò à Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguio el camino que el Cura quiso, y à cabo de seys dias llegaron à la aldea de Don Quixote,

xote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertò à ser Domingo, y la gente estava toda en la plaça, por mitad de la qual atravesò el carro de Don Quixote: Acudieron todos à ver lo que en el carro venia, y quando conocieron à su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudio corriendo à dar las nuevas à su Ama, y à su Sobrina, de que su Tio, y su Señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas Señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron à los malditos libros de cavallerias, todo lo qual se renovò quando vieron entrar à Don Quixote por sus puertas. A las nuevas desta venida de Don Quixote acudio la muger de Sancho Pança, que ya avia sabido que avia ydo con el sirviendole de escudero, y assi como vio à Sancho lo primero que le preguntò fue, que si venia bueno al asno? Sancho respondiò, que venia mejor que Amo. Gracias sean dadas à Dios replicò ella, que tanto bien me ha hecho: pero contadme agora amigo, que bien aveys sacado de vuestras escuderias? que saboyana me traeys à mi? que çapaticos à vuestros hijos? No traygo nada desso, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Desso recibo yo mucho gusto, respondiò la muger: mostradme essas cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia? En casa os las mostrare muger, dixo Pança, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage à buscar

car aventuras, vos me vereys presto Conde, ò Governador de una Insula, y no de las de por ay, sino la mejor que pueda hallarse. Quieralo assi el cielo, marido mio, que bien lo avemos menester. Mas decidme, que es esso de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondiò Sancho, à su tiempo lo verás muger, y aun te admirarás de oyrte llamar Señoria de todos tus vasallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, insulas, y vasallos? respondiò Juana Pança, que assi se llamava la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies Juana, por saber todo esto tan apriessa, basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabrè dezir assi de passo, que no ay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado escudero de un Cavallero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan à gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviessas, y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los sucessos, atravessando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, à toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Juana Pança su muger, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miravalas èl con ojos atravessados, y no acabava de entender en que parte estava. El Cura encargò à la Sobrina, tuviesse gran cuenta con regalar à su tio, y que estuviessen alerta de que otra vez no se

se les escapasse, contando lo que avia sido menester para traelle à su casa. Aqui alçaron las dos de nuevo los gritos al cielo, alli se renovaron las maldiciones de los libros de cavallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo à los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se avian de ver sin su amo, y tio, en el mesmo punto que tuviesse alguna mejoria: y assi fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha. Que Don Quixote la tercera vez que salio de su casa, fue à Zaragoça, donde se hallò en unas formosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acaecimiento, pudo alcançar cosa alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo Medico, que tenia en su poder una caxa de plomo, que segun el dixo, se avia hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita, que se renovava. En la qual caxa se avian hallado unos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y davan noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes Epitafios, y Elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueva, y jamas vista historia. El qual autor no pide à los que la leyeren,

ren, en premio del inmenso trabajo que le costò el inquirir, y buscar todos los archivos Manchegos, por sacarla à luz: sino que le dèn el mesmo credito, que suelen dar los discretos à los libros de cavallerias, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrà por bien pagado, y satisfecho. Y se animarà à sacar, y buscar otras, sino tan verdaderas, alomenos de tanta invencion, y passatiempo. Las palabras primeras, que estavan escritas en el pergamino, que se hallò en la caxa de plomo, eran estas:

Los Academicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso Don Quixote de la Mancha, hoc scripserunt.

El Monicongo Academico de la Argamasilla, à la Sepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

EL calvatrueno, que adornò à la Mancha
De mas despojos que Iason de Creta,
El juyzio que tuvo la veleta
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegò del Catay, hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda, y mas discreta,
Que gravò versos en broncinea plancha,
El que à cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito à Galaores tuvo,
Estribando en su amor, y bizarria.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduvo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del

Del Paniaguado Academico de la Argamasilla, in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

ESta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Pisò por ella el uno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, à pie, y cansado:
(Culpa de Rozinante.) O dura Estrella!
Que esta Manchega Dama, y este invito
Andante Cavallero, en tiernos años,
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el, aunque queda en marmoles escrito,
No pudo huyr de amor, yras, y engaños.

Del Caprichoso, discretissimo Academico de la Argamasilla, en loor de Rozinante, cavallo de Don Quixote de la Mancha.

SONETO.

EN el sobervio tronco Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nuevas proëzas) pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfò mil vezes, y su fama ensancha.

Oy à Quixote le corona el Aula
De Belona preside, y del se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha,
Nunca sus glorias el olvido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo
Excede a Brilladoro, y à Bayardo.

Del Burlador Academico Argamasillesco, à Sancho Pança.

SONETO.

SAncho Pança es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor; milagro estraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuvo en un tantico,
Sino se conjuraran en su daño
Insolencias, y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan à un borrico.
Sobre èl anduvo, con perdon se miente,
Este manso Escudero, tras el manso
Cavallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente!
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.

Del Cachidiablo Academico de la Argamasilla, en la Sepultura de Don Quixote.

EPITAFIO.

AQui yaze el Cavallero
Bien molido, y mal andante,
A quien llevò Rozinante
Por uno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero
Yaze tambien junto à èl,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de Escudero.

Del Tiquitoc Academico de la Argamasilla, en la Sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

REposa aqui Dulcinea.
Y aunque de carnes rolliza
La bolvio en polvo, y ceniza
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuvo assomos de Dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los Versos, que se pudieron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron à un Academico, para que por conjeturas los declarasse. Tiene se noticia, que lo ha hecho à costa de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos à luz, con esperança de la tercera salida de Don Quixote.

Por si altro cantera con miglior plectro.

FIN

DE LA PARTE PRIMERA.

TABLA

De los Capitulos, que contiene la primera Parte de la famosa Historia del valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha.

LIBRO PRIMERO.

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

CAPITULO PRIMERO. *De la Condicion y Exercicio del famoso y valiente Hidalgo Don Quixote de la Mancha.* fol. 1

CAP. II. *De la primera salida, que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.* 8

CAP. III. *De la graciosa manera qui tuvo Don Quixote en armarse Cavallero.* 15

CAP. IV. *De lo que le sucedio à nuestro Cavallero, quando salio de la venta.* 23

CAP. V. *Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro Cavallero.* 32

CAP. VI. *Del donoso y grande Escrutinio, que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso Hidalgo.* 37

CAP. VII. *De la segunda salida de nuestro buen Cavallero Don Quixote de la Mancha.* 46

CAP. VIII. *Del buen sucesso, que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable, y jamas imaginada aventura de los Molinos de viento; con otros sucessos dignos de felice recordacion.* 52

LI-

LIBRO SEGUNDO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

CAP. IX. *Donde se concluye, y dà fin à la estupenda Batalla, que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuvieron.* 63

CAP. X. *De lo que mas le avino à Don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con una turba de Yangueses.* 70

CAP. XI. *De lo que sucedió à Don Quixote con unos Cabreros.* 76

CAP. XII. *De lo que contò un Cabrero à los que estavan con Don Quixote.* 85

CAP. XIII. *Donde se dà fin al cuento de la Pastora Marcela, con otros sucessos.* 92

CAP. XIV. *Donde se ponen los Versos desesperados del difunto Pastor, con otros sucessos.* 104

LIBRO TERCERO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

CAP. XV. *Donde se cuenta la desgraciada aventura, que se topò Don Quixote en topar con unos desalmados Yangueses.* 116

CAP. XVI. *De lo que le sucedió al ingenioso Hidalgo en la venta, que èl se imaginava ser Castillo.* 125

CAP. XVII. *Donde se prosiguen los inumerables trabajos, que el bravo Don Quixote, y su buen Escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal pensò que era Castillo.* 135

CAP. XVIII. *Donde se cuentan las razones, que passò Sancho Pança con su Señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.* 145

CAP.

CAP. XIX. *De las discretas razones, que Sancho passava con su Amo; y de la aventura, que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.* 158
CAP. XX. *De la jamas vista, ni oyda aventura, que con mas poco peligro fue acabada de famoso Cavallero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.* 167
CAP. XXI. *De la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino; con otras cosas sucedidas à nuestro invencible Cavallero.* 184
CAP. XXII. *De la libertad, que dió Don Quixote à muchos desdichados Galeotes.* 198
CAP. XXIII. *De lo que le aconteció al famoso Don Quixote de la Mancha en Sierra Morena, que fue una de mas raras aventuras que en esta verdadera Historia se cuenta.* 211
CAP. XXIV. *Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.* 226
CAP. XXV. *De las estrañas cosas, que en Sierra Morena sucedieron al valiente Cavallero de la Mancha, y de la imitacion, que hizo à la penitencia de Beltenebros.* 237
CAP. XXVI. *Donde se prosiguen las fineças, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.* 258
CAP. XXVII. *De como salieron con su intencion el Cura, y el Barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande Historia.* 268

LIBRO QUARTO.

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

CAP. XXVIII. *De la nueva y agradable avẽtura que al Cura y al Barbero sucedió en la misma Sierra.* 290
CAP. XXIX. *De la discordia de la hermosa Dorotea; con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.* 309

CAP.

CAP. XXX. *Del gracioso artificio, y orden, que se tuvo en sacar à nuestro enamorado Cavallero de la asperissima penitencia, en que se avia puesto.* 324
CAP. XXXI. *De los sabrosos razonamientos, que passaron entre Don Quixote, y Sancho Pança su Escudero, con otros sucessos.* 337
CAP. XXXII. *Que trata de lo que sucedió en la venta à toda la quadrilla de Don Quixote.* 348
CAP. XXXIII. *La Novela del curioso Impertinente.* 356
CAP. XXXIV. *Donde se prosigue la Novela del curioso Impertinente.* 381
CAP. XXXV. *Donde se dà fin à la Novela del curioso Impertinente.* 406
CAP. XXXVI. *De la brava, y descomunal Batalla, que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto; con otros raros sucessos, que en la venta le sucedieron.* 416
CAP. XXXVII. *Donde se prosigue la Historia de la famosa Infanta Micomicona; con otras graciosas avẽturas.* 429
CAP. XXXVIII. *Del discurso, que hizo Don Quixote de las armas, y las letras.* 442
CAP. XXXIX. *Donde el Cautivo cuenta su vida, y sucessos.* 447
CAP. XL. *Donde se prosigue la Historia del Cautivo.* 458
CAP. XLI. *Donde todavia prosigue el Cautivo su sucesso.* 473
CAP. XLII. *De lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.* 499
CAP. XLIII. *De la agradable Historia del Moço de mulas cõ otros estraños acaecimiẽtos en la venta sucedidos.* 508
CAP. XLIV. *Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.* 520
CAP. XLV. *Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda; y otras aventuras sucedidas con toda verdad.* 531

CAP.

CAP. XLVI. *De la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cavallero Don Quixote.* 540

CAP. XLVII. *Del estraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha; con otros famosos sucessos.* 551

CAP. XLVIII. *Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerias; con otras cosas dignas de su Ingenio.* 563

CAP. XLIX. *Del discreto coloquio, que Sancho Pança tuvo con su Señor Don Quixote.* 573

CAP. L. *De las discretas alteraciones, que Don Quixote, y el Canonigo tuvieron: con otros sucessos.* 582

CAP. LI. *De lo que contò el Cabrero à todos los que llevavan à Don Quixote.* 590

CAP. LII. *De la pendencia, que Don Quixote tuvo con el Cabrero con la rara aventura de los Deciplinantes, à quien diò felize fin à costa de su sudor.* 597

FIN DE LA TABLA.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

